

ELIGE BIEN TUS TRES DESEOS

El tercer deseo

Jessica
Khowry



Traducción de
Carmen Torres y
Laura Naranjo

Lectulandia

«Soy la esclava de la lámpara.
Tengo el poder de concederte tres deseos».

Zahra lleva tanto tiempo encerrada en su lámpara que, cuando un ladronzuelo la descubre, se topa con un mundo muy distinto: ahora, la magia está prohibida y su nombre se ha convertido en una leyenda. Una aterradora por lo que le hizo a su anterior ama.

Decidida a huir, Zahra acepta el trato que le propone el rey de los genios: la libertad a cambio de una terrible traición. Para conseguir su objetivo deberá ocultar su verdadera identidad y no separarse de su nuevo amo.

Al fin y al cabo, Aladdín todavía tiene tres deseos que elegir.

Jessica Khoury

El tercer deseo

ePub r1.0

Titivillus 18.05.2020

Título original: *The Forbidden Wish*

Jessica Khoury, 2016

Traducción: Carmen Torres García & Laura Naranjo Gutiérrez

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1





Índice de contenido

Cubierta

El tercer deseo

Dedicatoria

Capítulo 1

Uno: el ladrón

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Dos: la princesa

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Tres: la yinn

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Agradecimientos

Sobre la autora

Para papá
الافضل في العالم
مع كل حبي



CAPÍTULO 1

Percibo al muchacho en cuanto pone un pie en la cueva.
Por primera vez en siglos, me agito.

Soy humo dentro de la lámpara, y me encojo y me estiro para desembarazarme del letargo acumulado durante quinientos años. Tengo la sensación de haberme medio convertido en piedra. El sonido de sus pisadas me traquetea como el estallido de un trueno y me despierto por completo de un brinco.

Me aprieto contra los laterales de la lámpara y lo llamo a voces, pero, por supuesto, no me oye. No es más que un chaval normal y corriente. No puede oír el grito de una yinn, una genio dentro de una lámpara, una otorgadora de deseos.

El joven va solo y noto sus pisadas cautelosas cuando franquea la entrada de la recóndita cueva. Despliego mi sexto sentido y lo sigo cuando baja la estrecha escalera cortada en la arenisca mientras sus dedos recorren una antigua pared llena de símbolos esculpidos cuyo significado se ha perdido en el tiempo. Qué extraño resulta sentir su presencia aquí después de esta larga soledad, *habiba*: es como una luz en las profundidades insondables y oscuras del mar.

Llego tan lejos como me resulta posible y siento su respiración tranquila, su corazón palpitante. ¿Quién es? ¿Cómo ha encontrado este lugar? No es más que un muchacho, un momento en el tiempo que pronto pasará. He conocido a mil y uno como él. Conoceré a mil y uno más. No es nada. Me lo repito para no hacerme ilusiones con él. No me está permitido albergar esperanzas. Se me prohíbe tener deseos propios. Así no pensaré en el mundo de ahí arriba, en el cielo infinito, en el aire fresco y en la luz del día. No daré muestras de la profunda y absoluta desesperación con la que quiero que ese chico saque mi lámpara de esta maldita oscuridad. En vez de eso, me doblo y me desdoblo, me arremolino y me enrolló mientras espero con el alma en

vilo. Mi sexto sentido está emborronado, como cuando observas a un pez que nada en un estanque con ondas y debes concentrarte mucho para verlo.

Lleva una pequeña antorcha, que levanta para escrutar la gran caverna: en realidad no se trata de una cueva, sino de una vasta sala llena de eco que una vez perteneció a un gran palacio perdido para siempre en las entrañas de la guerra y el tiempo. Ahora yace en las profundidades del desierto, como una ruina más, enterrado bajo capas de arena y de recuerdos.

Las columnas se alzan por encima de mi intrépido visitante, sujetando un techo que se pierde en las sombras. Los pilares lucen tallas en espiral: leones con las fauces abiertas, caballos alados, dragones que escupen fuego. Las joyas incrustadas en sus ojos emiten un ligero resplandor, como si contemplaran al joven con silenciosa malicia, del mismo modo que en su día observaron a la gente radiante y colorida que vivió aquí hace siglos, antes de que la ciudad se sumergiera en la arena. Este lugar está poseído por fantasmas, y yo soy uno de ellos.

—Por todos los dioses —murmura el chico, y sus silenciosas palabras reverberan en la enorme bóveda. Levanta la antorcha y la luz se derrama ante él como un charco dorado.

No me extraña que esté anonadado, pues no se trata de una sala cualquiera, sino de lo que en su día fue un santuario en las profundidades del palacio real de Nerubia, donde, hace mucho tiempo, una reina joven y hermosa deseó tener un jardín sin igual en el que poder descansar y meditar.

Fue uno de los mejores deseos que he concedido.

El suelo está alfombrado con delicadas briznas de hierba, cada una de las cuales ha sido tallada en la esmeralda más pura. Unos árboles achaparrados con hojas de jade destellan bajo una alta bóveda tachonada de resplandecientes diamantes que parecen estrellas en un cielo nocturno. De los árboles cuelgan frutas: manzanas rubíes, limones dorados, ciruelas amatistas y bayas de zafiro. Millones de joyas, talladas con una precisión que ningún arte mortal podría igualar, brillan y centellean. Abajo, en la hierba, refulgen delicadas flores de topacio y lapislázuli. Debes observarlas de cerca para darte cuenta de que no son árboles ni flores reales, sino piedras preciosas de incalculable valor.

El muchacho camina como en sueños, sin pestañear, sin respirar. No hay ni una sola planta natural y, sin embargo, el jardín parece más vivo que ningún otro en el mundo exterior. Durante los últimos siglos, estas frutas joya han sido mi única y constante compañía, un tesoro sin parangón que ofrece tan poco consuelo como la luz a los ciegos.

Se entretiene demasiado.

El aire está cargado de vieja magia yinn, un vestigio de la gran guerra que se libró aquí hace muchos siglos. Pende de las paredes, gotea del techo, forma charcos entre las raíces doradas de los árboles enjorjados. Abarrota las ruinas vacías que ya se hallan medio hundidas en el desierto, los largos pasillos derruidos que se bifurcan como si fueran raíces y que comunican las torres, los salones y los almacenes. La ciudad está a un suspiro de derrumbarse por completo. Durante quinientos años, esta magia se ha revuelto y retorcido por sus cámaras, aumentando como el gas bajo la tierra, a la espera de que una chispa la prenda.

Este muchacho es esa chispa. Caerá en una trampa tendida hace mucho tiempo, desencadenará una explosión de magia acumulada y el desierto nos engullirá a ambos. Yo me perderé para siempre en esta prisión de magia y arena y me convertiré en un mito, en un sueño. No se me ocurre destino más aciago. Creía que me había resignado a este sino hacía mucho tiempo, cuando parecía que nadie me localizaría. Ahora sé que no es así, que esa esperanza latía en mi interior como una semilla durmiente a la espera de florecer a la primera señal de escapatoria.

Pero entonces los encantamientos vibran como las cuerdas de un laúd y mi frágil esperanza se desvanece. Desde la oscuridad se levanta un viento que agita las hojas de piedra hasta que la cueva al completo resuena con su traqueteo. La trampa está tendida.

El muchacho, como presintiéndolo, se apresura, deja atrás los preciosos árboles y flores y salva un riachuelo en el que centellean pepitas de oro y de plata. La cámara se ilumina, pues los diamantes de arriba restallan de luz cegadora. El jardín enjorjado resplandece con destellos hermosos pero letales. El joven esquiva las hojas que cortan el aire como cuchillos y sisea cuando una de ellas le hace un tajo en el dorso de la mano.

Al fin llega a la colina que hay al fondo del jardín encantado y allí se detiene bajo las ramas bamboleantes de un sauce labrado en cobre del que cuelgan hojas de esmeralda. Le da vueltas a un anillo en el dedo y sus ojos se agrandan cuando se posan en la lámpara.

Esta reposa en una especie de trono forjado en hierro y rubíes en el que el metal está retorcido para que se asemeje a los tallos de un rosal. Hubo una vez en que la reina de esta ciudad se pasaba las horas ahí sentada leyendo y meditando, aunque eso fue hace mucho tiempo. Ahora sólo está la lámpara, que resplandece a la luz diamantina. Dentro, yo me expando y lleno cada recoveco con mi humo brillante, urgiéndolo a darse prisa. Me estremezco de

impaciencia ante la perspectiva de que esta oportunidad de escapar se me escurra entre los dedos. Nunca antes la lámpara me había parecido tan pequeña.

El chico sube la colina jadeando y suelta un leve suspiro cuando llega al trono. Se queda allí un instante, sacudiéndose el polvo de las manos, con la vista clavada en la lámpara.

La cueva retiembla. De las paredes comienzan a caer hilillos de arena que tintinean en las pilas de monedas de oro. Los encantamientos zumban y las joyas de los árboles empiezan a traquetear. El muchacho no parece darse cuenta. Está absorto en la lámpara.

—Así que es esta —susurra—.

Estira la mano y yo paso del humo al fuego de puro nerviosismo. Cuando las puntas de sus dedos tocan los laterales bronceados de la lámpara, un estallido de energía me traspasa y siento los latidos de su corazón, fuertes y desbocados.

—¿Qué eres? —susurra—. ¿Por qué me has llamado?

Como aturdido, recorre el metal con los dedos; su palma traza la curva del pitón y su calor humano traspasa las paredes.

Estoy a punto de estallar. Me expando. Me encojo, me arracimo y me preparo; el humo rojo se torna dorado.

El joven frota la lámpara.

Y yo contesto.

Salgo disparada por el largo y oscuro túnel del pitón. Soy un penacho de humo, un torbellino de fuego. Me abro, me multiplico y me hincho hasta convertirme en una gran nube sobre su cabeza. Empujo el techo de piedra de la cueva con un millar de manos vaporosas. Abro mil ojos enfervorecidos y estiro mil piernas rutilantes. Me despliego una vez, y otra, y otra. ¡Pero qué bien sienta estar fuera! Restallo de energía y entusiasmo; mi sangre es un relámpago y mi aliento, un trueno.

Podría pasarme horas estirándome, deleitándome con el espacio que me rodea, pero, como el tiempo es oro, me encojo, me endurezco y recojo mis caprichosos zarcillos. Por primera vez en quinientos años, asumo la forma que más me gusta.

Tu forma, Roshana, *habiba* mía. Hermana querida. La de corazón puro y risa alegre, la que me enseñó la dicha y me llamaba «amiga». Una princesa entre los hombres y una reina entre su gente.

Me visto con tu aspecto. Adopto tu pelo, largo y negro como el río de la noche. Asumo tus ojos, grandes, rasgados y resplandecientes. Adquiero tu

cara, fina y recia. Tu precioso cuerpo es mío. Tus manos, rápidas y diestras, y tus pies, gráciles y raudos. Llevo tu rostro y finjo que tu corazón también es mío.

Y, al fin, el humo se disipa y me veo plantada en el jardín que creé para ti. Aunque humana en apariencia, por dentro no soy más que humo y energía. Me estiro, suspiro y lenta, muy lentamente, sonrío al muchacho.

Está tumbado de espaldas, boquiabierto y con los ojos desorbitados. Abre y cierra la boca hasta tres veces antes de farfullar por fin:

—¡Por todos los dioses!

Este amuleno es joven, debe de tener diecisiete o dieciocho primaveras. Sus pobres y finas vestiduras delatan un cuerpo que no tiene ni pizca de grasa. Es todo piel, huesos y músculos torneados y duros; un muchacho que, sin duda, ha robado a los arrieros de camellos, en los puestecillos de fruta y en los bajos fondos para sobrevivir. Que sabe que los días no son regalos, sino premios que hay que ganarse.

—Eres..., eres...

«Dilo, muchacho. —Un demonio de fuego. Un monstruo de humo. Un diablo de arena y ceniza. Una servidora de Narduja. Una hija de Ambadia. La que no tiene nombre, ni rostro ni límite. Una esclava de la lámpara—. Una yinn».

—¡... una *chica*! —remata.

Me lo quedo mirando perpleja durante un instante, pero me recupero enseguida.

—¡Tiembra, mortal! —declaro, y dejo que mi voz retumbe por la caverna—. Soy la esclava de la lámpara, la poderosa yinn de Ambadia. Tengo el poder de concederte tres deseos. Ordena y tu esclava responderá, hijo del hombre, pues tal es la ley de Narduja.

Ah, Narduja, poderoso rey de los genios. Amo de todos los amos. Malditos sean sus huesos de humo y fuego.

—Una yinn —murmura el joven—. Ahora lo entiendo todo.

Se calla cuando un hilillo de arena le cae en el hombro. Se lo sacude y se echa a un lado, pero empieza a lloverle alrededor. El suelo se inclina, las joyas repiquetean y ruedan. Él pierde pie.

—¿Qué ocurre? —pregunta sin aliento mientras se levanta como puede.

—Estas ruinas son antiguas. La magia que las impregna lo es aún más y muy pronto te matará. —De nada sirve suavizar la dura realidad—. Pero, si lo deseas, puedo salvarte la vida.

Él sonrío de oreja a oreja, descarado como un cuervo.

—¿Por qué iba a desearlo cuando puedo echar a correr? ¿Podrás seguirme el ritmo, chica yinn?

Al oír esas palabras, no puedo más que reír y, en un abrir y cerrar de ojos, me transformo en un halcón y empiezo a aletear por las copas de los árboles. Las ramas se mecen y se parten con el vendaval que arrasa la sala. Las frutas enjovadas se estrellan contra el suelo. El aire se colma con el sonido del cristal al romperse y con el rugido del viento.

El muchacho se desliza colina abajo y corre por la hierba. Las ramas tratan de alcanzarlo, de agarrarlo por los brazos y por el cuello, pero yo las arranco con mis garras. Del riachuelo salen unas manos siniestras que se le aferran a los tobillos. Yo las aparto golpeándolas con mis alas.

El chico es rápido, pero ¿lo conseguirá? Lo conduzco por encima y alrededor de pilas de joyas, a través de arcos hechos de arena brillante que cae en cascada. Debo reconocerle una cosa a mi joven amo: es ágil y no se rinde fácilmente.

La salida ya no está lejos. Caen cortinas de arena, tan densas que derriban al muchacho y lo postran de rodillas. Él se asfixia y tose con la boca llena de arena. Sin embargo, no se da por vencido: sus piernas se debaten por volver a ponerlo en pie; sigue adelante con los ojos cerrados y a tientas, como un ciego.

Me transformo de halcón en chica mediante un remolino de humo y me dejo caer a su lado. Lo cojo de la mano y tiro de él, tratando de ignorar la calidez de su contacto. Llevo sin tocar a un humano..., oh, mucho tiempo, *habiba*. Sus dedos se aferran a los míos, su palma está seca y rasposa por la arena, sus venas palpitan llenas de vida. Como siempre ocurre cuando toco a un humano, los latidos de su corazón me abruman. Reverberan en mis oídos y resuenan con sorna en mi pecho vacío, donde, en lugar de corazón, no hay más que humo.

¡Ahí está por fin!, medio enterrado en la arena, el vano de la puerta que una vez condujo a tu salón del trono, *habiba*, pero que ahora da a un oscuro cielo del desierto tachonado de estrellas. Hace mucho que la puerta de teca se pudrió, y las piedras están partidas y carecen de lustre, pero, tras quinientos años de solitaria oscuridad, es lo más bonito que he visto jamás.

La magia hace un último esfuerzo por detenernos y esta es la trampa más peligrosa de todas. La arena se convierte en llamas que se precipitan hacia nosotros con avidez desde las entrañas de la gran cámara. Yo, que ya saboreo el dulce aire de la noche, redoblo mis esfuerzos para sacar de allí al muchacho con vida. Si no lo consigo, sé que jamás tendré otra oportunidad de escapar.

—¡Más rápido! —lo urjo, y el joven vuelve la vista hacia el fuego y avanza a la desesperada. Corre tan rápido que me adelanta y ahora soy yo de la que tiran. El fuego me lame los talones. Me convierto en humo y los dedos del muchacho se cierran en el espacio que antes ocupaba mi mano.

—¿Qué haces? —grita.

—¡Vete! —Me expando y vuelvo a cambiar de forma, convirtiéndome en un muro de agua que hace frente al raudal de llamas y las mantiene a raya. Viento, fuego, agua, arena... ¡y cielo, cielo, cielo!

El chico es el primero en salir. Franquea la puerta de un salto y rueda con mi lámpara aferrada al estómago. Yo me transformo en humo en cuanto estoy al aire libre: una gran nube de un violeta rutilante. Las llamas salen despedidas por la arena, como un millar de manos demoníacas que rasgaran la tierra en busca de un asidero en el mundo. Unas garras feroces rastrillan el desierto y arañan el cielo a nuestro alrededor.

El joven se encoge de dolor y levanta una mano cuando una explosión de calor estalla sobre él. De las puntas del pelo le suben unos zarcillos de humo allá donde el fuego lo ha chamuscado. Durante un terrible instante, estamos completamente cercados por las llamas, así que rodeo al muchacho, asfixiándolo con mi humo, pero salvándolo del fuego.

La magia al fin se extingue, como una llama que se ha quedado sin combustible. El fuego vuelve a convertirse en la arena de la que procedía y cae en forma de niebla blanca y brillante a nuestro alrededor. El desierto gira en torno a la puerta y se hunde en ella hasta que, por último, la arena se traga el vano.

Ante nuestros ojos se yerguen las ruinas de Nerubia, la que una vez fue una ciudad grandiosa y resplandeciente. Con el paso de los siglos se ha desmoronado y ahora se asemeja más al esqueleto de un animal que murió hace mucho tiempo. En ese momento, los pocos vestigios que quedan empiezan a retumbar y a estremecerse. De las torres medio derruidas comienzan a caer piedras enormes y los muros se hacen añicos. El desierto se hincha como el mar y se traga las ruinas piedra por piedra, sacudiendo las dunas de un lado para otro. Lenta y ruidosamente, la ciudad se hunde bajo el desierto y restalla cuando la vieja magia yinn da los últimos coletazos.

La última vez que vi la ciudad desde la superficie, esta permanecía orgullosa bajo un cielo colmado de humo negro y en el aire resonaban la lucha y los gritos de los moribundos, tanto humanos como genios. Muchos murieron ese día fatídico. Yo debería haberme contado entre ellos.

Ahora la ciudad se hunde de una vez por todas, enterrando a sus muertos con ella.

El muchacho lo contempla todo arrodillado y boquiabierto, y yo me arremolino por encima de él. Poco después, la tierra se traga la última punta de la última torre, y la ciudad, que una vez fue la más grandiosa del mundo, una ciudad de reyes y conquistadores, desaparece por completo.

El desierto se sacude, tirando al joven de espaldas. Yo cambio a mi forma humana, me planto a su lado y contemplo las arenas que me habían mantenido cautiva durante siglos. Cuando el aire se aclara de polvo, no queda más que un centelleante estrecho de arena azul, pura y virgen, atravesada por las ondas que forma el viento. La única prueba de que una vez hubo allí un jardín de maravillas, el único testimonio de la gran ciudad perdida bajo la arena, es una sola moneda pálida que yace en la superficie, guiñando a la luna.

Y, por supuesto, estoy yo.

Uno: el ladrón

Tras la batalla, la reina y sus guerreros entraron en el salón del trono de los vencidos akbanides, donde hallaron los grandes tesoros de aquel reino desplegados en pedestales de mármol. Y la reina, a la que poco le interesaban las joyas y el oro, pasó por el lado de todo esto hasta que al fin llegó al centro de la estancia. Y allí, en una sábana de seda, encontró una lámpara de aspecto humilde, forjada en bronce y sin una gota de aceite en su interior.

La cogió con gran reverencia y, al tocarla, una terrible yinn salió de ella envuelta en una brillante nube de humo. Y todo cuanto la rodeaba se estremeció y tembló, aunque la reina permaneció incólume. En sus ojos, sin embargo, había un destello de asombro.

—Soy la yinn de la lámpara —dijo aquel ser—. Tres deseos tendréis. Enunciadlos y os serán concedidos, incluso los más profundos de vuestro corazón. ¿Deseáis tesoros? Vuestros serán.

—Ya poseo oro y plata —respondió la reina.

—¿Deseáis reinos y hombres a los que gobernar? —le preguntó la yinn—. Pedidlos y vuestros serán.

—También los tengo —replicó la reina.

—¿Deseáis juventud eterna, no envejecer jamás, nunca enfermar? Pedidlo y vuestro será.

—¿No dice el poeta que las canas son más valiosas que la plata y que en la juventud reside la estupidez?

La yinn se postró ante la reina.

—Veo que sois sabia, oh, mi reina, y no os dejáis engañar fácilmente. Pedidme lo que gustéis, pues soy vuestra esclava.

—Dadme vuestra mano —le propuso ella— y seamos amigas, ¿o acaso no dice el poeta que un amigo verdadero vale más que diez mil camellos cargados de oro?

La yinn reflexionó antes de contestar:

—El poeta también dice: «Ay del hombre que traba amistad con los genios, pues con ello le estrecha la mano a la muerte».

Extracto de *La canción de la caída de Roshana,*
última reina de Nerubia,
de Paris zai Mura,
guardiana y escriba de la reina Roshana

CAPÍTULO 2

Estamos perdidos en mitad de un mar de arena iluminada por la luna; el silencio es tan infinito como el espacio que media entre las estrellas. La noche es serena y engañosamente apacible; la ciudad que se erigía en este punto hace apenas unos instantes no es más que un recuerdo.

Por dentro, me muero de miedo. ¿Sabrán los genios que he escapado? ¿Cuánto tardarán en venir a por mí? Podrían agarrarme en cualquier momento con sus ávidas manos y acribillarme con sus ojos rojos de furia. Espero a que vengan a doblégame y a encadenarme de nuevo en la oscuridad, pero no lo hacen.

Levanto la cabeza y dejo escapar un lento suspiro.

No veo a ningún genio surcando el cielo. Ni oigo ninguna campana de alarma repicar en el desierto. En ese momento, me asalta una certeza: «He escapado. He escapado de verdad».

Estamos rodeados por la arena infinita del gran desierto Mahali: dunas, montañas y valles teñidos de un pálido azul por la luz de la luna. La vertiginosa inmensidad del espacio vacío me deja estupefacta tras mi largo confinamiento. Mientras el joven recupera el resuello, me giro por completo e inspiro el aire nocturno. Hace ya mucho tiempo que dejé de confiar en que volvería a ver el cielo. ¡Y qué cielo! Estrellas tan numerosas como granos de arena, estrellas de todos los colores —azul, blanco, rojo—, las joyas de los dioses dispuestas en un tapete de seda negra.

Ansío estirarme, reptar como el humo por esa gloriosa arena azulada, esparcirme como el agua y plantar una mano en cada horizonte. Y luego subir muy alto, hasta las estrellas, para apretar mi cara contra el cielo y sentir el frío beso de la luna.

Noto la mirada del joven clavada en mí y me vuelvo hacia él. Sigue tumbado en la arena, apoyado sobre un brazo, contemplándome como un pescador que ha atrapado por sorpresa a un tiburón en sus redes.

Le devuelvo la mirada con la misma franqueza, evaluándolo. Tiene una mandíbula fuerte y un poco torcida con barba incipiente, unos ojos cobrizos grandes y expresivos y unos labios carnosos. Y en el lóbulo de la oreja izquierda lleva un arete barato. Un joven apuesto con el cuerpo de un hombre, ya desarrollado. De haber sido un príncipe o un renombrado guerrero, tendría harenes enteros compitiendo por su atención. Pero resulta que su ruda belleza se esconde entre sus ropas harapientas. Me fijo en las cicatrices de sus manos y sus piernas. Los dioses no le han prestado la debida atención.

Suspiro y digo:

—Parece que te hubiera pateado un caballo. Anda, levántate.

Le ofrezco mi mano, pero se aparta de mí con ojos desorbitados y recelosos.

Por un momento, nos miramos en silencio bajo las estrellas titilantes. Su respiración entrecortada se debe en parte a la fatiga, pero está tan tenso como un gato acorralado, listo para saltar, a la espera de mi próximo movimiento. La cabeza aún me da vueltas por la rapidez con la que todo acaba de ocurrir: el primer humano al que veo en quinientos años, la frenética huida del derrumbe de las ruinas, la inmensidad del desierto tras tantos siglos confinada en mi lámpara. Me tambaleo ligeramente y me tomo un momento para distinguir la tierra del cielo.

—No puedo hacerte daño —le aseguro. Tengo los puños cerrados a ambos lados y obligo a mis dedos a abrirse sin reservas—. La misma magia que nos une impide que te hiera. No tengas miedo.

—No tengo miedo.

—¿Habías visto a un yinn alguna vez?

El joven se aclara la garganta y clava sus ojos en los míos.

—No, pero sí que he oído historias sobre ellos.

Le doy la espalda y alzo la vista hasta las estrellas.

—Ya me lo imagino. Seguro que historias de guls, que devoran las almas y se visten con la piel de su presa. O de ifrits, todo fuego y llamas y desprovistos de cerebro. O quizá de márids, pequeños y dulces hasta que te ahogan en sus aguas.

Asiente despacio y se pone en pie al tiempo que se sacude la arena de las manos.

—Y del shaitán, el más poderoso de todos —añade.

Un escalofrío me recorre la espina dorsal.

—Ah, por supuesto.

—¿Así que son ciertas? ¿Todas esas historias?

Me vuelvo hacia él y hago una pausa antes de responder:

—Como dice el poeta, las historias son verdades que se cuentan a través de mentiras.

—Entonces, ¿no vas a devorar mi alma? —me pregunta, como si quisiera desafiarme—. ¿Ni a ahogarme? ¿Qué tipo de genio eres tú?

Creo un remolino de humo y me convierto en un tigre blanco que se tiende ante él y mueve la cola adelante y atrás. El chico me mira sorprendido y retrocede un poco al ver mis ojos dorados y mis garras extendidas.

—¿Qué eres? —susurra.

¿Debería decirle qué —*quién*— soy en realidad? ¿Que legiones enteras de genios enfadados —guls, márids y una docena de horrores similares— podrían estar dirigiéndose hacia nosotros en este preciso instante? Si tiene algo de sentido común, se deshará de la lámpara en el acto y se alejará de mí todo lo posible..., lo que me dejaría totalmente desamparada. Al menos, mientras conserve la lámpara, tendré la oportunidad de luchar.

—¿Cómo me encontraste? —inquiero. Tantos siglos encerrada y este desdichado es el único que me encuentra. Después de aquella batalla final, de tu caída, *habiba*, los míos me arrojaron al jardín que había creado para ti. «Te quedarás ahí sentada en la oscuridad hasta que te pudras, traidora», me dijeron. Y, durante años y años, estuve segura de que ese sería mi destino. Hasta que, contra todo pronóstico, el muchacho apareció.

—Soy de Partenia. —Como permanezco inexpresiva, aclara—: A dos semanas a caballo de aquí en dirección oeste. En la costa. Y en cuanto a cómo te encontré... Me vi guiado hasta aquí. Por esto.

Se quita el anillo al que antes le había estado dando vueltas y se lo pone en la palma de la mano. Tras una leve vacilación, lo cojo. Siento un hormigueo en los dedos que me dice que ha sido forjado con magia. Hay algo en él que me resulta familiar, pero estoy convencida de que no lo he visto antes. Es de oro liso, salvo por unos símbolos que lleva inscritos en el interior, unos símbolos que se han medio borrado por el fuego y el paso del tiempo.

—¿Y dices que te ha conducido hasta mí?

Me enderezo y lo miro con dureza.

Él me quita el anillo de la palma.

—Cuando lo..., hmmm, *encontré*, empezó a susurrarme cosas. Sé que suena descabellado, pero no pude hacer que parase. Seguía oyéndolo incluso cuando me lo quitaba y lo tiraba para deshacerme de él. Así que pensé: ¿por qué no le hago caso, a ver qué quiere?

—¿Y qué decía?

—No mucho... —Encierra el anillo en su mano con rostro embelesado—. Sólo sé que quería que lo siguiera, que me conduciría hasta algo importante. No sabía qué era. Sólo sabía que *tenía* que averiguarlo, como si me hubiera hechizado o algo así. Cuando descubrí tu lámpara, se calló por primera vez desde hacía semanas, de modo que supuse... que pretendía conducirme hasta ti.

Me pregunto si de verdad es tan inocente como parece. Quizá sólo se trate de un simple mendigo que ha dado con un talismán antiguo y poderoso sin comprender su verdadero valor. El anillo está encantado; su propósito es guiar hasta mí a su portador. Pero ¿quién lo creó? Es muy antiguo, probablemente fuera forjado allá por la misma época en que me abandonaron a mi suerte en aquel jardín engalanado de joyas hace quinientos años. ¿Por qué nadie lo ha utilizado hasta ahora? ¿Y por qué lo ha hecho precisamente este pobre infeliz?

—¿Y seguiste a un anillo mágico hasta Nerubia por mera curiosidad?

—Bueno —dice con aspereza, y desvía la vista—, no es tan sencillo. Digamos que no soy el único que está interesado en el anillo. Sabía que me conduciría hasta algo valioso, y encontrar objetos de valor es mi... —Su voz se apaga y abre los ojos como platos—. Espera un momento. ¿Qué has dicho? Frunzo el ceño.

—He dicho que me parece muy raro que por mera curiosidad...

—No, eso no. Acabas de decir que esta ciudad se llamaba Nerubia.

—Ajá.

Inspira hondo, retrocede medio paso y me escudriña de la cabeza a los pies como si me viera por primera vez. Cuando retoma la palabra, lo hace con voz tensa, excitada, jadeante.

—Sé quién eres —dice.

Algo en su tono hace que mi corazón de humo se estremezca como respuesta, así que me pongo en guardia.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién se supone que soy, oh, hijo de Partenia?

Él asiente como para sí con ojos chispeantes.

—Eres *ella*. Eres esa yinn. ¡Por los dioses! ¡Por los malditos dioses! ¡Eres la que empezó la guerra!

—¿Disculpa?

—Eres la yinn que traicionó a aquella famosa reina... ¿Cómo se llamaba? ¿Roshana? Intentaba sembrar la paz entre los yinns y los humanos, pero tú te volviste contra ella y empezaste las Quinientas Guerras.

Me quedo helada. Quiero que pare, pero no lo hace.

—He oído las historias —continúa—. He oído las canciones. Te llaman la Bella Traidora, que encantaba a los humanos con su... —Se interrumpe para tragar saliva—. Su belleza. Se lo prometías todo y luego los arruinabas.

Mil y una respuestas acuden a mi lengua, pero me las trago todas y las entierro en lo más profundo de mi corazón de humo. *Habiba*, ¿fui una ilusa al pensar que quinientos años serían suficientes para enterrar mi pasado? Cantan canciones sobre nosotras, querida amiga. Ahí donde lo ves, este muchacho, pobre y andrajoso, sabe quién soy, sabe quién eras, sabe lo que te hice. Y ¿cómo voy a negarlo? Las ruinas de tu ciudad yacen bajo nuestros pies. Las ha visto con sus propios ojos. Además, ¿por qué iba a esconder quién soy? *La Bella Traidora*. El nombre me viene de maravilla. Lo añado a la larga lista de los que he ido recogiendo en mi estela a lo largo de los años, muchos de ellos menos halagadores.

Dejo escapar un largo suspiro y encojo un hombro.

—Y ahora ¿qué? ¿Vas a librarte de mí? ¿Me vas a enterrar de nuevo?

Él se echa a reír con una risa fría y aguda.

—¿Librarme de ti? ¿Cuándo puedes concederme tres deseos? ¿Me desharía de una bolsa de oro sólo porque la hubiera encontrado en una montaña de estiércol? —Hace una mueca—. No pretendía... Es sólo que... Necesito pensar.

Lo observo mientras camina formando un pequeño círculo y se pasa las manos por el pelo una y otra vez hasta que casi se lo pone de punta. Cuando por fin se detiene, me noto mareada de sólo mirarlo. Casi he olvidado lo frenéticos que sois los humanos, siempre de acá para allá, como abejas libando néctar. Y este joven lo es más que la mayoría: la energía que irradia calienta el aire a su alrededor.

Parece haber llegado al fin a una conclusión, porque detiene sus pasos enloquecidos y me mira a los ojos apretando la mandíbula en un gesto resolutivo. Tengo que echar la cabeza un poco hacia atrás para aguantarle la mirada.

—Así que... tres deseos. ¿Cualquier cosa que se me antoje?

—Cualquier cosa de este mundo si estás dispuesto a pagar el precio.

Entorna los ojos.

—Explícame lo de ese precio.

Exhalo una pequeña vaharada con la que hago aparecer una llanita en mi mano y dejo que esta me baile entre los dedos como la moneda de un charlatán.

—Todos los deseos tienen un precio, amo. Aunque es probable que ni tú ni yo sepamos cuál es hasta después de haberlo pagado. Tal vez desees una gran riqueza y luego te la roben unos ladrones. O quizá desees un poderoso dragón que te lleve por el cielo y este te devore en cuanto aterrices. Los deseos son bastante retorcidos y no hay nada más peligroso que conseguir aquello que tu corazón ansía. La cuestión es: ¿estás dispuesto a jugar? ¿Cuánto estás dispuesto a perder? ¿Por qué lo arriesgarías todo?

Ante eso, su mirada se endurece y me doy cuenta de que sabe exactamente lo que quiere. Se da la vuelta y comienza a andar resbalándose por la arena. Lo sigo a poca distancia con los ojos posados en su capa raída, que el viento que azota las dunas hace ondear a latigazos. Mientras aguardo su respuesta, me paso la llamita de mano a mano.

—Destruiste una monarquía en una ocasión —dice al cabo de un rato en voz baja y peligrosa: una oscura corriente bajo un mar en calma—. Quiero que me ayudes a hacerlo de nuevo.

Cierro los dedos y la llama desaparece dejando una nube de humo.

—Así que eres un revolucionario...

Me corresponde otra vez con esa risa breve y amarga. Sigue andando y el viento se lleva sus palabras.

—Un revolucionario solitario, ese soy yo.

—Muy bien. —Corro hasta adelantarlo, me giro y camino hacia atrás para poder mirarlo a los ojos—. ¿Cuál es tu primer deseo, amo?

—Pues, para empezar, que dejes de llamarme «amo», como si yo fuera un esclavista desalmado o algo así. Tengo un nombre.

Los nombres son peligrosos. Son personales, y la última vez que entablé una relación personal con un humano, las cosas acabaron fatal. La prueba está enterrada a unos pocos palmos bajo mis pies.

—Prefiero no conocerlo.

Mejor así.

—Si te digo mi nombre —me tienta—, debes decirme el tuyo.

Dejo de caminar.

—Yo no tengo nombre.

Se detiene a mi lado y me observa con la cabeza un poco ladeada, como un ajedrecista que espera a que haga el próximo movimiento.

—No te creo.

¿Cómo puede un simple mortal ser tan sumamente exasperante?

—¿Tus canciones no mencionan mi nombre?

Dibuja con los labios una media sonrisa y reanuda la marcha mientras el pelo se le viene a la cara por culpa del viento.

—Ninguno que te gustaría oír, creo.

Continúa andando y yo lo sigo: un muchacho y una genio cruzando a zancadas las dunas teñidas de azul por la luz de la luna. La arena se mueve traicioneramente bajo nuestros pies. Cuando ya he subido la mitad de una pendiente bastante escarpada, de improviso cede y resbalo hacia atrás soltando un grito.

Pero una mano agarra la mía y evita que caiga, aunque ya casi me había convertido en humo para evitarlo.

—Cuidado, Nubecilla —dice el chico, y tira de mí hasta la cima de la duna—. Todavía no me has concedido ningún deseo. No puedo dejar que desaparezcas.

—No me llamo *Nubecilla*. —Le suelto la mano de un tirón. Su tacto todavía me quema, me deja temblorosa, y el eco de su corazón reverbera a través de mí. Aparto la vista y me sacudo la arena del vestido. He transformado mis ricas sedas en un basto algodón blanco, más acorde con el desierto.

—Pues te llamaré así mientras no me des alternativa.

—¿Adónde vamos?

—¿Por qué? ¿Ya te has aburrido? Creía que tendrías ganas de estirar las piernas después de haber estado encerrada en esa cueva durante... ¿cuánto tiempo, por cierto?

—Desde que la guerra acabó. Hace quinientos años.

Lanza un silbido y resbala por el otro lado de la duna. Yo me transformo en un gatito plateado y salto tras él, aunque vuelvo a convertirme en una chica en cuanto llego abajo.

El joven se queda quieto un momento mientras me mira. Se ha atado la lámpara al cinto y la acaricia involuntariamente con la mano: un gesto de lo más común entre los que logran hacerse con ella y que, al parecer, ya se le ha pegado.

—¿Qué edad tienes? —me pregunta.

El frío viento que sopla entre las dunas me revuelve el pelo y agita su capa remendada.

—Tres mil y mil más.

—¡Por todos los dioses! —exclama en voz baja—. ¡Pero si no pareces mayor que yo!

—Las apariencias engañan. —No le cuento que la cara que luzco es robada, que su dueña lleva muerta quinientos años. Por supuesto que tengo una cara propia, una que es una pizca más joven que la tuya. Tenía diecisiete años el día que me metieron en la lámpara, cuando dejé de envejecer y me convertí en la esclava intemporal que soy ahora. No tengo ningún deseo de volver a mostrar esa cara. Es la que te traicionó y te llevó a la muerte, *habiba*. La cara de un monstruo.

A veces me siento tan vieja como las estrellas, pero en general me siento exactamente igual a como me sentí aquel día: perdida, insignificante y temerosa. Aunque me lo guardo para mí. Alzo la barbilla y lo miro a los ojos en actitud desafiante.

—Qué extraño... —murmura.

—¿El qué es extraño?

—Nada, sólo que... —Se echa el pelo hacia atrás—. No eres la yinn de la que hablan las historias y canciones. Esa yinn era un monstruo. Tú pareces... distinta.

Da media vuelta y, tras envolverse en la capa para que el viento no la haga jirones, empieza a escalar la siguiente duna.

Yo me quedo inmóvil durante unos instantes, contemplándolo.

—Zahra.

Él se detiene y mira por encima del hombro.

—¿Qué?

—Mi nombre —tartamudeo—. En fin..., uno de ellos. Puedes llamarme Zahra.

Él se gira del todo y me brinda una sonrisa tan ancha y brillante como la luna.

—Yo soy Aladdín.

CAPÍTULO 3

Caminamos durante dos horas más hasta que Aladdín al fin dice:

—Hemos llegado.

Acto seguido, se pone a cuatro patas, sube lentamente el lateral de una duna y, cuando llega a la cima, se agazapa y me hace señas para que lo imite. Despacio y con sumo cuidado, echa un vistazo por la cresta de la duna barrida por el viento y su expresión se torna ceñuda.

—Ahí —murmura.

Miro hacia donde señala y veo un pequeño campamento encajado en una hondonada arenosa al resguardo del viento. Hay varios soldados sentados alrededor de una pequeña fogata para la que han utilizado excrementos de caballo, y sus monturas se encuentran trabadas no muy lejos. También se ve a un joven de elegantes vestiduras, de pie entre dos tiendas, con los hombros encorvados mientras estudia un mapa a la luz de la hoguera.

—Ese es. Darian rai Aruxa, príncipe de Partenia.

—¿Es amigo tuyo?

Aladdín suelta un bufido y se resbala un poco hacia abajo, hasta que la cresta de la duna oculta el campamento.

—Lleva siguiéndome dos semanas, desde que salí de Partenia. La verdad es que no lo culpo. Va detrás de esto.

Lanza el anillo al aire y lo coge al vuelo.

Yo arqueo una ceja.

—Se lo has robado.

Sus ojos son duros como diamantes y brillan a la luz de las estrellas. Algo cambia en su rostro y de repente parece mayor, más duro, más enfadado. Como cuando una nube pasa por delante del sol, algo tan fugaz que estoy a punto de pasarlo por alto, pero que me deja fría.

—Zahra, si deseara que alguien muriera, ¿podrías hacerlo?

En apariencia, soy una roca, pero por dentro me sacudo como un mar embravecido. Detesto más este deseo que casi cualquier otro. Es cruel y cobarde, y me hace reevaluar a este ladronzuelo. Posee una oscuridad en su interior de la que no me había percatado.

—Podría hacerlo, pero el precio sería alto.

Él traga saliva con mirada turbia y penetrante.

—¿Cuál es el precio?

—No lo sé, pero creo que pronto lo descubrirás. ¿Deseas que ese tal Darian muera?

—Se lo merece —susurra Aladdín.

—Entonces, ¿a qué esperas? Adelante, *amo*. Pronuncia las palabras. Desea la muerte de un hombre.

Él aparta la mirada.

—Tampoco hace falta que te pongas así.

—¿No es lo que quieres? —Me levanto y camino hacia la cumbre de la duna, lo que provoca que un río de arena se precipite por la ladera. Aladdín, aterrorizado, me hace señas para que me agache.

Conque desea la muerte de alguien y quiere que yo le haga el trabajo sucio mientras él espera sentado en la sombra, ¿no? De eso nanay. Me coloco a plena vista del campamento y digo a voz en grito:

—¡Venga, Aladdín! ¡Esta es tu oportunidad! Di las palabras..., no cuesta nada. *Deseo, deseo...*

—¡Zahra! ¡Agáchate!

Pero es demasiado tarde. Me han visto. Los hombres de abajo empiezan a gritar y sus espadas de acero resuenan cuando las desenvainan. Me ordenan que me detenga.

Aladdín se precipita hacia la cima de la duna con la capa arrebujada bajo un brazo para que no se le enrede entre las piernas. Con la otra mano se arranca la lámpara del cinto.

—¡Criatura insensata! —Derrapa y se detiene, maldiciendo al ver que los hombres montan a toda prisa en sus caballos—. ¡Y pensar que empezabas a caerme bien!

Yo hago un amplio movimiento con la mano.

—Ahí lo tienes. ¡Tu enemigo mortal! Adelante. ¡Formula el deseo!

—Yo...

Me clava la mirada; se ha quedado completamente pálido.

—¿A qué esperas?

En la falda de la duna, los hombres giran los caballos en nuestra dirección. Los lidera el príncipe, que empuña una curvada cimitarra.

—*Aladdín*. ¡Los tenemos encima! ¡Será mejor que te decidas!

Él desvía la vista de los soldados y la posa en mí, con la boca abierta pero sin ningún deseo en la lengua. Ignorando a los hombres que vienen al galope, lo agarro de la capa y me lo acerco de un tirón. Su mirada de pánico se fija en la mía.

—Decídate —le digo—. ¡Decídate ya! ¿Qué tipo de hombre eres? ¿De verdad eres de los que desean la muerte de sus enemigos desde las sombras?

—Deseo... —Se calla y se humedece el labio inferior.

—¡Zahra, agáchate!

Se me tira encima y una flecha destinada a mi corazón se le clava en el hombro. Cae dando un grito, resbala por la duna y la lámpara sale rodando.

En un instante, pierdo el control de mi cuerpo. Mi carne se transforma en humo y siento que me aspiran, que entro por el pitón de la lámpara y que termino tirada en el fondo. Allí doy vueltas y más vueltas, convertida en un humo escarlata, y despliego mi sexto sentido tan lejos como me es posible.

Mi lámpara ha llegado rodando al pie de la duna, cerca de *Aladdín*. Él gatea hacia mí y yo siento el dolor que irradia su hombro en forma de pinchazos calientes y feroces. Pero, antes de que pueda alcanzarme, nos dan caza. Los jinetes se arremolinan en torno a nosotros a lomos de sus caballos, que jadean y echan espuma por la boca. No son más que formas confusas que se ciernen a mi alrededor, figuras que siento más que veo mientras me estiro hasta el límite para seguir los acontecimientos, que se desarrollan con gran rapidez.

Los jinetes nos rodean y sus gritos se solapan en medio de la algarabía. Se mantienen a escasa distancia de la lámpara y acorralan a *Aladdín* lejos de ella. Él los maldice y siento que se tambalea por el dolor del hombro herido.

—¡Silencio! —truenan una voz.

Los hombres detienen a sus caballos y se callan cuando uno de los jinetes desmonta. No distingo su aspecto, pero noto la vibración de sus pasos. Cuando habla, su voz suena joven y melodiosa:

—Te diré una cosa, escoria. Eres escurridizo como una sombra. Hasta te ofrecería un trabajo si no estuviera a punto de rebanarte la garganta.

—*Darian*. —El tono de *Aladdín* suena exhausto, pero burlescamente civilizado—. Te ha costado lo tuyo alcanzarme.

—Para ti, *príncipe Darian*, ladrón.

—¿Qué dijo tu padre cuando descubrió que había robado tu preciado anillo mágico? ¡De tu propio dedo mientras dormías! Eh, chicos, ¿sabíais que vuestro príncipe ronca como una vieja?

Incluso a través de las paredes de bronce de la lámpara oigo la sonora bofetada que Darian le da con la mano vuelta y que lo tira al suelo. Siento una oleada de calor cuando recogen mi lámpara de la arena. Unos dedos curiosos exploran la superficie bronceada y trazan la sensual curva del largo y estrecho pitón.

Darian da un resoplido y sus dedos se tensan alrededor de la lámpara. Sus latidos me martillean y resuenan en el pequeño espacio. Yo me aprieto contra la pared y me tapo los oídos.

—Para ser tan preciada y poderosa, es bastante fea, ¿no te parece?

—No tiene ningún valor —dice Aladdín—. No es más que una reliquia vacía.

—Para lo que te ha servido, mejor que así sea. Veamos... Según la leyenda...

Empieza a restregar la lámpara y, con la facilidad de una exhalación, me transformo en humo y salgo por segunda vez esa noche. Mi nuevo amo deja escapar un largo suspiro de admiración cuando me desenrollo en el aire: una deslucida exhibición comparada con mi primera aparición para Aladdín. Estoy un poco decepcionada con el chico de la calle por haberme perdido tan rápido.

Me fusiono en un tigre tan blanco como la luna y me tiendo en la arena ante este tal Darian. No es mucho mayor que Aladdín, pero su rostro, aunque agraciado, es más redondo y suave.

Aladdín está postrado en una rodilla ante él presionándose el hombro con la capa. Se ha arrancado la flecha y esta yace en la arena a su lado. Está pálido, pero sus ojos destellan. Me observa en silencio.

—Tiembla, mortal —digo con la cavernosa voz de un tigre, y mis ojos se desvían del viejo amo al nuevo—, pues soy la yinn de la lámpara...

En ese instante, Aladdín se lanza desesperadamente a por la lámpara dando un grito furibundo. Antes de alcanzarla, uno de los jinetes, el arquero, coge impulso con su arco, le mete un golpetazo en la oreja y lo vuelve a tirar al suelo. Darian, rápido como una serpiente, se le echa encima, le pega una patada en el estómago y luego le planta un pie en el hombro herido. Aladdín se queja y parece estar a punto de desmayarse, pero no se achanta y trata de agarrarle el tobillo con la otra mano. El príncipe suelta una risotada ante esta

débil tentativa y vuelve a patearle, esta vez en el pecho. Aladdín se encoge dando un gruñido y escupe sangre en la arena.

Observo como una estatua y me digo a mí misma que no importa, que nada de esto importa, que no puedo hacer nada al respecto. Además, ¿por qué iba a sentirme mal por ese muchacho? No lo conozco. No debería importarme. Pero me encojo cuando Darian le da una última patada, esta vez por pura malicia.

«No ha formulado el deseo.

Podrían matarlo y, aun así, no ha formulado el deseo de muerte».

Entonces, el príncipe se cierne sobre él con la respiración entrecortada y sus ojos pasan de mí al muchacho herido. Se inclina y le saca el anillo del dedo de un tirón. Lo lanza al aire, lo atrapa y se lo mete en el bolsillo. Acto seguido, escupe a Aladdín.

—Esto me pertenece, pedazo de escoria ladrona.

Lo agarra por la pechera de la camisa y lo levanta hasta ponerlo de rodillas. Al joven le cuelga la cabeza, pero se las apaña para mirar al príncipe.

—¿Quién te contó lo del anillo? —le pregunta Darian—. ¿Por qué funcionó contigo y no conmigo?

Aladdín se limita a soltar una risotada, aunque suena estrangulada. El fuego de sus ojos no se ha apagado. Darian se saca una daga curvada del fajín y se la pone en la garganta.

—Adelante —lo conmina Aladdín con los dientes apretados y una mirada feroz y cargada de desafío—. Hazlo. Ensúciate las manos por una vez en tu vida. Pero ten cuidado, papaíto no está aquí para limpiarlo todo después.

—No mereces ni un minuto más de mi tiempo. Considérate afortunado, bastardo. Nadie me roba y se va de rositas.

A continuación, le aprieta la hoja en el cuello, que empieza a sangrar. Yo me tensó y aparto la mirada. He visto morir a miles de hombres, *habiba*, pero el asesinato siempre me hace sentir fría y vacía. ¡Qué crueles pueden llegar a ser los humanos! Este ladronzuelo me da pena. Tiene un espíritu fuerte y salvaje, pero parece que no le queda otra.

«No tiene por qué».

El pensamiento sale de la nada y se parece tanto a algo que dirías tú que casi creo que tu fantasma está detrás de mí. Vuelvo a mirar al ladrón, que se debate contra la daga del príncipe.

Hay algo de ti en él, *habiba*. Ciertó acero inflexible. Se llevó una flecha por mí.

Y sabes que nunca he podido resistirme a meter cizaña.

Me alzo sobre mis cuatro patas y me preparo, aunque mi mente se rebela. «¿Qué estás haciendo, yinn estúpida? Ya has tropezado antes con esta piedra... ¡Sabes que acabará en desastre! ¿Te acuerdas de Roshana? ¿Te acuerdas de la guerra?».

Pero ya lo he decidido. Le lanzo un poderoso rugido al príncipe y tanto lo sobresalto que suelta a Aladdín antes de que pueda rebanarle las venas. El joven ladronzuelo, rápido como un rayo, se echa hacia atrás y le tira un puñado de arena a los ojos. El príncipe chilla y tropieza, blandiendo el cuchillo a ciegas. Sus hombres gritan y se abalanzan, pero no antes de que Aladdín le arrebatase la lámpara a Darian esquivando sus erráticas cuchilladas.

Siento que el poder de la posesión pasa del príncipe al ladrón y me mareo. Cambiar de amo tan rápido me desorienta, pues mis alianzas se revierten y la conexión entre amo y genio se rompe y se restablece, hasta que Aladdín y yo volvemos a estar unidos.

Cuando media docena de espadas se acercan apuntando a la cabeza de mi nuevo amo, este grita:

—¡Deseo ir a casa! ¡Ya!

CAPÍTULO 4

Por un momento, todo se paraliza: el destello de la luz de la luna en las espadas que se dirigen hacia el cuello de Aladdín; el grito de rabia del príncipe; el imprudente pozo de esperanza en los ojos del joven.

En el transcurso de esa eternidad entre pulsaciones, pienso.

Sueño.

Creo.

Cuando el tiempo se reanuda, dejo de ser un tigre y me transformo en una chica vestida de seda carmesí y con el rostro velado. Alzo las manos. Las espadas chocan contra el aire, rebotan y hacen que los hombres pierdan el equilibrio. Los ignoro y empiezo a prepararme para el próximo movimiento. La voluntad de este ladronzuelo fluye en arroyos dorados. Es el hilo con el que tejo, los colores con los que pinto, el elemento con el que creo.

La arena comienza a elevarse del suelo. Gira y se enrosca, haciendo ondear la ropa de Aladdín. Convoco al aire y lo embrujo, lo envío en espiral en torno a mi atónito amo. Luego entretejo en él las viejas canciones de la gente de Gueda, que ahora yace enterrada bajo las frías cenizas de la Montaña de las Lenguas.

La fuerza del torbellino hace que los hombres del príncipe salgan despedidos y caigan al suelo despatarrados. Darian se desploma de rodillas e intenta mantenerse erguido plantándose una mano delante de la cara mientras brama de ira.

Me cuelo en el remolino y me coloco frente a Aladdín, cuyos ojos me contemplan como lunas gemelas. Está medio aturdido, pero mantiene la lámpara bien aferrada en sus manos. La sangre le chorrea por el cuello y por la comisura de la boca.

Los deseos nacen de la voluntad de hombres y mujeres, la única y verdadera fuente de poder que poseen todos los seres humanos. Pocos se fijan en su existencia. Recuerdo tu voluntad, *habiba*: brillabas como la luna, eras

un taimado resplandor en un cielo oscuro, un resplandor secreto y refulgente. Aladdín quema como el sol, disipa todas las sombras y calienta las arenas. Me valgo de su voluntad y la yergo como una antorcha en la oscuridad para iluminar el camino. Cierro los ojos y sigo el hilo de sus pensamientos con el ojo de mi mente.

Distingo una lóbrega calle de adoquines bañados por la luz de la luna; un olor a sal y a humo; unos toldos que se agitan suavemente con el aire nocturno. Más que de un punto en un mapa, se trata de una región del alma, pero es un camino que puedo seguir.

Abro los ojos y doy una palmada.

El desierto se retira y el horizonte se acerca. En apenas un instante, Darian y sus soldados desaparecen, se quedan atrás mientras Aladdín y yo cruzamos un espacio imposible. Levanto la tierra con los dedos como si de una simple tela se tratara y pasamos por el hueco como si fuéramos una aguja punzante. Los ojos del muchacho no se apartan de los míos y su pelo y su capa flamean al viento. Minúsculos granos de arena salpican sus pestañas. Contiene la respiración; tiene el cuerpo rígido y las manos aferradas a la lámpara.

Sin movernos, atravesamos desierto y cielo, arena y piedra, una montaña que se erige como un espectro en la oscuridad. El monte Tisia. La última vez que lo vi, hace medio milenio, estaba bañado por la luz sanguina del amanecer. Tú y yo nos hallábamos en su cumbre, *habiba*, encarando a los vastos ejércitos de genios que arremetían para destruirnos.

La montaña se achica a nuestras espaldas y aparece una ciudad al frente, un débil centelleo a orillas del inmenso mar Maridion. La Partenia de Aladdín. La ciudad es más o menos ovalada y está dividida en distritos por altas murallas y atravesada por un río que discurre desde el noroeste hacia el gran río Qo y los reinos montañosos que hay más allá.

Suelto una leve exhalación, libero la poca magia que me queda y el mundo se ralentiza hasta pararse. El viento y la arena se esfuman de súbito y es como si Aladdín y yo nunca nos hubiéramos movido del sitio. Hemos hecho un viaje de semanas en unos breves instantes.

Nos situamos en lo alto de un pequeño risco junto al río, al norte de la ciudad, desde donde disfrutamos de una buena panorámica de toda Partenia. La urbe resplandece en la noche y vislumbro las antorchas oscilantes de los centinelas que hacen su ronda en lo alto de las murallas. Al este, al otro lado del mar, empieza a despuntar el día y el horizonte es una línea entre rosa y dorada.

Aladdín da una boqueada, como si acabara de emerger a la superficie tras haber estado sumergido en agua.

—Ha sido... —empieza a decir, pero se interrumpe. Baja la vista hasta la lámpara y veo que acaba de darse cuenta realmente de lo poderosa que es.

Le señalo la herida del hombro y el corte del cuello.

—Si lo deseas, puedo curarte.

—¿Este rasguño? —se burla—. Sólo hay que limpiarlo un poco. ¿Y ahora qué? ¿No tengo que pagar un precio?

—Espera y verás —le digo, cruzándome de brazos y contemplándolo.

Él frunce el ceño y se dispone a replicarme, pero enseguida le entran arcadas y la piel se le pone cenicienta.

—Ahí lo tienes. —Suspiro—. El hecho de desplazarse en un instante de un sitio a otro casi siempre conlleva el vaciado del estómago. No es un mal precio, comparado con la mayoría de los que he visto. Se te pasará pronto.

—Pero si ya tenía el estómago vacío —gruñe.

Da un paso hacia el río, pero se tambalea y me apresuro a colocarme a su lado para rodearlo con el brazo. Él se pone rígido con el contacto y casi se zafa de mí, pero está demasiado débil. Lo ayudo a acercarse al borde del agua y, aunque hace una mueca, se las arregla para bajar a la orilla y después se inclina para beber con la mano. No obstante, tiritita demasiado y el agua se le escurre entre los dedos.

—Maldita sea... —farfulla, y luego se echa a reír con voz ronca—. Qué vergüenza.

Finalmente se desmaya dejando caer la mano en el agua y plantando la mejilla en la arena mojada. Tiene la piel ardiendo y del color de la ceniza.

Lanzo un suspiro y miro a mi alrededor, al paisaje vacío. Hemos dejado muy atrás las dunas del Mahali; aquí la tierra es pedregosa y está salpicada de olivos silvestres y cedros retorcidos. En algún lugar entre la maleza, un chacal ladra dos veces. La luz de la luna que se filtra entre los árboles convierte el río en una corriente de plata.

Aladdín sigue teniendo la lámpara colgada del cinto: un golpe de suerte. Si la hubiera soltado al desmayarse, me habría engullido y habría tenido que esperar a que despertase o a que otra persona la cogiera y volviera a convocarme. Mientras sea él quien la tenga en su poder, y mientras se mantenga con vida, lo único que me limita es el perímetro invisible que la rodea: ciento cuarenta y nueve pasos. Los he contado infinidad de veces.

Pongo a Aladdín bocarriba y le quito la túnica y la capa; sólo le dejo los pantalones bombachos y las botas de cuero. La sangre le ha formado una

costra en el hombro y los bordes de la herida están pegajosos. Mojo la capa en el agua y le lavo la piel con delicadeza mientras le examino el pecho y el estómago en busca de otras heridas.

El calor inunda mis mejillas cuando mis dedos se posan con cuidado en su piel desnuda y no tardo en reprenderme por mi estupidez. He visto a mil y un muchachos, *habiba*, muchos con menos ropa que este, pero nunca he sido tan tonta como para ruborizarme.

Aladdín se queja débilmente y mis ojos vuelven por inercia a su cara, pero permanece inconsciente. Después de limpiarle el hombro, hago de tripas corazón y le hundo los dedos en la herida para localizar la punta de flecha y sacársela. Él pestañea, pero no se despierta.

Le tapono la herida con un jirón de la capa y a continuación le arranco el dobladillo para vendársela. No es muy profunda y, si la mantiene libre de infecciones, sanará bien. El corte del cuello, aunque amplio, es superficial y ya se le está secando. Se lo lavo y le pongo un trapo. Como no vuelve a moverse, me siento y me cruzo de piernas.

Justo cuando el sol empieza a asomar por el horizonte, oigo un susurro en las rocas a nuestra espalda y me sube un cosquilleo por la nuca. Me pongo de pie y me giro para mirar por la ladera, pero no veo nada. Un viento cargado de sal marina azota las ramas de los olivos y las hace traquetear. Me quedo vigilante durante un largo rato temiendo que aparezca alguno de los lobos o chacales que merodean por la noche. Hay pocos animales a los que les tenga miedo, pero los lobos y todos sus congéneres no son precisamente amigos de los yinns. Nos dan caza sin tregua y nos profesan un odio visceral que les devolvemos en la misma medida, y se sabe que abaten incluso a los poderosos guls. No oigo ninguna pisada ni aullidos que corten la noche, así que me relajo un poco.

Sin embargo, cuando vuelvo a girarme, me quedo de piedra y el estómago se me contrae.

Hay una niña pequeña justo delante de mí, con el pelo largo y enmarañado y los ojos de un blanco lechoso. Lo único que lleva puesto es una túnica gris andrajosa. Sus diminutos pies descalzos están llenos de llagas y cortes. Me daría pena... si en realidad se tratara de una niña pequeña. Pero me basta una mirada a esos ojos sin vida para saber que, aunque haya sido humana alguna vez, hace mucho tiempo que se despojó de su alma.

—Gul —susurro.

La chica enseña los dientes con una sonrisa que es más bien una mueca. Cuando habla, lo hace en la lengua de los genios, que ningún humano es

capaz de oír: «Yinn».

La gul sisea; su aliento es caliente y hediondo como la carne podrida. Intento comunicarme con ella a través de mi sexto sentido y siento que me devuelve el gesto y que sus pensamientos rastrear como tentáculos. Me retiro en el acto y le cierro mi mente, pero ese rápido vistazo mental es suficiente para reconocerla. Los genios nos reconocemos mutuamente por los patrones de nuestros pensamientos, igual que los humanos lo hacen por los rasgos faciales. Nuestros nombres, antes que palabras, son el significado que se esconde *detrás* de los nombres, las sensaciones y las imágenes, comunicados a través del pensamiento y no de la voz. Identifico a la gul como Escamas de Serpiente, Agua que Gotea en la Oscuridad, Ecos en la Cueva. Una yinn de alto rango... y también una de las que estuvieron presentes el día de nuestra caída, *habiba*. Antes de eso, solía rondar las montañas del norte y devorar a los niños extraviados. Los norteños la llamaban Shaza, «la dentada».

«Vemos que sabes quiénes somos, oh, Curva de la Cola del Tigre, Humo en el Viento, Chica que Desafía a las Estrellas».

—¿Qué quieres? —le pregunto, estremeciéndome un poco por la sensación que me provoca mi auténtico nombre.

«Así que este es el necio que encontró tu lámpara. —La gul se aparta para mirar a Aladdín y curva los labios—. Parece apetitoso. No me importaría lucir su forma durante un tiempo. Dinos, yinn, ¿lo destruirás igual que destruiste a tu última humana?».

Me quedo helada.

—Ya sabes lo que ocurrió de verdad aquel día.

«Oh, sí, lo vimos, lo vimos todo. —Suelta una risita y se agacha para enroscarse en el dedo un mechón del pelo de Aladdín—. Qué guapo es este humano».

Me enfurezco y me interpongo entre Aladdín y ella.

—¿Por qué estás aquí?

Ella se muerde una uña.

«Hemos venido a entregar un mensaje de nuestro amo».

Se me cae el alma a los pies y me tambaleo.

—¿Y qué tiene que decirme Narduja?

«Nos envía a decirte que sabe que escapaste de las ruinas donde dejamos que te pudieras, pues no es casual que los humanos hayan descubierto el anillo».

Un malestar me recorre el cuerpo, como unas aguas agitadas por un cocodrilo que se escabulle. Si el shaitán está detrás de todo esto, no auguro

nada bueno. Narduja no se convirtió en el rey de los genios así como así. Aún recuerdo los días en que dio caza a los otros demonios, los de mi especie, y los fue masacrando uno por uno para salvaguardar su propio poder. Es astuto y despiadado, más viejo que la Tierra, más fuerte que cualquier criatura existente.

—Pero ¿por qué? Creía que estaba encantado de dejar que me pudriera. Ella arrastra los pies y arruga la nariz.

«Te propone un trato».

—Ya hice un trato con Narduja en una ocasión y pagué un precio muy alto por ello. —Entorno los ojos y doy un paso hacia ella con los puños apretados—. ¿Por qué iba a volver a confiar en él?

Alza la cabeza bruscamente y enseña los dientes.

«Los humanos, con sus malas artes, han capturado y embotellado a uno de los nuestros; lo tienen prisionero en el seno de su ciudad. Ningún genio puede entrar, pues está fuertemente custodiada, y franquear sus puertas o sobrevolar sus murallas nos supondría una muerte segura. Pero a ti no, no a Curva de la Cola del Tigre, Humo en el Viento, Chica que Desafía a las Estrellas. Como shaitán que eres, sólo tú puedes atravesar sus defensas y colarte dentro».

—Así que quiere que rescate a ese yinn —digo dubitativa—. Pero conozco a Narduja. Ningún genio le merece tantos problemas, ninguno salvo... —Me interrumpo y trago saliva.

La gul ríe sin el menor ápice de humor.

«El genio al que tienen prisionero no es un simple ifrit ardiente ni un márid goteante, sino el mismísimo hijo de nuestro señor».

Tengo su imagen grabada en la retina, aunque hace más de mil años que no lo veo. Nos separamos con malas palabras, como siempre hacíamos. Sol Radiante, Escamas del Dragón Rojo, El que Hace Temblar la Tierra. Aunque para mí siempre ha sido Zian, como lo llamaba la gente de Akbanu cuando lo adoraba hace miles de años. Siempre le gustó pavonearse como un dios, exigir ofrendas y templos a los humanos a los que aterrizzaba.

—¿Los humanos han capturado a Zian? —pregunto, y río a carcajadas hasta que Aladdín empieza a moverse—. Debe de ser tremendamente humillante para él. El gran príncipe de los genios... embotellado como un simple márid. ¿Cómo lo han conseguido?

«Ahora son más fuertes que antes. Esos amulenos se han hecho más duros y listos al combatirnos durante todos estos años. ¿Y de quién es la culpa?».

Por una vez, me alegro de asumirla. ¡Qué orgullosa estarías de tu pueblo, *habiba*, que sigue en la lucha después de quinientos años! ¡Y pensar que

incluso han capturado al mismísimo gran príncipe de los genios!

Me cruzo de brazos y esbozo una sonrisita.

—¿Y qué gano yo a cambio?

Shaza se toma su tiempo antes de responder y, cuando lo hace, sus pensamientos gotean repulsión.

«El shaitán te ofrece la libertad».

CAPÍTULO 5

Dejo caer los brazos cuando el humo se torna llama en mi interior. «¿Qué?», respondo. Siento el idioma yinn oxidado en mis pensamientos, pero estoy demasiado aturdida para emitir palabra alguna.

La gul olisquea. «Estos son los términos». —Se gira y señala la menguante luna plateada que pende baja en el cielo—. «La luna morirá mañana por la noche y volverá a renacer. Crecerá, menguará y morirá una vez más. Si para entonces no has liberado al príncipe, el shaitán sacudirá los cielos y la muerte lloverá sobre ti y sobre los humanos de esa ciudad. Pero, si tienes éxito en tu empresa, cortará el vínculo que te mantiene unida a la lámpara y regresarás a Ambadia como una yinn libre».

Me dedica una sonrisa ladina por encima del hombro. «Pero, si cometes un solo error, vendrá y te dará la muerte del traidor. ¿Sabes lo que eso significa?».

Lo sé. He visto ejecuciones de yinns antes. Duran días. Cuando eres prácticamente inmortal, la tortura que puedes soportar no tiene fin y los genios son expertos en extraer hasta la última gota de dolor de sus víctimas. El pecho se me tensa ante semejante idea. Puede que sea una de las yinns vivas más fuertes que existen, pero siento el dolor y me pueden matar.

—Sí —susurro; luego me aclaro un poco la garganta y repito en voz más alta—: Sí, acepto el trato de Narduja. Dile..., dile que verá a su despreciable hijo dentro de un mes.

«Que así sea».

Y, sin más, la gul se escurre entre las sombras y las piedras, fundiéndose con la tierra de la que estaba hecha, y me deja temblando. Levanto la cara y contemplo perpleja las estrellas del firmamento.

«La libertad».

Algo con lo que nunca me he atrevido a soñar. Ni siquiera puedo imaginar cómo será. Desde que me convertí en genio, he estado atada a mi lámpara. El concepto me resulta ajeno, tan lejano e inalcanzable como la luna nueva tras su velo negro, pero, por primera vez, albergo esperanzas. Y sé que haré todo cuanto esté en mi limitado poder para colmarlas.

Sale el sol y las puertas de Partenia se abren. Dos caminos, uno procedente del este y otro del oeste, conducen a la ciudad, y carretas y viajeros van entrando lentamente. Nadie nos ve acurrucados entre las piedras río arriba. El sol llega a su cénit y empieza a hundirse de nuevo, las sombras de los árboles se alargan y Aladdín sigue durmiendo como si estuviera muerto.

No hay más señales de Shaza ni de ningún otro genio cerca, pero no bajo la guardia. Le doy vueltas y más vueltas al trato de Narduja en mi mente y me pregunto cómo voy a llevarlo a cabo. Una cosa es decir que voy a hacerlo y otra muy distinta, ejecutarlo. Partenia es una ciudad grande y no se sabe dónde mantienen retenido a Zian. Y tampoco es que tenga libertad para ir buscándolo por ahí. Mientras Aladdín posea la lámpara, estaré unida a él. Sin embargo, no dejaré que eso me detenga. No dejaré que nada me detenga, ya sea humano o yinn. Porque, por primera vez en cuatrocientos años, yo, Curva de la Cola del Tigre, Humo en el Viento, Chica que Desafía a las Estrellas, tengo la oportunidad de ser libre.

Cuando el sol se pone tras la ciudad y las torres se convierten en siluetas, vuelvo a mi amo y empiezo a preocuparme.

Esta vez tiene los ojos abiertos y me mira.

—Eres muy hermosa —murmura con la voz pastosa por el sueño— para ser una yinn.

—¿Has conocido a muchas yinns?

—No. —Crispa el labio en una sonrisa aturdida—. Pero he conocido a muchas chicas bonitas.

Le compruebo el vendaje: la hemorragia se ha cortado, pero pronto necesitará que se lo cambie.

—¿Por qué me ayudaste? —me pregunta en voz baja—. En el desierto, distrajiste a Darian para que pudiera coger la lámpara. ¿Por qué?

—Interceptaste una flecha que iba destinada a mí. —No podía saber que no me habría herido. Actuó sin pensar, movido por un instinto bien arraigado en su interior, el mismo que le impidió desear la muerte de Darian—. Ahora estamos en paz, ladrón.

—Mejor... —Se interrumpe con un siseo y se lleva la mano al hombro. Permanece en silencio durante un instante con los ojos cerrados, como si tratara con todas sus fuerzas de aplacar el dolor de su herida. Al fin dice con voz entrecortada—: Mejor nos ponemos en marcha. Debemos colarnos en la ciudad antes de que cierren las puertas por la noche. Una vez que lo hayan hecho, no las abrirán hasta el amanecer. Para nadie. En estas colinas hay genios. —Hace una pausa y luego suelta una risilla—. Aunque supongo que eso a ti te da igual.

Los muros de Partenia se alzan en la distancia y hará falta una dura y rápida caminata para llegar allí antes del ocaso. Pero él se pone en camino muy diligente y no se detiene más que para despojar una pequeña higuera de sus frutos antes de abandonar la orilla del río. Seguimos un sendero polvoriento que atraviesa pequeñas colinas cubiertas de matorrales y piedras sueltas.

Casi hemos llegado a las puertas justo cuando los guardias se disponen a cerrarlas. Son hojas de roble pesadas y gigantescas y un par de elefantes tienen que tirar de ellas para moverlas. Los soldados están ocupados atándolas a los grandes animales. A cada lado de la entrada, unos enormes grifos de piedra nos miran con ojos inexpresivos.

—Deprisa —dice Aladdín echando a correr—. Que estos no esperan.

Doy una carrera para alcanzarlo, pero entonces, cuando apenas me quedan unos pasos para llegar, me tambaleo, pues un espasmo me retuerce las tripas. Un escalofrío me recorre el cuerpo y me doblo, incapaz de dar un paso más.

Al alzar la mirada, los atisbo de inmediato: jeroglíficos labrados en los pedestales que sustentan a los grifos. Símbolos eskars, la lengua de los scorsmiths para dotar a los objetos de magia. Estos significan «yinns», «demonio», «repeler» y otras palabras parecidas. Los pusieron ahí para ahuyentar a cualquiera de mi especie que intentara entrar y su poder me rasguña como con garras. Se filtra en mí como un veneno y tiñe mi humo de un verde nauseabundo.

—Zahra, ¿estás bien? —me pregunta Aladdín deteniéndose a mi lado.

Yo niego con la cabeza y me debato por mantenerme en pie mientras intento controlar los mareos. Es como verme atrapada en un corrimiento de tierras. Shaza dijo que yo era la única que podía traspasar estas puertas..., pero puede que ni siquiera yo sea tan fuerte. Trato de obligarme a caminar con el pensamiento de mi libertad en mente, pero no he dado ni medio paso cuando mi estómago se retuerce con violencia y caigo sobre una rodilla. El

viento del mar me azota y deseo poder transformarme en humo y dejar que me lleve lejos.

—Está protegida —susurro—. Contra los genios. No puedo..., no puedo pasar.

De repente, las puertas chirrían y, al levantar la mirada, veo que los elefantes empiezan a moverse y que las están cerrando. Aladdín, alarmado, mira las puertas y luego a mí.

—Zahra, *tienes* que pasar. Si no lo haces, los guardias sabrán lo que eres. Nos matarán a los dos aquí mismo. A eso es a lo que se dedican, a matar a genios y a cualquiera que simpatice con ellos. Son *eristratis*.

Dice la palabra como si yo supiera lo que significa, y estudio a los guardias con más detenimiento. Todos blanden lanzas de hierro y las astas están labradas con más jeroglíficos eskars. No son soldados normales y corrientes; van armados para hacer frente a los yinns y saben lo que hacen. Puede que cuatro mil años sean una vida larga, pero aún no estoy preparada para ponerle fin. No cuando estoy tan cerca de librarme de mi maldita lámpara.

—Puedo hacerlo —murmuro.

—¿Estás segura? —Me mira como si le preocupase que fuera a desmayarme. Y puede que lo haga.

Asiento, no completamente convencida, pero dispuesta a intentarlo. No porque me preocupe que los guardias nos maten —a Aladdín le quedan dos deseos y no es que me falten aptitudes para defenderme—, sino porque sé que ya está, que esta es la última oportunidad que voy a tener jamás. Si fallo, no creo siquiera que proteste cuando Narduja acabe conmigo. No pienso pasar otro año en esa lámpara, y mucho menos una eternidad, no cuando la posibilidad de la libertad está tan cerca.

—Tengo una idea —digo—, pero necesito tu ayuda.

—Date prisa —me insta, viendo cómo las puertas se mueven. Ya están medio cerradas.

Hago aparecer una pequeña nube de humo bajo mi vestido y dejo que se instale sobre mi estómago haciéndome redonda como un melón. Con el dolor que reflejan mis ojos y la respiración entrecortada, soy la viva imagen de una mujer a punto de dar a luz. Aladdín baja la vista, hace un extraño ruido con la garganta y luego asiente.

—Muy bien. Podemos hacerlo. Sin problema. —Su tono es ligeramente chillón, pero me agarra la mano—. ¡Vamos allá!

Debo apoyarme en él y no sólo por teatro: cuanto más nos acercamos, más difícil me resulta aguantar. Siento que el aire se transforma en cuchillos y el suelo, en carbones ardientes. Parece como si todos los elementos se fundieran con un único objetivo: aplastarme, repelerme, machacarme hasta convertirme en polvo. No sé cómo, pero el latido de su corazón me da fuerza. Tal vez ayude a ocultarles mi naturaleza yinn a los guardias. En cualquier caso, siento que voy recuperando un poco más de control sobre mi propio cuerpo. Echo a andar y juntos nos apresuramos hacia las puertas. Faltan segundos para que se cierren del todo.

—No vamos a pasar —digo.

—Que sí —responde Aladdín con los dientes apretados, como si pudiera obligarlas a abrirse por pura cabezonería.

—Si pides el deseo..., ¡aah! —Cuando franqueamos los grifos de piedra, sus miradas parecen clavarse en mí. Los jeroglíficos eskars parecen destellar. El poder que albergan me empuja con la fuerza de cien caballos que intentaran pisotearme.

—¡Mi esposa! —les grita a los guardias—. ¡Va a dar a luz! ¡Detened las puertas!

Los hombres intercambian miradas, pero permanecen impasibles. El espacio entre las grandes hojas se estrecha hasta que ni siquiera un gato sería capaz de pasar por él. Pero Aladdín sigue en sus trece. Da una carrera, jadeando y con el hombro carmesí por la sangre. Yo no tengo que fingir mi dolor; es como si me hubieran arponeado por delante y enganchado por detrás. Mi cuerpo entero grita: «¡Da media vuelta! ¡Huye!», pero me obligo a seguir avanzando. La vista se me llena de puntos danzantes. Mis pensamientos se concentran en mantener la forma humana. Ansío convertirme en humo para detener el dolor.

Y entonces por fin llegamos a las puertas. Aladdín se detiene y me hace pasar primero de un empujón. Llegado este punto, apenas si puedo ver y me doy cuenta de que estoy llorando a lágrima viva. En otras circunstancias, me sentiría abochornada por semejante muestra de debilidad, pero no me queda ni un solo pensamiento que desperdiciar en mi orgullo. Duele demasiado.

Lo único que puedo hacer es obligarme a no cambiar de forma, a no delatarnos. Siento la mano de Aladdín en la mía, su voz en mi oído, pero las palabras no tienen sentido. Se oyen gritos, una discusión. Todo flota a mi alrededor. Soy una ramita en medio de una riada.

Me desplomo emitiendo un gemido y la falsa barriga de embarazada se disipa. No obstante, en lugar de caer al suelo, lo hago en los brazos de

Aladdín, que me levanta, me aprieta contra su pecho y echa a correr. Su olor me abrumba: los higos frescos de esa mañana, el jabón de leche de cabra con el que lavó su capa por última vez, el humo de las ruinas de Nerubia, el viento y la sal del mar. Olores humanos, suntuosos y embriagadores. Detecto su dolor a través de los latidos de su corazón, pero no aminora el ritmo ni se detiene. Debe de sentir tanto dolor como yo. ¿Por qué no me deja? ¿Por qué no abandona la lámpara y se salva? ¿O formula un deseo..., si es que pudiera concedérselo en este estado?

Me estremezco y siento que me resbalo, como si cayera de una alta torre, y me desplomo en la oscuridad con un último pensamiento:

«Estaba tan cerca...».

CAPÍTULO 6

Cuando vuelvo en mí, me encuentro tumbada bajo las estrellas con la espalda apoyada en una superficie dura y fría. Me despierto sobresaltada y me siento de súbito.

—Eh, tranquila, Nubecilla.

Me giro y veo a Aladdín sentado a mi lado, comiendo cordero asado ensartado en un palo. Estamos en lo alto de un edificio y tenemos una amplia panorámica del mar al otro lado de las murallas de la ciudad. Me doy la vuelta y examino Partenia desde las alturas. Los edificios se erigen allá donde la tierra se yergue hacia el norte y un palacio abovedado corona el punto más alto de la urbe. Incluso en una noche casi sin luna como esta, resplandece como una perla en la oscuridad. Zian se encuentra ahí fuera, en algún sitio, gritando de furia sin ser oído dentro de una botellita o un frasco diminuto. La idea, que antes me parecía divertida, ahora me carga de determinación. Despliego mi sexto sentido para rastrear la noche, pero no llega muy lejos y no capto ni el menor atisbo de él.

—¿Qué ha pasado? —Es raro que me haya desmayado así y me asusta más de lo que me gustaría admitir. No sé cómo los humanos lo hacen cada noche: quedarse dormidos, dejar que la oscuridad los engulla.

—Te has desmayado. He tenido que cargar contigo.

—¿Cómo tienes el hombro?

Lleva una venda nueva, pero se nota que se la ha liado de cualquier manera.

—He tenido que volver a ponérmela. Es difícil con una sola mano. Y he cogido estos. —Se saca dos tarritos de arcilla del bolsillo—. Hay un herbolario una calle más abajo, así que fui corriendo mientras dormías. Espero que sirvan para las heridas y no provoquen..., en fin, verrugas o algo por el estilo.

Estiro la mano y me pone los tarros en la palma. Los abro y los huelo.

—Este es para aliviar los dolores del parto.

Aladdín hace una mueca.

—Pero el otro debería servir. —Se los devuelvo—. Es una mezcla de canela y clavo y evitará que la herida se infecte.

Se lo guarda en el bolsillo y descarta el otro antes de levantarse.

—Entonces, ¿te sientes mejor? ¿O quieres que nos larguemos de aquí? — Se da una palmadita en la capa y un débil tintineo me avisa de que sigue llevando la lámpara atada al cinto.

Intento no sonar demasiado desesperada cuando contesto:

—Preferiría ir andando. ¿Adónde vamos?

—Me han perseguido, disparado, rajado, vencido y arrastrado cien leguas en un abrir y cerrar de ojos. —Se encoge de hombros y me tiende la mano—. Necesito un trago.

Me lo quedo mirando un momento, confundida. «Ha cargado conmigo. Le han disparado una flecha por mi culpa». He tenido muy pocos amos buenos en mi larga y extraña vida. Entiendo la crueldad, pero la bondad me asusta, no sé muy bien cómo defenderme de ella.

Le cojo la mano con recelo y me ayuda a levantarme. Bajamos por una estrecha escalera que discurre hasta la calle por el exterior del edificio en cuya azotea nos situamos.

—¿Por qué querías que ese príncipe muriera? —le pregunto.

Él se detiene en seco y me mira por encima del hombro con ojos desorbitados.

—¡Por los dioses! ¡No hables tan fuerte!

—¿Y bien?

—¿Siempre eres tan ruidosa?

—Sólo cuando alguien me pide que *mate* por él.

Suelta un bufido.

—He cambiado de opinión al respecto.

—Sigo queriendo saberlo.

Se restriega una mano por la cara.

—Ya hemos llegado.

Toma una de las callejuelas que conducen a las entrañas de la ciudad. Las paredes se estrechan a cada lado y los tendedores, llenos de ropa limpia y raída, se entrecruzan sobre nuestras cabezas. El viento hace susurrar la tela y parece que el aire estuviera cargado de fantasmas murmurantes. Por los postigos cerrados que salpican las paredes sólo se captan unas suaves líneas de luz.

Aladdín se detiene detrás de una pila de cajas de basura y llama con el puño a una pequeña puerta de madera. Esperamos en la oscuridad, aspirando el aroma a pan horneado y, por debajo de él, el hedor a pis, ratas y simon, una droga hecha con hojas de coris. Este último efluvio emana de la puerta que tenemos delante y, cuando esta se abre de repente, se nos viene encima una vaharada.

El hombre que aparece en el umbral es más ancho que alto, pero su cuerpo es puro músculo. Unas correas de piel le cruzan el pecho velludo, mientras que su calva cabeza brilla de sudor a la luz de la lámpara que sostiene.

—Dos monedas de cobre —dice mecánicamente sin alzar la vista.

Aladdín carraspea. El hombre lo mira y entonces se endereza.

—Ah, eres tú. Maldita sea, muchacho, ¿qué te ha pasado? Estás hecho unos zorros.

—He estado de viaje. ¿Y tú qué haces fuera de la cárcel, Balak? Creía que te habían caído diez años por ese cerdo que robaste.

Balak gruñe.

—Ese cerdo que *dicen* que robé. Los muy cabrones no pueden probarlo. El Fénix me liberó.

Aladdín se tensa ligeramente.

—¿Qué? ¿Todavía anda rondando por ahí?

—Nos ha sacado de la cárcel a unos cuantos, a los que creía que habían sido condenados injustamente. Ladrones de medio pelo, deudores y eso. Los guardias han pillado a los que han sido tan tontos como para llamar la atención, pero no volverán a dar conmigo.

—¿Le viste la cara? —le pregunta Aladdín—. ¿Alguien ha averiguado quién es?

—Lo único que vi fue una sombra pasar mientras abría las celdas. Había dejado inconscientes a todos los guardias para despejar el camino. Nadie sabe quién es, pero tiene a la ciudad entera cantando sus alabanzas. Mira ahí. — Señala una pared, al otro lado de la calle, en la que han pintado recientemente una burda llama roja—. El signo del Fénix. Es como si se repitiera aquella maldita Rebelión del Sastre. —Abre los ojos como platos y luego agacha la mirada—. Ups, lo siento, chico.

Aladdín se encoge de hombros.

—De todas formas, es un necio. El tal Fénix acabará en la horca más pronto que tarde, como los demás ilusos que creen que es posible cambiar algo en esta ciudad.

Balak se echa a reír y se aparta para dejarnos franquear la estrecha puerta, que vuelve a cerrar después en cuanto pasamos.

Bajamos una escalerita bastante pronunciada en la oscuridad y, a medida que descendemos, el olor a simon y a sudor se va intensificando. El pasadizo se ilumina poco a poco y acabamos percibiendo el rumor de unas voces. Aladdín se baja más la capucha para ocultar la cara.

Irrumpimos en una sala cavernosa abarrotada de cuerpos sudorosos. De los braseros que rodean las columnas de madera emana un humo acre que oscurece el techo. El ambiente está tan cargado que es imposible ver a alguien que se encuentre en el extremo opuesto de la estancia. Aladdín me coge de la mano para que la presión de los cuerpos no nos separe y nos abrimos paso entre la multitud. La mayoría de los presentes son hombres, a excepción de unas pocas mujeres de la noche, y todos están borrachos o drogados de simon, además de sudando a mares. Con la mano libre, cojo una tira de seda negra y me cubro la boca y la nariz para bloquear el hedor.

—¡Bienvenida a La Palestra! —exclama Aladdín por encima del hombro—. No te separes de mí.

Aunque estamos casi pegados, me cuesta oírle por encima de la repentina algarabía que se desata. Un hombre con una enorme barriga me da un empujón cuando levanta los brazos para vitorear y la tufarada que desprende me provoca náuseas.

—Por una vez, prefiero mi lámpara —murmuro.

Una camarera con pinta de agobiada y vestida tan sólo con unos retazos que apenas cubren su esbelta figura se nos acerca para preguntarnos qué queremos beber. Luego vuelve a mirarnos y se fija en Aladdín.

—¡Tú! —brama—. ¡Te prohibieron la entrada en este lugar de por vida! Agh, Balak es el portero más inepto que he visto en...

—Tranquila, Dal. —Se baja un poco más la capucha—. Voy de incógnito. Tráenos una jarra de lo más fuerte que tengas, ¿quieres?

Ella aprieta los labios.

—Pero qué cara tienes, ladronzuelo. Encima, pidiendo.

Aladdín le pone una moneda en la mano, se la cierra y le brinda una sonrisa petulante.

—Oh, venga ya. Nos lo pasamos bien, ¿no crees?

—Yo sí que me lo pasaría bien rompiéndote esa jarra en la cabeza. ¿Y *esta* quién es? Nunca la he visto por aquí.

Me mira de arriba abajo y le devuelvo el gesto con frialdad.

—Viene conmigo. Es nueva en la ciudad. Se la estoy enseñando un poco.

Dal pone los ojos en blanco.

—Esa cantinela ya me la conozco. —Se me acerca—. Un consejo te doy, hermana: no pierdas el tiempo con este. Sólo te dará problemas.

—Creo que empiezo a pillar lo que quieres decir —respondo.

—De acuerdo, de acuerdo —interviene Aladdín arrugando el entrecejo—. Hemos venido a tomar una copa, no a que cotorreéis sobre mí. ¿Qué es esto? —Señala una cinta roja que Dal lleva atada en el brazo—. Desde que he vuelto ya he visto a un par de personas que lo llevan.

Ella se lleva la mano a la cinta con ojos chispeantes.

—Es un símbolo. Significa que estoy de parte del Fénix y en contra de la injusticia. ¿Sabes que ayer volvieron a duplicar los impuestos? Si no pagas, te mandan a la cárcel o te quitan tus propiedades. O ambas cosas. ¡Están ahorcando a la gente sólo por protestar!

Aladdín se limita a gruñir.

—Creía que precisamente *tú* querías unirme a él. ¿Te acuerdas de la plaga del barrio del este? Los guardias lo declararon en cuarentena y estaban dispuestos a dejar morir a la gente. El Fénix les dio medicinas a todos los enfermos. Salvó cientos de vidas. Esa es la pura verdad, Aladdín. El Fénix no es otro charlatán más, es..., en fin, nos da esperanza. Y es más de lo que hemos tenido desde... —Le dedica otro largo escrutinio, como si fuera a seguir hablando, pero entonces suspira y menea la cabeza.

—¿Desde lo de mis padres? No te andes con rodeos, Dal. Sé lo que estás pensando, lo que todos pensáis. Vale ya con el maldito Fénix —refunfuña Aladdín.

Ella resopla y se da la vuelta, se guarda la moneda en el bolsillo y regresa al cabo de unos instantes con una botella.

—Tu amigo Xaxos vino a buscarte hace unos días. No parecía muy contento.

Él abre el vino. Cuando me lo ofrece, niego con la cabeza.

—¿El viejo Xax? —dice en tono casual—. No tengo tratos con él.

—Creo que él no opina lo mismo. Dijo que te había contratado para un trabajo... No tuve ni que preguntar para saber lo que eso significaba. ¿Así que has vuelto a las andadas? —Sacude la cabeza—. Total, que está muy enfadado contigo. Dijo que hiciste el trabajo y te marchaste de la ciudad. Los guardias también andan buscando a un ladrón. Ofrecen mil coronas de oro por su cabeza. —Entorna los ojos—. ¿Asaltaste el *palacio*, Aladdín?

—¿Mil coronas? —Silba por lo bajo—. Casi me dan ganas de entregarme.

—De todas las tonterías... —Sus ojos centellean cuando nos dedica una mirada fugaz y penetrante antes de ir a limpiar el vino que alguien ha derramado.

Aladdín encuentra una mesa libre cerca del cuadrilátero que ocupa el centro de la sala, donde pelean dos hombretones gigantes como toros. Uno, el que tiene el cuello del tamaño de mi cintura, le saca ventaja al otro. Va casi desnudo y lleva el cuerpo untado de aceite para que resbale. Su cabeza, calva salvo por una larga cola negra que le nace en la coronilla, brilla como un huevo duro. Su contrincante, algo más pequeño, está a la defensiva y alza las manos para contrarrestar sus golpes.

Aladdín los observa sin el menor interés y da un largo trago al vino.

—¿Ves esto? —Pasa el dedo por el tablero de la mesa, donde alguien ha tallado un pequeño símbolo.

—Parece una aguja de coser —digo.

Él asiente y sigue bebiendo. Los ojos empiezan a nublársele por el vino.

—No es una simple aguja. Es *la* Aguja. El signo de una rebelión que comenzó hace años. Aquí es donde se reunían los líderes del movimiento. Aquí. En esta mesa.

Acaricia la aguja con el pulgar.

—Mi padre era el Sastre —me cuenta—. Bueno, al principio era sólo un sastre como otro cualquiera, pero, cuando yo era niño, se empezó a juntar con esos rebeldes. El visir del rey estaba reclutando a campesinos para sus barcos de guerra, conduciéndolos a la muerte en un intento descabellado por reconstruir el viejo Imperio Amuleno. Mi padre y sus amigos protestaron quemando guarniciones y cuarteles, robando armas, sabotando barcos. —Su cara se ensombrece. Se reclina en el asiento y se saca la moneda de Nerubia del bolsillo. Ni siquiera me había fijado en que la había cogido. La lanza al aire distraídamente; en ella destella la cara de un rey que lleva demasiado tiempo muerto como para que alguien de este mundo conozca su nombre—. Al final convenció a mi madre para que se uniera a la causa. Pronto la gente empezó a llamarlo *el* Sastre, y pusieron precio a su cabeza. Su aguja se convirtió en el símbolo de la rebelión.

Lo escucho en silencio mientras observo sus manos. Son unas manos hábiles, con las uñas limpias y los dedos largos y diestros. Gira la moneda y la atrapa una y otra vez conforme habla.

—Lo capturaron cuando yo tenía doce años. ¿Te acuerdas de aquel príncipe del desierto, Darian? Su padre, nuestro *eminente* visir Sulifer, me obligó a ver cómo les cortaban la cabeza a los míos. Darian estaba allí y se rio

de mí cuando me puse a llorar. —Se esconde la moneda en la manga y da un largo trago al vino—. Después, Sulifer me hizo recoger las cabezas y sostenerlas en alto mientras las ensartaban en estacas. Las exhibió en la plaza pública durante semanas.

Me echo hacia atrás y me llevo las manos al regazo.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

Él se encoge de hombros y resopla.

—Querías saber por qué... estuve a punto de desear la muerte de Darian. —El vino casi se ha terminado, así como su buen humor—. Desde que era pequeño, la gente siempre ha creído que yo sería el nuevo cabecilla de la rebelión, que me alzaría en armas y lucharía. Creen que yo debería ser el que saque a la gente de la cárcel y detenga las malditas plagas. Creen que he desperdiciado mi vida al convertirme en un ladrón y un delincuente. Pero yo no tengo ningún interés en luchar por causas perdidas que sólo traen consigo la pérdida de más vidas. Lo único que quiero es vengar a mis padres, no empezar una guerra que no podemos ganar.

Alzo la cara. Me contempla con intensidad de borracho y la boca convertida en una fina línea.

—Y ahora —prosigue— resulta que ni siquiera tengo agallas para eso. ¡Tenía a Darian delante de mis narices! ¡Y ni siquiera he podido...! ¡Les he fallado!

Lanzo un suspiro, le quito la jarra medio vacía de la mano y me bebo su contenido sólo para que no lo haga él. El vino es barato, pero está fuerte y me quema la garganta, aunque no me haga ningún efecto.

Del cuadrilátero central nos llega un clamor que llama la atención de Aladdín. El combate ha terminado y el más pequeño de los dos hombres yace inconsciente en el suelo en un charco de sudor y sangre. El vencedor alza los musculosos brazos y grita de triunfo.

—¿Quién quiere enfrentarse a Ukad el Toro? —vocifera un hombre andrajoso que se sube a la arena—. ¡Veinte monedas de oro para el vencedor! ¡Cinco para el perdedor!

Aladdín empieza a darse la vuelta, pero, en ese momento, la multitud que se apiña al otro lado del cuadrilátero se abre y aparece un luchador que se sube ágilmente a la pequeña palestra. Unas risas reverberan por el público y Aladdín se pone de pie con los ojos muy abiertos.

Se trata de una joven esbelta de unos diecisiete años. Viste un sencillo corpiño que le llega justo por encima del ombligo y un largo pareo de lino sujeto por un cinturón de cuero. La falda deja al descubierto una de sus

piernas, largas y atléticas, y, aunque luce una cadenita de oro en el tobillo, va completamente descalza. Se quita el manto y lo deja con cuidado sobre la cuerda que delimita el cuadrilátero; luego estira los brazos ante sí e inclina la cabeza hacia cada uno de los hombros para que el cuello le cruja. Es guapa, lleva la espesa melena negra recogida en una sencilla trenza y los ojos tan embadurnados de kohl que parece que llevara una máscara. Le sonríe al Toro y hace una reverencia al tiempo que despliega sus manos enguantadas.

Elevo la vista hasta Aladdín y veo que se le iluminan los ojos.

Le hace una seña con la mano a Dal.

—¿Quién es? —se interesa.

Ella pone los ojos en blanco.

—No lo sé. Supongo que alguien de la zona este. Lleva viniendo todas las noches desde hace dos semanas; pelea y se larga. Ni siquiera recoge sus ganancias. —Su tono se agria—. Si fuera tú, mantendría las distancias. Es de las que te rompen un brazo a la más mínima.

Al Toro se le hinchan las venas del cuello cuando se enciende y empieza a gritar.

—¿Me tomas el pelo? ¡Yo vengo aquí a enfrentarme a hombres, no a niñas!

La joven escupe en el suelo que los separa y continúa sonriendo.

—Yo también, pero parece que ambos nos vamos a ir decepcionados.

El público traga saliva y al Toro casi se le salen los ojos de las órbitas. Aladdín se abre camino hasta el borde del cuadrilátero y yo intento seguirle mientras miro con tristeza hacia la puerta, pero parece que mi amo pretende disfrutar plenamente del espectáculo. Me resigno, me apoyo en uno de los postes de madera que soportan el perímetro de cuerdas y vuelvo a concentrarme en la chica.

Los dos contrincantes han empezado a rodearse mutuamente con pasos amplios y tensos, sin perderse de vista, pero el Toro aún parece vacilante, como si creyera que todo aquello no es más que una broma.

—¿Por qué no te vas a hornear pan? —espeta—. ¿O es que te ganas la vida calentando camas? Cuando te haya partido esa bonita nariz, a lo mejor uso mis ganancias para que calientes la mía.

—No suelen gustarme las bestias —le contesta ella.

El Toro suelta un bramido y ataca. El público contiene la respiración. Aladdín se pone tenso y una sonrisa de embeleso acude a sus labios.

Por un instante parece que la joven no tiene nada que hacer, pero, en el último momento, se aparta danzando con suavidad y le da un codazo en la

sien a su oponente que le hace perder el equilibrio.

La multitud vuelve a la vida. Los combates que se están celebrando en los demás cuadriláteros se interrumpen y todo el mundo está pendiente de lo que sucede en el central. Se alzan apuestas, casi todas a favor del Toro, aunque hay algunos osados que se decantan por la chica. Aladdín se lleva la mano al bolsillo, saca la moneda de Nerubia y se queda pensando.

—Ni se te ocurra —le advierto.

—¿Por qué? Me gusta su estilo.

—Es muy probable que esa moneda sea lo único que quede de una civilización que existió hace cientos de años...

—¡Una moneda de oro por la chica! —exclama, captando la atención del corredor de apuestas.

Suspiro y vuelvo a fijarme en el combate.

Siguen bailando en círculos. La chica parece un ratón que lucha desesperadamente por evitar el pisotón de un elefante y, cuanto más logra escapar, más se cansa. La muchedumbre está enfervorecida y sube las apuestas en favor del Toro. Aladdín se acerca más a la palestra y murmura:

—Vamos, vamos...

Reparo en varias caras situadas al otro lado del cuadrilátero que observan el espectáculo en expectante silencio y con los ojos llenos de preocupación. Todas pertenecen a chicas de la misma edad de la luchadora y van vestidas igual.

Entonces el Toro vacila y se detiene para recuperar el aliento, y la joven aprovecha para descansar también. Se encuentra justo delante de nosotros, a un brazo de distancia. Se inclina con las manos apoyadas en los muslos para coger aire y el sudor gotea en la arena.

Aladdín se estira por encima de la cuerda y le susurra:

—Su pierna derecha es lenta. Renquea cada dos pasos. Si eres rápida...

Ella lo mira por encima del hombro, a través de los mechones sudorosos que se le han escapado de la trenza.

—¿Has apostado por mí, guapo?

Aladdín sonríe.

—¿Qué haces luego?

La chica se encoge de hombros y se cruje los nudillos mientras le mira los hombros y el torso.

—Creo que podría tomarme un rato libre...

La sonrisa de Aladdín se ensancha y la chica salta de repente hacia delante y corre hacia el poste que queda detrás del Toro. El hombretón resopla e

intenta interceptarla, pero es demasiado rápida. La joven lanza un grito y vuela por los aires, planta un pie en el poste, se impulsa y da una voltereta en dirección a su oponente. Antes de que este logre hacer el menor movimiento, le pega tal patada en la cara que le dobla la cabeza hacia atrás con un sonoro crujido. Mientras el Toro meneaba la cabeza y se balancea, la joven repele uno de sus flojos puñetazos, levanta la pierna desnuda, se la engancha al cuello y hace lo propio con la otra. Con los tobillos entrelazados detrás de su cabeza, se arquea y se retuerce hasta que consigue que el Toro se estampe de bruces contra el suelo. Rápida como una serpiente, se zafa, se incorpora y le pisa la carnosa nuca.

A Aladdín, que ya está bastante borracho, le falta poco para saltar a la arena entre silbidos y vítores, y el resto de los presentes se sume en el caos que se desata al finalizar el combate. Los apostantes saldan sus deudas y los pocos afortunados que han apostado por la chica reciben sus ganancias y tienen la sensatez de desaparecer antes de que los atraquen. Aladdín recupera su moneda de oro y recibe además una pila de monedas de plata.

—¡Allá voy! ¡Deséame suerte! —dice sin aliento; acto seguido, salta por encima de la cuerda y se une a la pequeña multitud que se arracima en torno a la chica, vitoreándola e invitándola a beber.

Me apoyo en el poste y me quedo mirándolo mientras meneo la cabeza. Es evidente que se le han olvidado todas las penas.

Dal aparece a mi lado con las manos llenas de vasos vacíos. Me examina enarcando una ceja.

—Conozco esa mirada.

—¿Qué mirada?

—No te apures, hermana. Todas la hemos tenido. —Suspira—. Las chicas a las que ha querido y abandonado.

Desvió la vista, irritada.

—No sé de qué estás hablando.

—Ya, ya. —Sonríe con tristeza—. O lo odias o lo aceptas tal como es. Cuando Aladdín pone su corazón en algo, o en alguien, nada puede impedir que lo consiga. Y, una vez que lo hace, se percata de que no es lo que quería y se fija en otra cosa. Y vuelta a empezar. Nosotras sólo somos sus víctimas.

—Yo no soy la víctima de nadie.

Aladdín ha llegado hasta la chica. Le está hablando al oído y ha cruzado sus musculosos brazos para conquistarla. No puedo evitar poner los ojos en blanco.

—Es guapa —dice Dal—. Y dura. Pero no es lo que él quiere. Aunque no se enterará hasta que la haya conseguido.

—¿Y qué es lo que quiere?

Me giro para encararme a la camarera.

—Lo mismo que queremos todos. Pero nunca lo admitirá. —Veo nostalgia en sus ojos, acompañada de rabia, cuando lo mira—. Liberarnos del pasado.

Observo al ladrón pensativamente y mi rostro se ablanda.

La chica del cuadrilátero dice algo y Aladdín se ríe; la sonrisa le ilumina la cara. Se inclina y le susurra algo al oído; la joven asiente, le coge la mano y, con un gesto de coquetería, lo aleja de la palestra y de sus admiradores, que se apartan.

Dal suspira y mueve la cabeza con pesar.

—Les doy cuatro o cinco días, no más. ¡Eh!, ¿adónde vas? ¡Déjalo en paz, hermana! ¡No merece la pena!

La ignoro y me cuelo por debajo de la cuerda para subirme al cuadrilátero. «Tú no sabes de qué va la cosa, *hermana*». Soy la última persona en el mundo interesada en Aladdín. Lo que me interesa es pegarme a él para no verme de nuevo encerrada en mi lámpara.

Me abro paso entre la multitud e intento alcanzarlo, pero en ese momento se produce una pelea entre dos apostantes y me tiran al suelo de un golpe. En lugar de levantarme y continuar a la zaga de mi amo, me transformo con disimulo en un gato leonado y me escurro entre las piernas de la gente hasta que lo alcanzo. Si alguien me ha visto, probablemente lo achacará al consumo excesivo de simon. Estoy segura de que cosas más raras se habrán visto en este antro de sudor y barbarie.

Aladdín y la muchacha han huido hacia la calle desierta y ríen y caminan entre las sombras. Un niño llora en uno de los edificios cercanos y un perro ladra como respuesta. De una ventana sobre nuestras cabezas mana un olor a carne asada y fuertes especias. Aunque es probable que la marabunta de La Palestra siga chillando y vitoreando, de las anchas piedras a nuestros pies no escapa el menor sonido.

Me acerco silenciosamente por los adoquines con la cola erguida y las orejas alerta tratando de oír algo por encima de las carcajadas y los susurros de Aladdín y su nueva amiga. Al final se detienen y se miran a la cara. La chica le coge las manos y lo atrae hacia sí.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta él.

—Primero dímelo tú.

—Aladdín.

—He oído hablar de ti. —Sonríe y le acaricia el pecho.

Aladdín está totalmente embriagado, y no sólo de vino. La empuja con delicadeza hasta que su espalda toca la pared y aspira el aroma de su pelo.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué has oído?

La chica sube las manos y le roza la mandíbula y los labios.

—Que eres audaz y el mejor en lo que haces. Que —le planta un suave beso en el lateral de la mandíbula— incluso le robaste algo muy valioso al príncipe Darian.

Él se interrumpe y murmura entre su pelo:

—¿Y dónde has oído eso?

—Ya sabes cómo somos las mujeres. Nos gusta chismorrear.

—¿Sobre mí? —Esboza una amplia sonrisa.

Ella se echa a reír y levanta la cara para seducirlo con sus labios, pero, cuando él hace amago de darle un beso, la joven gira la cara y dice en un tono completamente distinto:

—*Por fin*. Apresadlo, chicas. Es él.

Antes de que pueda hacer el más mínimo movimiento, varias jóvenes aparecen por el callejón que hay detrás de Aladdín y le echan una bolsa negra por la cabeza. La muchacha a la que ha estado a punto de besar lo golpea y lo deja inconsciente. Las reconozco en el acto: las espectadoras silenciosas de La Palestra.

—Qué lástima —suspira la cabecilla—. Me da la impresión de que habría sido un buen beso.

Y, a continuación, ella y las demás lo arrastran por la calle hasta que se los traga la oscuridad.

CAPÍTULO 7



Al transformarme en un gorrión y adelantarme volando, puedo seguir a las chicas que callejean a toda prisa acarreado el cuerpo inconsciente de Aladdín. La luchadora toma la delantera y se abre camino en silencio hacia el sur por callejuelas para evitar las zonas más concurridas e iluminadas.

Por ahora, las sigo como una sombra silenciosa a la espera de ver lo que pretenden hacer. Para ser sincera, en este momento estoy un poco enfadada con Aladdín y no muy inclinada a descender en picado y salvar su borracho pellejo.

«¿Ves lo que pasa cuando besas a chicas desconocidas en callejones oscuros?», me entran ganas de decirle.

Las muchachas se detienen para descansar al cabo de unos minutos y dejan caer a Aladdín pesadamente al suelo. Me poso en una viga por encima de ellas y presto oídos a lo que dicen.

—¿Hasta dónde lo vamos a llevar? —pregunta una. Su voz suena chillona y aniñada a través del velo.

—¡Pero si no hemos llegado a ningún sitio! —responde otra.

—¡La espalda me está matando!

—Yo sí que te voy a matar si no dejas de quejarte, Ensi.

—¡No digáis nombres! —les grita la líder.

—¡No hay nadie escuchando! —protesta Ensi—. ¡Mira a tu alrededor: estamos solas!

—Siempre hay alguien escuchando, así que calla y sigamos adelante.

Las chicas suspiran y levantan a Aladdín del suelo, dos por los brazos y dos por las piernas. Las vigas al descubierto que quedan por encima de ellas me proporcionan las perchas perfectas para revolotear de una a otra mientras las sigo.

—Pesa más de lo que parece —se queja una.

—Es puro músculo —dice entre risitas Ensi, que lo acarrea por uno de los brazos y le aprieta el bíceps admirada—. No nos dijiste que fuera tan guapo. ¡Qué pena que hayamos tenido que ponerle una bolsa en la cabeza! ¡Y lo tenías comiendo de tu mano!

—Shhhh. —La cabecilla se gira y se lleva un dedo enérgicamente a los labios para indicar que se calle.

De repente, una sombra cae delante de ellas y las chicas se detienen. La sombra se levanta y se retira la capucha; es otra chica, esta vez alta y ágil, que alza un arco flexible.

—¡Raz! —grita Ensi—. ¿Qué pasa?

—Guardias más adelante. Demasiado tarde para huir. Actuad como si nada —informa.

Las chicas maldicen, dejan caer a Aladdín de cualquier manera, lo ruedan hasta un desagadero y se apoyan en la pared para esconderlo con sus mantos. Yo me poso en el borde del tejado de arriba y el frío viento de la noche agita mis plumas. Desde mi posición, puedo ver más allá de la esquina, por donde los guardias se aproximan a las muchachas. Hay seis en total y llevan cota de malla y yelmos puntiagudos.

Cuando doblan la esquina, las chicas bajan la mirada hasta los pies. Si pretenden actuar como si nada, no lo están haciendo demasiado bien. Cinco jóvenes, vestidas de negro de la cabeza a los pies, plantadas en silencio junto a un desagadero no es precisamente lo que sueles encontrarte por la calle, y mucho menos en mitad de la noche.

Y, de hecho, los guardias se detienen en el acto al divisarlas.

—¡Vosotras, las de ahí! —grita uno—. ¿Qué tramáis? ¿Es que no sabéis que hay toque de queda?

—Íbamos de camino a casa —dice la líder evitando mirarlos directamente a los ojos.

Los guardias, en lugar de seguir adelante, las rodean sonriendo y dándose codazos.

—¿Y qué casa es esa? —suelta el primero—. ¿La casa del placer de *madame* Padime, tal vez?

Sus compañeros le ríen la gracia mientras los ojos les hacen chiribitas. Las chicas se apiñan. Mueven las manos con disimulo y sus dedos aferran armas escondidas. Tras ellas, Aladdín gruñe.

El guardia ladea la cabeza.

—¿Qué tenéis ahí, eh?

—Nada que os incumba.

La líder levanta la barbilla, da un paso al frente y mira al guardia de arriba abajo.

Este no puede más que soltar una carcajada.

—Os propongo una cosa, damiselas. Vamos a hacer un trato. Os vamos a dar la oportunidad de convencernos de que no os arrestemos por conducta sospechosa. ¿Qué os parece?

Ensi se le acerca sensualmente y le recorre el pecho con el dedo.

—Bueno..., eso me parece muy generoso por vuestra parte.

El guardia se pasa la lengua por los labios y le rodea la cintura con una mano serpentina, pero ella se gira para quedar fuera de su alcance y le arroja algo, un puñado de polvo azul que le explota en la cara. El hombre cae al suelo al instante. Ensi ya tiene preparado otro puñado de esa sustancia que se ha sacado de una bolsa que lleva en el cinturón. Las demás chicas desenfundan dagas y Raz coloca una flecha en el arco. Todas se cubren la cara con velos para protegerse de los polvos de Ensi.

Los guardias, desconcertados sólo por un instante, desenvainan sus espadas, pero las chicas ya están atacando. Se mueven con una precisión letal. El polvo envenenado de Ensi derriba a otro guardia, mientras que la cabecilla y una tercera chica dejan a otros dos inconscientes con las empuñaduras de sus dagas. Al principio no sé cómo la cuarta chica vence a su oponente, pero entonces la veo: una serpiente amarilla y blanca que le sube por el brazo. Su víctima echa espumarajos por la boca y pone los ojos en blanco al caer con una mano en la mordedura del cuello.

El último guardia retrocede con la cara blanca como la pared.

—Yo..., yo soy nuevo en esto. ¡Nunca pretendí..., por favor!

Se gira y huye.

La líder le hace un gesto con la cabeza a la arquera.

—No lo mates. Sólo están haciendo su trabajo, aunque merezcan castigo.

Raz asiente y tensa el arco. El hombre está a veinte pasos de distancia cuando ella dispara. Le da en el yelmo y lo derriba antes de que la flecha se desvíe sin causar mayor daño. El guardia cae de boca en las piedras y se queda quieto.

La pelea ha acabado incluso antes de empezar, sin que ni uno de los guardias haya dado un solo golpe. Las chicas lo despejan todo rápidamente y arrastran los cuerpos detrás de una pila de barriles entre dos edificios, donde yacerán desapercibidos hasta el amanecer. Ensi administra unas gotas de un líquido claro al de la picadura de serpiente.

—Sobrevivirá —dice—, pero no visitará sus casas del placer durante una temporada.

Le escupe y luego suelta una risita.

Su líder suspira y le da un empujoncito a Aladdín con la punta de la bota.

—Bueno, las cosas no han salido exactamente como yo esperaba. Tendremos que darnos prisa.

Ensi, cuya reserva de pociones y polvos parece no tener fin, reanima a Aladdín con una pequeña botella de líquido blanco que le pone debajo de la nariz. Él se despierta dando una boqueada y empieza a toser. Las chicas forman un corrillo a su alrededor con expresión seria.

Tras su breve escaramuza con los guardias, han atravesado la ciudad con Aladdín a cuestas hasta llegar a un viejo almacén cerca de la muralla sur. En el interior descansa el casco parcialmente construido de un barco, aunque, a juzgar por las telarañas que acumula, se ve que nadie lo ha tocado desde hace tiempo. Está bocabajo, como la caja torácica de una ballena. Las chicas obligan a Aladdín a arrodillarse bajo esa estructura con las manos atadas a la espalda. Yo me siento cerca, transformada en un gato negro de ojos verdes, y observo. La lámpara sigue oculta, pero quién sabe hasta cuándo.

Empiezo a sentirme exhausta. Primero el príncipe en el desierto, ahora estas jóvenes asesinas o lo que quiera que sean... Una cosa diré a favor del ladrón: el tiempo que he pasado con él ha sido de todo menos aburrido.

Aladdín pestañea y gruñe al levantar la cabeza.

—Por todos los dioses del cielo... ¿Qué...?

Se fija en las caras que lo rodean y se queda muy callado mientras la confusión se apodera de los rabillos de sus ojos. Ellas lo contemplan a la luz de las antorchas mientras él retuerce las manos atadas y sus dedos rozan la lámpara oculta.

—¿Qué demo...? Por todos los cielos negros, ¿quiénes sois?

—Nosotras somos las que hacemos las preguntas, ladrón —responde la cabecilla.

Él recorre la habitación con la mirada en busca de algo y yo salgo sigilosamente de las sombras. Cuando me ve, enarca una ceja y yo le guiño despacio como respuesta.

—¡Oh, mira! —grita Ensi siguiendo su mirada—. ¡Un gato! ¡Ven aquí, bonito!

Se agacha, me tiende una mano y yo corro hacia ella, me restriego contra su tobillo y ronroneo cuando me coge en brazos y me rasca las orejas. Aladdín pone los ojos en blanco por un momento. Yo le bufo.

La líder se quita la capucha y se echa la trenza por el hombro.

—Eres Aladdín, el hijo de Mustafá el sastre, ¿no?

—Termina el beso que estabas a punto de darme y a lo mejor te lo digo.

Ladea la cabeza y la estudia con fascinación.

—Recuerdo haber oído hablar de tu padre rebelde —responde ella, y recupera su atención—. De niña admiraba su coraje, aunque mis padres solían maldecir su nombre.

Él la observa con detenimiento y las comisuras de sus labios se curvan ligeramente hacia arriba, como si algo le hubiera hecho gracia.

—Derribaste al Toro como si no fuera más que una cabra. ¿Quién eres? ¿Por qué no he oído hablar de ti antes?

La chica se acuclilla delante de él, saca una daga y le da vueltas ociosamente mientras le clava la mirada.

—Hace unas semanas te contraté para que robaras algo y ahora lo quiero.

—¿Qué? —Aladdín desvía la vista hasta las demás chicas, desconcertado—. Mira, no sé de qué estás hablando. No te he visto en mi vida y te aseguro que no he robado nada...

La chica le pone la daga en la mejilla y él se tensa.

—El anillo —dice en voz baja—. ¿Dónde está?

Aladdín levanta una ceja.

—No me digas que trabajas para Xaxos. Si fuera así, habría oído hablar de ti, seguro.

—No trabajo para Xaxos —responde ella bajando la daga—. Xaxos trabaja para mí.

Él digiere sus palabras en silencio y la sorpresa se torna escepticismo.

—¿Me estás diciendo que tú eres el Fénix? ¿Que tú eres la misteriosa rebelde que liberó a esos prisioneros y detuvo una plaga?

—Nosotras le ayudamos —interrumpe Ensi haciendo un mohín—. No sé por qué no nos llaman las Fénix. Yo fui la que preparó todos esos tarritos con medicinas, ¿recuerdas?

—Cállate, Ensi —le ordena la cabecilla. Y, dirigiéndose a Aladdín, responde—: Es complicado, ¿de acuerdo? ¡Pero yo soy para la que Xaxos trabaja y a la que tienes que rendir cuentas por no darme ese anillo!

—El Fénix —repite Aladdín sacudiendo un poco la cabeza—. El Fénix. ¿Sabe Xaxos que eres una chica y que te dobla en edad? —Suelta una carcajada—. Me gustaría ver su cara...

—¿Cuánto va a durar esto? —pregunta de repente la arquera—. Van a darse cuenta de que nos hemos ido.

—Hay maneras más rápidas de interrogar a alguien —dice la de la serpiente. Se abre el abrigo y la víbora desciende por su brazo sacando la lengua. Yo me tenso en los brazos de Ensi y los vellos del cogote se me erizan. La serpiente levanta la cabeza y me fulmina con la mirada; a los animales nunca los puedes engañar con disfraces de genios.

—Calla, Javar —la reprende la líder—. Raz, vigila fuera por si a algún guardia le da por echar un vistazo.

La arquera asiente y se dirige a la puerta enganchándose el arco al hombro. Javar sigue con la mirada clavada en Aladdín mientras la serpiente se le enrosca en el brazo y descansa la cabeza en el dorso de su mano.

Aladdín traga saliva con la vista fija en el reptil.

—Mira, aunque lo que dices fuera cierto, no tengo el anillo. A lo mejor Xaxos no pasó el mensaje, pero jamás me hice con él. Y no es que no lo intentara. —Se ríe y encoge un hombro—. Soy el mejor ladrón de...

—Mientes. —La líder se levanta y se cruza de brazos—. Dos noches después de que le encargara a Xaxos que contratase a un ladrón para que robase el anillo, Darian salió al galope como loco en mitad de la noche con sus mejores soldados. No se le ha visto desde hace días. Sólo hay un objeto por el que iría tan lejos. Tú robaste ese anillo y ahora mismo vas a entregármelo.

—¿Qué quieres hacer con él? —le pregunta—. ¿Quién eres? ¿Una revolucionaria? ¿Una ladrona? ¿Cómo te llamas?

La chica se limita a mirarlo con la frente arrugada. Parece vacilar por un instante; luego levanta la vista hasta una de sus compañeras y asiente.

—Nesa, díselo.

Nesa, la más callada del grupo, se coloca detrás de la cabecilla y dice en voz baja:

—Aladdín rai Mustafá, presenta tus respetos a la hija de tu rey, tu princesa y soberana, Cáspida nez Anadredca de Partenia, Heredera del Trono, Joya de los Amulenos, la Querida de los Dioses, la Primera Hija de la Dinastía Anadredca.

Alarmada hasta la médula, miro a Cáspida con otros ojos. Una vez conocí a una anadredca: la reina Roshana Mizraya nez Anadredca. Esta muchacha es tu descendiente, habiba. Tu heredera. ¿Podría ser que, después de lo que pasó aquel día, tu sangre siga viva? ¿Que tu pequeña se salvara de la destrucción, saliera sin ser vista de Nerubia y fuera coronada entre las ruinas de tu imperio?

Aladdín se queda mudo e inexpresivo, pero yo veo con algo más que ojos. Mi sexto sentido recoge las vibraciones de conmoción y rabia que desprende su cuerpo.

—¿Te refieres a ella? —pregunta despacio—. ¿A la que he besado?

—Casi besado —lo corrige Cáspida.

—¡Es tu futura reina! —replica Javar, que lo empuja con el pie haciendo que caiga hacia delante—. Muestra más respeto.

—¡Basta, Javar! —Cáspida levanta una mano—. Apártate de él.

Javar le lanza a Aladdín una mirada de odio mientras da un paso al lado. Él vuelve a arrodillarse con mil esfuerzos y la cara pálida. Contempla a Cáspida con los ojos como platos. Y entonces suelta una carcajada que deja a las chicas estupefactas y que resuena en el almacén. Raz asoma la cabeza por la puerta y lo acalla, y sólo entonces para, aunque le entra un ligero ataque de tos.

—Lo siento, princesa. —Tiende las manos hacia delante y las cuerdas con las que le han atado las muñecas caen al suelo. Javar se le abalanza, pero Aladdín levanta una mano—. Tranquila, ojos de serpiente, que no voy a salir corriendo.

Y, girándose hacia Cáspida, le pregunta:

—¿Qué está pasando aquí? ¿Se supone que tengo que creer que eres una especie de rebelde para enterarme después de que perteneces a la realeza? —Apunta con el dedo a la puerta—. Ahí fuera hay gente que deja ofrendas en los templos en nombre del Fénix. Creen que eres una guardiana, una salvadora. Cantan tus alabanzas, llevan tu símbolo..., pero no tienen ni idea de que eres uno de ellos. ¡Uno de los mismos gobernantes opresores de los que creen que les estás protegiendo!

—Yo nunca me he proclamado salvadora de nadie —contesta ella con frialdad—. Y, créeme, ojalá pudiera contarles la verdad, pero no todas las batallas pueden librarse a plena luz del día. Esa gente de ahí fuera es mi gente, ladrón, y lucharé por ellos. El Fénix es el único modo que tengo de hacerlo. En cuanto salga de las sombras, mi tío se asegurará de que nunca más me cruce en su camino. ¡Aladdín, estoy de tu parte! ¿Por qué crees que le pedí a Xaxos que te contratara a ti para robar el anillo? Había oído que eras un buen ladrón, sí, pero creí que tú, más que nadie, entenderías mi causa.

—Pues supongo que no me conoces tan bien como pensabas —repite Aladdín en tono sombrío—. Yo no soy mi padre. No soy ninguna especie de rebelde ni de líder. Acepté el trabajo de Xaxos por dinero, punto.

—Basta —suspira Cáspida levantando una mano—. Ladrón, el anillo que robaste me pertenece. Lleva en mi familia cientos de años, desde mi antepasada Roshana la Sabia.

El pelaje del lomo se me eriza y Ensi me acaricia preocupada. Tú no tenías ese anillo, habiba. Si hubieras tenido un talismán tan poderoso, uno que condujera a su portador hasta mí, lo habría sabido. Mi interés por ese anillo se multiplica por diez y desearía con todo mi corazón que no se hubiera perdido.

—Esto se está prolongando demasiado —interrumpe Javar—. ¡Cachéalo!

—¡Yo lo hago! —se ofrece Ensi con la mirada encendida.

—¡Está bien, de acuerdo! —Aladdín se aparta zafándose de sus manos—. ¡Robé el anillo!

Ensi se retira con pesar y Cáspida entorna los ojos.

—Continúa.

—Lo robé y juro que iba a dárselo a tu Xaxos, pero... lo perdí en el desierto.

Ella frunce el ceño.

—¿Qué estabas haciendo en el desierto?

Él se calla, se muerde el labio y la contempla un momento antes de responder:

—Princesa, ¿alguna vez has llevado el anillo?

Ella vacila.

—Una vez.

—¿Y qué sentiste?

—¿Sentir? Nada. ¿A qué viene esa pregunta?

—Cuando yo me lo puse, me... habló o algo así. No con palabras, sino como si..., como si una cuerda tirase de un caballo. Me condujo hasta el desierto, como si quisiera mostrarme algo.

Las chicas, totalmente cautivadas, se van inclinando hacia él. Sus antorchas titilantes arrojan sombras danzarinas a sus caras.

—¿Y? —pregunta Ensi—. ¿Qué encontraste?

Él se encoge de hombros.

—Nada. Sencillamente, paró. Como si hubiera llegado adondequiera que me estuviera arrastrando. Pero allí no había más que unas viejas ruinas. Tal vez nunca hubiera nada. En cualquier caso, Darian me dio caza entonces y lo recuperó.

La princesa frunce el entrecejo, perpleja.

—¿Te refieres a las ruinas de Nerubia, la vieja capital amulena? Pero ese sitio está vacío y dicen que los yinns lo tienen encantado. ¿Estás seguro de

que no había nada?

—Sólo arena y torres desmoronadas. —Ladea la cabeza y sus ojos destellan a la luz de la antorcha—. ¿Adónde crees que conducía?

Cáspida mira por turnos a cada una de las chicas y luego a Aladdín con los ojos entornados, como sopesando si contárselo o no.

—No sé —dice al fin. Es buena mintiendo y a punto he estado de pasar por alto el aumento de los latidos de su corazón y la ligerísima pausa antes de hablar, pero no puedo adentrarme en sus pensamientos para ver exactamente qué sabe acerca del anillo y de la lámpara. ¿Sabe que conduce hasta mí? ¿Y sabe quién soy y que existe un vínculo entre nosotras gracias a ti, habiba, su poderosa antecesora?

Inquieta, me fijo más de cerca en ella y en sus colegas, tratando de discernir cuál es su objetivo. Al parecer, todas ellas son amulenas salvo una, la callada que escucha y habla poco. A juzgar por su aspecto y su acento, Nesa, de piel y pelo oscuros, es titoshi, aunque, por su vestimenta y su fluido amuleno, se deduce que ha vivido bastante tiempo en Partenia. Lleva el pelo peinado a rastas acabadas en punteras de plata que tintinean musicalmente cuando se mueve. Sólo la realeza se adorna el pelo con plata; el resto lo hace con bronce o cobre. ¿Qué hace una princesa titoshi tan al norte?

Entonces diviso algo remetido bajo su manto negro y los pelos del lomo se me ponen de punta. Para tener una mejor perspectiva, salto al hombro de Ensi y luego al de Nesa. Esta, sobresaltada, me coge en brazos y me acaricia la cabeza. Le meto el hocico bajo la capa, olisqueo la flauta que lleva en la cadera y me retiro bufando.

—¡Le estás haciendo daño! —protesta Ensi, arrebatándome de sus brazos. No pasa nada. He descubierto lo que necesitaba saber.

No es una flauta cualquiera y Nesa no es una chica cualquiera.

Es una encantadora de yinns, capaz de hipnotizar a los de mi clase con esa flauta, grabada con símbolos eskars, y atraparnos en botellas. La observo con desconfianza y sé que, ahora más que nunca, debemos alejarnos de allí, y rápido.

Porque ahora sé dónde está Zian.

CAPÍTULO 8

Cáspida se aparta de Aladdín y les indica a sus chicas que se acerquen para debatir sin que el joven las oiga.

—¿Lo crees? —pregunta Ensi en un susurro enroscándose mi cola en el dedo.

—Claro que no lo cree —interviene Javar—. Es un ladrón, mentiroso por naturaleza.

—No estoy segura de creerlo —responde Cáspida despacio mientras acaricia pensativamente con el dedo la hoja de su daga y mira por encima del hombro a Aladdín, que está de pie con las manos en los bolsillos como para parecer inofensivo—. Al fin y al cabo, ¿dónde está Darian? ¿Cómo ha logrado el ladrón escapar de mi primo y sus hombres y llegar a la ciudad antes que ellos? ¿Alguien ha sabido algo de Darian en la última semana?

Ensi niega con la cabeza.

—He interceptado todas las palomas mensajeras y no ha llegado ningún mensaje del príncipe.

—¿Y qué pasa con mi tío? ¿Sulifer se ha puesto en contacto con él?

—No que yo sepa. El visir apenas sale de los salones del consejo y mantiene sus asuntos en secreto.

—Tenías razón desde el principio, Javar —suspira la princesa—. Nunca debimos contratar a un tercero para que robara el anillo. Debí encargarme yo misma.

—Sulifer te tiene muy vigilada —objeta Ensi—. Nunca habrías podido quitárselo y, si te hubieran pillado, las consecuencias habrían sido demasiado graves. Por cierto, deberíamos volver al palacio.

La serpiente de Javar se retira y me sisea; yo le devuelvo el gesto. Javar le coge la cabeza y vuelve a metérsela en la capa.

—¿De verdad importa tanto que Darian no aparezca? Yo no derramaría ni una lágrima si no lo hiciera nunca. Imagínatelo, Cas. No tendrías que casarte

con él.

—Dudo que sea tan fácil —responde Cáspida—. Y, por mucho que odie a mi primo, tampoco le deseo la muerte. —Hace una pausa y añade—: Tal vez una celda llena de ratas en las mazmorras, pero no la muerte. —Suelta un suspiro y se frota el puente de la nariz—. Hace tiempo que debimos destruir el anillo.

—No podíamos saber que Darian lo robaría —replica Ensi—. Ha estado seguro en esa cripta durante cientos de años. No es culpa tuya, Cas.

—Yo debía custodiar el anillo de Roshana —se limita a responder ella—. No quiero quedarme aquí sentada de brazos cruzados. Quiero encontrarlo y destruirlo. No sé lo que hace, pero sé que tiene relación con los genios, y eso nunca es bueno.

—Insisto en que deberíamos volver al palacio —dice Nesa—. Ya llevamos fuera demasiado tiempo.

—¿Y qué hacemos con el ladrón? No podemos llevarlo a rastras —disiente Javar.

—Regístradlo —ordena Cáspida—. Por si está mintiendo.

Aladdín, que acaba de oír esta última indicación, me mira horrorizado, pero yo ya me he puesto en marcha. Salto de los brazos de Ensi y me sumo en las sombras; en cuanto no me ven, me convierto en humo. Aún dispongo de unos instantes antes de que registren a Aladdín y encuentren la lámpara. Dudo mucho que la princesa amulena sea tan comprensiva con respecto a mi presencia como lo ha sido Aladdín, sobre todo porque su propia doncella es una de las encantadoras de genios que probablemente hayan atrapado a Zian.

Me cuelo por una grieta en una pared y salgo por el otro lado. No tardo en armar un intenso alboroto: pego un golpe contra el almacén y grito con una voz masculina y penetrante:

—¿Quién anda ahí? ¡Sal para que te vea!

Raz, que monta guardia, corre al interior para avisar a las demás. Me transformo en viento y abro la puerta con una ráfaga, pero las chicas, alertadas por el ruido, ya no están, han huido hacia la lóbrega ciudad con pasos presurosos. El único que queda es Aladdín, al que veo ileso. Le da una palmadita a la lámpara.

—¡Excelente intervención! —exclama—. No me importaría llevarte conmigo cuando trabaje.

—Si me llevaras contigo, no tendrías que trabajar.

—Visto así...

Va hacia la puerta y contempla la noche con el cuerpo rígido. Parece una oscura corriente de agua bajo un mar en calma.

Vuelvo a convertirme en una chica, esta vez vestida de seda negra con unas diminutas damas de noche salpicadas por el pelo. Mientras espero a que hable, hago aparecer pulseras en mis muñecas, cada una de las cuales lleva inscrito un verso de la «Canción de Roshana», el poema que doce de los mejores poetas del mundo compusieron en honor de tu decimonoveno cumpleaños.

*Roshana Mizraya, Reina Guerrera,
que combatías en las alas de un genio.
Roshana Mizraya, justa y audaz,
que blandías una espada de oro y acero.
Por amor o por miedo, juraban tus enemigos
que no volverían a luchar contigo.*

No puedo dejar de pensar en la princesa. Después de tu muerte, *habiba*, alguien debió de sacar a tu pequeña de Nerubia antes de que los genios destrozaran la ciudad. Tu linaje pervive y, al parecer, tu espíritu también: esta Cásvida es una fierecilla, igual que lo eras tú. ¿Qué pensaría de mí si supiera quién soy? Mi vieja culpa persiste en mis entrañas, como un lobo que se oculta en una cueva, y alzo la vista hasta el palacio en el distrito norte, que reluce como una perla bajo las estrellas.

Ahora combate a los yinns. Incluso dispone de su propia encantadora. No sé si Nesa será la que ha embotellado a Zian, pero los encantadores de genios no abundan y no puede haber muchos en la ciudad. De modo que todo apunta a que el palacio real es el mejor lugar donde comenzar mi búsqueda. Aunque no lo retengan en su interior, tal vez encuentre una pista que me revele su paradero.

Pero primero tengo que averiguar la manera de llegar hasta allí.

Observo a mi amo.

Al fin se mueve; se gira para mirarme por encima del hombro mientras sus dedos tamborilean en la lámpara.

—El Fénix es la princesa —murmura—. Y estoy hablando con una yinn. ¡Por todos los dioses! ¡La noche se va enrareciendo por momentos!

Echa a andar por la oscura calle como a ciegas. Dejamos atrás otros almacenes y establecimientos cerrados de ebanistería y carpintería de navíos. Un perro se aparta del camino de Aladdín y me gruñe erizando los pelos del lomo. Es evidente que mi disfraz humano no ha logrado engañarlo. Pasamos

por delante de las puertas de la ciudad, cerradas en mitad de la noche. Están bañadas por la luz anaranjada de los enormes braseros que cuelgan de arriba y hay varios centinelas apostados a sus flancos. Aladdín los rodea con sigilo sin desviarse de las sombras.

Por fin llegamos al centro de la ciudad, donde el río fluye por un canal de piedra. El agua se ve negra y profunda y corre a gran velocidad; los márgenes están delimitados por bajos muros de sillares. Los desechos procedentes de las casas y de las cloacas se vierten al río a través de unas rejillas y se unen a la frenética corriente hacia el mar.

Aladdín se detiene en el centro de un puente arqueado cuyo parapeto de madera lisa está soportado por estatuas talladas a imagen y semejanza de los semidioses. Al pie de cada estatua han dejado unas pocas ofrendas: velas, flores, muñecos de paja..., cada una en representación de una plegaria. A los pies de Nikora hay diez veces más que en los del resto, y tantas velas encendidas que parece resplandecer. Nikora es la semidiosa de los pobres y los oprimidos y su emblema es el fénix.

Aladdín se para ante su estatua durante un buen rato con las manos metidas en los bolsillos. Sus rasgos se suavizan a la luz de las velas. Su capa, andrajosa y remendada, ondea con la suave brisa que sopla río arriba.

—Ella es el auténtico Fénix. Y la gente la adora. —Alza la cara para mirarme—. No recuerdo la última vez que este pueblo adoró a alguien de verdad. Incluso mi padre fue odiado por muchos por causar problemas.

A lo largo del parapeto contrario crecen enredaderas pobladas de blancas damas de noche. Me asomo y miro al río que fluye debajo, apresurándose hacia los acantilados, desde donde salta hasta el plácido mar, como una novia enamorada que corre para reunirse con su prometido. Aladdín se aparta del pequeño altar y viene hacia mí con los hombros encorvados en una pose reflexiva.

—Cuando era pequeño —dice en voz baja—, solía venir a este puente con mi padre. Hacíamos barquitos de madera y él les cosía velas. Luego los echábamos al agua y corríamos por la orilla para ver cuál salía primero de la ciudad. Una vez resbalé y caí al agua, y mi padre saltó para rescatarme. Ni siquiera sabía nadar. No sé cómo lo hizo. Más tarde me contó que la diosa Nikora debió de sacarnos del río. —Se gira y contempla el altar—. Le dejamos un barquito como ofrenda de gratitud. Pero yo nunca creí en ella. La gente recuerda a mi padre como un héroe que prendía fuego y lideraba a las multitudes. Yo lo recuerdo como un héroe por lo que hizo aquel día en el río.

A continuación, vuelve a girarse hacia mí y prosigue:

—Yo no soy un héroe, Zahra. No soy mi padre. —Se aparta y se saca algo de la manga. Es una de las dagas de la princesa, cuya empuñadura presenta unos delicados lirios grabados. No tengo ni idea de cómo se la ha birlado—. La noche que me colé en el palacio para robar el anillo, me llevé una daga como esta. Mucho más sencilla, por supuesto, pero de la misma longitud y peso. —La tantea con el dedo—. Después de hacerme con el anillo, me colé en los aposentos de Sulifer. Me cerní sobre él en su lecho y blandí la daga mientras intentaba reunir el valor suficiente para rebanarle la garganta.

Suspira y la clava en el parapeto, lo que hace temblar la empuñadura.

—A lo mejor soy un cobarde, pero no pude vengarlos. Cuando el anillo empezó a tirar de mí, supe que debía de estar encantado y pensé que, si era tan valioso como para que el príncipe lo guardara bajo llave en su propia alcoba, tal vez pudiera vengarme robándole aquello a lo que condujera. Que resultaste ser *tú*, y entonces me dije: «esta es mi oportunidad». Pero ahora que no tengo más que desearlo, resulta que soy demasiado cobarde hasta para eso.

—Yo diría que *cobarde* no es la palabra adecuada —susurro.

Se encoge de hombros y extrae la daga del parapeto.

—Y ahora aparece esta princesa. Llevo toda la vida creyendo que era como el resto de la realeza: egoísta y malcriada. Al fin y al cabo, está prometida con Darian, y se rumorea que su padre es adicto al simon y un auténtico despojo. Para colmo, su tío ejecutó a mis padres. —Alza la daga y contempla la hoja con gesto pensativo—. Pero resulta que es el Fénix y que está de nuestro lado. ¿Cómo se come eso?

—Las apariencias engañan.

Me mira.

—¿Como en tu caso?

Enarco una ceja.

—¿Y qué parezco yo?

Me examina y de repente me da tanta vergüenza que tengo que alejarme un poco. Cojo una dama de noche y le quito los pétalos uno a uno, dejándolos caer al río.

—Pareces triste —dice finalmente—. Y sola.

Dejo caer el tallo y me echo a reír.

—No sabes nada de mí.

Vuelve a encogerse de hombros y me observa con detenimiento.

—No creo que seas la misma yinn de la que hablan las canciones. Creo que hay más cosas en tu historia. ¿De verdad mataste a esa reina? Dudo mucho que lo hicieras.

Lo miro un poco confundida.

—Sí que la maté. Soy una genio, Aladdín. Y los genios somos desalmados, nunca pienses lo contrario.

Agacha la vista y acerca una mano hasta que el dorso de uno de sus dedos me toca la muñeca. Lo observo casi sin respiración. La piel se me calienta por el suave contacto.

—Me has salvado la vida dos veces. No puedes ser tan desalmada como dices.

Me aparto rápidamente y retiro las manos.

—No hace falta que digas eso.

Él arruga la frente y aparta la mano.

—A lo mejor es que quiero hacerlo. Un ladrón puede tener honor. Y una yinn, corazón.

El clamor del río me satura los oídos. Evito su mirada y cruzo hasta el otro lado del puente, desde donde contemplo el norte y la oscura silueta del monte Tisia. Me cuesta tragarme el nudo que se me ha formado en la garganta.

Necesito un plan. Un plan para entrar en el palacio.

Un plan para enfriar los rescoldos que ha avivado el roce de Aladdín.

Me giro y lo pillo observándome con prudencia y curiosidad.

—Deberías formular un deseo.

Su mirada se torna escéptica.

—¿Qué?

Una parte de mí se odia por alimentar su obsesión. La parte que quiere que le diga que está obsesionado con los muertos, que sé muy bien cómo se siente, pues he bebido ese veneno muchas veces. Ahora mismo estoy embriagada de él. Pero no lo hago, pues soy un espíritu egoísta, así que alzo la vista hasta la luna menguante. Casi puedo sentir que el vínculo que me une a la lámpara se rompe para siempre.

—La princesa —digo—. Es la heredera del trono, ¿no? El hombre que se case con ella será el más poderoso del reino. —Me giro y miro la estatua de Nikora—. Podría hacer lo que quisiera. Mandaría sobre el visir, el ejército, los guardias de la ciudad...

Me doy cuenta de que se ha puesto rígido, de que su cuerpo está tan tenso como la cuerda de un arco.

—¿No lo ves? Sería la solución. Podrías ejecutar tu venganza sin necesidad de matar a nadie. Yo te ayudaría.

—¿Qué quieres decir?

Sonríó y me inclino para susurrarle:

—Puedo colarte en el palacio. Darte poder, riqueza y títulos. Puedo ayudarte a conquistar a la princesa y, al hacerlo, tendrás tu venganza. ¿Qué crees que enfadaría más a Darian que ver cómo su enemigo le arrebatara a su prometida? ¿Acaso habría algo más dulce que ver al visir doblegarse ante ti cuando seas su príncipe?

Aladdín contiene la respiración y reparo en que ha entendido mi planteamiento. No es la primera vez que me siento tan atroz. Siempre he odiado a los genios por ser tan crueles y egoístas. ¿Recuerdas que una vez te dije que no era como ellos? Sin embargo, en el hueco que tengo por corazón, sé perfectamente que lo soy.

Soy una yinn estupenda, lo cual es una calamidad.

Pero la libertad, *habiba*... Por la libertad soy capaz de cualquier cosa. Me atterra pensar lo lejos que sería capaz de llegar para conseguirla. Pero nunca he querido nada con tantas ganas, de modo que me trago los escrúpulos y asiento para animar a mi amo.

—Podría funcionar —susurra—. ¡Zahra, eres brillante!

Me enderezo; las manos comienzan a hormiguearme.

—Entonces, di las palabras.

Aladdín hace una pausa, coge aire y se arma de valor. Cuando habla, lo hace completamente convencido:

—Zahra, deseo que me conviertas en príncipe.

Dos: la princesa

Como siempre hacían a última hora de la tarde, cuando el sol estaba a punto de ponerse y el día se tornaba un poco neblinoso, la reina y la yinn paseaban juntas a la sombra de los Jardines Enjoyados situados en el seno del palacio, que la reina había deseado y la yinn había materializado para ella. Hablaban de muchas cosas: de guerras y gobernantes pasados, de tierras remotas, de dioses y genios. Pues los genios han vivido y presenciado muchas cosas y la reina, que poseía una mente despierta, tenía muchas preguntas que hacerle.

Al fin, dijo:

—Te has convertido en una amiga y una hermana para mí. No sólo agradezco tus consejos, sino tu compañía. ¿Puedo pedirte algo?

A lo que la yinn respondió:

—Muchos amos he tenido, pero ninguno como tú, mi reina. Me siento muy honrada de ser tu amiga y responderé a todo aquello que me preguntes.

—Entonces, ¿qué es lo que tanto te inquieta? —dijo la reina—. Reconozco esa mirada en tus ojos: tus pensamientos están revueltos como el mar en una tempestad.

—Cierto es, habiba —respondió la yinn—. Pues tengo miedo.

—¿Qué temes? Dilo y acabaré con ello por ti.

La yinn tomó las manos de la reina entre las suyas y repuso:

—El amor entre los genios y los humanos lleva mucho tiempo prohibido y, sin embargo, mi corazón te siente como una hermana.

—¿Y quién va a atreverse a prohibir lo que sentimos? —quiso saber la reina.

—Aquel al que llaman Narduja, el shaitán, que gobierna a los genios y a toda Ambadia. Es tan antiguo como los dioses y nadie puede vencerlo. Si se enterase del amor que te profeso, rauda sería su ira. Pues he aquí la primera

regla de los genios: que ninguno sienta amor por un humano. Le debemos lealtad a Narduja y a nadie más.

—Entonces que salga de su morada y venga a decírmelo a la cara. Yo no me inclino ante las leyes de los que infunden temor. Prohíbe esto y aquello sin ser todopoderoso. Si se formulara el Deseo Prohibido, nada podría hacer para detenerlo.

Al oír aquello, la yinn lanzó un grito lastimero.

—¿Qué sabes tú del Deseo Prohibido?

—Una vez me contaste que el shaitán era el único que podía liberarte de la lámpara, pero ahora sé que no es cierto, que yo misma podría desear tu libertad y él no sería capaz de impedirlo.

—No te falta verdad —dijo la yinn con pesar—. Pero cada deseo tiene un precio y el del Deseo Prohibido es tu vida. Jura por las almas de tu pueblo que nunca pronunciarás esas palabras. Nunca me perdonaría que sufrieras por quererme. Ya hemos transgredido la ley que separa a los hombres y a los genios y temo que nuestro tiempo juntas toca a su fin.

—No digas eso. Tenemos hoy, y ayer, y nos aprovecharemos del mañana. Tendremos todo el tiempo del mundo si somos lo bastante listas para conseguirlo.

—¿Y de qué sirve el tiempo frente al poder de Ambadia?

—Querida yinn. —La reina esbozó una sonrisa—. El tiempo es la magia más poderosa que existe.

*Extracto de La canción de la caída de Roshana,
última reina de Nerubia,
de Paris zai Mura,
guardiana y escriba de la reina Roshana*

CAPÍTULO 9

El poder impacta en mi cerebro como un rayo.

Aladdín lo irradia en forma de tentáculos brillantes que me suben en espiral por brazos y piernas. Me atraviesa la piel y se concentra en mi pecho convertido en una bola de energía candente. Se me erizan los vellos de los brazos. Esta sensación es como tragarse el sol. Hacía siglos que no sentía tanto poder a mi disposición. El primer deseo de Aladdín no fue más que una triquiñuela, una mera reestructuración de la realidad. Sólo hizo falta un charco de magia. Este deseo clama un océano entero.

Por supuesto, Aladdín no se percata de nada de esto. Como mucho, ve que inspiro hondo y que abro más los ojos. Me observa atentamente, ruborizado por la emoción.

Abro las manos, donde la magia se enrosca formando patrones dorados y me penetra en la piel. Convertir a Aladdín en príncipe tiene su aquel. No habrá un grandioso despliegue de llamaradas y explosiones. Nada de florituras ni fanfarrias. En los viejos tiempos, habría creado todo un espectáculo que se habría visto en leguas a la redonda; pero, si lo van a recibir en el palacio en lugar de decapitarlo delante de él, la cosa debe hacerse con discreción. Cribo mis pensamientos como si de arena se tratara, en busca de gemas escondidas.

—Dame la mano —le digo.

Él baja la vista hasta mi mano tendida y se estremece.

—¿Qué vas a...?

Presa de la impaciencia, ¡pues debo liberar esta magia o explotaré!, lo cojo de la mano justo cuando el mundo empieza a dar vueltas y, de repente, aparecemos en lo alto de un acantilado. Al fondo, muy al fondo, las olas se estrellan contra las rocas, y la luna, suspendida sobre el agua oscura, parece mucho más grande y cercana que en la ciudad.

Aladdín grita y retrocede a trompicones para alejarse del borde con muy mala cara.

—¿Qué haces? —suelta ahogando un grito.

—Pensar.

Desvío la mirada hasta el mar y mi visión se tiñe de locura. Este subidón de poder es embriagador. Veo infinidad de posibilidades resplandeciendo en cada superficie del mundo, del mismo modo que un escultor debe de ver formas escondidas en un bloque de piedra. Puedo cambiarlo, moldearlo, fundirlo del modo que mejor me convenga para concederle el deseo. Siento una quemazón de impaciencia en las manos. Mi cuerpo rezuma energía.

Extiendo una mano y señalo con ella el horizonte, concentrándome con todas mis fuerzas. A lo lejos, en el mar iluminado por la luna, la magia se condensa. El agua empieza a hacer espuma. El aire canta y quema. Veo los hilos de realidad, los atrapo, los retuerzo y los tejo para formar nuevos patrones. El agua se torna madera; el aire, tela. Reúno los elementos y los transformo.

—Es un barco —susurra Aladdín, que ahora se encuentra al borde del precipicio, embelesado.

—Es tu barco —le digo.

Al cabo de unos instantes, está terminado. Es de cedro rojo y cuenta con tres hileras de remos y un alto mascarón con la forma de un león en pleno rugido. El reluciente espolón de abajo está pintado de negro. Un barco de guerra en toda regla. Un barco propio de un príncipe.

Cuando el mar que lo rodea se calma, me giro hacia Aladdín, que sigue boquiabierto como una almeja.

—¿Y bien? ¿Quieres verlo más de cerca?

—Esto —dice Aladdín sin aliento— es *increíble*.

Está plantado con aire orgulloso en la proa, deleitándose con la belleza de mi barco mágico.

—Me alegro de que te guste —murmuro. Me asomo por la borda con el estómago revuelto. En cuanto nos transporté a la cubierta del barco, sentí una oleada de arrepentimiento.

—¿Estás mareada? —me pregunta Aladdín con los ojos brillantes de diversión.

—Cállate, humano.

Tras hacer aparecer el barco y transferirnos a ambos a su cubierta, lancé un conjuro a los remos y los puse a funcionar, pero llevamos el viento en contra y las olas golpean el casco como el latigazo de la cola de una ballena. Siempre he odiado el mar. Tan oscuro, profundo y mojado... Se traga cosas y nunca las devuelve.

Con un estremecimiento, sacudo la mano en la dirección de los remos y aumento un poco la velocidad.

Debe de parecer que arribamos a puerto como cualquier otro barco, razón por la cual lo hice aparecer a tanta distancia. Cuenta la leyenda que el príncipe Razad rai Asnam, el hijo menor del sah de Istaria, se hizo a la mar para explorar el mundo y hacer fortuna. Tras un terrible desencuentro con una tribu de malvados márids, sólo él y su sirvienta, la humilde pero encantadora Zahra, sobrevivieron. Ahora hacemos nuestra entrada renqueante en el puerto de Partenia para pedir refugio en la corte del rey.

¡Una lástima! Contemplo el precioso barco e intento decidir cuál es el mejor modo de destruirlo.

—Aladdín, es mejor que te me acerques.

—¿Por qué? ¿Qué vas a...? ¡No! ¡Mi barco no!

—¡Agáchate!

Envío un torrente de agua por encima de su cabeza para que parta el mástil y desgarré las velas. Aladdín observa consternado.

Unas cuantas olas, algunas marcas de dientes en los tablones —los márids son especialmente conocidos por sus terribles mordeduras— y un agujero final en el casco rematan el trabajo. Lo hago rápido mientras combato la náusea. Aladdín parece estar al borde de las lágrimas al contemplar cómo acribillo su precioso buque.

Una vez convenientemente machacado y maltrecho, el *Artemisia* surca las aguas como un pato mareado. Aladdín y yo nos apiñamos contra el mástil y hacemos todo lo posible por parecer destrozados, lo cual no resulta difícil, pues el vaivén de las olas me ha dejado indispuesta e irritable, mientras que Aladdín se muestra pensativo y encerrado en sí mismo. Como toque final, cambio nuestra ropa por trajes caros, de seda y damasco, pero harapientos y sucios.

El aspecto de Aladdín es un problema; la princesa y sus sirvientas le han visto la cara y no se me ocurre cómo podríamos explicarlo, de modo que hago que una pizca de magia descienda sobre sus rasgos y cree una máscara glamurosa. No es un conjuro infalible: alterar de manera permanente su aspecto requeriría otro deseo, pero es suficiente para que no lo reconozcan.

Cuando la princesa mire a Aladdín, verá a un joven que sólo tiene un remoto parecido con el ladrón de La Palestra.

Mientras esperamos a que la marea nos arrastre hasta el puerto, inculco a Aladdín su nueva identidad y se la hago repetir una y otra vez hasta que levanta las manos en un gesto de desesperación.

—¡No voy a repetirlo ni una maldita vez más, yinn!

Ofendida, me cruzo de brazos y aparto la vista.

—No quiero acabar muerta a manos de una de tus asesinas de yinns.

—Ni yo. Mira, lo tengo todo bajo control.

Le dedico una mirada dudosa, pues no estoy nada convencida, y entonces sonrío.

—Nubecilla, si algo se me da bien es improvisar.

Y así es como llegamos a Partenia el príncipe Razad rai Asnam de Istaria, cansado del viaje pero elegante, y su sirvienta. Todo pasa en un abrir y cerrar de ojos una vez que nos remolcan al puerto. Unos soldados nos conducen rápidamente al palacio por la ciudad entre multitudes boquiabiertas. Allí nos dejan en manos de un grupo de ministros barbudos que acribillan a Aladdín a preguntas mientras lo acompañan por los resonantes pasillos. Mi amo, que se limita a responder con monosílabos, gira la cabeza a un lado y a otro para asimilar el esplendor de la corte parteniana. El palacio es de mármol y de arenisca, todo suaves curvas y espacios amplios y despejados llenos de susurros y pavos reales. Suntuosas alfombras y tapices añaden color a las paredes y al suelo, y dejamos atrás muchos patios en los que borbotean fuentes. Los nobles acechan en las esquinas, observando y cuchicheando, y van formando un cortejo que nos sigue a la zaga.

A Aladdín se lo llevan aparte y lo visten de seda fina y cachemir de vivos tonos verdes y dorados. De mí se olvidan la mayor parte del tiempo y dejan que acompañe a mi amo en silencio como una sombra. No me importa en absoluto. Ese tiempo me sirve para rastrear el palacio en busca de alguna señal de Zian, aunque me parece que mi búsqueda no va a ser tan sencilla. No lo detecto por ningún sitio.

—Alteza —dice un ministro que se acerca, con una barba larga y perfectamente peinada y la cabeza tocada con un alto sombrero cilíndrico púrpura y dorado—. Soy Jalil rai Feruj, ministro de Diplomacia de la corte del rey Malek. Sois de... ¿De dónde habéis dicho? Perdonadme. El nombre me resultó desconocido.

—Istaria —responde Aladdín—. Muy al sur.

—Ah, sí, por supuesto. —Jalil asiente, pero sus ojos siguen nublados de confusión. Le hace señas a un muchacho que espera con una brazada de pergaminos y que se apresta a acercarse. Jalil selecciona uno de ellos y lo desenrolla con la frente arrugada—. Istaria... Istaria... Debéis perdonarme, alteza. La memoria me falla últimamente.

Yo doy un paso adelante y agarro el borde del mapa mientras sonrío al ministro.

—¿Me permitís, mi señor?

Cuando está distraído, con la vista puesta en mí, la última gota de magia procedente del deseo de Aladdín se escurre de mi pulgar y recorre el pergamino convertida en tinta.

—Aquí está —digo, señalando.

Jalil baja la vista, pestañea y se fija en la diminuta isla de la parte inferior del mapa.

—¡Ah! Por supuesto. Bueno, permitidme que os acompañe al trono de Su Majestad, pues está deseando conocerlos.

—¡Llevadme, pues, anciano! —Aladdín le da al ministro una palmada en el hombro, pero, al notar las caras de estupefacción a su alrededor, tose y amaga una reverencia—. Quiero decir..., ejem, gracias, mi señor.

El pasillo que conduce a la sala del trono es elegante, aunque un poco recargado: cuenta con una serie de fantásticos arcos esculpidos con detalladas hojas y enredaderas y está soportado por columnas de mármol del color de la sangre. Unas ventanas altas entre los arcos dejan entrar la luz del sol, que hace que en la piedra brillen diferentes colores y patrones y que revela las delicadas vetas blancas del mármol rojo oscuro, como si las columnas estuvieran hechas de músculos al descubierto.

La sala del trono del rey se halla en el centro del palacio, como si del eje de una enorme rueda se tratara. Nos detenemos ante unas enormes puertas de teca pulida con tallas de vides. Las flanquean unos leones de piedra altos como tres hombres, con las fauces abiertas en rugidos silenciosos e infinitos y cuyos ojos ciegos nos miran fijamente desde las alturas.

Nos abren las puertas unos guardias estoicos con yelmos puntiagudos y nos adentramos en la sala más magnífica que he visto jamás en Partenia. Es descomunal y está dividida en tres secciones largas y estrechas por las dobles hileras de pilares de piedra que van de un extremo al otro soportando un techo que se eleva hasta formar tres gigantescas cúpulas. Las palomas sobrevuelan el espacio atravesando los rayos de luz que se cuelan por los vanos cuadrados

del techo, llenan el aire con el sonido de sus alas batientes y proyectan sus sombras por entre las columnas. En las paredes, unos grabados enormes representan secuencias precisas de batallas: algunas de ellas recuerdan una parte de la historia amulena que yo misma he presenciado, como el saqueo de Berus y la rendición del rey Madarash de las islas Baltoshi.

Me fijo en un bajorrelieve que me hiela la sangre: es sobre ti, *habiba*, en lo alto del monte Tisia, mientras Nerubia arde al fondo. Estás de rodillas con aspecto pío y trágico, mientras una fea yinn con cuernos, alas y garras se cierne a tu espalda y se prepara para rebanarte la garganta. Creo que se supone que soy yo. Bajo el relieve están grabadas las palabras La caída de Roshana la Sabia.

Aparto la vista y ya no miro más grabados.

En un trono situado en un estrado elevado en el centro de la sala, flanqueado por altos grifos de piedra pintados para que parezcan sorprendentemente reales, está sentado el hombre que heredó tu gran legado. Rodeado por la majestuosidad de este gran salón y empequeñecido por sus grifos de piedra, el rey de los amulenos es bajito y enclenque, y está encorvado en su trono bajo pesadas estolas de piel de leopardo. Tiene la tez pálida, casi translúcida, y le tiemblan las manos. El tono amarillento de sus ojos delata la fuente de su condición: humo de simon.

A los poderosos amulenos los gobierna un drogadicto.

Cáspida se encuentra de pie a un lado del trono con la mano posada en el hombro de su padre, como si le estuviera transmitiendo su fuerza. No tiene nada que ver con la chica que escupió y peleó en La Palestra la noche anterior, aunque los ojos se le notan un poco cansados. Lleva puesto un vestido dorado pálido y un fino chal de seda rojo echado por los hombros. Del dobladillo del vestido cuelgan unas borlas que le rozan la parte superior de las sandalias, adornadas con incrustaciones de piedras preciosas. Mira la cara engalanada de Aladdín como si le sonara de algo; sus ojos son fríos y penetrantes, y un poco recelosos.

Siento que a Aladdín le entra un poco de pánico al ver a Cáspida, pero se calma cuando mi hechizo aguanta y la joven no da muestras de haberlo reconocido.

En cuanto Jalil y Aladdín se acercan al trono, yo me retiro a las sombras que ofrecen los pilares y observo con detenimiento. Hay guardias en la base de cada columna, tan inmóviles que parecen estatuas, y no me impiden pasear a lo largo de la pared bajo los frisos. Otros sirvientes se mueven en las sombras y los nobles se reúnen en grupos de cuatro o cinco y hablan entre

susurros mientras observan a Aladdín con descarada curiosidad. Me fundo con ellos convirtiéndome en una sombra y me coloco a tiro de piedra del estrado, desde donde puedo oír y ver a la perfección.

El rey hace un esfuerzo por enderezarse cuando mi amo se inclina ante él, pero sus ojos están apagados y no muestran el menor interés. En esta sala hay poder, pero este no reside en el trono.

El pregonero de la corte, un hombre de pecho fuerte y grueso que lleva un alto sombrero puntiagudo, está anunciando al rey:

—... Malek hijo de Anushan hijo de Arab hijo de Oshur, Rey de Reyes, Rey de Partenia, Rey de Niroh, de Bedan y de Mon Asur, Elegido por Imohel, Bendecido por los Dioses, Preferido de Amul, Rey de los Amulenos...

Y sigue con su retahíla, enumerando una letanía de títulos aparentemente interminables, hasta que al fin se gira para quedar frente al rey y presentar a Aladdín.

—Presento a vuestra Excelsa Majestad a Razad rai Asnam, príncipe de Istaria.

La lista, ridículamente corta comparada con la de Malek, acaba ahí. Aladdín, que durante la larga y ardua presentación había permanecido inclinado en una reverencia, según las instrucciones recibidas de Jalil, se incorpora con cara inexpresiva y espera a que el rey se pronuncie.

Pero este se ha quedado dormido.

Jalil tose y se mira los pies. Aladdín, que se pone colorado, empieza a decirle algo, pero el hombre al otro lado del trono se inclina, le susurra algo al rey al oído y este pestañea con furia y baja la mirada hasta él. Entonces se endereza y fija la vista en mi amo con una de las manos colgando en el lateral del trono.

Mientras Malek saluda a Aladdín con un discurso ensayado y formal, en el que le ofrece hospitalidad y le desea salud, yo observo al hombre que ha despertado al monarca. El parecido entre el rey y él es patente, ahora que me fijo. El visir Sulifer es una versión más cordial y fuerte de su hermano mayor y su cuerpo está relleno allá donde el de Malek está hundido. Tienen la misma frente, la misma nariz aguileña y la misma mandíbula redondeada, rasgos que también comparte el hijo de Sulifer, Darian, aunque por supuesto él no está presente. El sobrino del rey tardará al menos una semana en hacer el viaje de vuelta al palacio. De modo que estos son los anadredcas, la dinastía amulena que heredó tu gran legado, *habiba*.

Cuando el intercambio de saludos formales termina, Malek se desploma en su trono, como fatigado, y deja que Sulifer lo releve. Los demás parecen

aceptar este hecho con alivio, como si consideraran a su rey un testafarro o un títere. Como si estuvieran pensando: «Por fin el tonto ha terminado». La única que parece preocupada por él es Cáspida, que le aprieta el hombro y desvía la mirada hacia Sulifer cuando este da un paso adelante.

Los ojos de Aladdín no dejan traslucir sentimiento alguno mientras contemplan al hombre que mató a sus padres. Sulifer se pone en pie delante del trono y se lo queda mirando. Viste ropa de corte militar, teñida de azul marino y con ribetes plateados. Lleva una espada ceremonial, cuya empuñadura tiene inscripciones en amuleno, metida en el fajín rojo. No lleva sombrero; el largo pelo canoso le roza los hombros y la barba es afilada y está perfectamente recortada. Hay una malicia en su rostro que me incomoda. Tal vez debería haberme transformado en una araña para colgarme de la oreja de Aladdín y susurrarle algún consejo.

Pero no. Si de verdad va a pasar por príncipe, debe aprender a serlo. A pensar como uno, a conspirar como uno, a mirar a lobos como el tal Sulifer a los ojos y no achantarse. Este es un momento crucial tanto para él como para mí. Yo le di el barco, la ropa, la historia que necesitaba para acceder a esta sala, pero, si realmente quiere convencer a esta gente de su falsa identidad, debe hacerlo aquí y ahora... y solo. Lo único que yo puedo hacer es permanecer en las sombras y urgirlo en silencio. «Sé improvisar», me dijo. Espero que no estuviera mintiendo. El destino de ambos depende de ello.

Sulifer le pregunta por su llegada a Partenia y mi amo repite la historia una vez más.

—Nunca antes habíamos oído hablar de esa tal Istaria —dice Sulifer.

—No me extraña —replica Aladdín con voz alta y clara—. Es muy pequeña y nuestra gente no suele aventurarse tan al norte.

—Pero vos sí —constata Sulifer.

—Sabíamos del poder de Partenia para ahuyentar a los genios. Eso naturalmente me intrigó, de modo que vine para aprender de primera mano, si me lo permitís, cómo hacer frente a esos monstruos. Vuestro valor y destreza no tienen parangón, según me han contado. No muchas ciudades están dispuestas a despertar la ira de los yinns; muy al contrario, les dejan ofrendas para apaciguarlos.

Suelto aliviada el aire que había estado reteniendo y experimento una oleada de orgullo. No muestra la menor vacilación, la voz no le tiembla en ningún momento. Es el mayor mentiroso que he conocido jamás, y mira que he conocido a mentirosos redomados, *habiba*.

Los demás asienten y murmuran agradecidos por sus palabras de elogio, pero Sulifer lo escruta con detenimiento y con sus astutos ojos entornados.

—Un discurso elocuente y un sentimiento valeroso, joven príncipe. Hablaremos más acerca de vuestros viajes una vez que hayáis descansado. Jalil, acompaña a nuestro invitado a sus aposentos y asegúrate de que no le falte de nada.

Aladdín hace una profunda reverencia.

—Os doy las gracias, mi señor, y a vuestra Excelsa Majestad. He oído hablar de la bravura de los amulenos y hallarme entre ellos es el mayor de los honores.

Se retira tras inclinarse brevemente ante Cáspida y no le da la espalda al rey hasta que llega a la puerta. Yo me cuelo entre la multitud y salgo de la sala justo antes de que las puertas se cierren.

CAPÍTULO 10

Tras un intercambio de reverencias y cumplidos por ambas partes que parecía no tener fin, llegamos a unos aposentos situados cerca del extremo oriental del palacio. Se trata de un conjunto de tres cámaras: una para pasar el tiempo y recibir a las visitas, un dormitorio para Aladdín y un exiguo cuarto de sirviente para mí. Las tres estancias dan a un pequeño patio con hierba poblado de lirios blancos y presidido por una higuera cargada de frutos. Cojo unos cuantos y me los echo en la boca mientras me paseo por las habitaciones fijándome en todo. El suelo de baldosas de arcilla blancas y negras está revestido de suntuosas alfombras, y los arcos abiertos que conducen al patio lucen vaporosos visillos. Aladdín entra al dormitorio y se tira en la cama dejando escapar un largo suspiro.

—¡Por los dioses! —Suspira—. Que me corten la cabeza, me descuarticen o me hagan lo que quiera que les hagan a los impostores, pero que me dejen dormir una noche en esta cama, que habrá merecido la pena. Puede que hasta les dé las gracias.

—¿Que *les* des las gracias?

Rueda sobre su estómago y se asoma por el vano de la puerta, me mira y sonrío.

—Bueno, he sido yo quien ha formulado el deseo, ¿no? Creo que me merezco todo el mérito.

Un higo le da de pleno en la frente y revienta. Él farfulla y se lame el jugo que le resbala por la mejilla.

—¡De acuerdo! Gracias, Zahra. —Se levanta y se apoya en el marco de la puerta con los brazos cruzados mientras me ve caminar por la habitación—. Sin embargo, para serte sincero, todo esto me da náuseas. Pensar que tantos de nosotros nos criamos durmiendo en las cloacas como ratas cuando un único hombre dispone de todo este espacio sólo porque delante de su nombre hay una palabra más... —Se interrumpe, su rostro se ensombrece—. ¿Lo has

visto? Ahí de pie como un rey, creyéndose intocable. El gran visir de Partenia. —Una seca sonrisilla tuerce sus labios—. Y yo aquí, justo delante de sus narices.

En ese momento llaman a la puerta y un par de sirvientes, un chico y una chica, entran con mudas limpias para ambos.

—Alteza, me llamo Esam —dice el chico— y esta es Chara. Estaremos a vuestro servicio durante toda vuestra estancia. Por favor, dejad que os ayude a vestiros para la cena.

Aladdín se ruboriza y tartamudea:

—Ah, no hace fal...

—En nuestra tierra es habitual que los príncipes se vistan solos —me apresuro a intervenir. No conviene que nadie descubra la lámpara oculta bajo la ropa de Aladdín—. Es una tradición que se remonta a muchas generaciones. Traed, yo me encargo. Seguro que os reclaman en alguna parte, ¿verdad?

Los acompaño hasta la puerta y se la cierro en las narices con una sonrisa.

—Entonces, si me presentan a un noble que sea mayor que yo, pero de rango inferior... —Aladdín, allí plantado en el patio de hierba, se mesa el pelo sin mucho ánimo—. ¿Me inclino así?

Hace una reverencia estirando un brazo.

—¡Por los dioses, no! —Yo estoy sentada justo delante de él degustando una granada fresca e intentando embutirle todos los buenos modales que pueda antes de la cena—. Esa es para un ministro que lleva en su cargo más de diez años o que dispone de una flota entera de barcos para él solito.

—¿Seguro? Yo creía que esa era esta. —Se inclina de nuevo con torpeza—. Pero bueno, ¿por qué te hago caso? ¡Llevas viviendo en una lámpara los últimos quinientos años!

Le tiro un grano.

—¡Pues sigo sabiendo cómo comportarme en una corte, que es más de lo que puedo decir de ti! Venga, ahora haz el saludo adecuado para un hombre emparentado con el rey pero sin derecho al trono.

Se queda pensando un momento y a continuación junta las manos y se inclina dubitativo hacia delante antes de enarcar una ceja esperanzada hacia mí.

—¡Me rindo! —gruño, y tiro la corteza de la granada a un lado—. ¡No hay nada que hacer contigo! Límitate a hacer una reverencia básica doblando

la cintura y dejemos que atribuyan tus nefastas aptitudes sociales a tu condición de extranjero. La gente suele ser más indulgente con los extranjeros.

Aladdín suelta un suspiro y se deja caer en la hierba.

—Esto es agotador. Tiene que haber una manera más fácil de acabar con Sulifer, una que no implique *inclinarse* ante él.

Han pasado una semana y dos días desde que llegamos al palacio de Partenia y aún no he hallado ni rastro de Zian. Ojalá tuviera el poder de congelar el tiempo, pero el tiempo es el único elemento que los genios no pueden controlar, ni siquiera el mismísimo shaitán.

Por las noches, cuando Aladdín duerme, me escabullo al pasillo, me transformo en un gato y exploro el palacio. Pero mi cadena invisible no es demasiado larga y, aunque he rastreado todo lo que queda dentro de mi alcance, la mayor parte del palacio escapa a mi control. Confío en no haber cometido un error al venir hasta aquí para después averiguar que Zian se encuentra en alguna otra parte.

Cuando Aladdín se despierta, le enseño el protocolo de la corte e intento que se comporte como un príncipe y que no lo sea sólo de palabra. Los sirvientes nos traen la comida dos veces al día y mi amo está bien provisto de ropa y otros artículos. Además, le llueven invitaciones por parte de nobles y mercaderes curiosos que quieren cenar con él, lo cual me deja algo de tiempo para explorar las restantes partes del palacio, si bien todavía no he averiguado nada.

Aladdín está impaciente por conocer a Cáspida, esta vez como príncipe Razad y no como ladronzuelo raptado, pero la joven es bastante esquiva y nadie, ni siquiera un príncipe, puede presentarse ante ella sin ser invitado. De modo que los dos nos sentimos frustrados y tensos, y las lecciones no nos ayudan demasiado.

En varias ocasiones, me dice con dureza:

—Ya improvisaré.

—¡Eres más tozudo que un camello apestoso! —protesto.

Él se limita a encogerse de hombros y a esbozar esa sonrisilla tan exasperante.

—Me han llamado cosas mucho peores.

A veces creo que se equivoca aposta para sacarme de quicio. Como hoy. Hemos hecho miles de reverencias y sigue confundiéndolas.

Alguien toca a la puerta justo cuando Aladdín empieza a dormitar en la hierba ignorando mi advertencia de que se manchará la ropa. Me mira de

rejo.

—Ve tú, anda.

Los ojos me echan chispas.

—No soy tu criada.

—Ya lo sé —contesta con una perversa media sonrisa—. Pero me encanta cuando te enfadas conmigo. Te sale humo de las orejas.

—¡Mentira!

Abro la puerta y me topo con dos jóvenes nobles en el umbral. A una la reconozco: Raz, la arquera alta que estaba presente la noche que la princesa secuestró a Aladdín.

El otro es un apuesto muchacho con cara de titoshi y rastas con punteras de plata. A simple vista juraría que es hermano, puede que hasta gemelo, de Nesa, la encantadora de genios y doncella de la princesa. ¿Llevará él también una flauta?

Me inclino ante Raz y saludo al titoshi a su manera tradicional: echándome el pelo sobre el hombro y tirándome de las puntas para demostrarle que no están tapadas y que, por tanto, mi condición es inferior. Una mirada de sorpresa y después de aprecio se refleja en sus rasgos. Luego se gira hacia Aladdín, le hace una reverencia y yo me aparto.

—Saludos, príncipe Razad, y bienvenido a Partenia. Soy Vigo, hijo de Vigor. Y esta es la señorita Razpur nez Miran. Hemos venido para acompañaros a la cena.

Aladdín hace una rígida reverencia que, por desgracia, es la que debería usarse sólo para saludar a los oficiales navales y franquea la puerta. Raz y Vigo se colocan a sus flancos y fingen indiferencia, aunque intercambian miraditas de curiosidad a su espalda. Yo los sigo sumisa con la cabeza gacha y los ojos y los oídos alerta para no perder detalle.

—Ya nos hemos enterado de vuestro viaje hasta aquí —dice Raz—. Nos encantaría que nos contarais más cosas en otro momento. Sobrevivir a un ataque de márids en alta mar... ¡es toda una proeza!

—Sí —coincide Vigo—. Toda una proeza, ¿verdad? Una proeza de lo más *heroica*.

Raz lo fulmina con la mirada y el titoshi se encoge de hombros.

Atravesamos un patio de baldosas y enfilamos un largo sendero enmarcado por una serie de elegantes arcos blancos a través de los cuales se divisa el cielo crepuscular. Una sirvienta vestida de gris va de un arco a otro encendiendo las velas ingeniosamente camufladas que, al prender, hacen que

los arcos brillen como si estuvieran encantados. A ambos lados, los cipreses recortados a modo de perfectas esferas desprenden un rico aroma terroso.

Raz ahuyenta a un pavo real blanco que se posa en el sendero justo delante de nosotros y extiende un brazo hacia un bajo edificio coronado por un bonito minarete. Aunque las paredes están cubiertas, se abren hacia el exterior y veo a los miembros de la corte sentados dentro.

—Por aquí, alteza. Vuestra doncella, por supuesto, puede unirse a los demás sirvientes en la cocina. —Aunque esta última indicación va dirigida a mí, Raz no me mira a los ojos y señala distraídamente en otra dirección, a un edificio de piedra más sencillo con varias chimeneas.

Asiento y camino hacia allí, pero, en cuanto me pierden de vista, me agacho detrás de los cipreses y me transformo en un pavo real. No es que sea mi forma favorita. Mis patas son enclenques y mi cabeza se bamboleará tanto que el cuello acabará doliéndome, pero es la manera más segura de colarme en el comedor. Ya hay otros pavos reales merodeando por el edificio. Nadie reparará en que hay uno más.

Así disfrazada, salgo a la luz arrastrando las largas plumas de mi cola y me dirijo con osadía al comedor.

Los miembros de la corte se dividen en dos grupos para la cena: hombres y mujeres. Están separados por celosías, aunque es más un acto simbólico que otra cosa, pues es fácil echar un vistazo al otro grupo a través de ellas, cosa que hacen la mayoría de los jóvenes comensales. Los nobles más viejos ignoran sus coqueteos. En la parte trasera de la estancia, un músico rasguea una dulce melodía en una enorme harpa, y reconozco en ella un eco de las canciones que se cantaban en tu corte, *habiba*. Los hombres están sentados en un inmenso círculo alrededor de un banquete de platos que las sirvientas vestidas de gris no paran de rellenar. Vienen cargadas con cuencos de arroz, pan de pita humeante, brochetas de cordero, ternera y pollo. Incluso al pavo real en el que me he convertido le parecen deliciosos los succulentos aromas a canela y azafrán.

Encuentro a Aladdín sentado entre Vigo y un noble anciano y melenudo que apesta a ajo. Mi amo asiente entusiasmado mientras Vigo le va señalando los platos que debería probar. Advierto con pesar que ya se ha pimplado medio vaso de vino. Mala señal, teniendo en cuenta que la noche aún es joven y que los amulenos lo acechan como leopardos hambrientos en busca de algún signo de debilidad. No con descaro, obviamente. Sus miradas son ladinas, pero la sospecha pesa en el ambiente, arde detrás de sus expresiones de agrado.

Inspecciono el comedor en pos del rey o de su hermano, pero ninguno parece estar presente. No hemos vuelto a verlos desde nuestro primer día en el palacio.

La cena de esta noche reúne a nobles de medio y alto rango, a juzgar por sus ropas y modales. Sin embargo, en el lado femenino de la sala, distingo a Cáspida y a sus doncellas. Susurran, ríen, dan sorbitos al vino y espían con disimulo a los hombres a través de las celosías. Vistas así, parecen inocentes e inofensivas como palomas, nada que ver con la cuadrilla combatiente que secuestró a Aladdín.

Me pavoneo por el perímetro de la habitación escuchando conversaciones, esperando oír hablar de algún genio prisionero, pero la charla es decepcionantemente mundana. Me planto al lado de Vigo y le picoteo el abrigo por si esconde alguna flauta, hasta que me da un manotazo y huyo despavorida.

De repente, se hace el silencio en la sala y todo el mundo se levanta. Aladdín trastabilla al imitarlos y hace una profunda reverencia cuando un grupito procedente del patio entra en el comedor. Al verlos, se me erizan las plumas.

Se trata de Darian y de tres de sus amigos. El príncipe va vestido con una *kurta* negra ajustada ribeteada con intrincados bordados, unos pantalones del mismo color y un fajín dorado. Hace un gesto de asentimiento hacia los presentes y todo el mundo vuelve a sentarse; varios de los nobles se echan a un lado para hacerle sitio.

—¡Príncipe Darian! —Un noble alza su copa de vino—. ¡Qué alegría veros de vuelta! ¿Cómo ha ido la cacería?

—Fatal —responde Darian—. No queda ni un antílope mayor que un perro en cien leguas a la redonda. Los malditos guls se han comido todas las buenas presas.

Los demás le dan una calurosa bienvenida y beben a su salud. Darian los saluda por sus nombres, aunque sus ojos se clavan en Aladdín. Les hace un gesto para que tomen asiento y señala con la cabeza a mi amo.

—Creo que no nos conocemos —murmura.

Aladdín hace una reverencia, sorprendentemente sereno.

—Soy el príncipe Razad rai Asnam de Istaria.

—Conozco vuestro nombre. Sería un pésimo anfitrión si no lo supiera todo sobre mis invitados, ¿no creéis? Aunque, al parecer, se sabe muy poco de Razad de Istaria. Uno casi se pregunta si no se tratará de un personaje de leyenda. —Gira las muñecas y abre las manos para que dos de sus sirvientes

se las limpien con trapos calientes y húmedos. Después se sienta y Aladdín lo imita. El príncipe parte un trozo de pan y lo moja en aceite y especias—. He oído que habéis tenido un encontronazo con los genios.

—Sólo con unos márids —responde Aladdín—. Pero me dieron bastante guerra. Perdí a mi tripulación y casi me llevan por delante a mí también.

—Y, sin embargo, aquí estáis. Imohel os favorece.

Darian coge la taza de té que le ofrece un sirviente.

—Imohel, el destino, la casualidad... Supongo que hay algo que vela por mí —replica Aladdín con frialdad.

A Darian le brillan los ojos por encima del borde de su taza.

—Qué suerte que encontrarais nuestro puerto justo cuando vuestro barco estaba a punto de hundirse. Yo diría que fue intervención divina, ¿no os parece?

—Prefiero dejar lo divino a los sacerdotes. —Aladdín se echa a reír—. Dadme un suelo firme bajo mis pies y una copa de este vino y le rezaré a un higo pinchado en un palo si queréis.

—¡Bien dicho! —exclama un joven noble alzando su vaso. Los demás brindan con él y Aladdín sonrío de oreja a oreja.

Darian contempla a los hombres, da un largo trago y deja su taza con un sonoro clinc.

—Debéis de ser un gran viajero para sobrevivir a un ataque de los márids, príncipe Razad. Bueno..., si es que podéis hablar de *sobrevivir*, teniendo en cuenta que mataron a toda vuestra tripulación. Decidnos, ¿cómo conseguisteis permanecer con vida? Debisteis de matar a docenas de esas criaturas.

Los hombres enmudecen y observan a Aladdín con expectación. El ladrón le aguanta la mirada al príncipe dibujando con los labios una tensa sonrisa.

—No perdí a toda mi tripulación —dice en voz baja.

—Ah, sí. Había una chica, ¿no? ¿Una doncella? Muy guapa, por lo que he oído. —De repente pone cara de sorpresa y chasquea los dedos—. Ajá..., entonces es cierto. —Se inclina hacia delante sonriendo—. No os preocupéis, lo entiendo perfectamente. Yo también he conocido a unas cuantas chicas capaces de hacerme perder una batalla. Estoy seguro de que vuestros hombres no os culpan por no subir a cubierta.

Guiña el ojo con complicidad y eleva su taza para que un sirviente se la rellene.

Aladdín se aferra a su copa de vino y su cara empalidece peligrosamente.

«No hables —le ruego en silencio—. No muerdas el anzuelo».

Los otros hombres, al notar la tensión entre los dos príncipes, se concentran en sus respectivos platos, aunque lanzan miraditas furtivas a Aladdín y Darian.

—Querido primo, ¿ya has vuelto? —pregunta una voz que corta limpiamente la tensión entre los jóvenes.

Todos los hombres se giran hacia Cáspida, que rodea la celosía que divide la habitación. Darian se levanta para saludarla; le toma la mano y hace una reverencia.

—Príncipe Razad, ¿habéis conocido a mi prometida? —Darian la estrecha contra sí y sus dedos juegan con las puntas de su pelo.

Aladdín se pone de pie y se inclina ante ella.

—Princesa. Es un honor conoceros.

—Es la mujer más bella de la ciudad —afirma Darian—. Quizás incluso del mundo entero. Cuando nos casemos, tal vez la lleve a dar la vuelta al mundo para que todas las naciones la comparen con sus mujeres más bellas. ¿Qué opinas, mi amor?

El rostro de Cáspida parece una máscara de porcelana, pero sus ojos chispean cuando le sonrío a Darian.

—Por desgracia, la última vez que salimos a navegar, mi querido primo sufrió un terrible mareo que le impidió subir a cubierta.

A Darian se le cambia la cara.

—No te pongas en evidencia, amor mío. Vuelve con las mujeres. No es apropiado que compartas el pan con los hombres.

Ella le aguanta la mirada durante unos instantes y, por un momento, me da la impresión de que va a perder la compostura y a abofetearle. Pero, en vez de eso, se da la vuelta, se despide de Aladdín con un asentimiento, les desea buenas noches a los demás y regresa a la parte de las mujeres, desde donde sus doncellas observan en silencio a través de la celosía.

Darian suelta una risotada, se sienta de nuevo y alza su taza para que le sirvan más té.

—¡Mujeres! Creen que romper las reglas es un signo de romanticismo. Pero ¿qué somos si no respetamos las tradiciones?

Los demás hombres ríen y asienten convencidos, pero Aladdín se queda mirando al príncipe muy serio.

—Llevo toda la vida oyendo hablar de las maravillas de esta ciudad —dice—. He leído acerca de vuestros reyes, reinas y generales. Sin embargo, no he oído hablar de vos. ¿Cómo habéis dicho que os llamabais?

Darian frunce el ceño.

—Darian. Hijo de Sulifer.

—Ah, de acuerdo. ¿Y quién es él?

—El visir de toda Partenia, comandante del ejército amuleno y hermano del rey. —Los dedos de Darian se tensan alrededor de la taza de té. Cuando la suelta, tintinea sobre la mesa ruidosamente—. Puede que los istarianos tengáis que actualizar vuestros registros.

Aladdín se encoge de hombros.

—Ah. Ya. Sí. Recuerdo haber leído algo acerca de vuestro visir. Aunque, ahora que lo conozco, estoy seguro de que nuestros historiadores deben de estar equivocados.

Se hace el silencio en la sala. Darian, frío como la escarcha, dice entre dientes:

—Explicaos.

—En realidad no es nada. Sólo algo acerca de que ha estado intentando reconstruir el viejo Imperio Amuleno. Envía a abuelos y niños a combatir en sus buques de guerra, pero no ha ganado ni una sola batalla. —Aladdín sonrío—. Estoy seguro de que se trata de un malentendido. Seguro que no es tan estúpido.

«Ay, que los dioses nos salven».

—¿Qué acabáis de decir?

Darian se pone en pie de súbito.

Todo el mundo mira ya descaradamente sin dar crédito a lo que está ocurriendo y, al otro lado de la celosía, Cáspida se lleva el puño a los labios y arruga los ojos en un mohín. Percibo que a Aladdín se le tensan todos los músculos, que su rabia amenaza con estallar y que sus pensamientos van de la ira a la violencia: es hora de intervenir.

Suelto un potente graznido, me impulso hacia arriba batiendo pesadamente el aire con mis enormes alas e irrumpo en el círculo. Vuelco platos y copas de vino con la cola y las patas, y los hombres gritan y lanzan maldiciones. Aterrizo delante de Aladdín, despliego las plumas de la cola majestuosamente —la verdad es que me he superado a mí misma al adoptar esta forma— y voy dando saltitos de acá para allá sin dejar de aletear, soltando bocinazos y chillidos con mi garganta aviar. Cáspida desaparece entre risas con sus doncellas y un montón de sirvientes surgen de las sombras desde donde habían estado acechando. Me hacen aspavientos para que me vaya, y yo me voy, plegando las alas y la cola y graznándoles como si fueran ellos los indeseables. Me persiguen por el patio mientras otros se quedan para ayudar a limpiar a los atónitos y enfurecidos invitados, incluyendo a Aladdín,

pero los pierdo en la oscuridad y vuelvo sobre mis pasos transformada en un gato negro que se funde en silencio con las sombras.

La cena ha terminado. Darian no para de reprender a los sirvientes, los nobles se dispersan y Aladdín, malhumorado, se rezaga junto a una columna. Corro hasta él y le doy un golpecito en el pie.

—¡Lárgate, gato! —espeta. Yo bufo como respuesta y arqueo el lomo, y entonces cae en la cuenta—: ¡Ah, eres tú!

Me sigue hasta el patio y rodeamos un pequeño pabellón, donde por fin estamos a solas. Allí recupero mi forma humana, de nuevo vestida con el sencillo atuendo de una sirvienta.

—¿Tienes hambre? —me pregunta—. He pillado... algo. —Se saca del bolsillo una servilleta enrollada llena de dátiles, pan y carne, todo ello machacado en un montón indiscernible, y me la tiende.

—Gracias, pero... tiene una pinta asquerosa.

Él suspira y vuelve a meterse el mazacote en el bolsillo.

—Supongo que es una vieja costumbre. Cuando te crías sin saber de dónde vendrá tu próxima comida... ¿Lo has visto? Ese bastardo de Darian estaba ahí. Podría haberlo estrangulado con mis propias manos, pero entonces vino ese pájaro... Se volvió loco, se plantó justo encima de nuestra cena.

—Criaturas descerebradas —murmuro.

—¿Los hombres o los pavos reales? —salta una voz—. Yo diría que no se diferencian mucho.

Aladdín se da la vuelta y ve a Cáspida, que se aproxima; su cara titila con la luz anaranjada del brasero que arde más arriba. No hay ni rastro de sus doncellas, pero, cuando despliego mi sexto sentido, las veo acechando en las sombras, vigilantes y silenciosas.

—Princesa —dice Aladdín sin aliento; los ojos se le aclaran un poco.

—Príncipe —responde ella con delicadeza—. ¿Queréis pasear conmigo?

Él se adelanta enérgicamente y me deja que le vaya a la zaga. Con las manos entrelazadas a la espalda y andares un tanto vacilantes, permite que la princesa lo guíe por unas escaleras hasta un pórtico orientado al norte que da a las colinas que se alzan sobre Partenia. Con la ciudad a nuestra espalda, las estrellas brillan como diamantes esparcidos sobre una seda negra. Unas pocas luces relumbran en los cedros que crecen bajo ellas, señalando las granjas y avanzadillas dispersas por las comarcas interiores.

—Vuestra llegada ha causado mucho revuelo entre mi gente —dice Cáspida al fin. Su vestido, confeccionado en una lustrosa seda verdeazulada, le arrastra por la cola y el elaborado collar que luce en el escote destella a la

luz de los faroles que cuelgan de los arcos del pórtico. Es una princesa en toda regla y, a su lado, Aladdín es... un príncipe en toda regla. Un poco más alto que Cáspida, camina con la cabeza ladeada para poder mirarla a los ojos cuando habla—. Hace mucho tiempo que en Partenia no recibíamos la visita de alguien importante. Ya no somos tan influyentes en el mundo y me temo que muchas de las grandes urbes del sur nos tildan de peculiares y atrasados. Podéis consideraros una auténtica rareza a ojos de mi corte.

—Como un mono amaestrado —coincide Aladdín.

Ella curva las comisuras de los labios en una sonrisa.

—Hubo un tiempo en que recibíamos a reyes y reinas de todas las partes del mundo. Partenia era un centro de arte y aprendizaje, célebre por sus puertas abiertas y su corte tolerante. Pero nuestra enemistad con los genios nos ha pasado factura y apenas podemos mantener nuestras propias fronteras. Este largo enclaustramiento ha hecho que mi gente se haya vuelto suspicaz y llena de prejuicios. Tememos a aquellos a los que un día recibíamos con los brazos abiertos y vemos a genios acechando por todas partes.

Se interrumpe y se asoma por la barandilla para contemplar el horizonte.

—No quiero sonar pesimista. Sólo que comprendáis el estado de ánimo de mi corte.

Aladdín da la espalda a las vistas y observa a la princesa.

—¿Por qué me contáis todo esto?

Ella ríe sin pizca de humor.

—Para que no nos tachéis a todos de atrasados y prejuiciosos. Hay algunos miembros de esta corte que querrían que tendiéramos la mano para reactivar nuestras viejas alianzas y reunir apoyos contra Ambadia. Si todos nos enfrentamos juntos a los genios, podemos vencer. Las naciones del mundo ya se han acobardado durante bastante tiempo ante esos monstruos y sus antojos.

—¿Con «algunos miembros» os referís a «vos»?

Cáspida se mira las manos y juguetea con las pulseras que lleva en la muñeca.

—Los reinos del este no creen que las mujeres estén hechas para gobernar, ¿sabéis? Incluso hay ciudadanos de Partenia que piensan que debería cederle el puesto a mi tío o a mi primo Darian. Creen que nuestros enemigos no nos tomarán en serio si hay una mujer en el trono.

—Dejadlos y, mientras ellos ríen, vos gobernáis. Que a uno lo subestimen no es halagador..., pero es una ventaja. —Se encoge de hombros—. A mí

llevan toda la vida subestimándome y me ha resultado una capa tan útil como la invisibilidad.

Cáspida gira la cara hacia él y lo evalúa con la mirada.

—Sois astuto, Razad rai Asnam. ¿Habéis estudiado el arte de la guerra?

Aladdín se echa a reír.

—Es obvio que no habéis visto mi barco; de lo contrario, no lo preguntaríais.

—Entonces, ¿a qué os dedicáis? —Da un paso en su dirección y alza la barbilla para evaluarlo—. ¿Sois un erudito? ¿Un artista?

—Más bien un soñador.

—Debe de ser hermoso poder permitirse soñar.

—¿Vos no soñáis?

—Los sueños no protegerán a la ciudad de los genios. Los sueños no alimentarán a mi gente. Los sueños no... —Aprieta los labios.

Aladdín, con voz más amable, pregunta:

—Princesa, si se os permitiera desear cualquier cosa del mundo, ¿qué desearíais?

Ella lo mira fijamente como si no supiera muy bien si habla en broma en serio. Luego lanza un pequeño suspiro y responde:

—No deberíais buscarle las cosquillas a Darian. Es más peligroso de lo que parece.

—¿Lo amáis?

Cáspida se echa hacia atrás, sorprendida por la sinceridad de su pregunta y la franqueza de su mirada. Durante unos instantes, lo observa con detenimiento y sus mejillas enrojecen. Después se gira elevando el mentón.

—Buenas noches, príncipe Razad. Espero que vuestra estancia aquí os resulte de lo más confortable.

Y, tras decir eso, vuelve al interior y lo deja dándose cabezazos contra una columna de piedra.

—Nubecilla —gruñe—, esto no va a ser nada fácil, ¿verdad?

Una sonrisa pícara acude a mis labios.

—Ni por asomo, ladronzuelo.

CAPÍTULO 11

En cuanto Aladdín se duerme, me escabullo por la puerta y me transformo en un gato; acto seguido, echo a correr por los pasillos con las orejas tiasas y los bigotes crispados. El palacio está tranquilo por la noche; los corredores, oscuros salvo por la luz de la luna que se derrama por las altas ventanas arqueadas. Los grillos cantan en los diferentes patios y dejo atrás a los pavos reales posados en un pequeño limonar. Me paro a escuchar en cada puerta y voy avanzando si no encuentro lo que busco.

Me hallo casi en los límites del perímetro mágico de la lámpara cuando al fin oigo la voz de Darian.

La puerta que da a su habitación está cerrada, pero eso no me detiene. Me convierto en una araña y me cuelo por debajo; luego subo correteando por la pared y me detengo en las sombras. Asumir la forma de una araña es difícil: demasiadas patas que controlar; además, mirar por todos esos ojos me marea. De modo que, cuando llego al techo, me transformo en un murciélago y me cuelo cabeza abajo tras enganchar los dedos en una ranura de la pared.

Darian y Sulifer están enfrascados en una acalorada discusión. Ambos tienen la respiración acelerada y en el suelo hay un cuenco hecho añicos. Las estancias son más grandes y resplandecientes que las de Aladdín y, salvo por el tiesto roto, están impolutas.

—¡... y por un *ladrón común*, ni más ni menos! —está diciendo Sulifer. Su voz suena grave y peligrosa y sus ojos no son más que ranuras. No queda ni rastro del visir compuesto y formal que conocimos en la sala del trono hace casi diez días.

—Debe de haber contado con ayuda desde dentro —le responde Darian con voz amortiguada. Está apoyado en una mesa, con los hombros encorvados y la cara oculta a mi vista—. Y, una vez que se hizo con la lámpara, ¿cómo iba a detenerlo? ¡Tenía a la yinn de su parte y pidió un deseo! ¡Podría haber muerto! Lo único que conseguí fue esto.

El príncipe rebusca en un bolsillo y saca el anillo que Aladdín llevaba puesto cuando me encontró. Sulifer lo coge y lo encierra en el puño.

—¿Por qué le habló al ladrón y no a ti o a mí?

La réplica de Darian es amarga:

—No lo sé, padre. No soy experto en estas cosas. ¡Nunca he querido formar parte de esto!

Sulifer levanta una mano y el príncipe se encoge, pero entonces el visir se detiene.

—Has dicho que lo oíste formular un deseo. ¿Qué fue exactamente lo que pidió?

—Deseó ir a casa.

—Está aquí, en la ciudad —cavila Sulifer—. ¿Por qué no lo has dicho antes, pedazo de idiota? Lo único que tenemos que hacer es enviar a los encantadores titoshis con sus flautas. Eso debería sacar a la criatura de su escondite y conducirnos hasta el muchacho.

—¿Creéis de verdad que se trata de *esa* yinn? —le pregunta Darian—. ¿La misma que traicionó a la reina Roshana y empezó esta guerra?

—El márid al que capturamos nos dijo que la lámpara contenía a la más poderosa de todos los yinns. ¿Qué otro monstruo podría ser? —Los ojos de Sulifer se tornan distantes y codiciosos—. Cuenta la leyenda que creó un jardín para Roshana hecho enteramente de joyas, un tesoro como jamás se ha visto sobre la faz de la Tierra. —Mira a su hijo con el ceño fruncido—. Supongo que no encontraste ninguna muestra de eso en tu descabellada incursión en el desierto, ¿verdad?

—En cuanto el ladrón escapó, di media vuelta y cabalgué derecho hasta aquí, como bien sabéis —le suelta Darian—. No me dio tiempo a excavar viejas ruinas. En cualquier caso, no sé por qué estáis tan obsesionado con esa yinn. Tenemos a cientos de ellos embotellados abajo, listos para ser utilizados.

Me tenso, mis oídos de murciélago se aguzan.

—Esos yinns son salvajes e incontrolables. —Sulifer juguetea con el anillo entre sus dedos mientras arruga el labio en gesto de repulsión—. En cuanto dejes salir a uno, se volverá en tu contra. Nada les obliga a conceder deseos; no les deben lealtad a sus amos. Sólo los de las lámparas lo hacen y de esos quedan muy pocos. No, a esta voy a echarle el guante y, cuando lo haga, nuestro pueblo recuperará de una vez por todas el lugar que le corresponde en el mundo. Basta de esconderse tras estas paredes. Romperemos la maldición que la estupidez de Roshana nos echó encima y

volveremos a expandir nuestro imperio. Mañana a primera hora, haz que Vigo se ponga a tocar la flauta por toda la ciudad.

Darian se limita a alzar la vista hasta su padre con los ojos furibundos antes de dar media vuelta.

—Llevo días cabalgando. Estoy exhausto.

Sin embargo, Sulifer continúa como si su hijo no hubiera hablado:

—Si el ladrón sigue aquí, lo más probable es que esté intentando pasar desapercibido a la espera de ver cuál es nuestro próximo movimiento. Lo obligaré a salir de su escondrijo y le clavaré la cabeza en una pica, igual que hice con sus agitadores padres. Infórmame cuando hayas despachado al encantador. No toleraré más incompetencia por tu parte.

Dicho esto, abandona la habitación hecho una furia y da un portazo al salir.

Darian se apoya en la pared y luego se resbala hasta el suelo mientras cierra los ojos. Suelta un hondo suspiro antes de enterrar la cara entre sus manos.

Me transformo silenciosamente en humo gris, me enrosco por el techo, bajo por la pared y me escurro por debajo de la puerta antes de que levante la cara.

Las pisadas de Sulifer aún resuenan en el pasillo, así que cambio a la forma de gato y salgo corriendo tras él, pero no he dado más de diez pasos cuando la lámpara tira de mí y hace que me disuelva en humo, de modo que sólo puedo enfurecerme en silencio mientras me arrastro por el suelo, paso por debajo de la puerta de Aladdín y me meto por el pitón de la lámpara.

Zian está aquí, en algún sitio. «Abajo», ha dicho Darian. He visto escaleras que conducían a las plantas inferiores del palacio, pero no he podido seguirlas. Debo ingeniármelas para que Aladdín baje y me dé una oportunidad de descubrir dónde tiene Sulifer embotellados a los yinns.

No me queda mucho tiempo. Ha pasado más de una semana y la luna ya está en cuarto creciente.

Doy una y mil vueltas en el interior de la lámpara mientras cavilo. Ahora todo encaja. Narduja envió a un márid a la ciudad para que lo capturasen y le contara a Sulifer lo del anillo que conducía hasta mí. Pero parece que el anillo no funcionó ni con Sulifer ni con Darian. ¿Por qué, entonces, lo hizo con Aladdín? ¿Quién lo creó y por qué? Me veo una y otra vez volviendo a las mismas preguntas.

Convertida en un humo lento y perezoso, me enrosco y me quedo pensando mientras espero a que llegue la mañana y Aladdín me deje salir otra

vez.

—¿Adónde vas por las noches?

Sorprendida, miro a Aladdín sin dejar de pestañear.

—¿Qué?

—Todas las noches sales por ahí. Crees que no me doy cuenta. Desapareces durante horas y a veces vuelves a toda prisa convertida en humo y la lámpara te succiona.

Estamos sentados a la sombra de una pequeña lona al borde de una cancha donde disputan un partido de chaugán. Los caballos galopan por la hierba y sus jinetes se agachan provistos de mazos para golpear una pequeña bola desde un extremo del campo hasta el otro. Los nobles observan desde la sombra de los árboles a los lados, como nosotros, y pasan más tiempo cotilleando y bebiendo que viendo la jugada. Hacía mucho tiempo que no veía un partido de chaugán, y ese fue el día en que lo inventó el Sangriento Rey de Danien. Las reglas parecen no haber cambiado mucho después de todos estos siglos, salvo que el partido original no se jugaba con bolas de madera, sino con las cabezas cercenadas de los enemigos del rey.

Prefiero mil veces la versión moderna.

Aladdín y yo nos quedamos a solas durante un momento. Las visitas vienen y van, en su mayoría nobles curiosos y un buen puñado de jóvenes muchachitas remilgadas. Aladdín está apoltronado como un rey, con una bandeja de fruta en una mano y una jarra de vino del caro en la otra. Yo estoy de pie detrás de él, lista para atender cada uno de sus antojos, aunque de momento no he obtenido más que refunfuños por su parte.

Se gira en su asiento para mirarme; está claro que quiere una respuesta.

—Me gusta dar paseos por ahí —digo encogiéndome de hombros—. Ya sabes, los de mi clase somos más activos de noche.

Él enarca las cejas como si no hubiera caído en la cuenta y luego se gira para ver el partido.

—La Palestra es mucho más emocionante que esto —dice en medio de un bostezo—. Debería llevar a unos cuantos de estos riquitos al centro una de estas noches y enseñarles lo que es la diversión de verdad.

—Eso sería una mala idea. Pasar demasiado tiempo con los tuyos debilitaría el encanto que oculta tu verdadera identidad.

Él suspira y coge de un tirón unas cuantas uvas de una bandeja que tiene al lado, pero, en lugar de comérselas, se limita a rodarlas por la mano. Tiene

la mirada fija no en el juego, sino en el pabellón erigido al otro lado del campo. Darian está allí sentado con sus amigos y Cáspida se encuentra a su lado. El príncipe y la princesa no se hablan; ni siquiera se miran; él charla con los chicos y ella permanece sentada muy rígida mientras pasea la vista por la multitud.

Sulifer aparece por el extremo del campo de juego, rodeado de ministros y militares que compiten por atraer su atención. Aladdín sigue al visir con la vista y, una por una, estruja las uvas que tiene en la mano. Las sombras acechan sus ojos y aprieta tanto la mandíbula que temo que se rompa un diente.

—¿Cómo es que no odias a los yinns? —le pregunto para distraer su atención.

Él se gira y la furia de su rostro se disipa.

—¿A los yinns?

—Cualquiera de los aquí presentes me arrancaría la cabeza en un abrir y cerrar de ojos si supiera quién soy.

Se pasa una mano por el pelo.

—No sé. La verdad es que, al haber vivido siempre dentro de los muros de la ciudad, nunca he tenido que tratar con yinns. Y, de todos modos, ¿cómo iba a odiarte? Sin ti, no estaría aquí.

Puede que me odiara si supiera que estoy utilizándolo, manipulándolo, conduciéndolo al peligro o a algo peor, y todo por razones puramente egoístas. ¿Qué diría si supiera la verdad? Tal vez debería decírselo. Tal vez necesite ver el odio en sus ojos, sofocar la ligereza que siento en el estómago cada vez que lo miro, pero la verdad se torna humo en mi garganta y me la trago.

—¡Príncipe Razad! —exclama una voz alegre, y Vigo se acerca a paso tranquilo haciendo molinetes con algo en la mano. Aprieto los dientes cuando caigo en lo que es: una flauta encantadora de genios, idéntica a la de Nesa—. ¿Estáis disfrutando del partido?

Aladdín sonrío de oreja a oreja, se levanta y le estrecha la mano al titoshi.

—Es un auténtico aburrimiento.

Vigo echa la cabeza hacia atrás y deja escapar una sonora carcajada.

—¡No podría estar más de acuerdo, amigo! ¡Estos amulenos podrían pasarse así horas y horas! ¿Y en Istaria? ¿Qué hacéis para divertirlos en esa isla mítica de la que tan poco hemos oído hablar?

Aladdín hace un gesto desdeñoso con la mano.

—Oh, lo típico. Cosas con agua. Pelear con tiburones y eso. ¿Y en Titos?

—Ni idea. Llevo sin ir allí desde que era un niño. Me dirijo a la ciudad para hacer un trabajo. —Se da un golpecito en la frente con la flauta—. ¿Deseáis acompañarme? Tocar esto todo el día es una pesadez, pero después podría presentaros a unas cuantas chicas simpáticas. Es decir, si, hmmm...

Me mira.

Aladdín también lo hace y capta la expresión de mis ojos. Se vuelve hacia Vigo.

—Gracias, amigo, pero he prometido jugar a los dados luego.

—Por supuesto, claro. —Vigo esboza una sonrisa y me saluda levantando las cejas; luego le da una palmada a Aladdín en el hombro—. ¡Divertíos, amigo!

Dicho lo cual se marcha y yo dejo escapar el aire que había estado reteniendo.

—¿Y bien? —Aladdín se gira hacia mí—. ¿Qué pasa? ¿Por qué no querías ir?

—Yo... —Al pillarme desprevenida, tartamudeo un poco—. ¿Le has dicho que no sólo porque yo no quería ir?

—Estamos juntos en esto, ¿no, Nubecilla?

Me dedica una media sonrisa desconcertante.

—Pero... eres el amo de la lámpara. Hago lo que me ordenas. No tengo elección.

Él suelta una risotada y yo lo miro perpleja.

—¿Te parece divertido? —le pregunto.

—¡No! Perdona. Tendría que haber mencionado que es horrible tener que seguirme allá donde voy, pero... Cuando te miro, veo a una yinn que no teme decirme lo que piensa. Que no teme llevarme la contraria. Si formulo un deseo, podrías utilizarlo para aplastarme. Ya lo has hecho antes, ¿no? Les has arruinado la vida a tus amos con sus propios deseos, ¿a que sí?

Yo encojo un hombro coincidiendo con él de mala gana.

—No creo que seas tan inútil como quieres dar a entender.

—¿Qué quieres decir?

Se me queda mirando un instante y luego aclara en voz baja:

—Cuando era pequeño y los guardias venían a pegar a mi padre hasta que este les pagaba lo que le pedían, mi abuela me llevaba al tejado de nuestra casa para que no tuviera que presenciarlo. Yo le preguntaba por qué mi padre oponía resistencia a los guardias si estos siempre acababan ganando. ¿Por qué no se ahorra el dolor y les pagaba sin más? Ella me decía que algunas veces no puedes elegir lo que te ocurre, pero que sí puedes elegir en qué te

conviertes por ello. Esa es la razón por la que mi padre se resistía. Sabía que, al final, no cambiaría nada, pero no permitiría que las circunstancias controlaran quién era. —Los ojos se le enturbian—. Siempre he creído que no hay libertad alguna en resistirse, sólo muerte. ¿Qué sentido tiene luchar por una causa perdida? Tú eres como mi padre. Tú te resistes.

—¿Y crees que estoy loca por ello?

—No. Creo que eres... valiente.

—¿Valiente? —Reprimo una carcajada—. ¿Olvidas quién soy? ¿O por qué tu gente se resguarda dentro de estas paredes por temor a los yinns? Yo soy la..., ¿qué dicen vuestras canciones...?, la Bella Traidora. Dime, oh, amo, ¿qué tiene de valiente traicionar a quien quieres?

—¿A quien quieres?

Me quedo petrificada y me pregunto cómo he podido ser tan necia para dejar que se me escape esa palabra, pero ya es demasiado tarde. Miro a Aladdín como si fuera culpa suya, como si me hubiera engatusado para desvelarle mi secreto.

—Olvídalo —murmuro.

—¿Qué ocurrió ese día? ¿En serio traicionaste a esa reina y empezaste esta guerra?

—Sí, lo hice.

Aunque no como él se imagina. Yo te quería, *habiba*, y, al hacerlo, te traicioné. Las reglas estaban claras, el coste era inevitable. Aun así, fui arrogante al creerme tan lista como para trabar amistad con una humana y soñar con la paz entre nuestras razas. Me creí por encima de la ley por la que se regían todos los yinns, imaginé que podía salvar el abismo que había separado a hombres y genios desde el albor de los tiempos. Pero aprendí la lección a costa de ti, de tu ciudad, de tu gente. Y las consecuencias de mi necedad siguen resonando a lo largo de los siglos.

Me retiro detrás de Aladdín para evitar más preguntas por su parte. Pronto habré rescatado a Zian, y Narduja me concederá la libertad.

Y, una vez que sea libre de salir corriendo, ni las sombras del pasado podrán darme caza.

CAPÍTULO 12

tra semana pasa. La luna está casi llena. Aún tengo que dar con algún indicio de Zian.

 Mi desesperación aumenta.

A Aladdín lo pasean por la corte como a un animal de feria, de un corrillo a otro; lo invitan a jugar a las cartas o a las carreras de camellos. Yo lo acompaño y le doy pequeños consejos de protocolo cuando tengo ocasión, pero pronto me doy cuenta de que no los necesita. Me dijo que improvisaría y lo subestimé. El caso es que se adapta perfectamente a las situaciones, sus modales son impecables y su conversación, fascinante.

—¿Os he contado la historia de cómo mis dos hermanos y yo robamos un huevo de rocho? —les pregunta a un grupo de muchachas nobles una noche por encima de los dados y las fichas de juego.

Al ver que las jóvenes ríen como colegialas, se anima a relatarles la ridícula historia. Yo me quedo tras él, como siempre, lista para acercarle el vino o cualquier otra cosa que se le ocurra. A medida que la historia se va poniendo cada vez más truculenta, observo que las caras de sus oyentes mudan de la maravilla al asombro y de este al horror.

—Trepamos cada vez más alto mientras las Grandes Cascadas de Oznar tronaban a nuestro alrededor y los rochos chillaban al precipitarse en picado hacia nosotros —continúa diciendo, y su público boquiabierto contiene la respiración—. ¡Pero no olvidéis que llevábamos flechas de marfil, el único material conocido para matar un rocho! Las fuimos disparando a medida que escalábamos para mantenerlos a raya, hasta que por fin alcanzamos la cumbre, donde la madre esperaba en el nido. ¡Un nido del tamaño de este palacio! —Abre las manos al máximo.

Todo el mundo traga saliva a su alrededor y yo misma pestañeo, embelesada por la narración. Aladdín tiene don de palabra y, aunque sus historias se vuelven cada noche más inverosímiles, nunca deja de atraer a la

multitud. No sabría decir de dónde saca tales fantasías. Puede que yo me haya inventado Istaria, pero él le ha dado auténtica vida. Hay mucho más en este ladronzuelo de lo que había imaginado y los nobles no son los únicos que empiezan a caer bajo su hechizo.

Demasiado a menudo me veo escuchando embobada sus historias cuando debería estar buscando a Zian, un hecho que me alarma y confunde. Me recuerdo a mí misma por qué estoy aquí.

Me recuerdo a mí misma el coste de mi fracaso.

—¿Es que no te da vergüenza? —le pregunto más tarde una vez que los juegos, la bebida y las historias han llegado a su fin, bien pasada la medianoche. Vigo camina con nosotros, tan achispado como Aladdín, y ambos se van apoyando el uno en el otro. El chico titoshi se ha acostumbrado a que Aladdín y yo nos hablemos como iguales y no hace preguntas, pero sus suposiciones están claras por cómo nos mira y sonrío.

—¿Qué pasa? —pregunta Aladdín con los ojos muy abiertos en señal de inocencia.

—Te doblaba la edad y has hecho que se sonrojara como una virgen.

Él hace una mueca y le pasa un brazo a Vigo por los hombros.

—Me gustaba su collar. Era muy bonito, ¿verdad, Vigo?

—Muy bonito. Precioso —farfulla este.

—¿Lo ves? A Vigo también le ha gustado el collar. De hecho, me ha gustado tanto que...

Guiña un ojo, se desata el fajín y deja al descubierto un rubí destellante.

—Lo has robado. —Me paso la mano por la cara.

—Tienes que enseñarme a hacer eso —dice Vigo.

—Venga —se anima Aladdín—. Practiquemos con Zahra. Zahra, ponte el collar.

—¡Oh, vaya! —Me detengo y abro una puerta—. ¡La habitación de Vigo!

—Hmm. —El aturdido titoshi le da una palmadita en el hombro a Aladdín—. Mañana carrera de caballos... ¿Vas a venir, Razad?

—No me la perdería por nada del mundo.

En ese momento, le pongo una mano en la parte baja de la espalda y lo empujo hasta la puerta.

—¡Buenas noches, Vigo!

El joven entra tambaleándose y yo cierro a toda prisa, aunque me encojo un poco cuando oigo un fuerte golpe en el interior.

—Seguro que está bien —alego—. Venga, a la cama.

Rodeo con el brazo a Aladdín y lo ayudo a recorrer el resto del camino. Él se enrolla un mechón de mi pelo en el dedo y murmura:

—¿Dónde estaría yo sin ti, Zahra?

Está tan cerca que su aliento me calienta el cuello.

—Estarías en el desierto hecho una pila de huesos descoloridos.

—Hmm. Ajá. ¿Alguna vez te he dado las gracias? No suelo darte las gracias como te mereces. Vigo cree que eres mi concubina, ¿lo sabías?

—¡Ya hemos llegado! —anuncio, quizá demasiado alto, cuando abro la puerta con el hombro y lo meto en nuestros aposentos.

Él ríe entre dientes y se deja caer en el diván.

—Te has puesto colorada.

—¡Qué dices!

Me doy la vuelta y escondo mi rubor, pero entonces me coge la mano.

—¡No te vayas!

Sobresaltada, me tenso y estoy a punto de convertirme en humo. Él me observa fijamente, aunque con los ojos un poco vidriosos, y noto la calidez de su tacto. Me siento a su lado, vacilante, y retiro la mano. Él se recuesta y suelta un suspiro.

—Va a estallar una tormenta —dice.

Miro al patio, donde se distingue una franja de cielo oscuro. Las nubes arremolinadas tapan las estrellas y el viento dobla las higueras antes de entrar a ráfagas en la habitación. Las llamas de los faroles se apagan y nos dejan a oscuras. Un instante después, un relámpago surca una nube e ilumina fugazmente el rostro de Aladdín. Tiene los ojos clavados en mí.

Cuando suena el trueno, grave y retumbante, abro la mano y hago aparecer una llama en mi palma. Su luz amarilla titila en los rasgos de Aladdín cuando él baja la vista y entreabre los labios.

—Voy a por velas —dice.

—No. —Me paso la llama de una mano a otra—. No serviría de nada. El fuego no es de verdad. Es sólo una parte de mí, de mi magia transformadora. No prende.

La llama se refleja en sus ojos mientras, en el exterior, la tormenta se aproxima desde el mar y colma el aire de un olor salobre. Los visillos que cuelgan de los arcos se inflan y aletean. Los relámpagos se suceden con tanta rapidez que parecen chispas blancas y candentes despedidas por el yunque de los dioses.

Aladdín levanta una mano y la pasa lentamente por mi palma, atravesando la fina llama que juguetea por mi piel. El fuego baila con su roce y siento un

escalofrío que me pone los vellos de punta, como si me estuviera acariciando el pelo.

Lo miro a los ojos y noto en mi interior las vibraciones del trueno que restalla fuera.

El modo en que me mira —fijamente y en silencio, con alegría y descaro— me hace sentir que la tormenta está atrapada en mi pecho: un sinfín de truenos y relámpagos que se suceden sin cesar.

—Eres hermosa —murmura—. ¿Cómo podría alguien pensar que eres sólo una sirvienta?

Cierro la mano y la llama desaparece; eludo su mirada.

—Estás borracho —espeto.

Él suelta una carcajada ronca y asiente con la cabeza. Se echa hacia atrás y se frota la cara presa del cansancio.

—Debe de estar a punto de amanecer.

La tormenta empieza a amainar una vez agotada su furia. En el patio cae una ligera llovizna que oscurece los adoquines. Me levanto y busco un pedernal para encender los faroles, pero, antes de encontrarlo, reparo en que Aladdín se ha quedado dormido en el diván, erguido y con la cabeza colgando.

Aparto los cojines, lo tumbo de lado con delicadeza y lo tapo con una manta de cachemir. Él suspira y se mueve un poco, y espero a que vuelva a quedarse quieto antes de sentarme frente a él. Durante un buen rato, contemplo cómo duerme y noto un extraño dolor en el pecho. Debería aprovechar las pocas horas que quedan antes de que amanezca para buscar a Zian, pero soy incapaz de alejarme de allí.

Alargo la mano y le acaricio el pelo; mis dedos juguetean con sus rizos negros. Siento cómo su fuerza vital chisporrotea en mi piel. Tan brillante y fugaz como un relámpago, pese a tratarse de un simple mortal.

—¿Qué estoy haciendo? —susurro. Sé adónde conduce este sendero, pues ya lo he recorrido antes. Y, por muy tentador que resulte, no me atrevo a seguirlo de nuevo. ¡Ojalá el fuego que salta en mi interior fuera tan fácil de apagar como el de mi mano!

Por fin, con un nudo en el estómago, me pongo en pie y me dirijo hacia la puerta con la cara enrojecida y las manos temblorosas. Me recompongo y me convierto en humo.

Me paso el resto de la noche merodeando por los pasillos y, en un momento dado, me parece sentir brevemente un levísimo atisbo de... *algo*. Una fuerza que se retuerce abajo. Una fuerza no humana. Pero de repente

desaparece y, cuando trato de perseguirla, me topo con los límites de la lámpara. Mi correa invisible me detiene en seco y me quedo parada durante unos instantes, incapaz de seguir adelante y temerosa de volver atrás.

A la mañana siguiente, estoy tumbada en el patio convertida en un tigre matando moscas perezosamente cuando de pronto llaman a la puerta. Me apresuro a transformarme de nuevo en una chica y corro a abrir.

Es Javar, con su serpiente enroscada al cuello como un collar viviente.

—Mi señora, la princesa Cáspida, solicita vuestra presencia en sus aposentos —anuncia la muchacha con tono aburrido—. Ahora mismo, si es conveniente.

—Primero tengo que despertarlo —respondo—. Está...

—Él no. Vos.

Me la quedo mirando un instante y luego le doy con la puerta en las narices. Al poco, vuelvo a abrir y digo:

—Un momento. —Y se la estampo otra vez en la cara.

Voy al dormitorio de Aladdín, pues, al parecer, en algún punto de la noche se ha metido a rastras en la cama, y descorro las pesadas cortinas de damasco para que entre la luz. Aladdín se tapa los ojos, suelta un grito de protesta y se cae de la cama.

—¿Qué hac...? ¿A qué viene...?

—Cáspida quiere verme.

Él gruñe y se masajea la cabeza.

—Qué dolor. No lo aguanto. Ni la luz ni el sonido... Ay...

—La próxima vez —digo alegremente— tal vez te lo pienses mejor antes de dejar que los chacales te emborrachen. Si vas a devolver, hazlo fuera. No pienso limpiar tus vómitos.

—Guarghhh.

—Voy a ver a Cáspida. No salgas si no es estrictamente necesario. No hagas ninguna estupidez. Y, sobre todo, no pierdas de vista la lámpara. Que estés enfermo es fácil de explicar, pero que me evapore justo delante de Cáspida no tanto. ¡Aladdín! —Le quito las manos de la cara para asegurarme de que comprende. Él entorna los ojos y gimotea quejumbroso—. ¿Me oyes o no?

—Sí. Vete ya. Déjame en paz.

Le quita la manta a la cama, se la echa por encima y se acurruca en el suelo. Lo dejo allí, abro la puerta y sonrío a Javar.

—Lista.

Estoy convencida de que Cáspida querrá interrogarme sobre Aladdín. Es más fácil invitarme a mí, su única sirvienta, si no quiere levantar rumores escandalosos. Muy bien. Tenía la esperanza de que lo hiciera. Quizás así encuentre alguna pista sobre Zian.

Javar me guía por el palacio y vamos dejando atrás diversas puertas, arcadas y patios empedrados. Nos cruzamos con muchos sirvientes, pero con pocos nobles; sospecho que Aladdín no es el único que se ha despertado con dolor de cabeza esta mañana. El palacio está construido para permitir que albergue la máxima luz y frescor posibles y por ello cuenta con infinidad de arcos y ventanas. El fresco aire matutino trae consigo el canto de los pájaros y el murmullo del agua de las muchas fuentes que adornan los patios, y pasamos la bandada de pavos reales con la que entablé relaciones en aquella cena hace una semana. Varios de ellos corren hasta mí y me picotean los pies con curiosidad. Javar les chista para que se vayan y los pobres obedecen.

—Por aquí —susurra la joven, y abre una estrecha puerta de cedro. Las estancias interiores son espaciosas y abiertas y están conectadas por arcos cubiertos con visillos de seda. Al igual que los aposentos de Aladdín, dan a un patio, aunque en este hay un estanque poco profundo. La habitación a la que Javar me conduce está repleta de alfombras, cojines, sedas y bordados.

Todas las doncellas de Cáspida están allí reunidas y hay una presencia más: una cría de elefante que ocupa el centro de la sala. Las jóvenes están entretenidas en pintarle diseños en la piel y me miran con curiosidad antes de volver a concentrarse en su tarea. Raz dispara flechas sin mucho entusiasmo a una almohada situada en el otro extremo de la estancia y estas vuelan peligrosamente cerca de la cabeza de Nesa, aunque siempre encuentran su objetivo y la chica ni parece enterarse.

Cáspida está recostada en un largo cojín delante del elefante ofreciéndole rodajas de manzana a puñados, que el animal coge con la trompa y se lleva a la boca. La princesa ríe alegremente cuando el elefantito le tira del pelo pidiéndole más y, por un momento, la veo como la chiquilla que es y no con el disfraz de futura reina que viste ante la corte.

Alza la vista cuando entro y su mano se detiene sobre el cuenco de manzanas. El elefante le da un pequeño empujón con la trompa.

Cáspida sólo lleva una *kurta* blanca y una falda a juego, y va descalza, pero la tela presenta delicadas flores bordadas que alguna costurera avezada debe de haber tardado meses en confeccionar. Luce un sencillo pendiente de

oro en la nariz con una fina cadenita que le llega al lóbulo de la oreja y que le acaricia la aterciopelada mejilla.

—Tú debes de ser Zahra.

Hago una profunda reverencia.

—Alteza.

—¿Tienes hambre?

Levanta el cuenco de manzanas y aparta la trompa del animal cuando este trata de agarrar la fruta.

Miro al cuenco y luego a Cáspida e intento descifrar lo que dicen sus ojos. Se trata de un antiguo juego que he visto jugar, ganar y perder muchas veces a lo largo de mi vida. Si cojo la fruta, demostraré que mi lealtad hacia mi amo puede ponerse a prueba y quizá incluso romperse. Si la rechazo, sabrá que le soy fiel hasta mi último aliento.

—Será un placer —respondo, y cojo una rodaja de manzana.

Ella esboza una lenta sonrisa y entrecierra los ojos con interés.

—Ven conmigo.

Sin levantarse la falda, se mete en el estanque que hay al otro lado de los arcos y deposita el cuenco en las manos de Javar. Yo la sigo por el agua. Sólo me llega a los tobillos, pero está fría y me refresca, y las baldosas blancas y negras del fondo carecen de limo y de arena. Varias flores de loto flotan plácidamente en la superficie y se apartan con suavidad a medida que las vamos sorteando.

Cáspida llega hasta una parcela de hierba más allá del estanque espejado. El palacio nos rodea por completo y la sombra de un alto minarete oscurece el agua, aunque el pequeño jardín está delimitado por emparrados y árboles para que parezca que nos hallamos en el centro de un remoto oasis. Justo en el medio de la parcela se erige una estatua erosionada de una mujer alada que sostiene una lámpara en una mano y una espada en la otra. Al contemplarla, no puedo evitar quedarme sin respiración.

El elefante nos va a la zaga y las jóvenes gritan consternadas cuando ven que se le corre la pintura. El animalillo brinca jubiloso y se echa agua con la trompa mientras las muchachas dan por finalizada su tarea artística y empiezan a salpicarse unas a otras.

La princesa se sienta en la hierba y su falda se despliega a su alrededor formando un charco de seda. Yo me arrodillo a su lado y espero a que sea ella la que rompa el hielo. El canto de los pájaros, los chapoteos y las risitas de las jóvenes llenan su silencio. Observa al elefante y a sus doncellas durante unos

instantes antes de hablar y, cuando por fin lo hace, evita cualquier tipo de cumplido y va directa al grano:

—Háblame de tu amo.

Asiento.

—Es el octavo en la línea de sucesión al trono, el hijo del...

—No, no —me interrumpo irritada—. Dime cómo es.

—Es un jugador —afirmo. No tiene sentido mentir al respecto—. Es audaz, pero temerario. Valiente, pero impetuoso. Un hombre que... guarda rencor. —Hago una pausa y después acabo en un susurro—: Y que arriesgaría su vida para salvar la de otra persona sin pensárselo dos veces.

Cáspida gira un poco la cabeza, visiblemente interesada.

—Y que emprende un viaje descabellado y navega derechito hasta un nido de genios.

—Mi amo es noble —digo con una sonrisa—, pero en ningún momento he aludido a su inteligencia.

—Nunca he oído hablar de Istaria, así que he investigado un poco. ¿Sabes que ninguno de los pergaminos ni de las historias que se recogen en nuestra biblioteca lo mencionan?

—Somos un país pequeño, alteza, y no estamos abiertos al mundo.

Me mira con ojos astutos, pero no dice nada.

La cría de elefante ha descubierto que puede coger agua con la trompa y bañar a las muchachas, y parece que el pasatiempo le resulta de lo más divertido. Las jóvenes chillan y tratan de esconderse, pero el animal las persigue con su alegre trote y les dispara chorros refulgentes. Cáspida observa el espectáculo, pero no sonrío.

—La elefanta se llama *Shasi*. Su madre murió al darla a luz y mi tío estuvo a punto de matarla porque nació muy pequeña y enferma. Pero nosotras la acogimos y la curamos y prefiere jugar con mis doncellas antes que con los de su propia especie. —Se pasa el pulgar y el índice por la cadenita de la mejilla con gesto ausente y la hace tintinear—. Mi bisabuela Faruaz era medio titoshi. Fue ella la que importó el primero de nuestros elefantes de guerra. Era una gran estratega y comandó nuestro ejército durante más de treinta años. Cuentan que nuestros enemigos le pusieron muchas trampas pero que era demasiado lista para ellos, pues siempre veía la verdad que se ocultaba detrás de sus mentiras. Algunos dicen que me parezco a ella.

Se gira hacia mí.

—Tú no eres una sirvienta, Zahra. Lo disimulas bien delante de los demás, pero tus ojos son demasiado orgullosos y tus miradas, demasiado

desafiantes. Pero, si no eres una sirvienta, ¿qué eres? ¿Un miembro de la realeza? ¿Una noble? ¿Una soldado disfrazada que ha jurado defender a su señor?

Esta vez soy yo la que se queda mirándola.

—Tenéis buen ojo.

—Crecí en la corte —responde—. Todas las personas a las que he conocido en mi vida son unas mentirosas redomadas. Hace tiempo que aprendí a ver lo que hay detrás de las máscaras. Así que dime, Zahra, ¿qué es lo que te une a este tal Razad? ¿Eres su amante?

—¡No!

Me mira con picardía.

—¿Desearías serlo?

—No. —Creo que la palabra me sale con demasiado énfasis, porque le arranco una sonrisilla.

—Era una pregunta sincera. Es guapo y hablas maravillas de él.

—Somos amigos.

Mis pensamientos son traicioneros, pues de manera inconsciente evoco la imagen de Aladdín en el tejado, viéndome despertar con cara de preocupación después de que los grifos me derribaran.

Cáspida se concentra en mí y su mirada casi me atraviesa.

—Creo que tendré que tener cuidado contigo. Mientes con serenidad y tienes un pico de oro. Te he traído aquí para conocer más a tu príncipe, pero quizá debería prestarte más atención a ti.

Ha llegado el momento de dirigir la conversación hacia otros derroteros más seguros. Aunque nada me gustaría más que contarle la verdad —al fin y al cabo, lleva tu sangre, *habiba*, y tu espíritu reside con fuerza en su interior—, sé que no puedo confiar en ella, y menos teniendo a una encantadora de genios de su parte. El pensamiento me hace concentrarme de nuevo en mi misión.

Me levanto y me dirijo a la estatua de la mujer alada, en cuyo pie coloco una mano con reverencia. El pedestal sobre el que se erige es alto y sus rodillas quedan a la altura de mi coronilla.

—Qué maravilla —comento. Cáspida me observa con interés mientras rodeo la estatua para inspeccionarla por todos sus lados—. ¿Es muy antigua?

—La hicieron para mi madre, cuando se casó con mi padre.

Me giro hacia ella y le pregunto en un tono engañosamente neutral:

—¿Es una antepasada vuestra?

—Una muy lejana, sí. —Se pone en pie y se planta junto a mí alzando la vista hacia la cara de piedra, que no te hace justicia, todo hay que decirlo. El tiempo ha erosionado tu recuerdo o, de lo contrario, no sería capaz de campar por aquí a mis anchas con tu rostro—. Es Roshana, la última reina del Imperio Amuleno, allá por la época en la que mi pueblo gobernaba todas las tierras de este a oeste. Es una especie de leyenda entre nosotros. Todas las reinas aspiran a aprender de sus errores.

—¿De sus errores? Querréis decir de sus victorias, ¿no?

—¿Cómo?

La miro extrañada.

—Roshana fue una de las mejores reinas del mundo. Puso fin a las Guerras de la Montaña, derrotó a Sanhezriyah el Loco...

—Para ser una sirvienta, estás muy versada en la historia amulena.

—De niña pasaba mucho tiempo en las bibliotecas.

—¿Y qué hacías? ¿Limpiar el polvo a los pergaminos o leerlos?

—Seguro que las victorias de Roshana pesan más que sus errores.

—Cuanto más alto subes, más dura es la caída. A pesar de toda su sabiduría, Roshana fue engañada por la yinn; creyó que era su amiga y acabó destruyéndola. Desde ese día, mi pueblo ha dado caza a los genios. No hay criaturas más mezquinas ni traicioneras sobre la faz de la Tierra.

—Esa no es la historia que he oído —la contradigo a media voz—. Mi gente la cuenta de otra manera. Dicen que la yinn era realmente amiga de Roshana, pero que se vio obligada a darle la espalda. Que no tuvo elección.

—Sé muy bien cómo murió mi antepasada —me replica un tanto acalorada—. En cualquier caso, fue hace mucho tiempo, aunque los amulenos no lo olvidamos.

—No —murmuro—. Supongo que no. Y, por lo que tengo entendido, os habéis convertido en unos luchadores fuertes y astutos. Y hasta contáis con gente que sabe atrapar a los genios.

Cáspida me contempla con detenimiento y una sonrisita de curiosidad asoma a sus labios.

—Los encantadores de genios llevan siglos existiendo. No hemos inventado nada. ¿No contáis con ellos en Istaria?

—Me temo que somos de los que prefieren inclinarse ante los genios a enfrentarse a ellos.

—A excepción de tu amo —apunta ella—. ¿No está aquí para estudiar nuestros métodos?

—¿Qué hacéis cuando atrapáis a un genio? Suena peligroso. Seguro que os deshacéis de él.

Me observa durante unos instantes y responde:

—Tal vez algún día te lo diga. Perdóname, pero no me corresponde a mí revelar los secretos de mi pueblo.

Una princesa disculpándose con una doncella. Hablándome como si fuéramos iguales. En ese momento me abrumba, como no lo había hecho antes, la certeza de que verdaderamente desciende de ti, de que ha heredado una parte de tu alma. Me siento como si la conociera de un modo mucho más íntimo del que nos brinda esta breve conversación. Te veo en ella y, por esa razón, no puedo tomarme a mal nada de lo que me diga.

—No —susurro—. Perdonadme vos a mí. No pretendía ser tan curiosa. Ni sobre eso ni..., ni sobre lo de Roshana. Estoy segura de que vuestra versión es la verdadera.

—Bueno, fue hace mucho tiempo —dice con gentileza—. El mundo era distinto. Y, de todas formas, a ti tampoco te falta razón. Roshana venció a Sanhezriyah el Loco y se enfrentó a los ejércitos de los genios incluso cuando todos sus aliados la abandonaron. Fue una heroína, una de las mejores reinas que existieron en aquella época en que las mujeres eran iguales que los hombres. Pero el mundo siguió avanzando y otras naciones prefirieron a los reyes por encima de las reinas. Su modo de pensar envenenó el nuestro y, ahora, cuando hablamos de Roshana, todo el mundo susurra como si fuera una broma. Esa mujer tonta y caprichosa que confió en su corazón y que obligó a su pueblo a pagar por ello. Utilizan su ejemplo contra mí, olvidándose de todas sus proezas. —Suspira y se arrodilla al borde del estanque. Su reflejo titila en el agua—. Pero yo me conformaría con ser la mitad de buena que ella.

—En eso coincidimos —susurro.

De repente siento un fuerte tirón en el estómago, una sensación que conozco demasiado bien. «Maldita sea, Aladdín, ¿qué estás haciendo?». La lámpara se está alejando y me encuentro al borde de mi límite invisible. El estómago me da otro vuelco y ahogo un pequeño grito.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Cásvida, que frunce las cejas preocupada.

—No..., no mucho —me quejo. Me tambaleo hacia el estanque para intentar aliviar el dolor. Cuanto más le hago frente, más me duele, como si alguien hurgara en mi interior y me retorciera las tripas. Siento que la piel se

me aligera, preparándose para disolverse en humo, pero me resisto a cambiar con todas mis fuerzas.

—¡Zahra! —Cáspida se levanta y me pone una mano en el brazo—. ¡Estás helada!

—¡Ah! —Me doblo con los brazos cruzados sobre el estómago—. ¡Probablemente sea algo que he comido!

—Seguro. Le diré a Nesa que te acompañe al médico.

—No..., estoy bien. Gracias.

Hago una pésima reverencia y atravieso el estanque a toda prisa con Cáspida a mi lado. Las chicas han logrado calmar a la cría de elefante sobornándola con fruta. Me miran con curiosidad cuando me apresuro hasta la puerta. Tras dedicarme un breve adiós, la princesa me deja marchar.

A los pocos pasos, el dolor desaparece. Me apoyo en la pared durante unos instantes y respiro para serenarme. En lo más profundo de mi pecho, siento el movimiento de la lámpara. Aladdín está en alguna parte en el otro extremo del palacio y por fin se ha detenido, gracias a los dioses. Tras otro momento de descanso, reanudo la marcha mientras me pregunto qué habrán pensado de mí Cáspida y sus doncellas.

No he avanzado mucho cuando noto que me siguen. El pasadizo no tiene ventanas ni claraboyas y está bastante oscuro, salvo por la luz que arrojan varios braseros encendidos. Doblo una esquina como para ir a los aposentos de Aladdín, pero me detengo, me convierto en humo y me elevo en el aire.

Cuando Ensi y Javar hacen su aparición, vuelvo a cobrar forma humana, caigo del techo y me agacho tras ellas. Ensi lanza un grito y Javar se gira rápidamente y me aparta el brazo de un golpe, me pone una mano en la garganta y con la otra materializa un cuchillo. Me empuja con fuerza contra la pared. Ensi, con ojos desorbitados, sostiene en la mano un puñado de polvo rojo que ha estado a punto de arrojarme a la cara. La serpiente de Javar sube siseando por el hombro de su dueña.

—Vaya, vaya. —No puedo evitar sonreír—. Cáspida tiene una camarilla de chicas asesinas, igual que Roshana. ¿También os llamáis las Guardianas?

Ensi, con aspecto avergonzado, guarda el polvo venenoso en un saquito que lleva escondido en el interior de su fino abrigo de seda.

—Déjala en paz, Javar.

—No —masculla la otra muchacha—. No confío en ella. Hace demasiadas preguntas. —Me aprieta la garganta con el antebrazo y yo hago una mueca y cojo aire como puedo—. ¿No estabas enferma?

—Si fuera tú, le haría caso a tu amiga —espeto sin dejar de sonreír.

—¿Cómo te has subido ahí? —pregunta Ensi, examinando el techo con curiosidad—. Debes de ser muy ágil.

—¿Quién eres de verdad? —exige saber Javar—. Habla o te estrangulo.
Me encojo de hombros.

—Te lo he pedido por las buenas. —Con un giro, una vuelta completa y un gruñido, cambio nuestras posiciones y ahora soy yo la que presiona la cara de Javar contra la pared y le retuerce el brazo a la espalda. Ella enseña los dientes, furiosa, mientras Ensi reprime un grito y se tapa la boca—. Que te quede clara una cosa —le susurro a Javar al oído—. No permitiré que nadie nos espíe ni nos siga a mi amo y a mí. No os deseamos mal alguno, lo juro, y no toleraré que nos vigilen continuamente. Es agotador e inútil para vosotras y para mí. Ahora voy a soltarte para que podamos hablar como personas civilizadas.

Cuando la suelto, Javar se gira y levanta las manos en un gesto defensivo, pero yo ya me he retirado unos pasos y he abierto las manos con condescendencia. Ensi, que nos mira por turnos, se interpone entre nosotras.

—Entonces, sí que sois Guardianas, ¿no? —digo.

Ensi suspira y se retuerce el pelo con las manos.

—Somos las descendientes de las Guardianas originales designadas por la reina Roshana.

—¿Vuestra orden ha sobrevivido todos estos siglos? —pregunto admirada.

La joven sonrío orgullosa.

—Nuestro conocimiento fue pasando de madres a hijas durante generaciones. Llevamos cientos de años protegiendo a las reinas y princesas amulenas. Javar desciende directamente de Paris zai Mura, la escriba personal de Roshana.

Observo la cara resentida de Javar. «Apuesto a que sí». A Paris nunca llegué a gustarle y distingo la misma desconfianza en los ojos de Javar.

—Volved con vuestra princesa —les recomiendo—. Por favor, transmitidle mis saludos y decidle que *no* espiaréis al príncipe Razad.

Ellas asienten y vuelven por donde han venido, observándome con recelo hasta que doblan la esquina. Yo me quedo un instante en el sitio aguzando el oído hasta que estoy segura de que se han ido; después suelto un largo suspiro y corro a ver qué ha estado haciendo mi amo durante todo este tiempo.

CAPÍTULO 13

De todos los lugares en los que podía estar Aladdín, me lo encuentro en la biblioteca.

Me detengo durante un instante detrás de una alta vitrina de pergaminos y lo observo. Está plantado en medio de un rayo de sol que se cuele por una ventana elevada y contempla un pergamino abierto mientras las motas de polvo se arremolinan a su alrededor. Las estanterías cercanas están a rebosar de pergaminos y papiros, en hojas sueltas, rollos y fajos. Va vestido con un chaleco rojo que le llega a las rodillas, no lleva sombrero y tiene el pelo alborotado. Mueve los labios al leer, aunque no creo que sea consciente de ello. Mientras lo observo, siento una leve emoción por dentro, un torbellino en mi corazón de humo, el reavivamiento de unos rescoldos. Sé lo que significa y también lo peligroso y erróneo que es. Se trata de algo tan pequeño, frágil y esperanzador que me resulta casi imposible sofocarlo.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto saliendo de detrás de la vitrina.

Aladdín se sobresalta y apretuja el pergamino tras cerrarlo de golpe. Me mira perplejo durante un momento hasta que fija la vista y su mente abandona el mundo en el que se había perdido.

—¡Zahra! Hmmm, creía...

Echa mano de la lámpara y desvía la mirada hacia la derecha. Yo la sigo y veo a Jalil sentado a una mesa baja a escasa distancia garabateando meticulosamente un pergamino con una larga pluma de pavo real. Parece absorto en su trabajo, pero, aun así, debemos ser prudentes con lo que decimos.

Me acerco a Aladdín, cojo el rollo que tiene en las manos y finjo estar ojeando su contenido.

—He estado a punto de transformarme —susurro—. Justo delante de ella. ¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué has abandonado tus aposentos?

—Lo siento —me contesta también entre susurros—. Insistió en mostrarme la biblioteca y dijo que, si estaba empeñado en saber más sobre Partenia, este era el sitio por donde debía comenzar. No se me ocurrió cómo librarme de él.

Vuelvo a mirar el pergamino y enarco una ceja.

—Conque un tratado sobre genios, ¿eh? Muy instructivo.

Él me arrebató el pergamino.

—Sólo estaba...

—Buscando información sobre mí. O sobre los de mi clase, vaya. —Frunzo el ceño y me cruzo de brazos—. ¿Sabes leer? ¿Un chico de los barrios bajos?

—Que no te sorprenda tanto. Mi madre fue escriba en su día y me enseñó las letras. Y, en cualquier caso, no estábamos tan mal, al menos no al principio. —Su mirada se torna distante—. Mi padre tenía un buen negocio como sastre y mi madre escribía cartas y llevaba libros de contabilidad para la gente. Nos iba bien hasta que... —Menea la cabeza y enrolla el pergamino—. ¿Qué quería Cáspida?

—Hablar de elefantes y de reinas muertas.

—¿Qué? ¿En serio?

—Oh, deja ya de poner esa cara. También ha preguntado por ti: cómo eres, qué tipo de persona... No te preocupes. —Le doy unas palmaditas cómplices en la mano y sonrío—. Le he mentado.

—¿Y bien? —Agita el rollo con impaciencia—. ¿Parecía..., qué se yo, interesada?

—¿Interesada? ¡Pero si apenas ha intercambiado una docena de palabras contigo! Dale tiempo.

Él asiente distraído y se rasca la oreja; sigue llevando el pendiente, un simple aro de oro. Quise que se lo quitara en el barco, pues cualquier parte de su antigua vida podría delatarlo a pesar del hechizo, pero él insistió en conservarlo.

—Llevamos aquí más de dos semanas y sólo la veo en las cenas, y ahí no podemos hablar. ¿Cómo se supone que voy a ganármela si nunca puedo hablar con ella?

En una mesa cercana, alguien ha dejado un mapamundi extendido con las esquinas sujetas por grifos de piedra. Paso una mano por el pergamino recorriendo la costa. En el borde del mapa se distingue la fecha escrita con caracteres diminutos. Los estudio con detenimiento y luego señalo uno de los números.

—Faradán.

—¿Qué?

Aladdín se acerca y mira por encima de mi hombro.

—Dentro de dos semanas, los amulenos celebrarán la fiesta del Faradán en honor del dios Hamor. —El dios de los enamorados y de los locos, muy apropiado—. A menos que las tradiciones hayan cambiado de manera drástica desde la última vez que la celebré, es la oportunidad perfecta para llamar la atención de Cáspida.

—¿Por qué?

Me giro y lo miro con cara de extrañeza.

—¿Es que nunca has celebrado el Faradán?

—Si por «celebrar» entiendes birlar cosas de los bolsillos de la gente mientras bailan...

Pongo los ojos en blanco en un gesto de impaciencia.

—Debería haberlo imaginado. Mira, durante la noche del Faradán, cualquiera puede sacar a bailar a quien desee y nadie puede negarse.

Una lenta sonrisa se despliega en su rostro.

—Ajá. Pero... ¿dos semanas? ¡Eso es una eternidad!

También es una noche antes de la luna nueva y de que se me acabe el tiempo.

—Confía en mí —le digo en tono seco—, no es para tanto. ¿Qué creías, que ibas a entrar en palacio, pedir su mano y casarte con ella en una semana?

—Yo qué sé. —Coge uno de los grifos de piedra y se lo pasa de una mano a la otra—. La verdad es que no me he parado a pensarlo. Y no lo olvides, todo esto fue idea tuya. —Me mira de arriba abajo con expresión afligida—. Me está matando, Zahra. Ver al visir a diario, pasar por su lado en el pasillo, fingir que me rebajo y me doblego ante él. Lo odio.

Echo un vistazo a Jalil, que está entregado a su tarea, y luego vuelvo a mirar a Aladdín.

—Vamos.

—¿Qué?

—Salgamos de aquí. Hay mucho polvo. Demasiada... historia. —Le quito el pergamino acerca del folclore sobre los yinns y lo dejo en una estantería—. Quiero sentarme al sol y sentir la brisa del mar en la cara.

—De acuerdo —dice, divertido—. Así me cuentas más cosas sobre los genios.

Subimos a la torre más alta del palacio y, bajo un toldo de rayas de la terraza, contemplamos la ciudad. A esa altura, parece perfecta, como de ensueño, teñida por la luz dorada de media mañana. Las azoteas blancas se tuestan al sol, unos toldos de colores se extienden entre ellas, las copas de las palmeras y de otros árboles proyectan sombras despuntadas en las calles y, más allá de la muralla sur, los acantilados dan al mar turquesa. No hay ni una sola nube a la vista y el sol resplandece como el ojo de un dios bienhechor. Las aves marinas planean en el aire templado, dejándose llevar por el cielo y describiendo perezosos círculos alrededor de los relucientes minaretes del palacio.

—Mira esto —susurra Aladdín asomándose por el parapeto. Sus codos rozan las hojas de un limonero plantado en una maceta cuyas ramas están llenas de frutos diminutos—. No es una mala vista. Hasta podría acostumbrarme.

—Entonces, lo de convertirte en príncipe no es del todo por venganza, ¿verdad?

Me sonrío.

—Hay otros atractivos, sin duda.

—¿De verdad crees que puedes conseguirlo? ¿Casarte con la princesa, desterrar o encarcelar al visir y después gobernar la ciudad? ¿Guiar a su pueblo? ¿Ver a tus hijos navegar por las traicioneras aguas de la corte?

Aladdín se encoge de hombros, alza la cara hacia el sol, cierra los ojos y se deleita con su calidez.

—¿Con unas vistas como estas? Podría acostumbrarme a cualquier cosa. Por supuesto, todo depende de si me gana o no a la princesa. Puede que me odie.

—Pues sí.

Él pone los ojos en blanco.

—No estás ayudando, Nubecilla.

—No me llamo... —Pero suspiro y lo dejo estar. Ya no me exaspera tanto como hace unas semanas. Me estoy acostumbrando demasiado al apodo. A él.

Baja la cara.

—¿Es cierto que antaño todos los genios fueron humanos?

La pregunta me pilla por sorpresa y desvío la mirada hacia él bruscamente.

—¿Por qué quieres saberlo?

—El pergamino que estaba leyendo hablaba de eso. Me preguntaba si era verdad.

Se da media vuelta y se apoya en el parapeto con los brazos cruzados.

Yo suspiro y me siento en el suelo de piedra caldeada con la espalda apoyada en el limonero de la maceta. Tiro de uno de los frutos que pende a la altura de mi codo y le doy vueltas en las manos.

—No todos. Los más viejos nacieron yinns, pero la mayoría de nosotros fuimos... adoptados. Hace mucho tiempo, sólo había dos reinos: el de los dioses, las tierras de los dioses, como vosotros las llamáis, y el de los yinns: Ambadia. Lo primero que crearon los dioses fue a los yinns, y los hicieron poderosos, orgullosos y magníficos.

Una mariposa amarilla se me posa en la rodilla y me callo durante un instante mientras se restriega las patas por la cara antes de echar a volar.

—¿Y? —me insta Aladdín.

—Durante muchos años los genios vivieron en paz. Estaban los márids, seres del agua, diminutos y adorables. También los ifrits, criaturas de fuego, que eran pocos en número pero muy poderosos. Había guls, pertenecientes a la tierra, que, incluso en aquellos días, eran los genios más odiados. Vivían en cuevas y agujeros, como las ratas, pero en su mayoría eran inofensivos, pues eran incapaces de colaborar. Estaban los silas, yinns del aire, que rara vez se dejaban ver, porque pasaban la mayor parte de sus vidas surcando el cielo, invisibles y sigilosos. Y los más poderosos de todos: los shaitáns, dueños de todos los elementos, amos de todos los yinns. En aquellos tiempos, Ambadia se parecía mucho a vuestro mundo: lleno de vida y color, hermoso, vasto y salvaje.

Aladdín se sienta a mi lado y apoya su hombro en el mío.

—Todo lo que he oído describe el mundo de los genios como oscuro y espantoso.

—Lo es ahora. Echaron a perder su mundo cuando empezaron a guerrear los unos con los otros. Lo quemaron, lo dejaron hecho trizas. Por eso los dioses crearon a los hombres. Querían empezar de nuevo. Y ese es el motivo por el que los genios y los humanos nunca se han llevado bien desde entonces. Los yinns estaban celosos, ya que habían usurpado su posición privilegiada. Han intentado muchas veces hacerse con este mundo, pero los dioses siempre han intervenido.

Está sentado muy cerca. La garganta se me seca y me callo para tragar, demasiado consciente de su calor y del olor mentolado del jabón que ha utilizado para lavarse la cara esa mañana.

—Al final, los dioses los castigaron con la infertilidad: ya no nacerían nuevos yinns. No obstante, Havok, el dios de la reencarnación, se apiadó de

ellos y les permitió que engrosaran sus filas únicamente con humanos que se les entregaran. Estos sacrificios estaban destinados a aplacar a los genios, que tomaban a los humanos y los convertían en ifrits, silas, márids y guls. A algunos incluso los transformaban en shaitáns.

—¿Sacrificios humanos? —La voz de Aladdín suena cargada de indignación—. Había oído que en otras partes del mundo siguen ofreciendo a niños, muchachas y guerreros a los yinns, pero no quería creerlo.

—Pues deberías. Es el modo más fácil de asegurar que los genios no van a quemar las cosechas o hacer enfermar al ganado. Después de que los dioses abandonaran el mundo, los templos llamados *alombs* se convirtieron en santuarios para los yinns, lugares donde la gente podía dejar sus ofrendas y asegurarse otro año de protección.

—Zahra..., ¿a ti te sacrificaron?

No había vuelto a pensar en ese día desde hacía mucho tiempo. Fue hace mil y una vidas. Ignorando la pregunta, señalo al norte, a la montaña que se ve en la distancia tras una cortina de niebla.

—Uno de esos *alombs* se encuentra en la cima de aquella montaña.

Me mira, consciente de mi evasiva, pero no insiste. Desvía la mirada hacia el norte.

—No lo utilizamos. Está prohibido. Esa es la razón por la que nuestra ciudad está pasando hambre. Pocas ciudades quieren comerciar con nosotros, porque creen que deberíamos hacer ofrendas a los yinns como ellos.

Asiento.

—Roshana fue la primera reina amulena en proscribir los sacrificios. Fue una decisión atrevida que enfureció a los yinns.

Se inclina hacia mí y me da un suave toque con el hombro.

—Entonces, ¿cuál es tu historia? ¿Cómo es ser una shaitán?

Me lo quedo mirando.

—¿Qué te hace pensar que soy una shaitán?

—He visto que concedes deseos y que cambias de forma... Bueno, ¿lo eres o no?

—Sí —admito. Pertenezco a una raza en extinción, una de la que sólo quedamos tres. De los otros dos, uno reside en Ambadia y gobierna a los yinns, y lo más probable es que el segundo se encuentre en algún lugar bajo mis pies, atrapado en una botella.

—¿Estabas en Ambadia antes de que fuera destruida? —me pregunta.

—Por supuesto que no. Llevo siendo yinn desde hace cuatro mil años. Ambadia fue arrasada muchísimo tiempo antes.

—¿Quién eras? ¿Dónde vivías?

—Ya no importa. —Me levanto, tiro el limón y me giro para contemplar la ciudad a mis pies—. Aquí hace mucho calor. Vamos dentro. Te enseñaré cómo entrar en una habitación dependiendo de quién se encuentre ya allí y de si están sentados, de pie o comiendo.

Aladdín gruñe.

—Estoy harto de jugar a los príncipes. Vayamos a sisarle a la gente.

—No.

—Un momento, Nubecilla... —Se inclina sobre mí para mirarme e imita la ridícula costumbre de Jalil de enarcar mucho una ceja cuando sospecha algo. No puedo evitarlo, su expresión me hace reír; de hecho, me río como una colegiala—. ¿Sabes sisar o no?

—Por supuesto que sí —miento—. Lo he hecho mil y una...

—Que sí, que sí, que lo has hecho todo mil veces, ya lo pillo. —Arruga la frente con expresión dudosa—. Pues demuéstramelo.

—Ese —murmura Aladdín—. El de la pluma en el sombrero. Lleva una pipa en el bolsillo izquierdo.

Estamos en los jardines del palacio fingiendo que admiramos una estatua gigantesca del rey Malek. Hoy hay muchos nobles fuera, holgazaneando por los estanques y fuentes, paseando bajo la sombra de los árboles. Los jardines, casi tan vastos como el propio palacio, se extienden como una lujosa alfombra verde y están dispuestos en perfecta simetría. Podrías caminar durante horas y no hallar el fin.

Nuestro objetivo es un hombre un poco mayor que Aladdín que camina en nuestra dirección. Estamos situados en un punto apartado, dándole la espalda y, cuando pasa por detrás de nosotros, Aladdín tose.

Yo me giro, me dirijo corriendo hacia el hombre y le meto rápidamente la mano en el bolsillo, pero la pipa está demasiado profunda.

—¡Por todos los dioses del cielo, torpe desgraciada! ¿Intentas robarme, muchacha? —El noble me agarra la muñeca y la saca de un tirón de su bolsillo. Mi mano aparece con la pipa aferrada. Lo miro horrorizada.

—Yo...

Nos encontramos junto a un seto alto y perfectamente recortado y, sin mediar palabra, agarro al noble y lo arrastro hasta los arbustos; salimos por el otro lado a un claro apartado y poblado de cervatillos medio domesticados

que se sobresaltan y huyen despavoridos. Rodeados por altos matorrales y árboles, quedamos ocultos a ojos de cualquiera que pase por allí.

—¡Pediré tu cabeza por esto! —truenan el hombre—. ¡Haré que te azoten!

Aladdín atraviesa el seto tras nosotros. Yo tengo al hombre agarrado por el abrigo, mientras él despotrica contra mí, con la cara encendida y la barba salpicada de babas.

—¿Qué estás haciendo? —me increpa Aladdín por lo bajo.

—¡No lo sé! —Lo miro con cara de impotencia—. ¡Me ha entrado el pánico!

Aladdín pone los ojos en blanco, resignado, y se gira hacia el hombre.

—¿Quieres callarte?

—¡Nunca me habían... mmm!

Aladdín le tapa la boca con una mano y lo retiene haciéndole una llave.

—Tranquilo, viejo. ¡Por todos los dioses, que no vamos a matarte!

Yo lo suelto y doy un hondo suspiro. El hombre deja de forcejear y me fulmina con la mirada.

—De acuerdo, escucha —prosigue Aladdín—. Mira, esto es parte de un juego, una especie de búsqueda del tesoro. Debo añadir que fue idea del príncipe Darian. Que quede entre nosotros —su voz se convierte en un susurro—, creo que está un poco chiflado. Pero, si quieres quejarte, habla con él. Estoy seguro de que será sensato al respecto. Ahora voy a soltarte. No grites o tendré que amordazarte y dejarte aquí sentado hasta el anochecer.

Lentamente va soltando al hombre, que se gira muy enfadado pero no grita. Se endereza el sombrero y se estira el abrigo mirándonos por turnos.

—Jamás... ¡Cómo sois los jóvenes!

—Sí, somos lo peor —coincide Aladdín—. Ahora vete. Si te tropiezas con Darian, no olvides decirle lo que piensas.

El hombre se aleja rápidamente, no sin echar varios vistazos atrás con el rostro aún encendido. Entonces Aladdín da un hondo suspiro y se restriega la cara.

—Tengo la pipa —le digo, y se la muestro.

Él la contempla durante un minuto, pestañeando, y luego estalla en una carcajada. Unos cuantos ciervos curiosos asoman la cabeza por entre los arbustos para ver qué jaleo es ese. Aladdín se dobla de la risa, tan escandalosa que espanta a los pájaros de los árboles que nos rodean y, después de un rato, yo empiezo a reírme también. Hacía muchísimo tiempo que no me reía tanto, y es maravilloso. Nos sentamos en la hierba y reímos hasta que estamos colorados y sin aliento.

—Eres la peor ladrona que he visto en mi vida —declara Aladdín.

—No sé por qué lo dices. Me he hecho con ella, ¿no?

—¡Mi abuela birlaba mejor que tú! Aunque eso no es justo; mi abuela era la mejor carterista de Partenia. Me enseñó todos sus trucos. A mi madre la llevaba por la calle de la amargura.

Aprovechando que estamos en un lugar apartado, me transformo en un tigre y ruedo por la hierba rugiendo de placer. Los pocos ciervos que quedaban entran en pánico al verme y echan a correr.

Aladdín se tiende a mi lado con los brazos estirados a todo lo ancho, los ojos cerrados y la cara vuelta hacia el sol. El cielo es de un azul cerúleo y la hierba, frondosa y alta. Yo me estiro y disfruto de la tierra fresca bajo mis zarpas. Entonces, dando un suspiro, vuelvo a convertirme en una chica y me hundo en la hierba.

—Si pudieras pedir un deseo —suelta Aladdín de repente—, ¿cuál sería?

Tengo los ojos entornados y mis pensamientos fluyen lentos y perezosos.

—Pasar un día en Ashori comiendo uvas.

No añado que, sin una lámpara o un amo a la vista, también sería libre de quedarme tanto tiempo como quisiera sin rendir cuentas a nadie.

Él rueda hasta ponerse de costado y apoya el codo en el suelo para sujetarse la cabeza con la mano.

—¿Uvas? ¿En serio? ¿Podrías pedir cualquier cosa en el mundo y pides *uvas*?

—Supongo que nunca has probado una uva de Ashori. —Cierro los ojos y me la imagino—. Son dulces, gordas y crujientes en su justa medida... El último amo de la lámpara solía pedir las a mansalva.

—Ajá. —Arranca una pequeña margarita blanca que ha brotado en la hierba—. Debo probar una de esas uvas.

Abro un ojo.

—¿Es un deseo?

Él hace una mueca y me tira la flor, que aterriza en mi mejilla; y yo la cojo y la hago girar entre mis dedos. Podría pasarme todo el día aquí tumbada, sin moverme ni un palmo, sintiendo el sol arriba y la hierba debajo. Doy un suspiro de satisfacción, estiro los brazos, peino la hierba con los dedos... y le rozo la mano a Aladdín. Los retiro rápidamente con las mejillas encendidas. Él suelta una risilla.

—A veces olvido que se supone que tienes cuatro mil años. Actúas como una tímida chiquilla de dieciséis.

—¡Eso no es verdad!

Me siento y lo fulmino con la mirada.

Él sonrío, se encoge de hombros y desliza las manos por detrás de la cabeza. Tiene briznas de hierba enredadas en el pelo y, tras un instante de vacilación, estiro la mano y se las quito.

Aladdín me contempla en silencio, y la nuez le sube y le baja al tragar. Agacho la mirada.

Él saca la pipa que he robado y se la coloca entre los dientes.

—¿Qué tal? —pregunta sin dejar de morder la caña—. ¿Parezco un noble?

Yo se la saco de un tirón y él cierra los dientes de golpe.

—¿No sabes que eso puede matarte?

Me mira con detenimiento y una luz traviesa se enciende en sus ojos. Entonces, de repente, se abalanza sobre mí.

—¡Devuélvemela!

—¡Es mía! ¡La he robado yo!

—¡He evitado que te azotaran!

Hace amago de agarrar la pipa y yo ruedo a un lado para que no me alcance. Con una risa jocosa, me hace cosquillas en el costado y suelto la pipa al apresurarme a apartarlo.

Él la coge y la blande con aire triunfador, mientras yo me tumbo en la hierba y me río.

—¿Quién iba a pensar que los genios tuviesen cosquillas? —Se sienta con las piernas cruzadas y se da golpecitos en la rodilla con la pipa—. Debería decírselo a Cáspida. ¡He descubierto la mayor debilidad de los yinns! ¡Oodian el hierro, por supuesto, pero agita una pluma en la punta de un palo y huirán al otro lado del mundo!

—Esa ha sido una jugada sucia y deshonrosa, ladrón.

—Como si yo tuviera honor alguno.

Alzo la vista al cielo y empiezo a inclinarme, pero entonces Aladdín acude, me agarra por la cintura y me detiene. Lo miro extrañada y me quedo paralizada.

Tiene la mirada clavada en la mía, de pronto llena de curiosidad y atención, y una extraña ráfaga de viento me atraviesa el cuerpo. Me quedo muy quieta, ni siquiera respiro, cuando levanta las manos y me pasa un dedo por la mandíbula con toda la ternura y delicadeza del mundo. Me mira como si me viera por primera vez con la boca ligeramente entreabierta.

Por un momento, estoy segura de que va a decir algo de lo que se va a arrepentir y el temor hace mella en mi interior.

Pero entonces se retira con una risotada ronca y aparta la vista.
—*Uvas.*

CAPÍTULO 14

Las dos semanas pasan lentamente, hasta que por fin llega el día del Faradán. Oscurece, pero el festival no comienza hasta la medianoche. Tras una cena larga y rigurosa con los nobles, a excepción del príncipe Darian, que no aparece, Aladdín regresa a nuestros aposentos y descubre que le han dispuesto un nuevo conjunto de ropa. Se trata de un traje brillante y llamativo en oro y escarlata con una capa y un turbante de plumas a juego. Lo mira consternado y va a su alcoba a cambiarse.

Cuando regresa con todo puesto salvo el turbante, contengo la respiración, pues me pilla con la guardia baja. El corte ajustado del abrigo largo acentúa su abdomen plano y sus anchos hombros, y un fino cinturón negro le ciñe la cintura. La tela escarlata, con sus exquisitos bordados dorados y negros, resalta los reflejos cobrizos de sus ojos, y el cuello alto, que le llega hasta la nuez, le roza la mandíbula sin afeitar cuando baja la vista para examinarse. Lleva la capa, escarlata con pálidas rayas doradas por la parte exterior, cruzada en el hombro izquierdo y sobre el brazo derecho.

—¿Y bien? —dice con voz ronca—. ¿Qué pinta tengo?

—Hmmm. —Trago saliva rápidamente y desvío la mirada—. Supongo que la princesa se fijará en ti.

—Me pica todo. Si hubiera sabido que ser un príncipe consistía sobre todo en llevar estos malditos trajes tan incómodos, nunca habría pedido el deseo.

—Te pica porque tienes que afeitarte —apunto—. Siéntate.

Cojo una navaja de afeitar y un cremoso jabón de leche de cabra y le echo una manta de lana por encima para proteger su delicado atuendo. Él protesta, pero obedece cuando le indico que se siente en un taburete en la hierba a la luz de un potente farol.

Inclina la cabeza hacia atrás y traga saliva mientras espera a que me enjabone las manos, que luego le paso por las mejillas y la mandíbula hasta formar una gruesa capa.

—No te muevas —le pido en voz baja. Sus ojos se clavan en los míos cuando presiono la hoja de la navaja contra su mejilla y le rasuro con delicadeza el vello corto y grueso. Sus iris se ven dorados a la luz del farol y sus largas y oscuras pestañas casi parecen delineadas con kohl.

—¿Dónde has aprendido a hacer esto? —me pregunta.

—No hables si no quieres que te corte la garganta —le advierto—. Llevo mucho tiempo en este mundo. Y una suele quedarse con las cosas.

—¿Cuánto llevas en la lámpara?

—¿Qué he dicho de hablar?

Suspiro.

—¿Y bien? ¿Cuánto?

Me agacho sobre él y le paso la navaja por el ángulo de la mandíbula.

—Desde que soy genio.

—¿Y quién te metió ahí?

—¿Por qué te importa tanto?

Arruga un poco la frente.

—Porque no está bien mantener a alguien encerrado a la espera de mejorar la vida de los demás.

—¿Quién dice que mejoro las vidas de los demás? *Por favor*, ¿podrías estarte quieto?

—¿Fue Narduja?

Hago una pausa y dejo reposar la hoja en su mejilla.

—¿De dónde has sacado esa idea?

—Bueno, ¿acaso no es el rey de los genios o algo así?

Le agarro la mejilla con la mano libre y lo obligo a cerrar la boca con suavidad mientras le rasuro la zona de debajo de la nariz. Por los dioses, ¿cómo es posible que tenga esos labios tan perfectos? ¿Y por qué siento que ardo como el fuego?

—Lo es. Y sí, es el único genio que queda con poder suficiente para encerrarnos en lámparas, botellas y otras prisiones similares.

—¿Igual que los encantadores de genios?

Retiro la navaja bruscamente.

—¿Qué sabes tú de los encantadores de genios?

—Sólo que a veces tocan en la calle o al otro lado de los muros de la ciudad. La gente dice que su música es capaz de atraer a los genios y embotellarlos.

—Algo así —respondo—. Pero la magia de Narduja es mucho más potente. No sólo nos ata a nuestros recipientes, sino que además nos priva de

nuestra magia y nos obliga a conceder deseos.

—¿Y por qué lo hace? —pregunta cuando me detengo para limpiar la hoja.

—Porque puede —respondo rotunda—. Es un modo de tenernos bajo control. Si lo desobedecemos o lo amenazamos, nos esclaviza a los humanos hasta que nos arrepentimos y le suplicamos clemencia. E incluso entonces puede que no ceda.

—¿Y tú qué hiciste? ¿Lo amenazaste o lo desobedeciste?

Le afeito bajo la barbilla y le sigo bajando por la piel del cuello, rodeándole las delicadas venas, antes de contestar:

—Ambas cosas.

—¿Y ya está? ¿No vas a contarme nada más? ¿Por mucho que pregunte?

Le brindo una tensa sonrisa y le rasuro el resto de la barba.

—Qué bien me conoces ya.

Le dejo caer un trapo de felpa en la cabeza y le digo que se limpie.

Se levanta secándose la cara mientras yo revoloteo por la estancia encendiendo lámparas y descorriendo las cortinas de seda para que entre el fresco de la noche. Aún siento el pulso de su cuello en las puntas de los dedos. ¿Qué haría Narduja si me viera acariciar la mandíbula de Aladdín? Me estremezco sólo de imaginar la respuesta.

—Deberíamos irnos —sugiero—. El baile empieza dentro de una hora.

—El baile. Estupendo —murmura sin mucho ánimo.

Lanzo un suspiro y cierro la puertecita de cristal de la última lámpara. La llama arde sin parpadear y dibuja patrones entrelazados en la jaulilla de metal que la encierra.

—No me digas que no sabes bailar.

—Oh, claro que sí, he tenido *mucho* tiempo para bailar cuando no estaba muriéndome de hambre o procurando que no me metieran en la cárcel. —Deja el trapo—. Me sé infinidad de bailes. Mi favorito es ese que se llama Que-no-te-rompan-las-piernas-por-robarle-higos-al-panadero-de-la-calle-de-la-Perla

—Seguro que con él conquistas a la princesa y se casa contigo.

Sonríe con malicia, se me acerca y me coge las manos para sacarme al centro del patio.

—Enséñame.

—No.

Me zafo y le doy la espalda.

—Creía que la gracia del Faradán estaba en que todo el mundo tiene que bailar.

—Deséalo y te convertiré en un bailarín capaz de encantar a los peces del mar.

—Zahra. ¿Estás enfadada conmigo? —Me rodea para mirarme a la cara—. ¿Es porque te gané a los dados el otro día? —Abre los ojos al máximo y se deja caer de rodillas ante mí—. Te pido perdón desde el fondo de mi corazón, oh, grande y poderosa genio de la lámpara.

—No me ganaste. Te dejé ganar.

—Zahra. —Se acerca arrastrando los pies y me coge las manos—. Necesito tu ayuda.

Lanzo un débil gemido, le suelto las manos y le pego un manotazo al aire.

—¡Está bien! ¡Pero deja de humillarte! Se supone que eres un príncipe, idiota. Además, te vas a manchar ese lujoso atuendo.

Se le ilumina la cara, me aúpa por la cintura y me da vueltas antes de que pueda evitarlo.

—¡Bájame! —Me transformo y sus manos intentan agarrar el humo blanco. Reaparezco a su espalda, descalza sobre las suaves baldosas del patio y vestida con un traje de Faradán dorado y rojo a juego con su capa; en el pelo luzco una peineta turquesa de la que cuelga un rubí en forma de lágrima que me adorna justo el centro de la frente.

Aladín se gira y se detiene en seco al tiempo que balbucea un bajo:

—¡Oh!

Me examina de la cabeza a los pies con la boca entreabierta.

Yo le hago un gesto con la mano.

—Ven aquí.

Acude corriendo y se frena a un paso de distancia. Las lámparas que cuelgan de las columnas que nos rodean proyectan delicados patrones de luz en las paredes blancas y en el suelo, y los brillos resultantes parecen estrellas atrapadas. Pero, a excepción del canto de una zumaya en los árboles a nuestra espalda y el borboteo de la fuente de la pared, todo está en silencio.

—El Faradán —empiezo a decir— es un baile lleno de contradicciones. Es una lucha entre control y pasión. Deseo y pureza. Un tira y afloja. —Subo los brazos, desprovistos de joyas—. Es un baile que nace en las muñecas. De ellas depende el resto del cuerpo.

Para demostrárselo, empiezo a rotar las manos y a mover un pie tras otro bamboleando las caderas al ritmo de una música imaginaria. Mi vestido hace

frufrió al rozar en las baldosas y mis pies descalzos se levantan sólo por los talones.

—Es uno de los pocos bailes que comparten hombres y mujeres —prosigo—. Da un paso hacia mí.

Obedece, traga saliva y levanta las muñecas a la altura del hombro. Sin parar, doy un paso hacia él y le apoyo ligeramente la cara interna de mi muñeca izquierda en su derecha.

—Nada se toca —le susurro al oído— salvo las muñecas.

Siento su pulso latir a través de la fina piel de su muñeca, cálido, fuerte y vibrante. El poder de su energía fluye a través de mí como una ráfaga de viento.

—Cuando bailes con la princesa, debes oponer resistencia y a la vez dejar que te atraiga. Eres piedra y ella, agua. Eres la tierra y ella, el cielo. —Doy un giro rápido y cambio el sentido del baile pegando mi otra muñeca a la suya—. ¿Lo ves? Un tira y afloja. Control y pasión.

Asiente y se humedece los labios con los ojos fijos en los míos.

—Ahora —digo—, cuando dé un paso adelante, tú das uno atrás. Y, cuando gire a la izquierda, tú hazlo hacia la derecha. Somos como espejos, ¿te das cuenta? Pero siempre volvemos al principio, muñeca con muñeca. Imagina que hay un hilo invisible que nos une y que siempre nos trae de vuelta al punto de partida. Este baile, como el tiempo, es cíclico.

Empieza a bailar conmigo, imitando mis movimientos, hasta que nos rodeamos mutuamente, girando, haciendo remolinos y siempre regresando a la posición inicial, con las muñecas contrarias unidas, vena contra vena, pulso contra pulso.

—La mujer guía y el hombre se resiste. La mujer invita y el hombre la sigue. Tu parte es fácil: deja que Cáspida te lleve. Imita sus movimientos y entraréis en sintonía. Vuestros cuerpos sabrán leer los latidos del corazón del otro a través de las muñecas y vuestros pulsos se sincronizarán.

—Creo que lo pillo —dice con voz ronca.

—Entonces, demuéstramelo.

Me aparto con un giro y vuelvo hacia él de puntillas mientras mis caderas rotan un ápice. Él reacciona con torpeza al principio, pero pronto la desmaña desaparece y sus movimientos encajan con los míos, reflejándolos al revés. Bailamos así, muñeca con muñeca, giro y vuelta, paso a paso, durante un rato más. Me aguanta la mirada, nuestros ojos se encuentran en cada giro y prevén los movimientos del otro.

Su pulso late tan fuerte contra mi muñeca que reverbera en mi interior como si fuera mi propio latido. La piel se me calienta; contengo la respiración. Soy consciente de que estoy a punto de cruzar la línea de la destrucción, pero no puedo evitarlo. Me resulta embriagador, su fuerza vital es adictiva. Hace siglos que no me siento tan viva. Desde que tú, *habiba*, me enseñaste este mismo baile. Aunque el nuestro era un baile de risas atolondradas; un baile de amigas, de hermanas; un baile cargado de vida, de juventud y de esperanza.

Este es distinto.

No soy yo, sino él, quien seduce, invirtiendo los papeles tradicionales. Y yo me resisto por obligación, pues, si no lo hago, si cedo a los deseos típicamente humanos que me enardecen, será Aladdín el que pague las consecuencias.

—Para. —Dejo caer las muñecas y me aparto, y él hace lo propio por imitación, aunque jadea, su pecho sube y baja por el esfuerzo y sus ojos ostentan una mirada extraña, inusual y curiosa. Se acerca con la vista clavada en mí y yo no puedo evitar corresponderle.

Entonces prueba a ponerme una mano en la mejilla. Yo, petrificada de miedo y deseo, me limito a observarlo y me ruborizo cuando me la baja con delicadeza por la cara. Cierro los ojos y me inclino de manera imperceptible para recibir su caricia mientras el estómago me da un vuelco. Ansioso. Expectante.

Siento que él se inclina hacia mí, se agacha y acerca su cara a la mía.

—No —susurro—. No puedo.

—Zahra...

Me retiro y desvío la mirada.

—Ya estás listo para ella.

Dicho esto, doy media vuelta y entro corriendo en el palacio.

CAPÍTULO 15

Es costumbre que, durante la noche del Faradán, las líneas que separan las clases se borren de manera temporal y una sirvienta pueda bailar con un príncipe y una cocinera pueda compartir el pan con un rey. De este modo, cuando Aladdín entra en la gran sala del trono del rey Malek, yo me coloco a su lado, pues, por esta noche, soy su igual. Llevo puesto mi vestido de seda roja y dorada y un rubí en la frente.

Aún siento el roce abrasador de Aladdín en la mejilla, su peso al inclinarse hacia mí. Oleadas de calor me recorren la piel y nunca antes he sentido que mi propia forma escapase tanto a mi control. No puedo deshacerme de las mariposas del estómago ni de la imagen de sus ojos clavados en los míos mientras dábamos vueltas el uno junto al otro.

Fue un percance, un accidente, me digo. No volverá a ocurrir. Sin embargo, siento cada brizna del espacio que nos separa mientras caminamos y me pregunto si él también lo siente. No me atrevo a mirarlo para averiguarlo, porque temo toparme con sus ojos y ver la verdad en ellos: que lo que ocurrió no fue un accidente.

Que podría ser real.

Y lo peor de todo es que podría desear que volviera a pasar.

No es esto para lo que he venido aquí, me recuerdo. Tengo que centrarme: tengo que encontrar a Zian y tengo que hacerlo rápido. Sólo me quedan dos días antes de perder mi oportunidad de liberarme y de que Narduja descargue su furia sobre Partenia. Ya no se trata sólo de mí. Se trata de la gente que baila a mi alrededor y que no es consciente de la hecatombe que les espera. Se trata de salvar a Aladdín. Y lo que he sentido en nuestros aposentos hace unos minutos... no puede volver a pasar.

Hay demasiado en juego.

Nuestra entrada no es triunfal; nos mezclamos con la multitud y, como todo el mundo va vestido de rojo y dorado, es fácil fundirse con ellos. Pero

Aladdín empieza a recibir miradas de aprecio y de envidia, de deseo y de hostilidad descarada, esto último de los hombres cuyas acompañantes lo observan fascinadas. Y es que Aladdín causa verdadera sensación, pues atraviesa a la concurrencia con la gracia y el porte de un príncipe nato. ¿Dónde ha aprendido eso? ¿Dónde ha aprendido a llevar la cabeza tan alta, a cuadrar tanto los hombros, a mirar a cada persona con la que se cruza a los ojos y a dedicarle una sonrisa cómplice, como si fueran viejos amigos? Hace gala de unas maneras que mi magia en modo alguno le podría haber otorgado, de una fuerza interior completamente innata. Contemplantarlo hace que me duela por dentro.

—Me están mirando —susurra—. Por todos los dioses, Zahra, ¿llevo esto puesto del revés o qué?

Se tira de la chaqueta.

—¡Para! —le regaña, y le doy un golpe en la mano—. Estás bien. Más... principesco no se te puede ver.

Él sonrío de oreja a oreja y el placer que reflejan sus ojos es demasiado elocuente para que pueda soportarlo. Aparto la mirada y recorro con ella la estancia en busca de caras conocidas. Aunque la costumbre es que los sirvientes se relacionen libremente con sus amos, se nota a la legua que la mayoría de los presentes pertenecen a la nobleza. Los sirvientes deben de estar celebrando su propio Faradán en otra parte del palacio. Pero no todos: unos cuantos desafortunados serpentean entre la multitud llevando jarras de vino o bandejas de pastas.

El trono vacío está precintado con un cordón de seda a la espera del rey. Se ha montado un estrado provisional contra una pared donde una banda de música toca una melodía rítmica y rápida que unas cuantas parejas ya están bailando muñeca con muñeca, tal y como le he enseñado a Aladdín. Unos braseros apuntalados con trípodes enormes que doblan en altura a un hombre arrojan una luz que llega incluso a lo alto de las imponentes cúpulas. No veo las palomas que poblaban el techo el día que conocimos al rey y me pregunto a qué pobre diablo le habrá tocado deshacerse de ellas. Aquí y allá, la multitud hace corrillos en torno a tragafuegos, acróbatas, encantadores de serpientes y engullidores de espadas.

—No la veo —dice Aladdín—. ¿Va a venir? ¿Y si...?

—Shhh. Mira.

En el extremo más apartado de la sala del trono, en lo alto de una escalera doble con tallas de hombres y caballos alados, hay una puerta de exquisita teca. Se abre despacio —tiran de ella cuatro sirvientes— y aparecen Cáspida

y sus chicas, que acceden al pasillo como flotando. La princesa lleva un vestido de oro puro y mate con ribetes carmesíes. Su pelo, recogido en un elaborado moño, está cubierto con una fina red de delicadas cadenas de oro de las que cuelgan diamantes diminutos. Parece la noche tachonada de estrellas, pero nada brilla más que sus ojos, con los que recorre la estancia. En el dorso de las manos lleva unos delicados motivos rojos hechos con que se arremolinan y se enroscan como el humo.

La corte deja escapar un suspiro de admiración y todos se detienen a hacerle una reverencia. Baja las escaleras con fluidez, flanqueada por sus chicas. Por encima de ellas, Darian aparece en la puerta, vestido con un ajustado traje rojo y tocado con un turbante dorado. Saluda con pompa regia antes de bajar las escaleras con la cabeza alta y los labios retraídos en una sonrisa.

Me inclino hacia un extasiado Aladdín, que no puede apartar la vista de la princesa, y le doy un codazo.

—Corre. ¡Ve y pídele este baile antes de que otro lo haga!

Él asiente aturdido y da un paso adelante. Yo suelto un breve suspiro y me obligo a dejar que vaya solo. Ahora todo depende de él y sólo puedo esperar que no se ponga en ridículo. En cuanto pueda escabullirme por una salida, volveré a buscar a Zian. Los segundos pasan más deprisa que nunca y el estómago se me retuerce de preocupación.

Me giro y a punto estoy de estamparme contra un noble flacucho con un fino bigote y mal aliento.

—¿Me concedéis este baile, señora? —pregunta. Luego, acercándose, me susurra—: ¡No podéis negaros! No esta noche.

Me tiene atrapada contra uno de los altos pilares y me encojo cuando su aliento me invade. Me agarra fuerte por la muñeca e intenta sacarme a la zona de baile, pero, de repente, una mano le coge el brazo y se lo aparta.

—La señora ya me ha prometido la siguiente ronda —dice una voz.

Me giro para ver quién ha acudido en mi rescate... y me quedo estupefacta.

La sonrisa de Darian es escueta y tensa. Hace una reverencia, pero el gesto es burlesco y su mirada sopesa mi silueta descaradamente a través de mi vestido de noche.

—No nos han presentado —dice—. Soy el príncipe Darian.

El hombre flacucho balbucea una disculpa y desaparece. Yo empiezo a girarme, pero Darian se me planta delante con total fluidez, pega su muñeca a la mía y me conduce hasta el baile dando vueltas. La multitud que nos rodea

se abre y nos deja espacio para girar. Me sonrojo de fastidio. Esta noche los dioses conspiran contra mí.

—Alteza, yo soy...

—Sé quién eres —responde Darian—. Eres Zahra, la chica de Razad.

Se gira con brusquedad y yo lo imito y lo observo por el rabillo del ojo.

—Sois muy atrevido para ser príncipe —le digo, dando una vuelta para después hacer contacto con su muñeca.

—Y tú eres muy hermosa para ser una sirvienta.

En ese momento, diviso a Aladdín, que, no muy lejos, concierta un baile con Cáspida. Está balbuciendo, sonriendo demasiado y ella está más interesada en observarnos a Darian y a mí. Nuestras miradas se cruzan y sus ojos bullen de curiosidad, pero entonces ambas nos giramos.

—¿Se puede saber a qué juega tu amo? —me pregunta en tono bajo.

Describimos un círculo el uno alrededor del otro con las muñecas pegadas; tiene el pulso acelerado de ira. Ha visto bailar a Aladdín y a Cáspida y la rabia palpita bajo su relajado exterior.

—Me temo que no sé a qué os referís, mi señor. No soy más que una sirvienta.

—Mentirosa. Eres más que eso. Cáspida se ha interesado por ti y me miras a los ojos sin apartar la vista. Sinceramente, no me importa quién o qué eres en realidad, lo que quiero saber es adónde cree tu amo que va a llegar enfadándose.

Evito hacer una mueca. Nunca se me ha dado bien hacerme pasar por sirvienta. «Demasiado impresionada contigo misma para tu propio bien», solías decirme, *habiba*.

—¿En qué modo podría amenazaros? —le pregunto.

—No lo hace. Simplemente me molesta.

—Es una costumbre que tiene.

La música se acelera y nuestros pasos siguen el ritmo hasta que nos ponemos a girar y a dar vueltas a una velocidad de vértigo.

Darian deja de hablar para concentrarse en el baile, pero, cuando la música vuelve a ralentizarse, añade:

—Cáspida y yo llevamos prometidos desde que nacimos. Me quiere.

—¡Cómo no! —Me deslizo más cerca de él y mi falda le roza las piernas cuando giramos el uno alrededor del otro y luego cambiamos de muñeca—. Sois apuesto y poderoso. El sueño de cualquier princesita.

Su mano planea por mi cintura y mi cadera, pero no me toca.

—¿Y cuál es el sueño de las jóvenes sirvientas como tú? —susurra.

Me aparto de él dando vueltas, con una sonrisa en la cara y los brazos tendidos por delante para que mi falda no encuentre estorbo y dé todo de sí al girar. Entonces, antes de que pueda agarrarme, me deslizo entre la multitud y lo dejo allí plantado.

Cáspida y Aladdín siguen bailando, muy rígidos y formales, y los intentos de Aladdín por hacerla reír parecen ser en vano. Cuando me pilla mirándolos, levanta las cejas en gesto suplicante. Yo me encojo de hombros y sonrío. «Si lo desearas, ladrón, podría hacer que implorase tu amor».

Los diamantes en el pelo de la princesa reflejan puntitos de luz diminutos en la cara de Aladdín, por lo que parece hechizado. Hacen una bonita pareja; son como amantes salidos de una historia a los que el destino se ha encargado de unir. Suspiro y empiezo a alejarme, pero una voz me detiene.

—Parece como si hubieras chupado un limón.

Me doy la vuelta y veo a Nesa a mi lado. Luce un vestido carmesí de dos piezas que deja al descubierto su vientre musculoso y el pequeño pendiente de oro del ombligo. Lleva las rastas recogidas en un moño trenzado en la coronilla y las puntas plateadas están desplegadas en forma de corona. El recelo me carcome al verla, pero no parece llevar la flauta consigo. Lo que sí porta es un tomo de pergaminos encuadernados bajo el brazo.

Al percatarse de mi mirada, se ríe y le da unos toquecitos al libro.

—Siempre me aburro con estas cosas, así que he traído a un amigo. —Se lo saca de debajo del brazo y lo hojea—. Una historia de la reina más poderosa de los reinos marítimos de oriente, si nos remontamos a la Reina Pastora de Gueda, que se sacrificó para evitar que su ciudad se hundiera en el mar.

Siento un hormigueo en la piel y me giro para encararla habiendo olvidado por un momento mis ganas de buscar a Zian.

—Una historia antigua —respondo lentamente—. Pocas personas la conocen.

—Me sé muchas viejas historias que la mayoría de la gente ha olvidado —dice mientras recorre el lomo del libro con el dedo—. Y la biblioteca de Partenia es una maravilla. Una podría pasarse toda una vida explorándola y nunca llegaría siquiera a contar todos los pergaminos y libros que hay allí metidos.

—¿Puedo preguntar, alteza, cómo es que una princesa titoshi se encuentra en una corte amulena?

—Supongo que puedes, pues es Faradán, después de todo. —Desvía la mirada hacia la muchedumbre y se detiene brevemente en Aladdín y Cáspida

—. Cuando un rey titoshi muere, su sucesor suele purificar la casa real asesinando a sus hermanos y a los hijos de estos para proteger su trono... Y no le falta razón. Hay pocos gobernantes titoshis que mueran por causas naturales, ya sabes. —Se gira hacia mí y añade con tono prosaico—: Cuando mi padre murió, mi tío más anciano se convirtió en rey. En lugar de permitir que mi hermano Vigo y yo fuéramos estrangulados mientras dormíamos, nuestra madre nos trajo aquí. Entonces no éramos más que bebés.

—¿Y fue vuestra madre la que os enseñó el arte del encantamiento de genios?

El único indicio de alarma que Nesa deja traslucir ante esta pregunta es un ligero ensanchamiento de los agujeros de la nariz.

—¿Disculpa?

—Perdonadme. El otro día me fijé en vuestra flauta. Está grabada con símbolos eskars... No es un instrumento para melodías ociosas.

Me escruta durante un rato con la mandíbula apretada antes de responder brevemente:

—Mi gemelo y yo nos ganamos la vida. —Señala a Aladdín y a Cáspida con un gesto de la cabeza—. Tu príncipe y mi princesa están suscitando muchos comentarios.

Echo un vistazo a mi alrededor y constato que, en efecto, los nobles sólo tienen ojos para Cáspida y su acompañante. Susurran tras sus copas de vino especiado y no todas sus expresiones son benevolentes.

—Le aconsejaría a tu amo que tuviera cuidado —continúa Nesa—. Seguramente Darian esté en un rincón planeando un asesinato.

Aparta la vista con cara impasible y yo suspiro. No es probable que me preste ayuda para buscar a Zian. La multitud me apretuja hasta que me resulta difícil respirar. Debo salir de aquí, debo continuar buscando. Ya he perdido demasiado tiempo.

Sin embargo, antes de que pueda hacer ningún movimiento, un toque de trompetas y unregonero anuncian la llegada del rey. La gente enmudece y se queda quieta, observando con la cabeza gacha, y yo reprimo un gruñido. Salir corriendo justo ahora sólo llamaría la atención.

La puerta en lo alto de las escaleras se abre y Malek aparece liderando una pequeña procesión acompañado por Sulifer, codo con codo a su derecha. El rey está encorvado y pálido, y el colorido traje de fiesta que luce parece más cómico que regio en su percha exangüe. Baja las escaleras a trompicones y a punto está de caer al suelo antes de aceptar el brazo que le ofrece su hermano.

Apoyado en él, desciende hasta el salón del baile y allí se detiene para recuperar el aliento. Su mirada vidriosa vaga sin denotar el menor interés.

Se oyen unas risitas entre los presentes, pero el rey no repara en ellas. Diviso a un joven noble en un rincón lejano, uno de los acólitos de Darian, imitando al monarca, tambaleándose y haciendo como que se lleva una pipa de simon a los labios mientras esboza una sonrisa vacua. El propio Darian no refleja expresión alguna, pero he vivido el tiempo suficiente para aprender a descifrar las emociones que se esconden bajo la superficie. Cuando mira al rey, enmascara repugnancia y satisfacción.

El rostro de Cáspida es tan sereno como la luna. Sin decirle ni media palabra a Aladdín, se abre paso entre la multitud y llega hasta Malek. Le hace una señal a Sulifer para que se retire y coge el brazo de su padre. Él parece despertar de su letargo al sentir su contacto y sonrío y le da unas palmaditas en la mano. Cáspida lo conduce hasta el trono, lo ayuda a sentarse y le acomoda los cojines de la espalda. La gente empieza a perder interés y vuelve al baile y a la cháchara.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —le pregunto a Nesa.

Ella suspira y contempla a Cáspida y al rey con cara de pena.

—Desde que la reina murió hace diez años. Una vez fue inteligente y fuerte, y quería a Cáspida con locura.

—¿Cómo murió la reina?

La mirada de Nesa se oscurece.

—Un ataque de yinns, hace mucho tiempo. Les tendieron una emboscada a ella y a todas sus guardianas mientras iban de camino hacia Ursha para sellar una alianza. Nuestras madres. Todo se fue al traste en un solo día.

Ah. Con razón la princesa odia tanto a los genios. Presa de la inquietud, mis pensamientos se deslizan por senderos que he tratado de evitar con todas mis fuerzas: ¿Qué le ocurrirá a Aladdín una vez que consiga mi libertad? ¿Qué hará Cáspida cuando sepa que accedió al palacio mediante una triquiñuela de magia yinn?

Vigo aparece de repente al lado de su hermana, sonriendo con malicia. Lleva una gruesa trenza de rastas que le baja por la espalda y cuyas puntas de plata tintinean.

—¡Vamos, Ness! Mostrémosles cómo bailan los titoshis.

—De acuerdo, feo, pero no llores cuando no puedas seguirme el ritmo. — Nesa sonrío y me pasa el libro—. Aguántame esto, Zahra.

Se deslizan hasta un espacio libre y se entregan a un baile animado compuesto de saltos, chillidos y piruetas que parece de todo punto agotador.

La multitud de alrededor aplaude y los vitorea. Yo los observo con una pequeña sonrisa mientras recuerdo los campos enteros llenos de titoshis bailando allá por la época en que pertencí a uno de sus reyes. Después de un rato, bajo la vista hasta el libro de Nesa y lo abro por la primera página, donde hay una ilustración de la Reina Pastora de Gueda contemplando la ciudad mientras las olas se alzan para devorarla.

Cierro el libro de golpe con un estremecimiento.

De repente, una mano se desliza por mi cintura y una voz me susurra al oído.

—¿Y si bailamos ahora, corazón?

Es Mal Aliento, que ahora está como una cuba y apesta a vino. Me empuja desde atrás hasta la zona de baile y me agarra la muñeca con fuerza. Cuando intenta obligarme a dar una vuelta, le espeto por lo bajo:

—Te doy exactamente tres segundos para que consideres el error que estás cometiendo antes de romperte...

El hombre pone los ojos como platos y sus labios dibujan una mueca cuando Aladdín, muy serio, le retuerce la mano libre con fuerza en la espalda.

—Apártate, desgraciado, y puede que aún conserves el brazo pegado al cuerpo cuando te marches —le dice en voz baja.

El hombre gime, pero me suelta y se va con el rabo entre las piernas farfullando para sí:

—¿Por qué siempre me pasa lo mismo?

Aladdín, satisfecho, me hace una reverencia.

—¿Me concedes este baile o sólo bailas con cretinos como Darian?

Pongo los ojos en blanco como muestra de exasperación, me meto el libro de Nesa en el bolsillo y levanto la muñeca. Él la toca con la suya y me lleva hasta donde están los demás bailarines.

—No necesitaba tu ayuda.

—Una dama no debería ensuciarse las manos en una noche como esta.

—Oh, qué principesco. Bueno, ¿la has hecho caer rendida a tus pies o no? Entonces su expresión cambia y pasa del engreimiento a la tristeza.

—Apenas me ha dedicado diez palabras.

—Me extraña. —Sonrío, dándole la espalda, y nuestras muñecas se topan detrás de mi cabeza—. ¿Lo has intentado con un poema?

—No me estás ayudando.

Me giro para quedar frente a él, me acerco y le susurro:

—Desea su amor y te lo entregaré.

Él esboza una sonrisa forzada.

—Entonces no sería amor.

—¿Y tú qué sabes del amor?

—Que debe ser una elección.

—Oh, mi inocente ladrón. —Me detengo brevemente para sostenerle la mirada—. El amor rara vez lo es.

La música se ralentiza y la mayoría de los bailarines se van retirando para charlar y beber. Yo me dispongo a seguirlos, pues la necesidad de encontrar a Zian me impele a salir de allí cuanto antes, pero Aladdín dice en voz baja:

—Un poquito más. Creo que estoy empezando a pillarle el tranquillo a esto.

Alzo la mirada y me encuentro con la suya, demasiado cálida para soportarla. Reanudo el baile, pero mantengo la vista baja mientras intento controlar los nudos que se retuercen en mi interior.

Sólo quedan dos parejas más: Nesa y Vigo, y Cáspida y Darian. El príncipe y la princesa se mueven con fría formalidad, como autómatas. Darian parece frustrado ante la indiferencia de la princesa.

—Ella no lo quiere —le susurro a Aladdín—. Con las palabras adecuadas, te la ganarás.

—Si se te ocurren algunas ideas, soy todo oídos —responde con la voz teñida de repentina desolación.

Entorno los ojos mientras contemplo su triste mirada.

—Vaya, príncipe Razad, ¿estáis empezando a enamoraros?

Él pestañea y entonces me mira fijamente. Yo me alejo dando un giro y, al volver, sus ojos bronceados siguen clavados en los míos.

—No estoy aquí para enamorarme. Estoy aquí para vengarme por mis padres.

—¿No van ambos fines de la mano?

De pronto, deja de bailar y se aparta a un lado. Me observa con unos ojos profundos como la noche.

—No —contesta en voz baja—. No estoy seguro de que así sea.

Yo me quedo quieta, desconcertada, mientras él da media vuelta y se mezcla con la multitud.

CAPÍTULO 16

La gente, cansada de bailar, sale a un gran patio abierto bajo el cielo estrellado donde unos coloridos faroles se mecen con la suave brisa. Arden en la noche con la misma refulgencia que las llamas de las velas. Me uno a los allí presentes, aunque apenas les presto atención, pues pongo en marcha mi sexto sentido para buscar a Zian a todo lo ancho, largo y profundo que da de sí. Incluso envío tentativos susurros en la lengua silente de los genios: «¿Estáis ahí? Hermanos y hermanas, ¿hay alguien ahí?», si bien no recibo ninguna respuesta.

Aladdín se encuentra al lado de Cáspida. Se mueven entre las jóvenes damas y caballeros que ríen y coquetean por doquier. La princesa y mi amo se muestran reticentes y ni siquiera se miran. Aladdín echa un vistazo a su alrededor hasta que me ve y sus ojos se clavan en los míos. Yo me separo del resto de invitados y, sosteniéndole la mirada, le señalo a la princesa con la cabeza. Él continúa observándome un poco más antes de volverse hacia Cáspida y hacerle un comentario que le arranca una sonrisa educada.

Hallo un rincón tranquilo entre los altos setos que rodean el patio y me siento en la base de una gran estatua que hay allí escondida. Se trata de un grifo esculpido en mármol cuyo rostro se parece considerablemente al del rey Malek, aunque este es más fuerte y rollizo, como el del hombre que Malek habría llegado a ser si no se hubiera echado a perder a causa del simon.

Reclino la cabeza y la luna y yo nos miramos en silencio, como enemigos que lo hicieran a través de un campo de batalla. Es la misma luna que me recibió la noche en que Aladdín me sacó de aquella cripta bajo el desierto: una luna apenas perceptible, un irónico guiño en las profundidades del lóbrego cielo.

Aún quedan dos días antes de que desaparezca por completo.

Dejo que mi mente explore la posibilidad del fracaso, algo que no me había atrevido a considerar hasta ahora. Shaza me advirtió que, como no

liberarse a Zian durante el mes asignado, Narduja nos daría muerte a mí y a toda Partenia. No cuesta imaginar lo que eso supondría.

Sigo teniendo en el bolsillo el libro de Nesa; lo saco y me lo pongo en el regazo, abierto por la primera página, donde hay un dibujo hecho con tinta que representa a una triste doncella contemplando una ciudad engullida por las olas.

Lo he visto destruir ciudades con fuego, con agua, con temblores de tierra. Destruyó Nerubia con arena y viento. Destruyó Gueda, la ciudad del dibujo, haciendo que la montaña sobre la que estaba construida entrara en erupción. Y puede que ya hubiera destruido Partenia si no estuviera en juego la vida de Zian. Es asombroso que el shaitán haya mantenido su célebre furia a raya todo este tiempo. Si fracasa, lo más probable es que hunda en el mar la ciudad entera y a sus habitantes y luego envíe a sus márids a buscar entre las ruinas la botella de Zian.

Y Aladdín morirá.

El pensamiento me golpea con la mayor de las fuerzas. Alzo los ojos y lo veo riéndose con los jóvenes caballeros, cuyas caras están vueltas hacia él como las flores hacia el sol. Yo también he sentido esa atracción, ese misterioso influjo que ejerce mí. Llevo sintiéndolo durante semanas y se intensifica por momentos, con lo que cada vez me cuesta más resistirme a él. Me acuerdo de cuando estaba tumbado en la hierba del jardín acariciándome la mano, y me estremezco con el placer del recuerdo.

Cierro el libro y lo aparto. Ya basta de estar sentada de brazos cruzados esperando a que Zian aparezca. Miro a mi alrededor y veo al príncipe Darian en las inmediaciones, girando una botella de vino y observando a Aladdín y a Cáspida mientras pasean.

Se me ocurre un plan, así que me levanto y voy a su encuentro.

—¿Solo en Faradán? ¡Qué pena!

Se sobresalta y se derrama el vino en el abrigo. Se lo limpia con cara de fastidio.

—¿Así es como te diriges a tu amo? Si yo tuviera una sirvienta la mitad de impertinente que tú, haría que le dieran unos buenos azotes y la expulsaría de la ciudad para que los guls se divirtieran con ella.

—Estáis borracho.

Se encoge de hombros como si lo diera por sentado.

—He estado pensando en diversas maneras de enseñarle a tu amo cuál es su lugar en mi corte.

—¿Vuestra corte? Perdonadme, majestad. No me había dado cuenta de que estaba en presencia de un rey. —Lo escudriño mientras él me mira con ojos centelleantes y señala un banco cercano como invitándome a sentarme. Luego se acomoda a mi lado, demasiado cerca, y percibo su fétido aliento a vino.

—¿Por qué está aquí en realidad? —me pregunta.

Le cojo la botella y doy un pequeño trago antes de responder:

—Para disfrutar del placer de vuestra animada compañía.

Suelta una maldición y me agarra bruscamente de la muñeca con ojos febriles.

—Dime la verdad, niña, u os expulsaré a ambos de esta ciudad.

Retiro mi mano con mala cara y respondo, cortante:

—No tenéis autoridad sobre nosotros. Somos invitados del rey.

—El rey es un idiota y un inválido. Todo el mundo sabe que mi padre es el verdadero gobernante de Partenia.

Me contengo para no vilipendiarlo y me obligo a concentrarme en mi verdadero objetivo. Hago una pausa para redirigir el curso de mi lengua, sonrío y respondo en un tono más afable:

—Ah, sí, el gran visir Sulifer, comandante del ejército de Partenia. Un gran guerrero, por lo que tengo entendido.

A Darian se le hincha el pecho.

—En efecto. Y todo el mundo dice que me parezco a él.

—Ya lo veo. —Me acerco todavía más y le paso un dedo por la manga con ojos gachos—. Debéis de haber matado a muchos genios.

—A unos cuantos —masculla, acercándose peligrosamente. Me retiro y eludo sus labios anhelantes.

—No os creo.

—¿Cómo?

La cara se le ensombrece.

Me doy la vuelta, me encojo de hombros y me paso los dedos por el pelo.

—Cualquiera puede decir que ha matado a muchos genios, pero un verdadero guerrero lo demostraría. ¿Sabíais que en las montañas de Ursha los hombres de las tribus les cortaban los pulgares a sus enemigos asesinados y los lucían en el cinto como trofeos?

—¡Qué barbaridad!

—A los hombres se les permitía tomar una esposa por cada pulgar. Y había quien tenía veinte o treinta. —Lo miro de reojo—. ¿A cuántos genios habéis matado vos?

Darian juguetea con un mechón de mi pelo y tengo que reprimir la urgencia de zafarme de un tirón. Sus ojos arden intencionadamente cuando se levanta.

—Te lo demostraré.

El pecho se me tensa de excitación, pero dudo.

—¿Está lejos? —Miro preocupada a Aladdín. No quiero verme obligada a apartarme demasiado de él y correr el riesgo de evaporarme delante de Darian.

El príncipe se encoge de hombros.

—No vas a perderte nada interesante, créeme. Este festival es más aburrido que una carrera de tortugas. Aunque, de todas formas, es aquí al lado.

Nos vamos del patio sin que nos vean por una puertecita que conduce al interior del palacio. Darian no me suelta la mano. La suya está sudorosa y me aprieta, pero me abstengo de decir algo que pueda distraerlo. Quiero ver lo que tiene que enseñarme y, por imposible que parezca, espero haber jugado bien mis cartas y no desperdiciar más horas valiosas. El tiempo es arena que se me escurre entre los dedos.

—Por aquí —indica, y me guía por una angosta escalera de caracol. Me preocupa que lo de «aquí al lado» sea una exageración o que a Aladdín se le ocurra deambular por ahí y me lleve sin querer de vuelta a la lámpara. Pero esta oportunidad de buscar a Zian es demasiado buena para desaprovecharla. Mientras andamos, cuento los pasos con atención.

«... sesenta y cuatro..., sesenta y cinco...».

Las paredes de arenisca resuenan conforme bajamos y la oscuridad se cierne sobre nosotros y nos engulle. El resplandor de las luces del Faradán no tarda en desvanecerse y de pronto nos vemos en un oscuro mundo subterráneo lleno de negros pasadizos y cámaras polvorientas. Mi sexto sentido rastrea el vacío de las entrañas del palacio, pero mi alcance es limitado y mi visión ambadiana, borrosa. En esta parte las paredes presentan franjas de hierro, el metal que interfiere en mis pensamientos y repele mi sexto sentido. Pestaño furiosa y albergo la esperanza de que Darian no perciba mi titubeo mental.

Una, dos, tres plantas: los arquitectos de Partenia han cavado muy hondo para sentar estos cimientos. Cuanto más nos adentramos en la tierra, más me alejo de mi lámpara y noto que la distancia se alarga como una cuerda tirante. No he explorado esta zona antes; estamos muy lejos de los aposentos de Aladdín y hemos sobrepasado con creces el perímetro que hasta ahora me ha tenido cautiva cada noche. Vibro de excitación y nerviosismo. Esto es lo más

cerca que he estado de localizar a Zian y de asegurar por fin mi libertad..., y todos y cada uno de mis pensamientos están orientados a no arruinar esta oportunidad.

«... ciento uno..., ciento dos...».

Se me tensa el estómago. En cualquier momento, Aladdín podría dar unos pasos en una dirección mientras yo los doy en la contraria y hacer que la que cadena que nos une se rompa y yo acabe convertida en humo. Me pregunto si Darian notará lo tensa que estoy. Me tiene la mano cogida con tanta fuerza que no puedo soltarme.

Las paredes son bloques de piedra cuyas caras están llenas de inscripciones de glifos y símbolos desvaídos. Las antorchas que penden de ellas gracias a unos ganchos de latón están apagadas, pero Darian consigue dar con una que aún conserva un poco de aceite y la enciende golpeando el cuchillo ornamental que lleva en el cinto contra un pedernal atado a la antorcha.

—La vieja cripta —me informa, alzando la luz. Me aprieta la mano con más fuerza si cabe y me lo quedo mirando con curiosidad. Darian tiene miedo de la oscuridad, de las profundidades o de los muertos. Como si supiera que acabo de descubrir su vulnerabilidad, frunce el ceño y me empuja hacia delante—. Los viejos reyes y reinas están enterrados aquí. Ahora los sepultamos en tumbas en la superficie, en las colinas del norte. Pero estos muros están reforzados con hierro, lo que hace que la cripta sea perfecta para mantener a nuestros... prisioneros especiales.

Se me erizan los vellos de la nuca. Ya está. Ciertamente, esta será la noche en que encuentre a Zian.

Justo a tiempo.

«... ciento veintiséis..., ciento veintisiete...».

Mientras todo mi ser grita por que dé la vuelta y eche a correr, me pregunto si Aladdín se habrá percatado ya de mi ausencia, aunque enseguida descarto seguir pensando en él en estos momentos tan cruciales. Necesito concentrarme de lleno en la misión que tengo entre manos. Sé que pronto, tal vez esta misma noche, tendré que despedirme de él para siempre, algo en lo que todavía no quiero pensar porque me resulta demasiado doloroso.

—¿Prisioneros? —pregunto con voz aguda y temerosa—. ¿Estáis seguro de...?

—Conmigo estás a salvo —me garantiza—. Ya casi hemos llegado.

«... ciento treinta y ocho..., ciento treinta y nueve...». Si tuviera corazón, este me martillearía como un tambor.

Se detiene delante de una puerta de hierro, un mamotreto que es obvio que no puede abrir por sí solo. Sin embargo, me suelta la mano y abre un panel de madera en la pared que oculta un ingenioso sistema de engranajes. Saca una manija, la fija a uno de los engranajes y me pasa la antorcha para poder agarrarla con las dos manos y echarle todo el peso encima. Forcejea y maldice y, lentamente, los engranajes empiezan a girar. La pared chasquea y chirría cuando las palancas comienzan a encajar y la puerta se corre despacio hacia un lateral, metiéndose en la pared.

Cuando lo hace lo justo para que quepa una persona, Darian inserta una barra de hierro en el engranaje para pararlo y se vuelve hacia mí con una sonrisa.

—Ahora verás lo poderosos que somos los guerreros amulenos.

Ya era hora. Estoy hecha un flan: la distancia que me separa de la lámpara titubea peligrosamente. Unos pocos pasos más. Espero durar al menos eso. Tengo que hacerlo.

Entra y yo lo sigo mientras una especie de corazón fantasma tamborilea con fuerza en mi pecho.

En el interior de la habitación, siento su presencia.

Hay cientos de genios, de toda clase y condición, atrapados en pequeñas botellas de arcilla y bronce, cristal y porcelana, y dispuestos en estantes que se extienden de pared a pared. La estancia es enorme y de techos altos, y no hay nada en el suelo salvo una mesa con pesados rollos de pergamino y varios cálamos.

Los genios me sienten entrar, perciben mi verdadera naturaleza y empiezan a reclamarme y a chillar; sus voces son como una marea abrumadora. Me tambaleo y ahogo un grito ante el impacto del ruido y de la desesperación.

Como es lógico, Darian no oye nada de esto y observa encantado mi reacción.

—Sí, impresiona bastante. Llevamos cientos de años embotellando genios. No hay nadie mejor en esto.

—¿Vos..., vos mismo los embotelláis? —pregunto, apoyando una mano en la pared para no caerme.

—Bueno..., yo personalmente no. Pero doy órdenes a los eristratis, que los combaten, y a los encantadores de genios que nos trajimos de entre los titoshis. Desde que yo estoy al mando, hemos embotellado a más de treinta, sólo en unos pocos años. —Se pasea por la habitación como un cazador que exhibe sus trofeos—. Estos son los márids, los genios del agua. Y luego están

los ifrits, genios del fuego, y los guls, de la tierra. Incluso tenemos a unos cuantos silas. —Señala unas altas botellas de cristal situadas en un estante elevado—. Muy difíciles de atrapar, pues suelen ser invisibles.

«¡Hermana! ¡Hermana! —Sus gritos resuenan en mis oídos como una tormenta—. ¡Ayúdanos! ¡Libéranos!».

De sus erráticos alaridos deduzco que algunos de ellos llevan aquí trescientos años. Vadeo entre las voces intentando distinguir la de Zian, pero es difícil concentrarse con Darian parloteando sobre varios encantamientos que ha presenciado.

—... Este rondaba cerca de uno de nuestros pueblos de pescadores, así que esperamos toda la noche hasta que apareció y después envié a Vigo con su flauta...

«¡Callaos todos! —les ordeno, pero su clamor se intensifica. Mis ojos rastrean las estanterías de arriba abajo—. ¡Zian! Zian, ¿dónde estás?».

—... Y este —continúa diciendo Darian— es nuestro botín más preciado. Ni gul, ni ifrit, ni márid ni sila, sino otra cosa. Algo más grande.

Clavo la mirada en él y hago un esfuerzo por no convertirme en tigre para sujetarlo contra el suelo hasta que desembuche.

—¿Cuál? —inquiero al tiempo que sonrío con modestia, esperando que no me salga humo por entre los dientes.

Él señala una vasija de arcilla que le queda justo por encima de la cabeza, una con el cuello aflautado y un asa elegante.

—Ese. Lo capturamos hace dos meses. Creímos que podría ser un ifrit, por el fuego que nos arrojó, pero los ifrits no pueden cambiar de forma como hizo él: de hombre a dragón y de dragón a nube de humo. Sólo los guls poseen esa facultad y para ello deben comerse primero el alma de un humano o de un animal. Hemos estado debatiendo acerca de qué podría ser. Yo creo que...

—¿Puedo cogerlo? —pregunto.

Darian pestañea y entorna los ojos.

—Claro que no. Es extremadamente peligroso. Si se te cayera y se rompiera...

—¡Sólo para echar un vistazo! —espeto, y mi fachada se agrieta, pero, en cuanto veo la expresión de sospecha de Darian, agacho la mirada y susurro—: Lo siento. Es que nunca he visto nada parecido. En verdad sois un gran guerrero. ¡El terror de los genios!

—Sí —medita, y su cara se relaja—. El caso es que he practicado mucho.

«Zian, ¿eres tú?». Dirijo las palabras hacia la vasija de arcilla encima de Darian.

La respuesta me llega en forma de trueno:

«¡SÁCAME DE AQUÍ!».

Trastabillo por la fuerza de su réplica y Darian da un paso adelante para sujetarme.

—¿El vino se te ha subido a la cabeza? —bromea.

Me limito a asentir y me pongo rígida cuando sus manos me suben por los brazos.

«Zian, he venido a ayudarte».

«¡SÁCAME DE AQUÍ AHORA MISMO!».

Las manos de Darian, una en la espalda y la otra bajo mi mandíbula, se toman demasiadas libertades. Su tacto me resulta repulsivo y su pulso es acelerado y errático. Me siento acosada por todas partes: por los gritos de Zian, por el clamor de los genios y por el deseo de Darian.

—Eres una preciosidad —dice, y baja la vista a mis labios—. Yo te he enseñado un secreto. ¿Qué vas a enseñarme tú ahora?

Me armo de valor, lo agarro por la pechera y me abalanzo sobre él, haciéndolo retroceder hasta las estanterías, donde las botellas tiemblan peligrosamente a su alrededor.

—Cuidado —me alerta, aunque los ojos le hacen chiribitas. Nuestras caras están casi pegadas y él tiene sus ojos clavados en los míos—. Eres una fierecilla. Lo supe en el momento en que te vi. No me extraña que a Razad le guste tenerte cerca.

—¿Y qué pasa con la princesa? —murmuro, pasándole la mano por detrás como para entremeter mis dedos en su pelo acicalado.

—Cáspida no sabe apreciar los verdaderos placeres de la vida. Yo, en cambio, tengo el apetito de un rey.

Se aparta de la pared y me besa a la fuerza, y apenas acierto a coger la vasija de Zian antes de que quede fuera de mi alcance. No es mayor que mi mano, por lo que no me cuesta nada escondérmela en la manga. El príncipe de los genios ruge en su interior, pero lo ignoro y me concentro en el humano que me está metiendo la lengua hasta la garganta. Siento que me encuentro en los límites del cerco de la lámpara. El humo me corre bajo la piel en oleadas y debo hacer un gran esfuerzo por no cambiar, uno que hace que se me salten las lágrimas.

Empujo a Darian con fuerza, y él grita cuando choca con la pared de genios embotellados. Varios de ellos se caen de las baldas y el pánico se

desata en sus ojos cuando intenta cogerlos a todos a la vez.

—¡Por todos los dioses, zorra! —gruñe—. ¿Estás loca o qué?

—Seguro que mi amo me está buscando —digo con la respiración entrecortada—. Debería marcharme.

Doy media vuelta y huyo de la habitación, soltando un gritito de alivio cuando la tirantez que ejerce la lámpara sobre mí se afloja. Darian me pisa los talones, por lo que no puedo transformarme en algo más rápido. La vasija de Zian traquetea en mi manga y me apresuro a atravesar la oscura cripta y a subir las escaleras rauda y veloz para que el príncipe no me alcance.

—¡Para! —me grita—. ¡O haré que te azoten!

«¡Hermana! —exclama Zian—. ¡Libérame y devoraré a ese desgraciado!».

Los expulso a los dos de mi mente. Subo los escalones de tres en tres y a punto estoy de perder el equilibrio, pues la falda se me enreda en las piernas.

Cuando llego al pasillo de la planta principal, acelero todavía más, pero Darian consigue alcanzarme. Me coge del brazo y tira de mí hacia atrás.

—¡Zorra! —brama, y me estampa contra la pared con tanto ímpetu que veo las estrellas.

Le bufo, el tigre que hay en mí amenaza con salir y arrancarle la garganta, pero un grito me trae de vuelta a la realidad.

—¡Zahra!

Giro la cabeza y veo a Aladdín, que corre hacia nosotros. Cuando advierte que es Darian quien me tiene atrapada contra la pared, su cara se crispa tanto de rabia que parece irreconocible.

Se abalanza sobre él antes de que al príncipe le dé tiempo a abrir la boca. Caen al suelo y Aladdín le asesta un puñetazo en la mandíbula.

—¡Parad! —grito—. ¡Príncipe Razad!

Los dos me ignoran mientras ruedan y se revuelcan como perros.

«¡Déjalos! —me exhorta Zian—. ¡Libérame!».

—¿Cómo te atreves a tocarla? —lo increpa Aladdín, agarrándolo del pelo y presionándole la cara contra el suelo de piedra—. ¡Bastardo!

—No le he dado nada que no haya pedido —replica Darian—. ¡Suéltame u ordenaré que te ejecuten!

Hago ademán de interponerme entre ellos, pero una gélida voz a mi espalda hace que los tres nos quedemos petrificados.

—¡Darian!

Me doy la vuelta y veo al visir entre las sombras; su cara es una máscara de fría furia.

Aladdín suelta al príncipe, que se pone en pie a duras penas con la cara enrojecida.

—Padre, yo...

—¿Mi propio hijo peleándose en los pasillos por una perra en celo? ¡Qué asco!

Darian agacha la cabeza y le lanza a Aladdín una mirada oscura.

—Y en cuanto a vos, Razad —continúa diciendo cuando sus gélidos ojos se posan en Aladdín—, ¿así es como se comportan los príncipes de Istaría en las casas que les brindan su hospitalidad?

Aladdín, sin miedo alguno en los ojos, escupe en el suelo antes de levantarse con altanería.

—Así es como nos comportamos con aquellos cobardes que no pueden mantener las manos quietas.

Sulifer desvía la mirada hacia mí por un instante sin el menor interés.

—Darian, recomposte y ven conmigo. Príncipe Razad, tal vez sea mejor que os retiréis por esta noche. Creo que nuestro vino amuleno os ha nublado el juicio.

Darian esboza una sonrisilla de satisfacción y nos amenaza con la mirada antes de seguir a su padre. Los dos se marchan a grandes zancadas, aunque el príncipe cojea ligeramente.

—No tenías que haberte metido por medio —le reprocho a Aladdín.

Él se gira hacia mí, aún jadeante.

—Te estaba manoseando.

—Lo tenía controlado.

Desvía la vista y aprieta los puños a los lados.

—¿Es cierto? ¿Le pediste que fuera contigo?

«Dile que sí», pienso. Con una sola palabra podría cortar de una vez por todas lo que quiera que haya entre nosotros. Podría liberar a Zian sin sentir el menor remordimiento.

Pero... ¿puedo hacerle eso a Aladdín? ¿Puedo herirlo de esa manera? ¿Y puedo negar la verdad que crece en mi interior?

—¿Por qué estás aquí? —pregunto al fin—. Se supone que tenías que estar con Cáspida, ofreciéndole tu mano en matrimonio.

Aladdín abre la boca y me contempla durante unos segundos sin disimular el dolor que asoma a sus ojos.

—Acabo de hacerlo —murmura.

Entonces, la vista se le nubla de rabia y pasa por mi lado como un huracán para desaparecer por la esquina antes de que pueda pronunciar palabra. Me lo

quedo mirando con el estómago revuelto por la angustia y la confusión.

«¡Maldita genio! ¡SÁCAME DE AQUÍ!».

Sobresaltada por la exhortación que sacude mi mente, me saco el tarro de Zian de la manga y lo pongo del revés. No me cuesta nada imaginarlo girando en su interior, hecho una nube de humo y furia.

«Cállate, Zian. Yo decidiré cuándo sacarte de ahí y ahora mismo no estás despertando precisamente mi lado más piadoso».

Aúlla y me lanza todo tipo de insultos, que yo trato de ignorar mientras voy detrás de Aladdín.

Por fin tengo a Zian. Podría romper la vasija y liberarlo en cualquier momento para cumplir con mi parte del trato y reclamar mi libertad. Pero ¿qué ocurriría luego? La humillación de haber sido capturado por los humanos habrá hecho enfurecer a Zian. Ha tenido dos ciclos lunares enteros para alimentar su odio hacia los humanos y ahora mismo está famélico, destructivo. Si lo libero ahora, Partenia no tendrá ninguna oportunidad. Zian destruirá la ciudad desde dentro sin tener en cuenta mi trato con su padre.

Debo liberarlo al otro lado de las murallas y confiar en que los guardias protejan de su inevitable ataque de ira a todos los que se hallen dentro.

Aladdín se dirige de vuelta a sus aposentos y yo lo sigo a distancia con el pecho más vacío que nunca.

Ha llegado el momento de decir adiós.

CAPÍTULO 17

Me lo encuentro en nuestros aposentos, plantado en el patio. Unas cuantas velas arden en faroles de colores que el personal del palacio ha colgado en las higueras y que iluminan la hierba de suaves tonos azules y rojos. Aladdín está apoyado en un pilar de espaldas a la puerta y, si me oye entrar, no lo demuestra. Sólo me detengo a dejar la vasija de Zian en mi alcoba; ahora mismo no puedo soportar oír sus amenazas y sus maldiciones.

Aladdín no se sorprende ni me saluda cuando llego a su lado. Ha dejado el abrigo echado sobre el diván que le queda detrás, de modo que va con una simple *kurta* blanca remangada hasta los codos. Su turbante yace arrugado en el suelo.

Su mirada me perturba. Ha pasado toda la noche brillando como una llama, sonriendo, bailando, coqueteando. Ese joven ha desaparecido. El Aladdín que tengo ante mí parece embrujado. Tiene la mandíbula tensa, el pelo revuelto y los puños tan apretados que los tendones de los antebrazos sobresalen como cuerdas.

—Aladdín...

Se tensa sin desviar la vista siquiera hacia mí.

—¿Qué ha ocurrido entre Cáspida y tú?

Entonces me mira y la rabia que reflejan sus ojos me pilla por sorpresa.

—Le he contado todo tipo de mentiras. Que tengo un ejército allá en Istaria, cofres llenos de oro y que todo sería suyo si se casaba conmigo.

Un sirviente ha dejado una tetera llena y refrigerios junto al diván. Me sirvo una taza y me caliento las manos con ella en un intento por evitar que me tiemblen.

—¿Y ella qué te ha dicho?

—Que se lo pensaría. —Ríe con amargura y luego se queda callado un buen rato. Ojalá pudiera leerle el pensamiento, pero su rostro no me revela

nada—. Cuando te vi en el pasillo con Darian —dice al fin—, me enfadé mucho más de lo que recuerdo haberlo hecho en mucho tiempo. Estaba enfadado y... y asustado por que *quisieras* estar allí, por que quisieras que te tocara. En aquella única mirada, sentí más de lo que he sentido jamás con Cáspida. Zahra, creo que tienes razón: el amor no es una elección. Si pudiera elegir amar a Cáspida, tal vez todo esto estuviera saliendo de otra manera, pero no creo que sea posible. Ya no.

Todo el humo de mi interior se desploma cuando lo miro.

—¿Qué quieres decir?

Él se gira y me mira directamente a los ojos. Por más que lo intento, me resulta imposible apartar la vista. La intensidad de sus ojos cobrizos me tiene fascinada.

—Creo que lo sabes —me dice en voz baja—. ¿O soy el único que lo siente?

Experimento un hormigueo en la piel y en la raíz del pelo, como si el aire a nuestro alrededor estuviera cargado de electricidad y una tormenta, a punto de desatarse.

—No sé a qué te refieres. —Las palabras se me amargan en la lengua.

Aladdín suelta un gruñido de frustración, se gira y se restriega la cabeza.

—Nunca sé cuándo mientes. Me vuelve loco. Soy un mentiroso redomado y reconozco una buena mentira cuando la oigo, pero tú... ¡eres exasperante!

Sonrío un poco, sin ganas, pensando que yo podría decir lo mismo de él.

—He imaginado una y otra vez el día en que Cáspida y yo nos casamos —continúa diciendo—. He fantaseado con enviar a Darian al fin del mundo y sentenciar a Sulifer a una vida de friegasuelos para vengar finalmente a mis padres. Llevo toda la vida imaginando estas cosas, pero ya no me aportan el placer de antes.

Se desliza alrededor del pilar hasta quedar a mi espalda, y la nota de súplica que detecto en su voz se abre paso por entre mis defensas y me deja sin aliento.

—Las cosas que una vez me resultaron dulces ahora son amargas. El sol no brilla con la misma fuerza. Las estrellas parecen apagadas. Toda esta riqueza y todos estos lujos no significan nada. Tú le haces sombra al mundo entero, Zahra. No puedo evitar verte cuando cierro los ojos.

Me pasa unos dedos vacilantes por el pelo. Yo me tensó y él retira la mano.

Se me pone delante; los ojos le centellean.

—Sé muy poco sobre ti y eso me carcome día y noche. ¿Quién eres? ¿Por qué invades mi mente?

—Basta, Aladdín. Por favor. —Me tiembla la voz y por fin reacciono dando un paso adelante y alzando las manos—. No hagas esto. Ahora no.

«No cuando estoy tan cerca de mi libertad». Vine aquí dispuesta a despedirme de él para siempre, pero él ha movido ficha primero y ahora me siento a la defensiva, esquivando y bloqueando el asalto de sus palabras, aunque demasiados golpes dan en el blanco.

Siempre he sido capaz de presentir a mis amos, pero con Aladdín es diferente. Cuando cierro los ojos, está ahí, sonriendo, riendo, desafiándome con esos ojos cobrizos.

Por primera vez pienso en lo que vendrá después de recuperar mi libertad. Durante mucho tiempo, ese ha sido mi único objetivo, pero ¿luego qué? ¿Regreso a Ambadia, donde me odian? ¿Me quedo en el mundo de los humanos, donde me destruirían si se enterasen de lo que era en realidad? No tengo adónde ir ni nadie con quien disfrutar de mi libertad y, por primera vez, empiezo a preguntarme si se trata de auténtica libertad o si estoy cambiando una cárcel por otra.

—No estoy enamorada de ti —digo a la desesperada—. Somos muy diferentes. Nos separan mil y un mundos. No funcionaría. Y es *peligroso*.

Pero la cara se le ilumina.

—Entonces, sientes lo mismo, ¿no?

—No somos iguales... ¡y punto! No soy humana, Aladdín. Todo cuanto una vez fue humano en mí se destruyó y me forjaron para ser algo completamente distinto. No estoy aquí para ayudarte... Nunca he estado aquí para ayudarte, ni a ti ni a ninguno de mis amos.

Él meneaba la cabeza.

—No te creo.

—No importa lo que creas —le digo con amargura—. Las cosas son como son y no tienen nada que ver con lo que tú quieras.

Me rodea y se me pone delante.

—Me ayudaste a escapar de Darian en el desierto. Me metiste en el palacio cuando podrías haber dejado que descubrieran quién era en realidad. ¡Me has enseñado a bailar, por amor del cielo! Has tenido un centenar de oportunidades de engañarme y traicionarme y no lo has hecho. Me has ayudado cuando yo no lo deseaba.

—Las gallinas no vuelan, pero siguen siendo pájaros.

—¡Zahra! —Extiende las manos y el viento le revuelve el pelo—. Sí que te importo. Me he dado cuenta cuando crees que no estoy mirando.

—¡Basta! ¡No soy quien tú crees, Aladdín! Te traicionaré y te haré daño, porque eso es lo que soy. ¿Por qué crees que Narduja les arranca las almas a los vivos y crea yinns? ¿Por qué crees que nos envía al mundo? ¿Para hacer realidad vuestros tristes deseos? ¿Para traeros *felicidad*? —Suelto una carcajada desagradable—. Os da lo que más deseáis y lo utiliza para destruirlos. Mírate. Eres un príncipe. Tienes dinero, poder, privilegios. La oportunidad de vengar a tus padres. Y te sientes desgraciado.

Aladdín me observa y sus ojos destilan pena.

—Llevo sintiéndome desgraciado toda la vida —murmura—. Hace tiempo me convencí de que, si conseguía vengarme de Sulifer, al fin podría continuar con mi vida. De que podría borrar el recuerdo del día en que mis padres murieron, cuando alcé sus cabezas cercenadas y vi cómo su sangre se iba por el sumidero. Pero, como tú dices, aquí estoy, a un paso de esa venganza... que se me ha agriado en la lengua. Ya no la quiero.

Suspira y alza la vista al cielo, como si buscara las palabras adecuadas entre las estrellas.

—Tú no me haces desgraciado, Zahra. Yo me lo hago a mí mismo porque soy demasiado débil y estoy demasiado asustado para admitir que no es con Sulifer con quien estoy enfadado, sino conmigo mismo. A mis padres los mataron por mi culpa. El día antes de que fueran ejecutados, los guardias me pillaron robando un pendiente y, cuando descubrieron quién era, Sulifer me azotó hasta que le dije dónde estaban. Y, después de que murieran, me devolvió el pendiente como pago por entregárselos. —Baja la mirada para intercambiarla con la mía y se pasa los dedos por el aro que lleva en la oreja—. Lo llevo puesto desde entonces para recordarme que nada, *nada*, merece traicionar a alguien a quien amas.

«¿A quien amas?».

La palabra pende entre los dos como una fruta prohibida, madura, dulce y, oh, terriblemente mortal. Lo contemplo consternada.

—Por favor —susurro—. Basta.

—Zahra...

—¿Es que no lo entiendes? ¡Está prohibido, Aladdín! Los yinns debemos acatar muchas reglas, ¡pero la primera y más importante de ellas es no amar *jamás* a un humano!

Él recupera el aliento y traga saliva.

—¿Y tú siempre acatas las reglas?

—Yo... —Alzo la vista al cielo y doy un hondo suspiro, buscando las palabras adecuadas entre las estrellas—. No se trata de eso. ¿Sabes qué tipo de destrucción causaríamos? ¿Es que no has oído la historia de tu propio pueblo, de cómo vuestra ciudad fue destruida y miles de personas murieron? No fue el odio lo que prendió la mecha de la guerra entre tu gente y la mía, Aladdín. Fue el *amor*. ¡Tomé a Roshana la Sabia de las manos, la llamé hermana y esas palabras incendiaron nuestro mundo!

Ya está. Mi mayor vergüenza al descubierto. La verdad yace entre nosotros como un cristal roto. Seguro que ahora me ve como lo que soy: una traidora, un monstruo, un enemigo. Pero él me mira fijamente y su cara se dulcifica.

—Eso no fue culpa tuya —dice—. Amar a alguien nunca es malo. Y, como tú misma dijiste, no es algo que se elija. Sencillamente ocurre y no podemos hacer nada frente a su poder.

—Eso no cambia el hecho de que las consecuencias sean desastrosas. Como dice el poeta, quien traba amistad con un yinn le estrecha la mano a la muerte.

—¿Y si no fueras una yinn? ¿Y si te liberaras de sus reglas?

Me lo quedo mirando. La mandíbula se le tensa y la firme determinación de sus ojos me hiela la sangre. Una nube pasa por delante de la luna menguante y el patio se sume en la oscuridad. Aquí y allá, la hierba sigue combada donde Aladdín y yo bailamos justo unas horas antes. Bajo la vista y la miro, temblando de la cabeza a los pies.

—No lo menciones, Aladdín. No lo pienses siquiera.

El temor crece en mí como una nube de tormenta, oscura y amenazadora.

Él se acerca más. Me coge las manos. Tiene la piel caliente y chisporrotea de energía; me enciende.

—Me queda un tercer deseo —murmura—. Y es para ti.

—¡No, Aladdín! No lo digas. No formules el Deseo Prohibido. El coste...

—Al cuerno con el coste. Zahra, deseo...

Lo detengo con un beso.

Porque es lo primero que se me ocurre para que no pronuncie las terribles palabras. Porque él me llena de luz, de esperanza y de un miedo aterrador. Porque llevo días anhelándolo.

Siento que la conmoción lo atraviesa y que su cuerpo se tensa. Y que luego se relaja y se funde conmigo, acercándose hasta que me atrapa contra la pared. La antorcha crepita a mi lado. Después me desliza las manos por la espalda, las caderas y los muslos, dejando una estela de fuego. El ritmo

acelerado de su corazón basta para ambos, sus latidos estruendosos resuenan en mi interior.

Entierro las manos en su pelo oscuro y mis dedos se enredan en esos espesos rizos suyos. Experimento una punzada de deseo en el estómago y me inclino hacia él, levanto una pierna y le envuelvo la cintura con ella. Él me aúpa y enrosco la otra pierna a su alrededor; la falda se me sube y tengo la espalda apretada contra la columna.

Sus labios son suaves, cálidos y amables, enfatizados por una urgencia apenas contenida. Quiero más de él; no tengo suficiente. Le saco la *kurta* por la cabeza y la tiro al suelo. Presiono mis manos contra su pecho desnudo, que sube y baja con el ejercicio de sus pulmones, y siento su corazón en la palma de mi mano. Tiene una cicatriz en el hombro por el flechazo que recibió en mi lugar. Vuelve a besarme, esta vez con más intensidad, y yo recorro con mis manos su mandíbula, su cuello, sus hombros y los tensos músculos de su espalda.

Él se gira sin liberarme ni interrumpir nuestro beso y caemos sobre el mullido diván. Aladdín se cierne sobre mí, con el abdomen contraído y el pelo colgándole por la frente. Sus labios me bajan por la barbilla, por la curva de la mandíbula, por el cuello.

Mis manos son voraces y exploran las planicies y los ángulos de su cuerpo. Sus dedos se encuentran con los míos y los entrelazamos. Él me lleva las manos sobre la cabeza, las aprieta contra la almohada que queda debajo de mi pelo mientras sus besos me recorren la clavícula y luego sigue bajando, abre los botones de mi vestido y presiona sus labios en mi estómago desnudo.

Yo reprimo un suspiro y abro los ojos al máximo: mi cuerpo prestado experimenta sensaciones que nunca he sentido, que nunca me he atrevido a sentir, que nunca creí que *pudiera* sentir.

—Aladdín —murmuro—, no deberíamos...

—Shhh. —Me silencia con un beso y yo levanto la barbilla para corresponderle. Un viento cálido fluye por mi cuerpo, removiendo ascuas y prendiéndolas. No quiero parar. No quiero pensar en las consecuencias. Sólo quiero a Aladdín, en todas partes.

Deseo...

«No. No, no puedo desear. El coste es demasiado elevado para ambos».

—Para —digo con una voz empañada por una traicionera debilidad.

Él levanta la vista hasta encontrarse con mis ojos.

—¿Por qué?

—*Para* —repito con voz más firme.

Lo aparto y me siento, me llevo las manos a la cara y el pelo me cae por delante como una cortina que me escuda. Aladdín no se mueve, se limita a mirarme con la respiración aún acelerada.

—Zahra, ¿qué ocurre?

—¿Que qué ocurre? —Levanto la cabeza y me pongo en pie de un salto —. ¿Es que no lo entiendes? ¡Esto no es posible!

—Lo siento. —Se incorpora hasta quedar de rodillas y extiende las manos —. Lo siento muchísimo. No sé lo que me ha pasado. Por favor...

—¡Déjame en paz!

Echo a correr y doy un portazo al salir. Luego me dejo caer contra la puerta cerrada, medio jadeando, medio sollozando, en el pasillo vacío. ¿Cómo he permitido que esto ocurriera? ¿Cómo he podido ser tan débil?

—¿Zahra? —Él está al otro lado de la puerta y su voz suena amortiguada —. Lo siento.

—No es lo que crees —le digo—. No sientes nada por mí. Sólo te atrae mi poder, los deseos que te he concedido.

—No... —Pero su voz vacila.

Sintiéndome la peor traidora del mundo, añado:

—He sido una necia por adoptar esta forma. No soy humana, Aladdín. Nada de lo que hay en mí te conviene.

Abro la puerta y ahí está, con el pelo revuelto, el pecho brillante de sudor y esa mirada de cordero degollado que me desarma por completo. No obstante, me mantengo firme.

—Esto —digo, señalándome—. Esto no soy yo. Este no es mi aspecto. Este cuerpo que ves pertenecía a otra persona hace mucho mucho tiempo y, como el monstruo que soy, lo robé. Es una máscara. Una mentira.

—No me importa el aspecto que tengas.

—Eso es lo que tú dices, pero en realidad sí que te importa. ¿Me habrías besado si me pareciera a esto? —Mediante un estallido de humo, me convierto en una arpía arrugada. Aladdín traga saliva, pero no aparta la vista —. ¿O a esto?

Me transformo en un hombre feo y lleno de cicatrices y verrugas. Aladdín palidece.

Vuelvo a mi forma de chica, doy un hondo suspiro y me tiro de la ropa.

—Esto no es más que una forma. No estás viendo mi verdadero ser.

—Entonces, muéstramelo —me pide—. Quiero verte a ti, Zahra. Quiero saber quién eres en realidad.

Me lo quedo mirando y luego, sin mediar palabra, me diluyo lentamente hasta transformarme en una destellante columna de humo rojo arremolinado.

—No tengo forma —respondo, y mi voz cambia y se multiplica; es una docena de voces que hablan al mismo tiempo—. No tengo nombre. Soy la Esclava de la Lámpara y tu voluntad es la mía. Tus deseos son órdenes para mí.

Él niega con la cabeza tercamente, pero da un paso atrás. Yo me hincho y avanzo, obligándolo a adentrarse más en la habitación, y pego fognazos como una nube de tormenta. Crezco y colmo el aire, haciendo que se ahogue y caiga de rodillas presa de un ataque de tos. Apoyo mis manos nebulosas en las paredes, me enrosco en las columnas, lo abrumo.

—¡Basta, Zahra! —grita—. ¡Por favor!

Vuelvo a transformarme en chica en el acto y me coloco ante él, que levanta la vista despacio con ojos rebosantes de dolor.

—¿Lo ves ahora? —le pregunto en tono monocorde.

A él le cuesta respirar y tiene el pecho perlado de sudor.

—Sólo una pregunta más. ¿Sientes algo por mí? ¿Hay al menos una posibilidad...?

—No. —Por todos los dioses, cómo quema la mentira en mi lengua.

Él vacila y luego asiente una vez. Los ojos se le inundan de desconuelo y confusión; se levanta, da media vuelta y se aleja de mí con los hombros caídos.

Doblegada por el peso de la vergüenza, me giro y me dirijo a la puerta. Me detengo antes de franquearla y digo:

—Nunca he querido que llegáramos a esto. Lo siento.

Entonces echo a correr por el pasillo y tropiezo con un brasero medio apagado por el camino. Este se tambalea precariamente y los rescoldos se desperdigan por el suelo y chisporrotean alrededor de mis pies como diminutas estrellas explosivas. Me apoyo en la pared con la cara enterrada en las manos durante varios minutos. Nunca me había sentido tan fuera de control, en una situación en la que mi cuerpo tomara decisiones antes de que mi mente siquiera se enterase. Sigo temblando y respiro por la boca en un intento por serenarme.

No debería haberlo besado, *habiba*, pero no sabía qué otra cosa hacer. Las palabras estaban allí, subiéndole por la garganta, palabras de libertad, palabras de muerte. Mejor besarlo y abandonarlo que permitir que formulase ese tercer deseo, el Deseo Prohibido.

Debo averiguar un modo de salir de la ciudad, liberar a Zian y, a continuación, irme lo más lejos posible antes de que me enrede más con este chico humano.

Reparo vagamente en que alguien cercano está gritando y me obligo a salir de mi niebla. Algo está ocurriendo en el otro extremo del palacio. Un sirviente pasa corriendo por mi lado cargado con pergaminos. Lo llamo, pero me ignora y prosigue su camino a toda prisa. Lo sigo de inmediato y los gritos aumentan de volumen. Entonces, por encima de ese sonido, se oye un lamento escalofriante y desgarrador.

—¡El rey! —grita la voz—. ¡El rey se muere!

CAPÍTULO 18

—¡Ahora!
Atravieso corriendo el palacio cuando oigo que Nesa me llama; me doy la vuelta y la veo viniendo hacia mí a toda prisa por el pasillo. Espero a que llegue. Lo hace sin aliento y con los ojos desorbitados; las rastas se le han soltado del moño.

—¿Te has enterado? —pregunta.

—Sí. ¿Dónde está la princesa?

—Con su padre. Voy hacia allí ahora mismo.

—Te acompaño.

Retomamos la marcha. La noticia del empeoramiento del estado de salud del rey debe de estar corriendo como la pólvora, pues la gente empieza a salir de sus habitaciones y los pasillos se llenan de susurros.

Llegamos a los aposentos del rey, que están cerca de los de Cáspida y quedan dentro del perímetro de la lámpara. Ya hay un corrillo en la entrada, formado sobre todo por nobles en camisión que aún conservan el peinado y el maquillaje de la noche de fiesta. Varios guardias bloquean la puerta y no dejan pasar a nadie.

—¡Nesa!

Javar y otra doncella nos hacen un gesto con la mano.

—¿Sabéis algo? —inquire Nesa.

Javar niega con la cabeza.

—Cáspida está dentro, con Sulifer y los médicos. No ha salido nadie.

—Perdonadme —digo, empezando a dar media vuelta—, pero debo volver con el príncipe Razad.

Las jóvenes asienten con gesto distraído y no se dan cuenta de que el pasillo que cojo se encuentra en la dirección contraria a los aposentos de Aladdín. Cuando estoy a solas, me transformo en una lagartija de color arenoso y me escabullo hacia la cámara del rey.

Sorteo los pies de los nobles agolpados en la entrada, paso como una flecha por encima de la bota de un guardia y me cuelo por debajo de la puerta. Dando rápidos lengüetazos, cruzo varias cámaras opulentas antes de llegar a la cama del rey. El aire está cargado de humo de simon y la gente allí reunida lleva la nariz y la boca cubiertas con un trapo. Cáspida está de rodillas junto al lecho con las manos aferradas a las de su padre. Sigue llevando el vestido de Faradán.

Hay un grupo de médicos en un lateral de la habitación y, a juzgar por sus caras adustas, es evidente que no pueden hacer más. Varias mujeres lloran a los pies de la cama. Sulifer y Darian se ciernen sobre esta, pensativos y en silencio.

Malek tiene la piel amarillenta y costrosa, las mejillas hundidas y los ojos ensombrecidos de tal modo que parecen delineados con kohl. Su respiración es entrecortada e irregular y su pecho apenas se eleva ya.

Los ojos de Cáspida están clavados en el rostro de su padre, centelleantes, como si intentara traerlo de vuelta a la vida. Repto por el poste de la cama y me cuelgo bocabajo del techo gracias a las ventosas de mis dedos. Mis redondos ojos reptilianos me permiten ver a todo el mundo a la vez.

Sulifer sostiene un pergamino y un cálamo entintado, y se inclina hacia su hermano para decirle en voz baja:

—Por el bien del pueblo, Malek, debes asegurar que esta transición sea lo más estable posible.

—¡Dejadlo en paz! —exclama Cáspida—. ¡Se está muriendo, buitre!

Sulifer la observa con pena.

—Aunque se encuentren en su lecho de muerte, los reyes tienen que cumplir con sus obligaciones. Tomad nota, princesa.

Ella lo fulmina con la mirada cuando él se agacha más, le pone el cálamo en la mano a Malek y lo coge de la muñeca para que apoye la punta en el pergamino.

—Por favor, hermano —murmura Sulifer—. El pueblo cantará alabanzas a tu sabiduría y previsión. Se sentirá seguro si hay un rey y una reina que gobiernan después de ti, y tus enemigos temblarán. Pues ¿quién se opondría a una pareja tan bien avenida como mi hijo y tu hija? Bendice su felicidad con tu último acto y asegura tu legado.

Los ojos febriles de Malek oscilan entre Cáspida y su hermano. Gime.

—¡Fuera de aquí! —Cáspida se levanta y señala la puerta mirando a su tío con ojos enfurecidos—. ¡O llamaré a los guardias!

—Dejad de comportaros como una niña malcriada —dice Sulifer con paciencia—. ¿Vuestro padre se muere y a vos os da la pataleta?

—*Baba*, por favor —le pide cogiendo la cara de su padre entre las manos—. Te quiero. No lo hagas.

—Él mismo fue quien concertó esta unión hace años —alega Sulifer—. ¿Pensáis contravenir sus deseos ahora que está a un paso de la eterna tierra de los dioses?

—¡Inducido por vos! —lo ataca—. ¡Lo persuadisteis cuando se quedó tan desvalido tras la muerte de mi madre!

—¿Te atreves a llamar «desvalido» al rey? —interviene Darian acaloradamente—. ¿Te atreves a cuestionar su voluntad?

—¡Vosotros sois los que os atrevéis a usurpar el trono! —espeta—. ¡Y a manipular a un hombre en su peor momento! ¡No permitiré que lo obliguéis a firmar vuestro estúpido decreto!

Sulifer enseña los dientes, enfadado.

—¿Pensáis contravenirlo hasta su último aliento?

Ella contempla la cara de su padre con ojos aturcidos.

—Por supuesto que no. *Baba*, haré lo que me digas, pero, por favor, que sea tu voluntad y la de nadie más.

Malek murmura algo.

—¿*Baba*? —Se agacha hacia él—. ¿Qué has dicho?

—Lo mejor... —balbucea—. Lo mejor... para ti... Para estar a salvo.

—¿*Baba*? —Los ojos de Cáspida reflejan su angustia.

Sulifer la mira con altivez.

—El rey ha hablado. Apartaos, princesa, y dejad que cumpla con su última voluntad.

La echa a un lado, alza el pergamino y le sujeta el brazo a Malek mientras este firma. Cáspida palidece y Darian desvía la mirada para esconder una sonrisilla.

—Ya está hecho —entona Sulifer—. He aquí la voluntad del rey. Firmada y atestiguada.

—He aquí la voluntad del rey —murmuran los médicos—. Damos fe de ello.

Darian coge a Cáspida del brazo.

—Incluso en esta trágica noche hay motivos para estar alegres. Tu padre nos ha hecho un gran regalo, Cas. No lo desprecies con tu egoísmo.

De repente, Malek se queda sin aliento, abre los ojos al máximo y las pupilas se le contraen. Los médicos acuden en su auxilio, pero no hay nada

que hacer. Cáspida se tira de rodillas a su lado.

—No, no, no —musita, y los ojos se le llenan de lágrimas—. ¡Baba, por favor!

Su padre alcanza a mirarla. Abre la boca como para decir algo, y ella se inclina sobre él expectante, pero lo único que sale de sus labios es un largo y fino suspiro que se prolonga hasta que se le vacían los pulmones para no volver a llenarse.

—Mi hermano ha partido hacia las tierras de los dioses —recita Sulifer—. Descanse en paz.

—Descanse en paz —corean los médicos.

Las dolientes empiezan a llorar y a rasgarse las vestiduras. Una sostiene un frasco lleno de cenizas y se pone a arrojarlas al aire. Cuando los galenos se apresuran a comenzar los ritos fúnebres que enviarán el alma de Malek a la eternidad, Cáspida se levanta y sale de la habitación.

Yo despego mis ventosas y voy tras ella.

Abandona a toda prisa los aposentos del rey, se abre paso entre los nobles que pululan por la entrada e ignora a sus doncellas cuando estas la llaman. El vestido le azota las piernas al correr por los pasillos del palacio para dejar atrás a los pocos que tratan de seguirla. Me veo obligada a saltar al suelo y a convertirme en un gato de pisadas silenciosas para no quedarme atrás. Cáspida llora en su huida y va dejando un reguero de goterones oscuros en las baldosas en las que aterrizan sus lágrimas.

Al fin se detiene delante de los aposentos de Aladdín. Se demora allí un instante, se apoya en la pared abrazándose a sí misma e intenta controlar su respiración. Deja de llorar y se limpia la cara con el filo del vestido.

Luego da un hondo suspiro, cuadra los hombros y llama a la puerta.

Se abre a la primera.

—Zahra, lo... —Aladdín se queda de piedra—. Princesa Cáspida.

—Príncipe Razad, ¿puedo pasar? —pregunta.

Él mira a ambos lados del pasillo, asiente y retrocede. Cáspida entra en la estancia y, justo antes de que Aladdín cierre la puerta, yo también me cuelo. Él se da cuenta y me mira con recelo. Me siento en un rincón con la cola enroscada en las patas y gesto impasible.

Cáspida ha salido al patio de hierba y se la ve muy pequeña y perdida. El pelo suelto se le ha enredado durante la carrera y está descalza. Aladdín se le acerca despacio con cara de preocupación.

—¿Estáis bien?

—Mi padre ha muerto —responde ella en tono inexpresivo.

Él se detiene, cierra los ojos y suelta el aire poco a poco.

—Lo siento mucho.

Cáspida se encoge de hombros y aparta la vista con la mandíbula tensa.

Aladdín, vacilante, se dirige hacia ella.

—¿Hay... algo que yo pueda hacer?

La joven pestañea varias veces para contener las lágrimas. Tiene el cuerpo rígido y tenso, como si fuese a huir de un momento a otro.

—He venido a aceptarla.

—¿A aceptar el qué?

—Vuestra propuesta de matrimonio.

Aladdín abre y cierra la boca. Parpadea sorprendido.

—¿Y bien? —lo apremia—. ¿Vais a quedaros ahí con la boca abierta o vais a decir algo?

—Eh... No creo... No estoy seguro de que vuestro estado de ánimo sea propicio para tomar una decisión semejante. Vuestro padre acaba de morir. Deberíais llorar su pérdida, no...

—Sulifer ha obligado a mi padre a firmar un decreto justo antes de... fallecer. Dice que debo casarme en un plazo de dos días si quiero ser coronada; de lo contrario, debo abdicar.

Los labios de Aladdín dibujan un círculo perfecto.

—Y preferís casaros conmigo que con Darian.

—El decreto no menciona expresamente a Darian, sólo dice que debo casarme con un príncipe.

Aladdín se muerde el labio y entorna los ojos.

—¿Estáis segura de que queréis hacer esto?

—¡Dijisteis que queríais ayudarme! Pues ya está. ¡Os estoy pidiendo ayuda!

—De acuerdo, de acuerdo —dice él levantando las manos—. Por supuesto que os ayudaré. Sólo quiero estar seguro de que sabéis lo que queréis.

—Quiero que os caséis conmigo —responde, rotunda—. Y después quiero que traigáis a vuestro ejército.

A Aladdín le cambia la cara.

—A mi ejército.

—Porque tenéis un ejército, ¿verdad? —Su mirada se ensombrece peligrosamente.

—Eh..., claro. Quiero decir, por supuesto.

—Estupendo. ¿Cuándo llegaría?

—Hmmm. No lo sé. ¿Quizá dentro de un mes? —Me mira angustiado y yo bajo la vista a mis patas.

Ella asiente.

—Muy bien. Debemos empezar a diseñar nuestra estrategia de guerra.

—Estrategia de guerra —repite monótono.

—Mis exploradores me han informado de que los genios se están concentrando en las colinas... Dicen que hay más de los que hemos visto jamás.

Me enderezo y mis orejas gatunas se ponen alerta.

—Algo se cuece ahí fuera —continúa—. Y no puede ser bueno si los genios están implicados. Tememos que lancen un ataque y debemos estar preparados. Vuestros hombres podrían ayudarnos, ¿no?

—Por supuesto.

Aladdín me mira suplicándome ayuda en silencio. Yo me quedo donde estoy, sentada sobre uno de los cojines donde me ha besado hace apenas unos instantes.

—Princesa, tal vez debería acompañaros a vuestros aposentos. Vuestras amistades os serán de mayor consuelo que yo. —Titubea y añade—: Siento mucho lo de vuestro padre. Yo perdí al mío a los doce años. Sé lo que es.

—¿Sabéis lo que es que todo el peso del reino te caiga de repente sobre los hombros? —le suelta, pero enseguida se arrepiente y aprieta los ojos—. Perdonad. Ha sido una grosería. Debéis de considerarme patética por haberme presentado aquí de buenas a primeras.

Aladdín le coge las manos con delicadeza.

—No sois patética. Y tenéis razón: no sé lo que es. Pero lo que sí sé es que podéis soportarlo. Sé que sois lo bastante fuerte y que estáis rodeada de gente que permanecerá a vuestro lado pase lo que pase. No estáis sola, princesa.

A Cáspida se le juntan las cejas y trata de serenarse soltando un suspiro.

—Debería volver. Mi padre... Tengo que encargarme de todo.

Él asiente.

—Dejad que os ayude.

—Más tarde —acepta—. Esta noche es el velatorio.

Entonces se pone de puntillas y le da un breve beso en los labios, torpe y vacilante. Él alza las cejas por la sorpresa y sus ojos se posan fugazmente en mí. La envidia me corroe, pero la aplaco sin piedad.

Lo único que quería era que Cáspida aceptara la propuesta de matrimonio, y lo ha hecho en el momento oportuno. Aunque nunca he creído en el destino,

parece que, por una vez, tendré que hacer una excepción. Después de todo, Aladdín ya tiene a su princesa. Quizás este deseo no acabe en pérdida y en tristeza para variar... o al menos para los humanos. La perspectiva debería alegrarme, pero soy un espíritu egoísta, así que no lo hace.

Cáspida se marcha con la misma rapidez con la que ha llegado y deja a Aladdín confundido en la hierba. Se queda allí un momento con los hombros tensos como la cuerda de un arco. Luego entra, coge una jarra de arcilla de detrás de un almohadón y da un largo trago. Cuando la baja, se tambalea hacia mí y se desploma en los cojines.

—Bueno. —Se lleva la jarra a los labios con los ojos desenfocados y abiertos al máximo—. Creo que al final he ganado.

Me transformo en humana mediante un remolino de humo. Me siento a su lado y me quedo mirando el suelo intentando sentir alivio.

—Felicidades —digo.

—¿Y ahora qué? —Da otro trago que lo acerca un poco más a la borrachera—. ¿Pido un ejército como deseo?

—Va a ser que sí.

A lo mejor debería contarle la verdad sobre Zian y sobre el trato que he hecho con los genios. Pero ¿seré capaz de soportar la decepción en sus ojos cuando le confiese que llevo todo este tiempo manipulándolo, engañándolo hacia un matrimonio que no quiere, sólo para lograr mi propósito?

—Zahra, ¿qué te ocurrirá a ti cuando formule mi último deseo?

—Cuando te conceda tu tercer deseo, dejarás de ser mi amo. Puedes quedarte con la lámpara, pero no convocarme. Yo permaneceré en ella esperando al siguiente portador.

Se levanta de súbito y empieza a pasearse por la habitación. Cuando llega a la pared, se gira y me observa.

—De modo que, para cobrarme mi venganza, tengo que perderte.

—Eso parece. —Y yo tengo que averiguar la manera de liberar a Zian antes de que eso ocurra o los dos saldremos perdiendo. Narduja nos vigila de cerca y mi tiempo mengua con la luna. Los yinns se están concentrando en las colinas.

—¡Zahra! —Da tres pasos y se planta a mi lado, me agarra por los hombros y busca mis ojos—. ¡No te quedes ahí mirando! ¡Di algo!

—¿Qué quieres que diga? ¿Qué quieres que haga, Aladdín? ¿Rogarte que no pidas ningún deseo? ¿Insistir en que hay otra manera? Porque no la hay.

Se da la vuelta. Tiene los hombros encogidos por la tensión. Es como un león enjaulado que va de un lado a otro, amenazante.

—Para —le ordeno—. Desde el principio he sabido que las cosas acabarían de este modo. Siempre es igual. Es inútil luchar contra eso, Aladdín. Las cosas son así y punto.

—No lo acepto.

—Pues *debes* hacerlo.

—¿Cómo puedes rendirte tan fácilmente? ¿Cómo puedes decir eso? —Los ojos se le iluminan, se saca la lámpara del fajín y la agarra con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos—. Antes de que me besaras estaba a punto de desear tu libertad.

Me pongo en pie del sobresalto.

—Aladdín, no lo hagas por nada del mundo. ¡Ni siquiera lo pienses!

—¿Por qué? ¿Tan malo es? Serías libre.

—¡Por algo se llama el Deseo Prohibido!

—¿Y quién lo prohibió? ¿Narduja? Pues que venga, que le voy a decir un par de cosas.

—Yo lo prohibí, Aladdín. Si lo que ha pasado entre nosotros significa algo para ti, por favor, confía en mí. No pidas ese deseo. Es lo peor que puedes hacer. Es... Me romperá el corazón.

—¿Por qué? —pregunta en un susurro—. ¿Qué es eso que no me estás contando? ¿Qué ocurrirá si deseo tu libertad?

Me echo a temblar; las palabras me desgarran la garganta, hasta que ya no puedo retenerlas más.

—Como todos los deseos, el Deseo Prohibido tiene un precio. Mi libertad se compra con una muerte, se paga con el sacrificio de una vida. Y no permitiré que sacrifiques tu vida por mí.

Cierro los ojos, incapaz de soportar el impacto y el dolor de su expresión. Se sienta en silencio durante un rato con la mirada perdida, hasta que por fin se levanta y se va a su alcoba.

Me paso el resto de la noche acurrucada en un rincón, pensando en ti, *habiba*, y en aquel momento en la cima de la montaña cuando viste que todo estaba perdido, que nos habían derrotado. Te volviste hacia mí y me dijiste que querías pedir el Tercer Deseo, que querías intercambiar tu vida por la mía. Revivo el pavor que sentí... y, para mi eterna vergüenza, también el atisbo de esperanza. Esperanza de verme al fin libre de la lámpara. Todavía sigo sonrojándome y despreciándome por ello. Sin embargo, a pesar de esa esperanza, no pude permitir que dieras tu vida por mí, aunque al final resultó que no tuve que detenerte.

Narduja lo hizo.

Me embarga el terror de que Aladdín haya estado a punto de hacer lo mismo, aun sin ser consciente. Por lo menos ahora conoce el precio de mi libertad. Ahora sabe que en realidad no hay esperanza que valga.

El único modo de que ambos nos salvemos es cumpliendo mi trato con Narduja. Así seré libre y Aladdín seguirá con vida. Después me alejaré de esta ciudad todo lo posible, porque sólo un necio regresaría. Aunque me libere de la lámpara, no seré libre para amar a Aladdín. La ley es la misma para todos los genios. Amar a un humano es lo peor que podría hacer y un error que no quiero volver a cometer. Me marcharé a algún sitio tan remoto que ningún mortal volverá a verme la cara: al lejano norte, donde el mundo es blanco y está cubierto de hielo. Estaré sola, pero seré libre.

¿No es eso lo más importante?

Empleo el resto de la noche en idear diversas maneras de liberar a Zian, pero los pensamientos se me rebelan y vuelven una y otra vez a la cara que puso Aladdín cuando por fin le conté que mi libertad tenía un precio.

El amanecer trae consigo el duelo y los llantos que, acompañados por el incesante toque de cuernos en las murallas exteriores, reverberan por todo el palacio y anuncian a los ciudadanos la muerte del rey. Javar y Ensi, ataviadas con capas y capuchas, se plantan en nuestra puerta y yo despierto a Aladdín. Las jóvenes acarrear bandejas de té caliente y fruta, pan y queso, pero apenas tocamos nada, pues se sientan con nosotros y nos explican que han venido por orden de Cáspida.

—Los próximos días serán cruciales —apunta Ensi—. Sulifer controla el ejército y la mayor parte de la corte, y el anuncio del compromiso entre Cáspida y Razad no será muy bien acogido.

—Estamos aquí para protegeros, príncipe Razad —asegura Javar mientras acaricia a su serpiente.

Aladdín mira con una pizca de escepticismo a las dos esbeltas muchachas.

—Creo que puedo cuidar de mí mismo, pero gracias por el ofrecimiento.

—No pensamos movernos de aquí, así que acostumbraos a nuestra presencia.

Ensi se inclina hacia delante.

—Vamos a anunciar el compromiso inmediatamente después del entierro del rey. Según el decreto que Malek firmó antes de morir, Cáspida debe casarse con Darian mañana. Sólo que, en vez de con él, se casará con vos.

Inspiro hondo. El entierro del rey... Darian me dijo que a los reyes los enterraban en las colinas del norte de la ciudad. Esa podría ser la ocasión perfecta para liberar a Zian, bien lejos de las puertas de la urbe.

Javar observa a Aladdín muy seria.

—Permitid que os aclare una cosa: cualquiera de nosotras moriría por Cáspida; cualquiera de nosotras mataría por ella. —Alza el brazo; la serpiente le asoma por la manga y yergue la cabeza para mirar a mi amo—. Como le hagáis daño una sola vez, será lo último que hagáis. No nos veréis llegar. Ni tendréis una segunda oportunidad.

Aladdín traga saliva y se reclina para contemplar a Ensi, que lo mira de hito en hito.

—Qué suerte tiene de contar con tan buenas amigas —responde sin alterarse.

Las jóvenes parecen aceptar la réplica e intercambian una mirada antes de que Javar continúe hablando.

—El cortejo fúnebre no tardará en salir. Está previsto que todos asistamos. Esperaremos a que os cambiéis y os acompañaremos.

Aladdín asiente; parece aliviado de escapar de allí y se mete en su alcoba. Ensi se saca un cuchillo de la manga y se repasa las uñas. Yo quito los platos del desayuno mientras escucho la conversación entre susurros de las chicas.

—Me gusta —dice Ensi.

—A mí no —contesta Javar.

—A ti no te gusta nadie.

Por un momento trato de imaginar cómo serían las cosas si realmente fuera la sirvienta de Aladdín. Cómo sería formar parte de su casa, o quizás incluso de las Guardianas para velar por la familia real. Pero me estremezco y ahuyento mis pensamientos.

Llevo demasiado tiempo entre esta gente y sus problemas y dramas humanos me han calado hondo. Me recuerdo lo efímeros que son. En un pestañeo todo habrá desaparecido. El tiempo tiene un significado distinto para mí y llegará el día en que estos acontecimientos que ahora parecen tan monumentales no sean más que una línea en un pergamino. Los humanos sólo son letras que la tinta convertirá en historia. Dentro de cien años, seré libre. Habré olvidado sus nombres y sus rostros, y sus problemas no tendrán la menor importancia. El tiempo se encarga de enterrar las cosas: cambia como el desierto y se traga civilizaciones enteras, borrándolas del mapa y de la memoria. Al final, el polvo siempre vuelve al polvo.

No tiene sentido fingir que soy algo que no soy. Es hora de pasar página.

Es hora de reclamar mi libertad.

CAPÍTULO 19



los monarcas de Partenia se los entierra en inmensas criptas de piedra construidas en la falda de un abrupto acantilado al norte de la ciudad. Muchas de las tumbas están erosionadas y descarnadas, y los elaborados frisos esculpidos se han transformado en vagas formas con el paso del tiempo. La tumba de Malek aún está por terminar y esquirlas de piedra y frisos inacabados dan fe de las obras en curso. Hay una losa enorme colocada en la entrada del mausoleo, y Cáspida está plantada ante ella, con aspecto solitario incluso en medio de la multitud. Se encuentra un poco apartada, vestida con ropa negra que ondea al viento.

Hace calor y el día está bochornoso. Las nubes se agitan sobre el mar y avanzan lentamente hacia nosotros. Las aves marinas nos sobrevuelan en círculos, advirtiéndonos con sus chillidos de la tormenta inminente. Los nobles se abanicán bajo la sombra de los cipreses y de los robles que salpican la ladera, y delante de la tumba hay plañideras que gritan y ululan. Las rodean eristratis envueltos en capas negras atentos a la menor señal de yinns, y diviso a Vigo y a Nesa, que deambulan por el perímetro mientras sus flautas trinan suavemente para encantar a cualquier genio que intente colarse entre los humanos. He hecho aparecer una pañoleta de seda que me cubre la cabeza y las orejas para bloquear la música. Aunque no pueden embotellarme por mi vínculo con la lámpara, sus melodías pueden inducirme a un trance y exponer mi verdadera naturaleza. Los genios se mantienen a distancia; no detecto a ninguno entre los árboles y las rocas. Seguro que permanecen a la espera hasta que caiga la noche, cuando mi tiempo se acabe y Narduja les ordene que ataquen la ciudad.

Nos detenemos a escasa distancia de la tumba. Aladdín contempla a Cáspida con expresión inescrutable. Va vestido de negro de la cabeza a los pies y no lleva turbante. El fuerte viento le ha revuelto el pelo que con tanto

esmero se peinó esta mañana. Javar y Ensi se sitúan cerca, rígidas y alertas. A Ensi se le empañan los ojos, pero pestañea para deshacerse de las lágrimas.

Me quedo rezagada hasta que la multitud se concentra en la ceremonia funeraria y, a continuación, me escabullo entre los matorrales y me dispongo a atravesar la colina. La vasija de Zian repiquetea bajo mi falda y él no para de interferir en mis pensamientos con sus exigencias.

«¡Libérame! ¡A qué estás esperando, estúpida criatura!».

—¡Tú! —grita una voz aguda—. ¿Adónde vas?

Me giro y veo a un eristrati con la cara cubierta por un velo que me fulmina con la mirada y que agarra con fuerza su lanza.

—Oh, hmm... —Me encojo y señalo a los arbustos—. Sólo será un minuto. Por favor. No aguanto más.

El hombre tose incómodo y luego asiente y murmura algo huraño como «date prisa».

«No te preocupes. Es lo que pretendo».

Encuentro un pequeño claro herboso no lejos del río donde lavé la herida de Aladdín aquella primera noche de locura exactamente a ciento cuarenta y dos pasos de la lámpara. Es un lugar bonito lleno de olivos cargados de frutos desde donde se divisa la ciudad y el mar a lo lejos. Estoy fuera del alcance de los encantadores de genios, de modo que me quito la pañoleta de seda de la cabeza y dejo que el viento me revuelva el pelo.

Inspiro profundamente y saco la vasija de Zian de un saquito hechizado que llevo bajo la falda. Dejo que el saquito se desintegre hasta convertirse en humo y sostengo la vasija con ambas manos mientras la emoción palpita dentro de mí casi como un corazón.

«Hazlo —me urge Zian—. Sácame de aquí, Zahra. Sácame».

«Escúchame primero —le exijo—. Ahí fuera hay encantadores de yinns, ¿los has oído? Están tocando, llenando las colinas con sus encantamientos. No debes acercarte a los humanos o acabaremos donde empezamos».

«Ambos podríamos atraparlos juntos —responde—. Tú y yo trabajando como un equipo. ¡No habría quien nos detuviera!».

Ante eso, me limito a enviarle una imagen de la lámpara y él maldice. Le informo rápidamente del trato que hice con Narduja. Zian bulle en la vasija, su impaciencia martillea mis pensamientos.

«¡Hazlo ya! ¡Sácame de aquí!»., escupe cuando termino.

Miro a mi alrededor para asegurarme de que estamos solos y entonces levanto la vasija y la estrello contra una roca. La cerámica se hace añicos, así como el encantamiento que mantenía a Zian cautivo en su interior.

Un remolino de humo colma el aire, rojo y rabioso. Se hincha y truena.

—¡Silencio! —siseo—. ¡Que vienen!

«¡No temo a los mortales!».

—Entonces es que eres idiota. Si no fuera por mí, aún te tendrían embotellado en sus criptas.

«¡Mi padre no lo permitiría! —Zian se arremolina a mi alrededor y el viento que provoca me tira del pelo y del manto negro. Unas cabezas de dragón se materializan en el humo dando tarascadas y bufando peligrosamente cerca de mi cara—. ¡Quemaría la ciudad entera por mí! ¡Hundiría sus barcos y derribaría sus murallas!».

—Pero no lo ha hecho, ¿no? Me ha mandado a *mí*. Cálmate porque tengo una cosa más que decir.

Zian desata su rabia un rato más, partiendo árboles y levantando torbellinos de tierra. Luego, al fin, se recompone y adopta la forma de una colosal figura humanoide con pezuñas y cuernos. Es una de sus formas preferidas, moldeada a imagen de su padre. Sólo lleva un taparrabos de piel de leopardo y el pecho se le hincha de puro músculo y orgullo. En sus manos lleva una larga cadena de la que pende un lucero del alba lleno de pinchos.

«Curva de la Cola del Tigre —ronronea con ojos negros y brillantes—. Humo en el Viento. Chica que Desafía a las Estrellas. Has elegido una forma hermosa. Sutil, pero deseable».

Pongo los ojos en blanco ante sus palabras mientras estiro la mano, agarro la cadena entre sus manos y me lo acerco.

—Tu padre está esperando, así que vuela hasta esa montaña y atraviesa el *alomb*. Encuentra a Narduja y cuéntale que yo he cumplido mi parte del trato, que ahora le toca a él.

Él me contempla con una chispa peligrosa en los ojos y luego mira más allá, en dirección al funeral. Le agarro el musculoso antebrazo y se lo aprieto fuerte.

—No.

Hace una mueca de desdén, me coge la mano en un rápido movimiento, tira de mí y me mira agachando la cabeza.

—Zahra —murmura con una voz que parece un desprendimiento de rocas—. ¿Por qué te preocupas por estos humanos? Durante miles de años te han esclavizado, te han obligado a plegarte a sus necios caprichos. ¿Te han maltratado y aun así los defiendes? —Deja caer su lucero del alba para sostenerme la cabeza con la otra mano y se humedece los labios. Sus

colmillos destellan—. Ven conmigo a Ambadia. Conviértete en mi prometida, como siempre fue tu destino.

La repulsión me hace un nudo en la garganta que me impide respirar; me aparto y le doy una bofetada en la cara, aunque él apenas se inmota.

—No soy nada para ti, Zian. Nunca lo seré. Deberías haber abandonado esa idea hace mucho tiempo.

—¡No regateé por tu vida para que hicieras de sirvienta de estos mortales! ¡Mi padre te habría matado hace miles de años, como al resto de los shaitáns, si yo no hubiera intervenido!

—Nunca te pedí que lo hicieras.

Él ruga y yo me tapo los oídos con las manos ante el terrible sonido. En algún lugar a mi espalda, un cuerno suena dos veces.

—¡Te han oído, pedazo de idiota! —le suelto—. ¡Los eristratis vienen de camino y sus encantadores volverán a meterte en una vasija! ¡Vete, vete!

Intenta agarrarme dando un rugido, pero yo me convierto en un tigre y respondo con otro rugido y los pelos del lomo erizados.

«¡Vete de aquí, Zian! ¡Encuentra a Narduja y dile que te he liberado! Ahora él debe liberarme a mí».

El cuerno vuelve a sonar. Finalmente, Zian razona y retrocede con el ceño fruncido.

«Volveré a por ti —promete—. Y entonces nos uniremos al fin, el príncipe de los genios y su princesa, ¡imparables y sin rival!».

Regreso a mi forma de chica, lo insto furiosamente a que se vaya y al fin lo hace convirtiendo su monstruosa apariencia en humo gris y deslizándose colina arriba hacia el lejano monte Tisia.

Entonces me giro y vuelvo por donde he venido después de transformarme en un pájaro cantor. Revoloteo entre los árboles, sobre las cabezas de los eristratis que corren hacia el claro.

Me poso en una roca cerca del funeral, adopto mi forma humana y me tomo un momento para recomponerme antes de mezclarme con la multitud y llegar al lado de Aladdín.

—¡Zahra! —masculla—. ¿Dónde has estado?

—¿A qué te refieres? —murmuro con la vista puesta en la montaña de arriba.

Él arruga la frente, pero no insiste.

Yo sigo contemplando la montaña, preguntándome cuánto tiempo tardará Narduja en cumplir su promesa y cómo ocurrirá. ¿Qué sentiré? ¿Vendrá en

persona a hacerlo? No veo ni rastro de Zian, de modo que sólo puedo esperar que esté de camino al *alomb*, si es que no lo ha atravesado ya.

Tras el funeral, Cáspida encabeza la procesión de vuelta al palacio. Camina sola, seguida a tan sólo unos pasos por Sulifer y Darian. El viento sopla con fuerza hasta casi convertirse en un aullido y todo el mundo se cubre la nariz y la boca para evitar respirar el polvo que se ha levantado. Un retumbo amenazante suena en la distancia por encima del mar gris y picado.

Aladdín, previendo los grifos que custodian las puertas de la ciudad, me ofrece el brazo para que me apoye y yo consigo mantener mi dolor oculto con mil esfuerzos mientras los símbolos eskars me fulminan. Pasamos a toda prisa; Aladdín actúa como si nada, mientras que yo me limito a hacer todo lo posible por no desmayarme. Estas puertas son más pequeñas que las que franqueamos cuando llegamos a la ciudad y, los grifos custodios me liberan antes, pero pasan varios minutos hasta que la vista se me aclara y puedo volver a respirar con normalidad.

La corte se reúne en la sala del trono, donde Cáspida está de pie delante del gran trono de su padre, de cara a la multitud. Hay cuatro guardias situados en cada esquina del estrado y una fila de escribas sentados tras ella, remangados y con tarros de tinta junto al codo, listos para registrar todo lo que ocurre en largos rollos de pergamino de color crema.

Sulifer y Darian se encuentran a los pies del trono con idéntica expresión de solemnidad. Frente a ellos están Raz y Nesa, falsamente recatadas en su luto aunque ojo avizor.

La multitud susurra y murmura con aspecto anodino y casi indistinguible de los sirvientes vestidos de gris que se alinean junto a las paredes. En las alturas, a través de las aberturas de las cúpulas, las nubes de tormenta ruedan y retumban y hacen que la sala resuene con los truenos. Se han colocado unas grandes urnas de arcilla justo encima de los agujeros del tejado por si empieza a llover.

Una vez que todo el mundo está congregado en la sala y las grandes puertas de teca se cierran con gran estruendo, Cáspida se levanta. Todo el mundo calla y las caras que se giran hacia ella muestran todo tipo de sentimientos: curiosidad, esperanza, pena y anhelo.

—¡Mi padre, Malek, hijo de Anushan hijo de Arab hijo de Oshur, Rey de Reyes, Rey de Partenia, Elegido por Imohel, Rey de los Amulenos, ha muerto! —grita con una voz alta y clara que resuena por toda la estancia.

—El rey ha muerto —murmura la muchedumbre en respuesta.

—¡Yo soy Cáspida, hija de Malek y Parisandra, Princesa de Partenia, Elegida por Imohel, Princesa de los Amulenos, y reclamo este trono por derecho de nacimiento!

—El rey ha muerto —repite la multitud—. Larga vida a la reina.

A mi lado, las caras de Javar y Ensi se iluminan y los ojos se les colman de orgullo cuando Cáspida se sienta en el trono con la barbilla alta y los ojos brillantes. Ya llena el enorme asiento mejor que el enfermo de su padre.

Toda esa parafernalia me enerva y me resulta difícil concentrarme en lo que me rodea. Espero, tensa e impaciente, a que Narduja cumpla su parte del trato. Observo las aberturas en las cúpulas como si el mismísimo señor de los genios fuera a bajar en picado por alguna de ellas.

Un pregonero toma posiciones detrás del trono.

—Contemplad a vuestra reina, amulenos, Preferida de Imohel, Hija de Reyes. Cáspida la Primera, digna merecedora del trono.

—Digna y preferida es —responde la multitud.

Se hace el silencio cuando Cáspida levanta una mano.

—Antes de que mi padre muriera, dictó un último decreto —declara.

Ensi se inclina hacia Aladdín y susurra:

—Esa es nuestra señal.

Lentamente, Javar y ella toman posiciones delante y detrás de él y empiezan a escoltarlo hacia el trono. Hay que salvar cierta distancia y los nobles nos lanzan miradas iracundas cuando nos abrimos paso por la multitud, aunque, en la vastedad de la sala, nuestro avance es apenas perceptible.

Cáspida continúa:

—Para asegurar el futuro del reino, el rey Malek deseaba que yo, su clara heredera, me uniera en matrimonio antes de ser coronada.

La multitud murmura en acuerdo. Sulifer posa una mano en el hombro de Darian, cuya cara se ilumina. Este alza la mirada hasta su padre con los ojos brillantes y Sulifer le dedica una pequeña sonrisa.

—Vamos, vamos —urge Ensi en voz baja empujando a Aladdín.

—Para cumplir el deseo de mi padre —añade Cáspida—, mañana al alba tomaré a un esposo.

Mi atención se desvía hacia la reina y las caras a mi alrededor se enfocan.

Todos fijan la mirada en Darian y la mayoría de ellos sonrían. Él ya no puede contener una amplia sonrisa y se estira el abrigo, preparándose para subir al estrado.

—Por tanto, me complace anunciaros mi compromiso con el hombre que gobernará a mi lado y que conducirá a Partenia y a su pueblo a una nueva era.

Darian estrecha las manos de su padre, se gira y pone un pie en el primer escalón, mirando a Cáspida con ojos ardientes de pasión.

Ella, que no lo mira, hace un gesto amplio con la mano y anuncia:

—¡El príncipe Razad rai Asnam de Istaria!

La multitud reprime un grito al unísono.

Darian tropieza y la confusión crispa sus rasgos, mientras que el pecho de Sulifer se hincha y sus ojos se oscurecen. Las cabezas se giran en nuestra dirección cuando Aladdín llega al estrado y sube los escalones. Cáspida le tiende una mano de bienvenida mientras, a escasos pasos, Darian adquiere un tono escarlata.

—¡No! —exclama. Todo el mundo contiene la respiración cuando se abalanza para interceptar a Aladdín—. ¡Es mentira! ¡Yo soy el que va a casarse con la reina! ¡Nuestro compromiso se selló hace años! —Se gira hacia su padre—. ¡Padre, decídselo!

Sulifer está rodeado de funcionarios que susurran y gesticulan enfadados. Cáspida interviene antes de que su tío pueda decir algo:

—Baja, Darian. —Su voz suena rígida e imponente—. El decreto de mi padre es que debía casarme, pero no declaró que debiera hacerlo *contigo*.

Darian balbucea y desvía la mirada desde ella hasta su padre. El visir finalmente reacciona, sube al estrado y se ciernen sobre Cáspida. Aladdín hace amago de abalanzarse, pero Cáspida levanta la mano y lo detiene.

—Princesa —dice Sulifer con tono grave—, esto es infantil e irresponsable. No podéis romper vuestros esponsales, ni siquiera como reina, cosa que, si me permitís recordaros, aún no sois.

—No puedo romper una promesa que no he hecho —responde Cáspida con calma—. Y no se harán promesas en mi nombre. De ahora en adelante, ninguna voz determinará mi futuro más que la mía. Apartaos, tío. Cumpliré el decreto de mi padre, pero según mis propias condiciones, no las vuestras. —Se levanta sin inmutarse—. Podéis retiraros.

Sulifer se la queda mirando con expresión neutra, pero sus ojos destilan rabia. Se gira hacia Darian.

—Vamos.

Sin mirar atrás, el visir baja y atraviesa la multitud a grandes zancadas. Darian vacila, con la cara escarlata.

—Ya habéis oído a la reina —dice Aladdín con frialdad.

Después de dedicarle una mirada iracunda, Darian echa a correr para alcanzar a su padre. La gente, atónita, les abre paso, pues nadie quiere interponerse en el camino de Sulifer. El visir y su hijo se marchan por la puerta principal y dan un portazo al salir.

Es entonces cuando Cáspida se gira hacia Aladdín y le tiende una mano. Él, muy pálido, la toma y juntos se colocan de cara a la corte.

—Que den comienzo los preparativos de la boda —dice Cáspida.

Acto seguido, se sienta en el trono y Aladdín se queda de pie a su lado sosteniéndole aún la mano. El pregonero, que se adelanta tras una señal de la mano libre de Cáspida, despide a los nobles, que tardan en marcharse y lanzan largas y calculadoras miradas a la pareja del estrado. Los guardias aceleran el proceso y los acompañan a la puerta, hasta que al fin la sala se queda vacía salvo por unos pocos soldados, Cáspida, Aladdín, las Guardianas y yo.

La princesa exhala un profundo suspiro y se dobla llevándose las manos a la cara. Las chicas acuden a ella, echan a un lado a Aladdín y se arrodillan ante su princesa.

Aladdín permanece allí en silencio. Yo me acerco y nuestras miradas se cruzan. La que él me dedica es anhelante e insegura y enseguida me veo obligada a apartar la mía, incapaz de soportarla.

«Es lo mejor, mi querido ladrón».

—Sulifer no se rendirá tan fácilmente —dice Cáspida—. En estos instantes, está reagrupando a sus seguidores. Debemos actuar deprisa. Al menos los eristratis me son leales, así como algunos de los ministros.

Javar se hace cargo de la situación y asigna tareas a las demás para que preparen las inminentes nupcias. Al cabo de unos minutos, las chicas han planificado la ceremonia al completo, poniendo especial atención en la seguridad.

—Buscad al capitán Pasha —pide Cáspida, que se sienta con las rodillas recogidas en el trono y la cara arrugada de preocupación—. Me es leal. Decidle que reúna a los eristratis y a todos los guardias en los que confíe y los traiga aquí.

Nesa abre los ojos al máximo por la sorpresa.

—¿Crees que Sulifer va a atacar?

—Sabíamos desde hace años que este momento llegaría. Sulifer intentará controlarme del mismo modo que hacía con mi padre. Si le doy ventaja, aunque sólo sea un día, se inmiscuirá irremediabilmente en mi reinado. Las próximas horas son cruciales. Debo dejar claro que no dependo de él y

demostrarle a mi pueblo que no me dejaré doblegar. Quiero hablar con mi consejo de ministros para discutir los términos de la coronación.

Aladdín toma la palabra, sobresaltando un poco a las chicas:

—Entonces, ¿a qué estamos esperando? ¿Por qué no lo encerramos ya en las mazmorras?

Cáspida frunce el ceño.

—No es tan sencillo, Razad. El visir cuenta con la lealtad del ejército, así como con la de gran parte de la corte. Encerrarlo sólo los volvería en mi contra.

—Pero eres la reina. ¿No puedes hacer lo que te plazca?

—No sé cómo se comportan tus reyes y reinas istarianos —responde con cierta aspereza—, pero en Partenia nuestro poder reside en la buena voluntad de la aristocracia y el ejército. Si «hiciese lo que me placiera», se desatarían disturbios en cada esquina.

Aladdín me lanza una mirada de frustración, pero yo no puedo hacer nada. Debe aprender que Cáspida tiene razón. Su venganza deberá esperar un poco más.

—Razad, no pretendo ser brusca contigo —dice Cáspida en tono más suave—. ¡Qué paciente has sido mientras tiraba de ti como un cordero amarrado! ¡Ojalá tuviéramos tiempo para hacer esto en condiciones, para enviar presentes a nuestros respectivos reinos, para discutir los términos de nuestra alianza! No he conocido a tu familia y sé muy poco de tu pueblo.

Aladdín se encoge.

—La verdad es que hay poco que saber.

—Cuando todo esto termine, volveremos sobre nuestros pasos y empezaremos de nuevo. No puedo abandonar mi ciudad hasta que hayamos resuelto la cuestión de los genios, pero, cuando llegue la hora, iré contigo a Istaría y veré tu tierra con mis propios ojos.

Él sonrío débilmente y me mira con los ojos brillantes de pánico. Me siento un poco mal al devolverle la mirada, consciente de que no estaré cerca para ayudarlo, consciente de que es culpa mía que esté metido en este embrollo. Las consecuencias de mis actos recientes parecen amontonarse y me siento como una araña que ha tejido una telaraña demasiado fina.

Antes de marcharse con sus guardianas, Cáspida nos hace esperar hasta que el capitán Pasha llega con un contingente de eristratis. Aladdín y yo, rodeados por una docena de escoltas, salimos después que ella.

De vuelta en los aposentos de Aladdín, él insiste en que los guardias esperen fuera, cosa que acceden a hacer tras rastrear las habitaciones en busca

de asesinos, veneno u otros ardidés.

Cuando por fin estamos a solas, Aladdín se desploma en los cojines y deja escapar un largo y quejumbroso suspiro. Fuera, el viento de la tormenta hace aletear las cortinas de seda colgadas entre los arcos y la lluvia tamborilea en el patio. Aunque es mediodía, está tan oscuro que parece medianoche.

—Todo está ocurriendo muy deprisa —dice—. No me había parado a pensar... que voy a casarme con la princesa en cuestión de *horas*.

—Y aun así parece como si te hubieras tragado un vaso roto.

Lentamente se pasa la mano por el pelo y fija la vista en el suelo.

—No me ama.

Me voy hasta uno de los arcos y dejo que la lluvia me empape la cara mientras las cortinas se hinchan a mi alrededor. El humo que se agita y palpita en mi interior es un fiel reflejo de la furia de la tormenta. Contemplo el cielo en busca de alguna señal que delate la presencia de los genios; el vínculo con mi lámpara raspa como una cuerda alrededor de la cintura. ¿Dónde está Zian? ¿Dónde está Narduja? ¿Por qué se retrasan? Ansío volar lejos de aquí, dejar atrás la mirada de Aladdín y esconderme en las nubes.

—El amor es un camino bordeado de rosas —digo con amargura—, pero conduce al filo de un precipicio y todo aquel que lo sigue está condenado a caer. Ahí no hallarás tu felicidad.

—Entonces, ¿qué trae la felicidad, Zahra? —pregunta con dureza poniéndose en pie—. Dime. En tus cuatro mil años de vida, ¿has desvelado ese secreto?

Su voz denota un tono desafiante que me hace estremecer. Desvío la mirada del cielo y la centro en él.

—No, no lo he hecho. Lo cual sólo puede significar una cosa: que no existe ningún secreto para la felicidad, porque la felicidad en sí es una creación mítica, un sueño que los humanos os contáis para soportar el día a día. Es la luna, y vosotros, como el sol, la perseguís sin descanso, dando vueltas y más vueltas sin llegar a ningún sitio. Y, no obstante, nunca se os ha ocurrido pensar que vuestra cruzada es en vano. ¿Por qué? —Doy un paso adelante y le clavo la mirada—. Dime, Aladdín, ¿por qué? ¿Qué os lleva a semejante insensatez?

—La fe —contesta mientras contempla la lluvia como si nada.

Ante su respuesta, suelto una desagradable carcajada.

—¿En qué? ¿En Imohel? ¿En los demás dioses?

—Tal vez —dice—. Para algunos. Para otros, la fe en nosotros mismos, en nuestros seres queridos, en el mañana.

—Suenas a poetucho de tres al cuarto.

Sus ojos se posan en mí y me escrutan.

—¿Qué necesitarías para creer, Zahra?

—He vivido demasiado para creer en la felicidad.

—Llevas demasiado tiempo en esa lámpara. Te ha helado el corazón. Me da la sensación de que sí crees, pero no quieres que te hagan daño. Tienes miedo.

Cierro los puños y le doy la espalda volviéndome hacia la tormenta.

Él se acerca y se me pone al lado, firme contra el viento que sopla a su alrededor, revolviéndole el pelo y haciendo que su abrigo negro se levante y se agite.

—Una vez amaste y te arrebataron a tu querida amiga. Desde entonces, temes volver a amar. Insistes en que eres un monstruo porque te da miedo ser *humana*.

Me giro para quedar frente a él, muda, desarmada. ¿De qué sirve negar la verdad, *habiba*? Hace siglos, tu amistad despertó algo en mi interior, una humanidad latente que había sobrevivido al paso de los años y que, después de que murieras, retrocedió y volvió a esconderse.

Pero Aladdín ha vuelto a despertarla. Con su sonrisa radiante, sus ojos traviosos y su manera de hacer las preguntas más difíciles. Después de ti, juré que no volvería a amar.

Pero le quiero.

Y por eso debo dejarlo marchar.

CAPÍTULO 20

Me digo a mí misma que he de ser paciente. Sólo han pasado unas pocas horas desde que liberé a Zian, y Ambadia es todo un mundo. Le llevará algún tiempo cruzar las rojas inmensidades y las escarpadas montañas hasta la fortaleza de Narduja, donde el shaitán recibe en audiencia. Y ¿quién sabe cuánto tardará Narduja en concederme la libertad o de qué modo lo hará? El tiempo transcurre mucho más despacio para los que somos eternos; lo que para él son días podrían ser horas para los humanos, así que puede que aún me quede una temporada aquí atascada.

Curiosamente, la idea me reconforta. Por mucho que ansíe deshacerme de Aladdín y de los sentimientos que despierta en mí, también me gustaría no tener que separarme nunca de él. En cuanto lo haga, se quedará solo en este nido de víboras que es la corte.

Hay mucho que hacer en las horas previas al amanecer, cuando se celebrará la boda. Por norma general, las bodas amulenadas necesitan una semana de preparación y cada día está cuidadosamente planificado. Pero la tradición debe sacrificarse en aras de la velocidad, así que nos limitamos a lo esencial.

Lo más importante es que Aladdín necesita un baño.

El baño ceremonial la víspera del enlace es una de las tradiciones más sagradas, para lo cual media docena de soldados escolta a mi amo a los baños del palacio. Yo los sigo convertida en un gorrión que revolotea de un lado a otro del corredor unos pasos por detrás. Antes de abandonar sus aposentos, Aladdín me ha hecho prometer que esperaría fuera, pero yo me poso en el casco picudo del último guardia y me cuelo en los baños sin ser vista.

La estancia está a oscuras, salvo por los finos haces de luz que penetran por los agujeritos que puntean la bóveda del techo. Hay seis grandes piscinas redondas equidistantes en un suelo de azulejos blancos. Unos lotos del mismo

color y un sinfín de pétalos de rosa flotan con calma en el agua turquesa. La habitación está vacía cuando llegamos, y Aladdín se gira hacia los guardias.

—Esto..., no os importaría esperar fuera, ¿verdad?

—Tenemos órdenes estrictas de no perderos de vista en ningún momento —replica un hombre estoico.

Aladdín se pasa la mano por la cara.

—Sí, lo sé, pero ¿veis?, no hay nadie más. Si os necesito, gritaré o algo así.

El hombre se lo queda mirando como si nada.

Aladdín suelta un gruñido de frustración y añade:

—¿Os dais cuenta de que, a partir de mañana, seré vuestro *rey*?

Los guardias intercambian miradas de indecisión y luego acceden a regañadientes y salen en fila por la puerta. Yo me escabullo y me poso en una cornisa.

Aladdín suelta un suspiro y se desnuda hasta quedarse sólo con un paño blanco alrededor de la cintura, poniendo especial cuidado en no separarse de la lámpara. Finalmente opta por engancharse al cuello con una cadena antes de sumergirse en la primera piscina. Desaparece bajo la superficie, que se llena de burbujas, y se demora un buen rato. Empiezo a temer que no vaya a salir, que acabe siguiendo el camino de esos otros amos que han llegado a arrepentirse de sus deseos, pero entonces emerge y sacude la cabeza salpicando agua. Después cruza la piscina, se sienta en el lado contrario, justo donde pega un rayo de sol, y estira los brazos por el bordillo de azulejos. Reclina la cabeza y cierra los ojos.

—Sé que estás ahí —dice—. Anda, baja.

Vuelo hasta el filo de la piscina y me transformo en humana, vestida con una fina *kurta* blanca que me llega hasta las rodillas. Meto las piernas en el agua.

—Para ser una yinn todopoderosa que lleva existiendo desde el albor de los tiempos —continúa, abriendo una rendija en los ojos para mirarme—, eres bastante predecible.

Levanto un pie para salpicarle.

—Tal vez deberías volver a meterte. Sigues oliendo como si durmieras con cabras.

Arrastra una mano por el agua para mojarme y yo chillo y termino zambulléndome y chapoteando en su dirección. Él escupe y levanta las manos en un gesto de rendición, pero de repente ruga, se lanza desde el lateral de la piscina, me agarra por la cintura y me hace una ahogadilla.

Durante unos instantes somos ingrátidos, atrapados bajo el agua con los ojos abiertos, rodeados de las flores que arrastramos en nuestro descenso y que se arremolinan a nuestro alrededor en una corriente de burbujas blancas. Mi pelo flota en torno a ambos como seda negra. Sus manos siguen aferradas a mi cintura y las mías, apoyadas en su pecho desnudo. La lámpara pende entre los dos.

Aladdín planta los pies en el fondo de la piscina y nos impulsa hacia arriba. Cuando salimos, coge una bocanada de aire y sacude la cabeza para apartarse el pelo mojado de los hombros. Flotamos en silencio sin separarnos y no puedo dejar de mirarlo. El agua le chorrea por las mejillas y los labios y le gotea por la mandíbula. Se le ha quedado un mechón de pelo pegado a la frente y se lo retiro con delicadeza enroscándomelo en el dedo antes de soltarlo.

—¿Qué estamos haciendo? —susurra, y me atrae hacia él.

Soy incapaz de responder. No me fío de mi propia voz. Él baja la frente y la apoya en la mía, y todo lo que escapa a esta piscina y a este momento deja de existir. Lo único que importa es el ritmo acompasado de nuestra respiración, nuestros reflejos en el agua, el tacto de sus manos en mi cintura.

Él es el sol y yo, la luna. Debemos permanecer separados o el mundo se desequilibrará. Pero debo admitir que comprendo la locura que lleva a los humanos a perseguir una felicidad inalcanzable. Porque yo también la siento, *habiba*. Cada vez que intento retirarme, me veo atraída hacia él. Ni siquiera ahora que está a punto de casarse puedo dejarlo ir, por muchas veces que me repita que debo hacerlo.

«Mañana todo habrá acabado —pienso—. Se casará con Cáspida y, seguramente para entonces, Narduja ya me habrá liberado».

Apoyo la cabeza en su hombro y siento los latidos de su corazón. Ojalá pudiera acaparar el tiempo, ralentizarlo, hacer que dure una eternidad.

—Nací en el reino insular de Gueda —susurro. Esta historia nunca se la he contado a nadie, *habiba*, ni siquiera a ti. Y ahora sólo se la cuento porque no puedo soportar abandonarlo sin que sepa la verdad, conociéndome tan sólo a medias. Alzo la vista y lo miro a los ojos—. Hace más de cuatro mil años. Era la hija mayor de un rey sabio y generoso.

Aladdín me contempla con ojos tiernos y curiosos, invitándome a continuar.

—Cuando tenía diecisiete años, me convertí en reina de Gueda. En aquellos días, los yinns superaban en número a los humanos y el shaitán tenía un mayor influjo sobre los reinos de los hombres. Exigía que le ofreciéramos

veinte doncellas y veinte guerreros en sacrificio a cambio de mares en calma y negocios lucrativos. Yo era joven y orgullosa y lo que más deseaba en el mundo era ser una gobernante justa. Como no quería plegarme a sus deseos, sacudió nuestra isla hasta que esta empezó a hundirse en el mar.

Me estremezco y Aladdín me estrecha más entre sus brazos.

—Subí hasta el *alomb* de la cima de la Montaña de las Lenguas y allí me entregué al shaitán para que salvara mi ciudad del mar. —Mi voz se reduce a un susurro no mayor que una onda en el agua—. Él me aceptó, me transformó en yinn y me metió dentro de la lámpara. Luego hizo que la Montaña de las Lenguas entrara en erupción y Gueda sucumbiera al fuego, pues había jurado que salvaría a mi pueblo del mar, pero no de las llamas.

Me callo y espero a ver la reacción de Aladdín. A que me llame ingenua por confiar en la palabra del shaitán. O a que me diga que tendría que haberme plegado a los deseos de Narduja desde el principio.

Pero no dice nada.

Agacha la cabeza y me besa con delicadeza en el lateral del cuello; su boca va subiendo hasta la piel de detrás de mi oreja. Se me pone la carne de gallina y giro la cara para pegar mis labios a los suyos. Este beso es más tierno que el último que nos dimos: largo, lento y contenido. Es un beso de anhelo. Un beso de despedida. Sus manos me aprietan la cintura y tiran de mí hacia él. Giramos dibujando un lento círculo, provocando ondas en el agua que hacen que las flores flotantes oscilen y se hundan ligeramente.

—Tienes muchos secretos —murmura—. Me pasaría el resto de la vida descubriéndote. —Me remete el pelo por detrás de la oreja y me devora con la mirada—. Por supuesto que fuiste una reina. Por supuesto que te sacrificaste por tu pueblo. Hiciste todo cuanto estuvo en tu mano, Zahra. No puedes culparte por lo que hizo el shaitán. Lo habría hecho de todos modos.

—Debería haber muerto con mi gente.

—Si lo hubieras hecho, nunca te habría conocido. —Me besa de nuevo, esta vez con más intensidad, y me entremete las manos por el pelo. Dejo que sus caricias arrastren consigo el pasado.

Es él quien se retira primero soltando una risita ronca.

—Esto es de locos. Mañana me caso —dice.

Yo asiento y le apoyo la cabeza en el hombro.

—Aún no es demasiado tarde —continúa—. Zahra, yo...

—Shh. —Le pongo un dedo en los labios—. No lo digas. Te casarás con Cáspida y aprenderéis a amarnos el uno al otro. Viviréis una vida larga y feliz una vez que mi lámpara haya pasado a otras manos.

—No pienso formular mi tercer deseo —afirma—. ¡Eso es! Si no lo formulo, podrás quedarte en el palacio tanto cuanto desees. Nunca tendrás que regresar a la lámpara. Nos enfrentaremos a todo aquel que intente arrebatármela.

—Aunque fuera cierto, envejecerías y acabarías muriendo. O lo más probable es que alguien se enterara de mi existencia y te matara por la lámpara. O más probable todavía: Cáspida descubriría que eres un farsante y que yo soy esa yinn a la que tanto odia y nos destruiría a ambos.

—Cáspida lo entendería.

—Ah, ¿sí?

Hace una mueca.

—Muy bien. Pues no pienso casarme con ella.

—¿Y qué pasa con tu venganza? ¿Vas a dejar que Sulifer te gane tan fácilmente?

Agacha la mirada.

—Todo por lo que he vivido habrá sido en vano. Sulifer ganará. Obligaré a Cáspida a casarse con Darian y, si la dejan vivir el tiempo suficiente, la manejarán a su antojo. Nadie podrá hacerle frente. Se saldrá con la suya.

Asiento.

—Y sería por nuestra culpa.

Alza la vista con el ceño fruncido.

—¿Por qué te importa tanto lo que le ocurra a Cáspida? Creía que los humanos éramos tan efímeros como el vapor para ti.

—Ella es... distinta. Me recuerda a alguien, a alguien por quien daría mi vida si pudiera.

—¿La reina? ¿La que murió? —pregunta.

—Roshana. Mi querida Ro. —Mi voz es tan suave como una onda en el agua—. Una vez gobernó a los amulenos y Cáspida es su descendiente. Tiene su misma fuerza vital y no puedo mirarla sin acordarme de mi vieja amiga. Si le ocurriera algo por mi culpa..., no podría pasarme los siglos soportándolo. —Ya llevo una montaña de culpa a cuestas, un recordatorio constante de aquel día en el monte Tisia.

Aladdín levanta una mano y me retira el pelo de la cara.

—Eres increíble, Zahra de la Lámpara.

—No —digo, y le aparto la mano antes de alejarme a nado hasta el borde de la piscina—. ¿Ves por lo que deberías seguir adelante con ese matrimonio?

—Acabas de decir que no soportarías que le pasara algo a Cáspida. Y, sin embargo, me pides a mí que siga viviendo como si nada sabiendo que te he

condenado a ¡esto! —Sostiene la lámpara en alto—. ¿Cuál es la diferencia?

Aparto la mirada, enfadada.

—La diferencia es que esta es mi decisión, Aladdín.

—¡Bien, pues es una decisión estúpida!

Salgo de la piscina.

—Prométeme que seguirás adelante con la boda.

Él cierra los ojos con fuerza.

—¡Prométemelo, *por favor!*

Abre los ojos, que ahora están llenos de dolor, pero asiente.

—Tengo que oírtelo decir.

—Te lo prometo.

Se niega a mirarme y vuelve a sumergirse en el agua hasta que no es más que un borrón sombrío. Yo voy a sentarme junto a la pared, donde me hago un ovillo e intento contener mis emociones. ¿Cómo se me ha ocurrido volver a besarlo? ¿Es que estoy condenada a cometer los mismos errores una y otra vez? Prendarme de un humano, intimar con él y ver cómo se destruye por mi culpa.

Noto un sabor a sal en mis labios y me doy cuenta de que estoy llorando. Me froto los ojos con rabia. Pronto obtendré lo que siempre he ansiado: mi libertad. Y nada de esto importará lo más mínimo. ¿Acaso no me dije a mí misma hace un mes, cuando todo esto empezó, que por mi libertad sería capaz de cualquier cosa? Puede que perder a Aladdín sea lo más duro que tenga que hacer, pero debo hacerlo.

En ese momento, una puerta se abre y se cierra en el extremo opuesto de la habitación, y levanto la vista sobresaltada.

Es Darian, que viene acompañado de otros cuatro jóvenes.

Antes de que me vean, me transformo en un humo vaporoso y asciendo hasta el techo, donde me arremolino y me hago casi invisible.

Los jóvenes rodean el baño y se quedan mirando a Aladdín, que acaba de emerger a la superficie para coger aire. Tiene los ojos cerrados, y se masa el pelo hacia atrás y se pasa las manos por la cara antes de abrirlos y ver a Darian cernido sobre él.

Permanece inmóvil.

—Príncipe Razad —dice Darian.

—Aprecio vuestro gesto —contesta Aladdín mirándolo con recelo—. Pero prefiero que me dejen los regalos de boda en mis aposentos.

—Este debo entregároslo en persona.

—¿Cómo es que mis guardias os han dejado pasar?

—No todos son vuestros guardias. O, al menos, ya no lo son. —Esboza una sonrisilla de satisfacción—. Es sorprendente lo que se puede comprar con unas pocas monedas de oro. Y resulta que esos tres de la puerta trasera son de lo más avariciosos...

Empieza a quitarse la ropa. Los otros muchachos lo imitan. Aladdín sigue en el centro de la piscina, flotando como si tal cosa pero atento a cada movimiento. Se gira perezosamente hasta que queda frente a mí y escudriña el techo hasta que me ve pegada a él.

«La lámpara».

El pánico me atraviesa como un relámpago que surca un cielo sin nubes. Aladdín lleva la lámpara colgada del cuello. Si la ven... Me fijo en que tiene las manos sumergidas e intenta escondérsela a la espalda.

Darian se mete en el agua. Su cuerpo es esbelto, no tan fornido como el de Aladdín, pero sí ágil y musculoso. Los otros jóvenes son más fortachones y se introducen en el agua acorralando a mi amo, que se mantiene a flote con los músculos de los hombros y del cuello cada vez más tensos.

—Si creéis que este juegucito que os traéis con Cásvida va a funcionar —dice Darian con calma—, es que sois más imbécil de lo que pensaba.

—Cuidado —le advierte Aladdín—. No me gustaría tener que retiraros la invitación.

—Es *mía*, lo ha sido desde el día en que nació. Estamos destinados a estar juntos.

—Qué curioso, pues ella no parece nada convencida.

—Le han envenenado la mente. Se pasa el día leyendo tonterías sobre reinas míticas y cree que es una de ellas. Su arrogancia y sus delirios de grandeza son deplorables, pero nada que la mano firme de un marido no pueda arreglar.

—¡Animal! —suelta Aladdín, despojándose de toda pretensión de afabilidad—. Hablas de ella como si fuera de tu propiedad. Como si fuera un caballo o un perro al que hay que domesticar.

Darian encoge un hombro.

—Caballos, perros, mujeres. Cada uno tiene su lugar en el mundo y, cuando intentan salirse del tiesto, siembran el caos. Si dejásemos que las reinas gobernasen el mundo, todos estaríamos en nuestros palacios cosiendo y chismorreando.

Aladdín enarca una ceja.

—¿E... ir por ahí cortándole la cabeza a la gente es más civilizado?

—Si Partenia pretende recuperar el poder que una vez tuvo, necesitamos un líder fuerte. Alguien con carisma. Alguien a quien la gente admire y respete durante años. No a un príncipe debilucho llegado de un reino lejano del que nadie ha oído hablar. La gente nunca te seguirá.

—No necesito que nadie me siga. La seguirán a *ella*.

—¿Es que no lo entiendes? —brama Darian. Se adelanta hasta quedar a menos de un brazo de distancia de Aladdín—. ¡Ella me pertenece a mí! ¡Me corresponde por derecho!

—Lo único que te corresponde por derecho es esa hinchida arrogancia de la que haces gala —responde Aladdín—. Está claro que tu padre te la transfirió *por derecho* al nacer.

—No te atrevas a insultar a mi padre.

—Tu padre —dice Aladdín sonriendo y nadando hacia él— es un patán pretencioso y confabulador.

Darian enrojece de ira.

—Mi padre es el hombre más valiente de toda Partenia. Mientras el rey se consumía fumando una pipa de simon tras otra, mi padre mantenía a los genios a raya.

—Tu padre —prosigue Aladdín— asesina a inocentes. Decapita a cuantos le llevan la contraria. Dime la verdad, ¿cómo murió realmente el rey? Me pregunto si alguien no le daría un empujoncito...

Darian, enfurecido, arremete contra él y lo hunde en el agua. Aladdín se revuelve y sale para coger aire, pero los otros jóvenes se unen a la pelea, lo agarran por los hombros y la cabeza y lo sumergen. Él forcejea y patalea, haciendo espuma y salpicando, pero Darian lo observa impertérrito con una tensa sonrisa en los labios.

Yo me transformo en una ráfaga de viento, atravieso la estancia y abro violentamente la puerta tras la que los guardias aún leales están apostados. Cuando estos miran al interior y ven la trifulca, empiezan a gritar. Darian alza la vista, con la cara retorcida por la rabia, y él y sus hombres salen del agua a toda prisa, cogen su ropa y huyen a la desbandada perseguidos por los guardias.

En el pasillo, me convierto en chica y corro hacia los baños, me lanzo a la piscina y rescato a Aladdín, que está hundido en el fondo. Lo saco del agua y lo tumbo en las baldosas. La lámpara tintinea en el suelo.

—¡No respira! —grito, pero no hay nadie que pueda oírme. Los guardias han ido detrás de Darian y los demás están demasiado lejos. Empiezo a bombearle el pecho con las manos—. Vamos, vamos —digo. Tendría que

haber reaccionado antes. Estaba demasiado preocupada de que no encontraran la lámpara. Debería haberme transformado en un león y habérmelos comido a todos.

Aladdín tose y echa agua por la boca. Lo incorporo y le doy la vuelta para que vacíe los pulmones.

Él me enfoca con los ojos desorbitados y llenos de pánico e intenta decir algo.

—Shh —lo detengo—. Estás bien. Estás bien. Respira.

Coge y suelta aire con un sonido áspero y acuoso, y luego tose y escupe más agua. Se mete la lámpara debajo para esconderla de los guardias, que regresan alarmados, y yo la tapo con su camisa.

—¿Lo habéis pillado? —pregunto.

Ellos niegan con la cabeza.

Vuelvo a girarme hacia Aladdín, que empieza a respirar más pausadamente y le echa el brazo por encima a la lámpara para ocultarla mejor.

—Habría podido con ellos —dice con voz ronca—. Me faltaba poco.

Me gustaría acunarle la cabeza en mi pecho del alivio que siento al ver que sigue vivo, pero no puedo, no en presencia de los guardias. Así que dejo que se levante y le tiendo su ropa. Él rechaza la ayuda de los guardias y se pone de pie con mucho cuidado para no dejar al descubierto la lámpara. Sin embargo, no se niega cuando estos se ofrecen a acompañarlo a sus aposentos. Dos de ellos pretenden contarle al capitán Pasha y a Cáspida lo que ha ocurrido, pero él los disuade.

—Ya nos encargaremos de él más tarde —afirma—. No merece la pena perseguirlo.

Cuando volvemos a encontrarnos a solas, Aladdín permanece en silencio y me doy cuenta de que está intentando digerir la rabia que le ha suscitado la agresión.

Yo, en cambio, dejo que la mía se libere y corro como un huracán por la habitación convertida en un tigre, rugiendo y arañando el suelo con las garras y los pelos del lomo erizados.

—¿Quieres parar? —me pide con acritud—. Me estás poniendo de los nervios.

—¿Acaso no lo estabas ya? —gruño—. ¡Ha intentado matarte!

—No es la primera vez —comenta—. Y sé cómo escapar con vida.

—¡Porque yo estoy aquí para salvarte el pellejo!

—¡Exacto! —Esboza una sonrisa radiante—. Por eso no puedo perderte. ¿Quién si no va a cubrirme las espaldas?

Rujo y me transformo en humana, aunque el estampado de mi vestido tiene rayas de tigre.

—Aladdín, me lo has *prometido*.

Su sonrisa se esfuma.

—Ya, ya.

—Me lo has prometido.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que te lo jure por la gloria de mi madre? ¿Que me raje la mano y te lo firme con sangre?

—Tampoco te dolería tanto —murmuro.

Suspira y hace amago de replicarme, pero en ese momento llaman a la puerta. La abro y me encuentro con un sastre y sus dos aprendices, que vienen cargados con rollos de tela y cajas de costura.

—Venimos a tomarle las medidas al príncipe para confeccionar su traje de boda —explica el sastre, un hombre pequeño y bien afeitado con un alto turbante para compensar su estatura.

Le digo que regresen al cabo de cinco minutos para que a Aladdín le dé tiempo a esconder la lámpara en su habitación y vuelvo a meterme en ella a regañadientes, molesta por dejarlo a su merced durante toda una hora. Despliego mi sexto sentido para echar un vistazo a la prueba, recelosa como una gata enjaulada, pero todo transcurre con normalidad y, en cuanto el sastre y sus ayudantes se marchan, Aladdín vuelve a liberarme. Después se sucede una auténtica procesión de sirvientes que llaman a la puerta acarreando comida, vino y regalos de Cáspida: los típicos artículos tradicionales que suelen entregarse durante varios días y que ahora se apelotonan en las pocas horas que faltan para el enlace.

Es bien pasada la medianoche cuando Aladdín, exhausto, se desploma en la cama. Yo me siento entre los regalos: dagas y oro, ropa y cofres labrados, espejos y candelabros. Todo ello me trae a la memoria a tu primer prometido, *habiba*, el apuesto y valiente Elikum de Minivos, y los elaborados preparativos que hicimos para vuestra boda. Aunque, claro, la semana de tu enlace acabó con el envenenamiento del novio a manos de un traidor la víspera de la ceremonia y celebramos un funeral en su lugar. No lloraste hasta pasadas tres semanas. Siempre dijiste que no lo querías, pero yo nunca te creí.

Sólo espero que esta boda acabe mejor. Para asegurarme, me paso la noche en vela custodiando la puerta por si a todas las huestes de Ambadia se les ocurre intentar entrar.

Dos horas antes del amanecer, llamo a su puerta con delicadeza para despertarlo. Él sale tambaleándose con los ojos rojos por la falta de sueño.

—¿Ya? —protesta.

—Deberías ir a cambiarte —le digo—. Falta menos de una hora para que te cases y no puedes reunirte con la novia como si acabaras de caerte de la cama.

Él coge aire como si fuera a decir algo, pero entonces suelta un suspiro de resignación y regresa a su alcoba.

Yo creo un remolino, transformo mi ropa en un elegante vestido de seda azul y dorado y dejo que mi pelo caiga largo y suelto. Luego observo las elaboradas florituras marrones que se enroscan por mis brazos y por el dorso de mis manos, pero, como la *henna* es para las novias y no para las yinns, hago que se borren muy a mi pesar.

Aladdín vuelve a salir al cabo de varios minutos. Luce el bonito conjunto que el sastre le ha confeccionado la noche anterior: una chaquetilla ajustada en oro mate y beis sobre unas mallas sueltas rojas y una capa del mismo color que le cuelga del hombro derecho y roza el suelo por delante y por detrás.

—Espera —le insto, y lo obligo a sentarse. A continuación, le paso los dedos por el pelo y hago aparecer un peine de jade con mango de tigre con el que le hago una raya y le conformo un magnífico tupé. Tiene un pelo denso y oscuro, y me muero por enterrar en él mis dedos y besarle la frente.

—Listo. A ver que te mire...

Está despampanante; va a ser un novio guapísimo. Ignoro la punzada que siento en el estómago al verlo. «Deja que se vaya», me ordeno. Mi vínculo con la lámpara podría romperse en cualquier momento y mis sentimientos por él deben romperse también. Aunque mi corazón es una estrella traicionera que se niega a apagarse cuando sale el sol.

—¿Qué pinta tengo? —pregunta, y adopta una pose ridícula con la esperanza de arrancarme una sonrisa.

—La de un tonto. —Meneo la cabeza—. Aunque uno muy principesco.

Da un paso hacia mí y me tiende la mano.

—Zahra, yo...

—No digas nada. —Bajo la vista y jugueteo con mi vestido—. Tenemos que irnos.

—Ya, claro. —Lo dice tan bajo que me cuesta oírlo.

—Sólo una cosa más... —Echo una ojeada a la habitación, reparo en una cuchara de oro que hay en la bandeja de té que trajeron Nesa y Javar, la cojo y la remeto entre los carbones del brasero, aún calientes de la noche anterior.

Cuando, varios minutos después de sacarla, el oro se temple, puede moldearse. Hago unos rápidos movimientos y le quito casi toda la capa de oro para formar un anillo con el resto. Cuando el metal se enfría, las huellas de tus dedos quedan impresas en él, *habiba*, pues las llevo como guantes. Parece apropiado, dado que la novia es de tu sangre. Antes de que el metal se enfríe por completo, grabo con las uñas en su interior unos jeroglíficos eskars que representan amor eterno. Los antiguos símbolos, que tienen su propia magia, brillan candentes antes de fundirse en la alianza.

—Toma —le digo—. Ya está, el metal se ha enfriado.

Aladdín coge el anillo y lo gira.

—Zahra, eres maravillosa.

—No es mucho, pero es mejor que nada.

Traga saliva y asiente; me lo devuelve.

—Debes llevármelo tú.

—No puedo.

Retrocedo y levanto las manos en un gesto de rechazo. El portador del anillo debe ser el mejor amigo del novio; aquella persona en la que deposite simbólicamente todo su cariño y confianza. Lo normal es que sea su hermano o su amigo más antiguo.

—Quiero que lo lleves tú —dice—. Al fin y al cabo, todo esto ha sido idea tuya. Por favor, Zahra.

Su mirada es sincera y mis ojos se clavan en el anillo, que reposa en su palma. Con la boca seca, asiento, lo cojo y lo envuelvo protectoramente con mis dedos, sintiéndome pequeña e indigna de él.

—Tenemos que irnos —repito con voz ronca—. Tienes que asistir a una boda.

CAPÍTULO 21

Los nobles se dirigen en oleadas al templo del palacio, mirando y susurrando como una bandada de palomas, y le abren paso a Aladdín, que va custodiado por sus guardias. La muchedumbre lleva una extraña mezcla de ropa oscura, pues sigue la tradición de guardar veinte días de luto por la muerte de un rey, y colores vivos para la boda.

Cuando llegamos al templo, lo encontramos atestado de gente. Apenas si somos capaces de colarnos entre ellos, y las miradas que nos dedican son malintencionadas. Los miembros de esta corte, que hasta hace una hora esperaban que su querido príncipe fuera el que estuviera hoy al lado de la princesa, profesan poco afecto por Aladdín. Pero detecto algunas caras sonrientes entre aquellos nobles a los que mi amo ha conseguido conquistar con su carisma en este breve periodo de tiempo en el palacio, y dudo que tarde mucho en ganarse al resto; mientras no se descubra su verdadera identidad, claro.

Hay seis tamborileros delante del santuario tocando una marcha nupcial que resuena por todo el palacio y que anuncia la llegada del novio y de la novia. Unos acólitos balancean incensarios que penden de cadenas por todo el perímetro de la sala, colmando el aire con la dulce fragancia del jazmín y la dama de noche. Cada puerta está custodiada por un sacerdote que lleva un báculo en una mano y un pergamino de versos sagrados en la otra para repeler a espíritus malignos y evitar que entren los yinns. Sus esfuerzos son más simbólicos que otra cosa y yo paso a su lado sin mayores incidentes.

Nos recibe el capitán Pasha, que escolta a Aladdín hasta un estrado situado delante del templo bajo una estatua de cuatro pisos de Amistra, la diosa de los guerreros y los jueces. Sus alas de piedra se curvan alrededor del estrado, cercándolo por tres lados, mientras que sus brazos se alzan por encima de su cara vuelta al cielo sujetando una espada en alto.

Aladdín se encuentra en la base de la escalera que conduce al estrado. Se tira del cuello del traje y escruta a la multitud. A la espalda tiene a los funcionarios leales a Cáspida, mientras que los escribas registran todo lo que ocurre en pequeños pupitres de madera dispuestos a un lado de la tarima. Unas niñas esparcen rosas y jazmines por el templo mientras entonan una dulce melodía en voz baja.

Una vez que Aladdín se coloca en su sitio, Cáspida hace su entrada por la izquierda. La princesa lleva un vestido de cola blanco bordado desde el escote hasta el dobladillo con diminutas rosas blancas, con un brazo al descubierto y el otro envuelto en seda transparente. Lleva las manos y las muñecas cubiertas de *henna* roja, que destaca en contraste con su piel aceitunada. El pelo, recogido en trenzas bajo una sencilla diadema de plata, está salpicado de las mismas florecillas blancas que también están esparcidas por el suelo del estrado y las escaleras. Sus doncellas la siguen vestidas en distintos tonos de verde, como las hojas de un rosal cuya flor es su señora.

Dos sacerdotes se adelantan para officiar la ceremonia. Uno lleva un recipiente con brasas y el otro, una ramita de olivo con la que da unos toquecitos a Aladdín en los hombros y en la frente, en un acto simbólico de purificación, y que luego lanza al brasero, donde se quema en apenas unos segundos. Después los sacerdotes esparcen arroz a los pies de los novios para atraer la buena suerte y propiciar la fortuna. Por último, dos acólitos cogen un trozo de seda roja y la sujetan por encima de las cabezas de la pareja, y los sacerdotes empiezan a entonar las palabras del enlace, cuyas oraciones se intercalan con versos que otro joven acólito canta con una voz dulce como la miel.

Aladdín está más tenso que un mendigo en la caseta de un centinela. Mira a Cáspida de reojo e intenta imitar sus gestos. Casi temo que salga corriendo. Cáspida, por el contrario, está serena como un cisne, y su rostro, compuesto y regio. No mira a Aladdín a los ojos.

Trato de sentirme feliz por ellos, *habiba*. De verdad que sí. Y una parte de mí *se alegra* por ellos: les he cogido cariño a los dos y ver cómo se unen me hace creer que algunas historias acaban con un final feliz. He aquí un deseo que no he tergiversado. Dos vidas que no he arruinado.

Y sin embargo...

Una parte de mí se siente marchita y rechazada. Soy la mala hierba que han arrancado del jardín de las rosas. Soy el cuervo que han echado del palomar. Tengo lo que me corresponde, ¿no debería ser eso suficiente? ¿No

merece una pizca de felicidad o, al menos, de consumación? ¿Acaso no he ganado el premio más importante: la libertad?

Entonces, ¿por qué me siento como si hubiera perdido algo, *habiba*?

Me obligo a sacarme esa pregunta de la mente. Hay cosas más importantes en las que concentrarse, como la prolongada ausencia de Darian y Sulifer, que no ha pasado desapercibida a los nobles congregados. El visir y el príncipe dejan un hueco en la asamblea y parece que no soy la única a la que esto le preocupa. Las doncellas de Cáspida también están alertas y vigilantes, con un ojo puesto en la multitud. Un torpe intento de asesinato en los baños no puede ser su único plan, así que ¿a qué están esperando? Rastreo los tejados con la vista en busca de un arquero escondido, pero no veo nada sospechoso. No obstante, tengo un mal presentimiento, hay algo que no encaja.

Aladdín y Cáspida repiten las palabras de los sacerdotes y pronuncian votos de lealtad, fidelidad y amor que ninguno de los dos siente de verdad. Unos minutos más y estarán casados. En lugar de sentir alivio, me siento como si fueran a ahorcarme y estuviera esperando a que la trampilla del suelo se abriera y se me rompiera el cuello. Mi malestar crece como una ola que se abalanza inexorablemente hacia la orilla.

A lo mejor no ocurre nada. A lo mejor, después de su fallido intento de ahogar a Aladdín, Darian ha cortado por lo sano y ha huido. A lo mejor Sulifer ha decidido que prefiere pasar el resto de su vida pescando en la costa de Qopta a maquinar maneras de manipular esta corte.

Tensa de inquietud, me giro hacia la ceremonia, que está tocando a su fin. Un acólito saca un hermoso juego de té hecho de jade. Una vez que Aladdín y Cáspida intercambien los anillos y se sirvan el uno al otro una taza de té, estarán oficialmente casados a ojos de los dioses y de los hombres.

—Este hombre y esta mujer han venido hoy aquí a unir sus destinos en presencia de Imohel y de estos testigos —dice uno de los sacerdotes—. ¿Qué prenda traéis para sellar esta unión?

Aladdín se gira hacia mí y yo abro los dedos para mostrar el anillo. Él se lo queda mirando con la mano planeando sobre la mía.

—Cógelo —susurro.

Él traga saliva y toma el anillo, lo gira lentamente y la luz destella en los símbolos grabados en el metal. Después alza los ojos y nuestras miradas se encuentran.

—Zahra... —Encierra el anillo en el puño—. No puedo hacerlo.

La mente se me bloquea. Abro la boca, pero no puedo siquiera dar forma a un pensamiento que expresar.

Aladdín se da media vuelta e inspira hondo levantando la barbilla.

—Lo siento, princesa, pero hay que parar esto.

La multitud estalla en susurros mientras Aladdín y la princesa se miran mutuamente con una mezcla de arrepentimiento y alivio. Los sacerdotes intercambian miradas de desconcierto.

—Alteza, ¿qué significa esto? —pregunta uno.

Aladdín se arma de valor.

—Princesa Cáspida, no siento más que respeto y admiración por vos. Esta ciudad tendrá realmente a la reina que necesita, pero no puedo casarme con vos.

La princesa se queda petrificada y con una expresión indescifrable.

—¿Por qué no, príncipe Razad?

—Lo siento —responde él—. La verdad es que estoy enamorado, pero no de vos.

Entonces se gira hacia mí y mi espíritu alza el vuelo como una bandada de palomas, espantado y errático. Soy incapaz de moverme, de hablar, mientras él me toma de las manos y me mira directamente a los ojos. Me pone el anillo en la palma de la mano y siento como si el oro me abrasara la piel.

—Esto te pertenece a ti y a nadie más que a ti. He estado muy ciego, Zahra. Tan atrapado en el pasado que no he visto lo que ocurría ante mis ojos. He sido un completo idiota, no sé cómo puedo esperar nada de ti. Pero tengo que intentarlo. Tengo que decir la verdad y la verdad es que... te quiero.

—No —susurro—. No puedes.

—No me importa que seas una... —hace una pausa para aclararse la garganta—, una sirvienta. Eres hermosa, salvaje y amable, y no puedo dejar de pensar en ti. —Una sonrisa radiante y estúpida se dibuja en su cara—. Está mal, es absurdo y maravilloso al mismo tiempo, Zahra. No pretendía que ocurriera, pero así ha sido. Te quiero.

Se hace un silencio sepulcral en la sala y nos rodea un mar de rostros atónitos. Unos cuantos sacerdotes murmuran entre ellos con cara de pánico. Alguien sale con disimulo por la puerta trasera, tal vez para buscar a Sulifer y contarle lo que ha ocurrido. El capitán Pasha y sus hombres echan mano de sus armas y miran por turnos a la princesa y a mi amo, incapaces de decidir si deben arrestarlo o no.

Aladdín parece no percatarse de nada de esto. Sólo tiene ojos para mí y me mira implorante, a la espera de que me pronuncie. Pero no puedo. Estoy

rígida por la impresión, el miedo y... si soy completamente sincera, un ligero destello de esperanza. Cierro la mano que contiene el anillo.

—No voy a ser yo —interviene Cáspida en tono gélido, rompiendo al fin el silencio— quien se interponga en este amor. Esta boda se cancela. —Se gira hacia la multitud—. Seguirá habiendo banquete y baile toda la noche. Sacerdotes, gracias por vuestro servicio, pero creo que ya hemos acabado.

Parece tan indiferente como la luna, pero puedo ver más allá de la piel y detecto que se siente perpleja y abochornada, ansiosa por salir de allí. Sus guardianas acuden a ella enseguida y la apartan entre murmullos de preocupación.

Aladdín sigue sin apartar la vista de mí.

—Sé que debes de pensar que soy un idiota —susurra—, pero ¿me darás una oportunidad? ¿Me dejarás empezar de cero?

Yo retrocedo y me suelto de sus manos.

—Zahra, ¿qué ocurre?

—Soy *veneno*.

Él arruga la frente.

—No lo creo.

Retrocedo hasta que estoy al borde del estrado y me siento como un animal acorralado. No lo entiende, del mismo modo que tú no lo entendías, *habiba*. ¿Por qué los humanos insistís en cortejar la destrucción? Hay dolor en los ojos de Aladdín, que espera una respuesta, aunque no me sale la voz de la garganta.

—Zahra —dice en voz baja—, ¿tú me quieres?

—Yo...

No debería. Está mal, es peligroso, está prohibido.

Su mirada es suplicante, expectante.

—¿Zahra?

—¿Y qué pasa con tu venganza? —susurro; mis palabras pasan desapercibidas con el ruido que ha formado la muchedumbre—. ¿Qué pasa con tus padres? Llevas toda la vida esperando este momento.

Él niega con la cabeza.

—Estoy cansado de vivir para los muertos. Quiero vivir para *ti*.

—Aladdín, *no podemos*. ¡No debes decir esas cosas! —Miro a mi alrededor desesperada, preguntándome si alguien nos habrá oído. Si Narduja llegase a oír estas palabras prohibidas, el precio que pagaríamos sería catastrófico—. El riesgo...

—Tú mereces *todos* los riesgos del mundo. Sé lo que quiero, Zahra. ¿Y tú?

—Yo...

De repente resuena un trompetazo en el templo. La piel se me hiela y casi espero que el propio shaitán entre rugiendo. Pero el que aparece es Sulifer, vestido con un abrigo militar negro y una capa larga y tocado con un turbante oscuro que acentúa su ya considerable estatura. Se ha recortado la barba, de modo que los mechones canos que le recorren la barbilla parecen realzados. Detrás de él marchan dos docenas de soldados, equipados con armaduras y yelmos, y pertrechados con lanzas y espadas. Darian hace su entrada al lado de estos con expresión indescifrable.

El visir se detiene un momento y repara en el rostro gélido de Cáspida y en que Aladdín y yo estamos cogidos de la mano. Entonces, emite un gruñido de rechazo y cruza todo el patio del templo a grandes zancadas: lo único que se oye es el estampido de sus botas y de las de los soldados. No habla ni cambia de expresión hasta que llega a los pies del estrado.

Allí se detiene con la mirada clavada en Aladdín.

—Guardias —dice—. Apresad a este hombre. No es quien asegura ser.

CAPÍTULO 22

En el silencio que se hace, suelto un largo y lento suspiro y cierro los ojos durante un instante. Se me cae el alma a los pies y siento que todo a mi alrededor empieza a desarmarse. ¿Qué es lo que nos ha traicionado? ¿Vio Darian la lámpara, después de todo?

—Usa tu deseo —le susurro a Aladdín al abrir los ojos—. *Por favor.*

—Si lo hago, te perderé —responde con un hilo de voz.

Cáspida ya se ha recompuesto. Sean cuales sean las emociones que le ha provocado el hecho de ser humillada en su propia boda, las esconde bien.

—Tío, retiraos —dice—. Sois de mi familia, pero haré que os destierren u os encarcelen si continuáis esta pantomima.

Sulifer ni pestañea.

—A este hombre se le acusa de asesinato, hechicería y comunión con los yinns.

Aladdín se pone pálido y un audible grito ahogado se propaga por la sala.

—¡Eso es ridículo! —dice Cáspida—. ¿Cómo os atrevéis...?

—Dejadlo que hable por sí mismo —responde Sulifer con calma—. Y que nos diga si es inocente.

—¡Por supuesto que lo soy! —replica Aladdín. Me suelta las manos, rodea a Cáspida y se enfrenta al visir—. Estáis loco.

—Ah, ¿sí? —Sulifer se vuelve hacia Darian y le indica que se acerque.

—Ya está bien de insensateces —resuelve Cáspida—. ¡Guardias, llevaos a mi primo y a mi tío de aquí!

Sus guardias vacilan, pero el capitán Pasha se adelanta con audacia. Sulifer les hace un gesto con la mano a sus soldados para que hagan lo propio. Estos apuntan con sus lanzas al capitán, que titubea y mira a la princesa. Sulifer y Darian ni se inmutan. Son superiores en número y lo saben. Los asistentes empiezan a alejarse y a arracimarse contra cada uno de los lados del templo, bien lejos de las armas.

En los ojos de Cáspida brilla una luz peligrosa. Sin dejar de mirar a su tío ni un solo instante, le indica a Pasha que se retire.

—¿Es esto una declaración de guerra? —pregunta en un susurro.

Sulifer levanta una mano con la palma hacia arriba.

—Que el joven pruebe su inocencia y me marcharé de esta ciudad para nunca volver.

Cáspida entorna los ojos, recelosa.

—¿Y cómo sugerís que lo haga?

—Dejad que lo registren —responde Sulifer con parsimonia—. No podéis negaros a eso, pues, si no tiene nada que esconder, la corte entera verá que estoy equivocado.

—Muy bien —acepta Cáspida tras un breve silencio—. Que lo registren.

Aladdín empalidece todavía más.

Sulifer hace una reverencia, demasiado superficial para ser sincera.

—Gracias, princesa.

Darian se sube con brío al estrado y se dirige hacia Aladdín, al que agarra del hombro mientras lo amenaza con un cuchillo.

—Parece que no puedes quitarme las manos de encima, ¿eh? —se burla mi amo—. Primero en los baños y ahora aquí. Me siento halagado, de verdad, pero mi corazón ya tiene dueña.

Darian se limita a sonreír y a abrirle de un tirón el cuello de la camisa para dejar al descubierto la cicatriz del hombro izquierdo, en la que hunde ligeramente la punta de la daga hasta hacerle sangre. Aladdín se encoge de dolor.

—Supe quién eras en cuanto vi *esto* en los baños —le susurra el príncipe al oído—. No sé cómo no me di cuenta antes, pero ya da igual. Estás acabado, ladrón. Me suplicarás que te mate antes de que acabe contigo. —Le mete una mano en la chaqueta hasta que le palpa el bulto en la cadera.

Aladdín traga saliva.

Soltando una risotada de triunfo, Darian le tira del fajín y la lámpara aparece colgando a la vista de todos. Unos murmullos de curiosidad se propagan por la multitud; nadie sabe muy bien de qué se trata, pero suponen que debe de ser algo importante por el modo en que Darian grita de emoción. Aladdín agarra el mango de la lámpara e intenta quitársela. Me dan náuseas cuando esta está a punto de succionarme hasta tres veces, pues Aladdín forcejea por hacerse de nuevo con ella.

—¡Hechicero! —exclama Darian—. ¡Adorador de los genios!

La multitud corea sus gritos y las palabras reverberan por la estancia. Cáspida interviene enfadada, agarrando al príncipe y apartándolo. La lámpara, aún ligada a Aladdín, se le cae de las manos y este la coge.

—¿Qué es? —pregunta Cáspida, aunque, por el temor que denota su voz, creo que ya lo sabe.

—Sí, ladrón, ¿qué es? —dice Darian esbozando una sonrisa de satisfacción.

—Es algo típico de mi tierra —responde Aladdín con voz ronca. Tiene la cara blanca como la pared, pero pretende seguir ocultando su verdadera identidad—. Ya veis. Simboliza la luz... y la buena fortuna... Todos los novios istarianos portan una lámpara el día de su boda.

Mira desafiante a Darian, retándole a que anuncie que le ha robado la lámpara a él y asuma su implicación en los hechos.

—Mentiroso —brama Darian—. Conspiraste con la yinn para hacerte pasar por príncipe cuando no eres más que un delincuente. ¡Y, con su ayuda, asesinaste al rey! —Se saca un vial del bolsillo y lo sostiene en alto—. Hemos descubierto esto en sus aposentos: un veneno mortal llamado Mordedura de Serpiente, ¡la misma poción que le quitó la vida a nuestro rey! —Lo acusa con el dedo—. ¡Asesino! ¡Regicida!

A Aladdín se le descuelga la mandíbula.

—¿El rey? Yo no he...

—¡No creáis ni una sola palabra que salga por la boca de este hombre! —declara Darian—. ¡No es un príncipe, sino un farsante y un criminal! Sus propios padres ya fueron unos traidores; el visir los decapitó por llamar a la rebelión. No se llama Razad ni es príncipe de Istaria. ¡Su nombre es Aladdín y es un ladrón de medio pelo que lleva años rondando por nuestra ciudad!

Con esta declaración, el hechizo que oculta el verdadero rostro de Aladdín se rompe y se desvanece, revelando su auténtica imagen. Una chispa de reconocimiento prende en los ojos de Cáspida y, con ella, se enciende una oscura rabia.

—*Aladdín* —susurra, llevándose una mano a la sien. Pestañea varias veces, como si no creyera lo que ven sus ojos—. ¿Cómo es posible?

Él se adelanta con una mano alzada.

—Princesa, puedo explicarlo...

—Cállate —le ordena ella con frialdad; sus ojos son puro hielo. Se acerca un poco más a él y susurra enfadada—: Jamás me he sentido tan humillada. ¡Me has arruinado la vida y has matado a mi padre! Creía que... Creía que eras mi amigo. Que *ambos* lo erais. —Parpadea para deshacerse de una

lágrima y fulmina a Aladdín con la mirada—. Ojalá te lleves a la tumba el peso de esta traición.

Aladdín niega rotundamente con la cabeza.

—Puede que sea un ladrón y un mentiroso, ¡pero no soy un asesino! Lo juro... ¡yo no he matado al rey! ¡Cáspida, por favor, créeme!

Ella ni lo mira. Aladdín, derrotado, se gira hacia mí. Yo sólo puedo sonreírle con tristeza.

Darian da media vuelta y examina la estancia en busca de algo... Hasta que se fija en mí y abre los ojos como platos.

—Claro —murmura—. La guapa sirvienta.

Sin mediar palabra, se saca una daga del cinto, corta el fajín y se apodera de la lámpara. El mundo empieza a girar a mi alrededor cuando el vínculo que me une a Aladdín, que ya parece haberse convertido en un miembro de mi cuerpo, se rompe como una ramita. Un nuevo vínculo se forja entre Darian y yo, fuerte y sólido; los hilos se entretajan y se enroscan a nuestro alrededor hasta que nuestras voluntades quedan bien atadas. Se gira hacia mí con ojos voraces.

—¡Monstruo! —grita, apuntándome con el dedo—. ¡Revélate!

No tiene sentido seguir escondiéndose. Si quieren un monstruo, lo tendrán.

Todos los ojos del templo se clavan en mí cuando empiezo a cambiar y mi pelo, mi ropa e incluso el anillo que llevo en el dedo se tornan vaporosos. Casi hasta me alegro de desprenderme al fin de mi forma humana y de mostrarles todo mi poder. Un humo rojo se enrosca a mis pies y va creciendo y rodeándome. Mis ojos están fijos en Aladdín, que, con infinito pesar, observa cómo me voy soltando hebra a hebra. La corte al completo reprime un grito y retrocede, y Cáspida y sus doncellas me contemplan asqueadas.

«Aquí me tenéis, mortales. Miradme y temblad, pues soy la yinn de la lámpara, la hija de Ambadia, un monstruo entre vosotros».

Me elevo convertida en una nube de humo escarlata. Ardo con furia y canalizo mi ira a través de mi magia transformadora: unas luces rojas destellan en mi humo, mis ojos brillan como brasas, mi piel se torna translúcida para revelar el fuego que arde en mi interior. Soy una criatura oscura y macabra.

Se desatan gritos de pavor y los nobles se pisotean para escapar del templo. Sulifer llama a sus soldados.

—¡Apresadlo!

Los guardias corren hacia Aladdín mientras Pasha y sus hombres se hacen a un lado para crear un perímetro de protección alrededor de Cáspida, que ya está rodeada por sus doncellas. Las jóvenes me miran con odio y asco y, por encima de todo, destaca la rabia serena y controlada de la princesa, cuyos ojos muestran la profunda herida de la traición. Parece que no es Cáspida la que se halla plantada ante mí, sino tú, *habiba*, allá en la cima de la montaña, cuando la muerte vino a buscarte. Sus miradas me atraviesan más de lo que imaginan y me doy cuenta de lo estúpida que he sido por considerarlas amigas. Debería haberlo pensado dos veces antes de exponerme a este inevitable dolor. ¿Cuándo me olvidé de mantener las distancias? ¿Cuándo bajé la guardia y me hice tan vulnerable? Esta es la consecuencia de jugar a ser una de ellos.

Los soldados se acercan con recelo a Aladdín, apuntándolo al pecho con sus lanzas. El ladrón permanece inmóvil con la vista clavada en mí y los hombros caídos en señal de derrota.

—Lo siento —susurra, y su voz se pierde entre los gritos y chillidos de la multitud, inaudible para todos salvo para mí. Es el único que me mira sin miedo ni asco. El único que ve a la chica dentro del monstruo. Pero no es suficiente.

Me abalanzo sobre los soldados y los hago retroceder tras envolver a Aladdín en una larga espiral de humo rojo. Darian me observa boquiabierto, entre temeroso y encantado con mi exhibición.

—¡Corre! —le digo a Aladdín, y mi voz es una ráfaga de viento que lo rodea y le tira de la capa—. ¡Vete ya!

Él se pone en movimiento, pero, en lugar de alejarse de los guardias, corre hacia ellos. Alcanza a Darian y arremete contra él. Los dos jóvenes ruedan por las escaleras y aterrizan de mala manera a sus pies, cada uno con una mano en la lámpara. Ambos forcejean para que el otro la suelte. Aladdín tiene a Darian sujeto contra el suelo y logra asestarle un puñetazo en la cara antes de que los soldados se le echen encima. Estos se lo llevan a rastras y el príncipe se aparta trastabillando con la lámpara bien aferrada. Sin embargo, Aladdín no se da por vencido; consigue hacerse con una lanza y, blandiéndola con maestría, le clava el mango en el estómago a uno de los soldados y derriba con la punta a otro barriéndole los pies. Pero lo superan en número y, cuando la lanza se rompe, saltan sobre él, le retuercen las manos en la espalda y lo obligan a arrodillarse.

Yo, furiosa, me condenso en la forma de un tigre, sin dejar de ser en parte humo, y me abalanzo sobre Darian enseñándole mis garras y colmillos destellantes, pero él levanta la lámpara y me sonrío jubiloso.

—¡Genio! —exclama—. ¡Te ordeno que regreses a tu recipiente!

Igual que un perro que ha llegado al límite de su correa, me detengo en seco en el aire cuando la lámpara asume el control y tira de mí hacia ella. Sin poder evitarlo, me convierto en humo y dejo que me succione mientras Aladdín grita mi nombre.

En el interior, bramo de ira y me estampo contra las paredes, cambiando de humo a agua, de agua a arena y de arena a fuego en un desquiciante frenesí. Aunque es inútil. Fuera, siento el dolor de Aladdín cuando los soldados lo golpean con el mango de sus lanzas. Siento la rabia de Cáspida por haber sido traicionada. Siento la euforia de Darian a través del pulso tamborileante de sus dedos y de la lámpara, que vibra al son de su corazón.

—Llevallo abajo —ordena Sulifer—. Al alba se le dará la muerte de los traidores.

«¡No!». El horror me inunda como una ola. Oigo gruñir a Aladdín cuando lo levantan y despliego mis sentidos al máximo hasta captar los pasos de Cáspida al bajar del estrado.

—Cáspida —dice Aladdín con voz áspera—. Puedo explicár...

—¡Silencio! —le espeta ella.

Sigo a Aladdín todo lo que puedo, pero pronto lo llevan más allá de mis sentidos y lo pierdo. La desesperación se revuelve en mis entrañas como la náusea, y me enrosco en el suelo de la lámpara convertida en una voluta de humo. ¿Dónde está Narduja ahora que más necesito mi libertad? ¿Por qué no ha venido? ¿Me la ha jugado? Sabía que no tenía que haber hecho ningún trato con él. Sabía que no era de fiar.

—Debo retirarme un rato —anuncia Cáspida con la voz quebrada—. Tengo mucho en que pensar.

Las Guardianas y ella se giran para marcharse en dirección a la puerta trasera del templo, pero las palabras de Sulifer las hacen detenerse.

—Me temo que no puedo dejaros marchar, alteza.

Cáspida se da la vuelta. Percibo el asombro que destila su voz.

—¿Qué acabáis de decir?

—Guardias —dice Sulifer con total parsimonia—, arrestad a la princesa.

—¿Qué significa esto? —exclama Cáspida.

La voz de Sulifer es dura como el acero:

—Princesa Cáspida, se os acusa de ser cómplice de hechicería y de comulgar con los demonios.

—¡Eso es absurdo!

—¿Acaso no recibisteis en vuestros aposentos a la yinn Zahra hace varias semanas?

—Eso no demuestra nada. —Oigo cómo la compostura de Cáspida se resquebraja igual que un bloque de hielo bajo un martillo—. No conocía su verdadera naturaleza. No sabía nada de...

—Eso lo determinarán los jueces.

—¡Los jueces! —Ríe con acritud—. Los jueces son vuestros perros falderos, están entrenados para descuartizar a cualquiera que se os ocurra señalar.

—Encerradla —ordena Sulifer—. Y a sus doncellas también.

Noto que los soldados se dirigen hacia las jóvenes, pero no llegan a atraparlas. Nesa y Javar les rebanan la cintura como una ráfaga de viento cortante y letal, mientras que Ensi les lanza polvo envenenado formando un arco brillante. Los guardias caen aferrándose la garganta y el pecho cuando el ataque de las chicas los derriba como si fuera una guadaña que siega la hierba seca. Cáspida se zafa de los dos soldados que la tienen retenida y los derriba mediante una serie de golpes precisos con las manos que burlan sus defensas y diezman sus puntos nerviosos, dejándolos agonizantes en el suelo. Antes de que Sulifer, Darian o el resto de los guardias puedan hacer el menor movimiento, las jóvenes salen corriendo del templo y desaparecen en el interior del palacio.

—¡A por ellas! —le indica Sulifer a Darian con voz grave—. ¡Tráeme a esa chica cueste lo que cueste! Espera..., antes dame eso.

Siento el titubeo de Darian, pero, aunque lo hace a regañadientes, le entrega la lámpara a su padre. La voluntad de Sulifer reemplaza a la de su hijo y aprisiona mi mente como una jaula de hierro.

El príncipe llama a sus soldados y salen a toda prisa del templo.

Y, justo así, todo se desbarata.

CAPÍTULO 23

El día pasa volando.

Sulifer se reúne con miembros del consejo. Hay muchas conversaciones musitadas en las sombras de los pasillos. No las escucho. Me encierro completamente en mí misma, arrinconada en mi lámpara, mientras la oscuridad que me rodea se llena de susurros.

«Es culpa tuya.

Le has fallado.

Lo has matado».

No intento deshacerme de las palabras, porque sé que son ciertas. Este es el precio del segundo deseo de Aladdín, el deseo que yo le animé a pedir. El precio de cada mentira es que la verdad siempre sale a la luz. Lo sabía, lo sabía y, aun así, lo metí de cabeza en este embrollo. ¿Y para qué? ¿Dónde está Zian? ¿Dónde está mi libertad? ¿Por qué sigo vinculada a mi lámpara? Empiezo a forjar mi miedo en rabia como un herrero con un trozo de metal retorcido. Tarde o temprano, Sulifer me invocará. Cuando llegue el momento, no sé lo que haré, *habiba*, pero algo tengo que hacer. No puedo dejar que ejecuten a Aladdín.

Bien entrada la noche, cuando Sulifer se encuentra solo en sus aposentos estudiando un mapa en su escritorio, suena una llamada a la puerta y Darian entra. Yo me remuevo en mi niebla negra para escuchar.

—¿Y bien? —Sulifer se levanta del escritorio—. ¿Dónde está Cáspida?

Darían vacila un momento y luego dice en voz baja:

—Se ha marchado. Hemos registrado el palacio, pero no hay ni rastro de ella ni de sus chicas. Creemos que han huido a los bajos fondos de la ciudad y los guardias se pasarán toda la noche buscándola.

Sin mediar palabra, Sulifer da un paso adelante y le propina una bofetada con el dorso de la mano que lo manda trastabillando hasta la pared. Darian se

queda allí petrificado dándole la espalda y aferrándose a las piedras como si intentara fundirse con ellas.

—Fracasado —masculla el visir. Su ser al completo se transforma, como si se hubiera despojado de su máscara de compostura para revelar al verdadero hombre que había debajo—. ¡Te doy todas las oportunidades del mundo para hacer algo por ti mismo y tú las desaprovechas!

—¡Encontré la lámpara! —dice Darian a la defensiva mientras se da la vuelta.

Sulifer lo agarra por las solapas del abrigo y lo abofetea una y otra vez.

—¡No me repliques, muchacho! Fracasaste al no traerme la lámpara la primera vez. Fracasaste al no casarte con la princesa. Has fracasado al no traérmela.

Las bofetadas ganan intensidad con cada frase, hasta que a Darian empieza a salirle sangre por la nariz. No es hasta entonces cuando su padre lo suelta y él se aparta a trompicones llevándose la manga a la cara.

—¿Y bien? —gruñe Sulifer.

Darian, un poco mareado, se hinca de rodillas y agacha la cabeza.

—Gracias, padre —dice desconsolado.

—¿Gracias por qué?

—Por disciplinarme en mi juventud. Oigo y acepto vuestro consejo. — Las palabras suenan vacías, a retahíla aprendida de memoria. Sospecho que las ha dicho muchas veces y que hace tiempo que están desprovistas de todo sentimiento.

—Levántate —dice Sulifer asqueado—. No soporto ver que te arrastras como un campesino.

Darian se levanta en silencio y se limpia la nariz mientras su padre saca la lámpara. Yo me encojo en el interior, retraigo mis sentidos y dejo que el espacio se vuelva negro. No quiero formar parte de esto. Ojalá estuviera de vuelta en la cueva. Ojalá Sulifer me invocara, pidiera sus tres deseos y ya está. ¿A qué está esperando?

—¿Dónde está el ladrón? —espeta.

—En las mazmorras, como vos ordenasteis —responde Darian en voz baja.

—Bien —refunfuña Sulifer, que tamborilea con los dedos en el lateral de la lámpara. El sonido es ensordecedor y el eco me traspasa—. Ese muchacho muestra más iniciativa y fuerza de la que tú tendrás jamás.

—Dejadme una hora con él. Veremos cuánto le dura la fuerza —dice Darian con resentimiento.

—No seas ordinario. A nosotros, a diferencia de la chusma, no nos mueven sentimientos tan soeces como la venganza. Ahora márchate y ve a buscar a Cásvida. Mira en todos sitios; es astuta, como su madre. No vuelvas a fallarme.

—Pero...

—Que te marches. —El visir baja el tono de voz hasta convertirlo en un susurro sibilante y Darian se va con el rabo entre las piernas.

Una vez que su hijo ha salido de la habitación, Sulifer dedica toda su atención a la lámpara. Se apoya en una columna y le da vueltas, como un hombre que coquetea antes de decidirse a dar un beso, mientras rezuma deseo y triunfo en oleadas sofocantes.

—Al fin te tengo. —Suspira—. Veámonos las caras.

Frota la lámpara, lenta y mesuradamente. No me queda más remedio que responder.

Salgo convertida en un hilo de vapor sinuoso que se enrosca y enrolla hasta el suelo, donde me concentro en forma de niebla fina. Me transformo en cobra y me alzo, con ojos brillantes, hasta que le llego a la cintura, y luego me convierto en chica: las escamas se tornan en piel, la cola en piernas y la capucha en pelo. Me envuelve una capa de seda negra tachonada de diamantes diminutos y siento un peso en la cadera, donde el anillo de Aladdín descansa en un bolsillo oculto. Me visto con la noche y lo contemplo con ojos tan oscuros e insondables como el espacio entre las estrellas.

—Soy la yinn de la lámpara —entono—. Pídeme tres deseos para que pueda concedértelos y librarme de ti.

Me devora con la mirada. Se toma su tiempo en responder y me rodea mientras yo permanezco rígida. Como para comprobar que soy real, estira la mano y me acaricia el pelo, y luego sus dedos me recorren la mejilla. Aguanto la necesidad de estremecerse y, cuando sus dedos se desvían demasiado, doy una dentellada con fauces de tigre, aunque estos sólo atrapan aire.

Rápido como el ataque de una serpiente, me da un bofetón.

El dolor es agudo, pero se difumina rápidamente. En un abrir y cerrar de ojos, me transformo en un leopardo negro que enseña los dientes, preparado para el ataque. No puedo herirlo, pero salto de todos modos, toda furia y colmillos.

Antes incluso de tocarlo, siento un tirón instantáneo y resbalo por el suelo hasta que termino aterrizando como un saco contra la pared. Pierdo mi forma y cambio a humo en un intento por despojarme del dolor que acompaña al rechazo mágico.

—He leído sobre los de tu clase —dice Sulifer, contemplándome sin la menor muestra de piedad—. Lo sé todo sobre vuestros viles trucos y traiciones. Demonio de fuego, escúchame bien: soy tu amo. Intenta ir en mi contra y sufrirás las consecuencias.

—Y yo te conozco. —Me reconfiguro como una chica y lo miro con los ojos entornados—. Sé lo que quieres. Sueñas con levantar el gran Imperio Amuleno de las cenizas del pasado, cuando tu pueblo gobernaba todas las tierras desde el este hasta el oeste. Quieres ser conquistador y emperador.

Camino hasta su escritorio y extendiendo las manos en su mapa, cuyo pergamino cruje bajo mis palmas. Sulifer se me acerca por detrás y me observa con silenciosa intensidad.

—Cuando Roshana gobernaba desde la gran ciudad de Nerubia, decían que ningún hombre podía alcanzar los confines de sus dominios aunque cabalgara sin parar durante un año entero. Había más ciudades en su imperio que estrellas en el cielo. —Me giro hacia él—. Puedo darte cualquier cosa de este mundo, visir. Puedo entregarte las naciones y lo haré con gusto... si detienes la ejecución de Aladdín.

Él emite un breve sonido amortiguado que pasa por risa, pero que, viniendo de él, parece el *summum* de la hilaridad.

—Me ayudarás lo quieras o no. Creo que no te queda más remedio.

Furiosa, cojo el mapa, lo rompo en dos y dejo que los trozos caigan al suelo.

—¡Entonces eres un necio! ¡Formula tus deseos y veamos cómo te va! He destruido a hombres más listos que tú con sus propias palabras.

Su rostro se endurece, pues mi amenaza lo ha puesto en guardia.

—Pero, si liberas a Aladdín —digo con más dulzura—, no tergiversaré tus deseos. Te serviré tanto en obras como en espíritu.

Él retira la silla del escritorio, se sienta y se rasguea la rodilla con los dedos mientras me contempla pensativo. Yo me quedo de pie con las manos extendidas a la espera de su respuesta, como un condenado que aguarda su sentencia.

—No —responde, y me dedica una sonrisilla.

Cierro los puños y me vuelvo tan pesada como si estuviera hecha de mármol y hubiera echado raíces en el suelo. No veo piedad ni posibilidad de negociar en sus ojos. He conocido a mil y un hombres como este, *habiba*, y sé que se regodea en mi dolor.

—Entonces, formula tu deseo —digo en tono inexpresivo y con los ojos medio entornados.

Él se inclina hacia delante con mirada ferviente.

—Deseo que todos los genios se postren ante mí, me llamen amo y obedezcan cada una de mis órdenes.

Espera con la respiración contenida y los ojos brillantes.

Me entran ganas de reír, pero mis ánimos siguen demasiado sombríos, así que me limito a suspirar.

—Te he dicho que puedo concederte cualquier cosa de *este* mundo. Los yinns no son de este mundo, de modo que no estoy en posición de ofrecerlos.

El rostro de Sulifer se transforma. Vuelve a ser el hombre que le pega a su hijo, que vio cómo su sobrina lo desafiaba desde el trono de su padre. Su furia es una ola que se hincha, oscura y profunda, y que se abalanza con toda la fuerza de la naturaleza hacia la orilla. Veo en sus ojos cómo crece y se acerca.

Hasta que por fin rompe.

Salta de su silla con la cara roja. Levanta una mano para pegarme, pero yo lo esquivo, me convierto en humo y evito el golpe, así que coge un tintero de la mesa y lo arroja contra la pared. El líquido negro y oleoso salpica por todas partes.

—No puedes subyugar a los yinns —digo, recuperando mi forma tras él—. ¿Crees que Narduja sería tan estúpido como para permitir que semejantes cosas ocurrieran? No eres ni de lejos el primer humano que lo intenta, y no serás el último.

Me satisface en cierto sentido ver su frustración. Sulifer se recuesta en la silla y se mesa la barba. La ola de furia retrocede y vuelve al mar, hasta que, de nuevo, está calmado y sereno.

—No importa —dice, aún con un temblor en la voz que parece un tic rabioso—. Hay otros modos.

Se queda callado durante un momento mientras tamborilea con los dedos y cavila con la mirada perdida. Entonces, coge la lámpara y la pone de un golpetazo en el escritorio.

—Vuelve dentro, yinn. Necesito pensar.

Casi me alegro de volver a mi lámpara. Ahí puedo sumirme en un estado en el que evadirme e intentar insensibilizarme contra la culpa y el terror que envenenan mi espíritu. Él permanece sentado durante un rato junto a la luz de una única vela, concentrado en sus pensamientos y con la mirada clavada en las sombras.

Hasta que, al fin, vuelve a llamarme. Yo me cierno sobre él, convertida en poco más que una sombra, y espero.

—Deseo poseer un ejército —empieza—, más numeroso que las estrellas, invencible ante cualquiera de las fuerzas de Ambadia o de este mundo, capaz de derrotar a cualquier enemigo, que no requiera descanso, comida ni agua, y que obedezca todas mis órdenes.

Lentamente, mi forma se solidifica hasta que soy una chica vestida de negro, e inhalo la magia del deseo de Sulifer. Su voluntad es como el agua, paciente y persistente, oscura y fría. Me llena hasta rebosarme.

Sus ojos destellan a la luz de la vela cuando paso por su lado y me dirijo al balcón de sus aposentos, que da a los jardines del palacio y a las montañas oscuras del norte. Esta noche es más negra que la mayoría, sin luna que adorne el cielo, pero se ven las estrellas y su brillo queda realzado por la profunda oscuridad.

El visir me sigue fuera y aguza la vista, como si sospechara que voy a traicionarlo. No tiene de qué preocuparse. Le concederé el deseo, punto por punto.

—Sólo hay una cosa más numerosa que las estrellas —digo, alzando la mirada a los cielos—, y es la oscuridad que las contiene.

Abro las manos con las palmas hacia arriba y dejo que la magia fluya a través de mí. Esta se esparce, crece y se espesa, oscura y silenciosa como aceite que resbalara por un cristal. En los jardines, en las montañas, en las murallas que rodean el palacio, unas figuras cobran forma. Unas sombras con aspecto humano, un centenar, un millar, un millón, más. Crecen y permanecen de pie, mirando a su alrededor con ojos negros como el azabache. Allí donde hay oscuridad, hay un hombre de sombra que sostiene una lanza de sombra y un escudo de sombra. Apenas si son visibles, pues se funden con la propia noche.

Un guardia que hace su ronda por la muralla norte se detiene y bizquea ante la oscuridad, incapaz de discernir si sus ojos le están gastando una mala pasada. Mueve de un lado a otro la antorcha que porta, pero las sombras se escurren a sus espaldas.

Sulifer lo está observando.

—Te concedo un ejército de sombras, oh, amo —le digo al visir. Exhausta por el esfuerzo, me reclino en la baranda del balcón—. Y así es como los llamarás: una vez para convocarlos, dos para que se retiren.

Extiendo una mano y en ella se forma un cuerno de carnero negro que pende de una tira de cuero. Sulifer lo toma con actitud casi reverente. Le pasa las manos por toda su curvada longitud y a continuación se lleva la punta más estrecha a los labios y sopla. Una nota profunda e intensa resuena en los

dominios del palacio y los guardias de la muralla miran confusos a su alrededor. Al oír la llamada, todos los hombres de sombra se giran y alzan la mirada hasta Sulifer, expectantes.

—Dales una orden —le sugiero.

El visir se humedece los labios y se sobresalta cuando un hombre de sombra aparece a su lado. Mira al soldado de arriba abajo y no puede evitar sonreír.

—Mata a ese guardia —le ordena, señalando al hombre de la muralla.

La sombra se desvanece y, en menos de un segundo, se oye un grito abajo. El guardia da un alarido cuando una lanza negra lo atraviesa, desaparece y lo postra de rodillas. El grito se interrumpe entonces y el hombre cae a plomo.

Sulifer ríe.

—¡Es perfecto! —exclama—. ¡Es..., es incluso mejor que lo de los genios!

Se gira hacia mí con un brillo de triunfo en los ojos.

—¡Con este ejército puedo conquistar el mundo!

—Sí, oh, amo —respondo.

Se gira hacia las sombras expectantes, toca el cuerno dos veces y los soldados de sombra se desvanecen, fundiéndose en la oscuridad de la que nacieron. Convoca y despide al ejército dos veces más, hasta que se convence de que no le he gastado ninguna triquiñuela.

—Bien hecho, yinn —dice al fin. Se nota que está más satisfecho consigo mismo que conmigo. Se ha pasado horas pensando en ese deseo, comprobando que no tuviese ninguna fisura ni resquicio.

Debo admitir que es un deseo bastante sólido; bueno, todo lo sólido que puede ser un deseo.

Se da media vuelta para entrar en la habitación y yo me quedo atrás, mirando alrededor, a las sombras que esperan cobrar vida con una simple llamada del visir.

Cuando me ordena que regrese a mi lámpara, lo hago con una sonrisa amarga.

Falta una hora para el amanecer y para la ejecución de Aladdín.

Sulifer duerme a pierna suelta y la lámpara descansa junto a su almohada. Me muevo sin rumbo en su interior convertida en humo, en una niebla triste e indistinta, hasta que de repente oigo pasos en la habitación. Cuatro centinelas

montan guardia en la entrada de sus aposentos, pero estos pasos proceden de la ventana, situada a una altura de tres plantas.

Picada por la curiosidad, me remuevo y me deslizo por las paredes de la lámpara en un intento por captar al intruso. Las pisadas se acercan, lentas y sigilosas, y me entusiasmo cuando reconozco a Cáspida. Tal vez no todo esté perdido.

Dejo que mi sexto sentido la inunde. Aún lleva las manos decoradas con la *henna* de su boda, aunque dista mucho de parecer una novia. Sus mallas y su chaleco negros se adaptan a su atlética figura y lleva espadas de todo tipo y tamaño sujetas al cinto, en los zapatos e incluso en su apretada trenza.

Levanta la lámpara con toda la precaución del mundo. Cuando se forma el vínculo entre las dos, me sorprendo ante lo familiar que me parece, tanto como estar unido a ti, *habiba*. Cáspida se cierne un instante más sobre su tío dormido y la mano libre se desvía hacia un cuchillo del cinto.

Pero entonces alguien llama a la puerta y se queda petrificada.

—¿Señor visir? —grita una voz—. Está a punto de amanecer, mi señor.

Cáspida atraviesa la habitación como un fantasma y se esconde detrás de la puerta justo cuando esta se abre lentamente. Un guardia asoma la cabeza y ella se le echa encima. Le rodea el cuello con un brazo y le agacha la cabeza, que impacta con la rodilla que ella levanta. El hombre cae inconsciente y la princesa lo arrastra hasta el interior del dormitorio. Sulifer se mueve, pero no se despierta.

Hay dos centinelas más montando guardia y, antes de que puedan dar la alarma, se deshace de uno dándole una patada en la ingle y un golpe en la cabeza, y del otro rebanándole la garganta con una espada. Este último se desploma mientras la sangre le chorrea por el pecho, y ella pasa por encima mientras se limpia los salpicones escarlatas de la mejilla con una mano temblorosa.

Con la respiración un poco más acelerada, envuelve la lámpara en su capa, ata los extremos y se la cuelga de los hombros antes de salir al pasillo. Después de desenvainar el cuchillo del cinto, se pone en marcha.

Avanza cada vez más rápido, hasta que empieza a correr por los pasillos en busca de la salida más cercana. Pero, entonces, el chirrido de una puerta que se abre la detiene en seco y ella contiene la respiración cuando Darian sale al pasillo. Este se tensa al ver a la princesa y mira a su alrededor mientras echa mano de su espada enfundada.

—¿Cas?

—Hola, Darian.

—¿Qué haces aquí? Tengo órdenes de encerrarte en las mazmorras. ¡Cas, van a ejecutarte!

Ella frunce el ceño.

—Primo, estoy segura de que no crees esas ridículas acusaciones. Aladdín me engañó, como a todos. Mucho más si cabe. Accedí a *casarme* con ese bastardo. ¿Crees que no quiero su cabeza tanto como tú?

Él se muerde el labio mientras la estudia, confundido.

—Se suponía que íbamos a ser tú y yo desde que éramos críos, Cas.

—Lo sé —gime ella restregándose las sienes—. He sido una completa idiota. Siempre me he debido a nuestro pueblo, Darian, y creía que era lo que estaba haciendo. —Alza la mirada para encontrarse con la suya y unas lágrimas penden de sus pestañas ribeteadas de kohl—. No espero que me perdones, pero debo implorártelo de todos modos. He sido un monstruo contigo.

—Cas... —Darian abre los brazos y ella corre hasta él con el cuerpo tembloroso. Él la abraza con fuerza; con una mano le rodea la cintura y con la otra le acaricia el pelo—. Cas, no pasa nada. Te creo. Sé que padre también lo hará en cuanto tengamos la oportunidad de explicárselo. Hoy todo ha pasado tan rápido que nos entró el pánico. Y tú huiste. ¿Por qué lo hiciste? Eso sólo ha empeorado las cosas.

—Como acabas de decir, todo ha pasado muy rápido. —Levanta la cara para mirarlo—. A mí también me entró el pánico.

—Oh, Cas. —La envuelve en un abrazo y le besa el pelo—. Por eso me necesitas. Gobernar ya resulta difícil para un hombre... Una chica como tú no puede pretender llevar sola esa carga sobre los hombros.

—Tienes razón —dice ella en un susurro. Le baja una mano por la espalda, suave y seductora—. He sido tan infantil... Tan ingenua... No me extraña que me creyera las mentiras de un ladrón.

—Cásate conmigo, Cas. Olvídate de él.

Ella se tensa.

—¿Me..., me aceptas? ¿Después de todo lo que he hecho?

Él sonrío y le levanta la barbilla.

—No ha sido culpa tuya, cariño. Te manipuló. Estabas sola y asustada y él te ofreció fortaleza. Como es normal, eso te atrajo. Pero él era una mentira y yo soy la verdad. Déjame ser tu fortaleza. Déjame ayudarte a reconocer los engaños. Puedo protegerte, Cas.

Ladea el cuello y le posa los labios en los suyos. Ella cierra los ojos y se funde con él.

—Te quiero, Cas —susurra.

—Lo sé —responde ella—. Lo siento.

Darian se aparta y junta las cejas en un gesto de extrañeza.

—¿Qué?

—Oh, primo. —Cáspida le enmarca la cara con las manos y sus ojos se llenan de compasión—. Estás tan desesperado por que alguien te quiera... Si dejaras de ser tan cretino durante cinco minutos, a lo mejor alguien lo hacía.

Él empieza a toser y las piernas le flaquean. Pierde el equilibrio hacia delante y ella lo sujeta.

—¡Zorra! —dice sin aliento.

—Shh. Será mejor que no hables.

Los labios y las uñas de Darian se tornan azules por momentos y el joven se debate por respirar. Cáspida lo deja con cuidado en el suelo, le acaricia el pelo y murmura palabras de consuelo mientras él boquea y se retuerce. Se saca un pañuelo del bolsillo y se quita el resto de la roja y cremosa cataplasma carmesí de los labios. Él le clava la mirada, frenética y aterrorizada.

—Vas a desmayarte, pero te despertarás dentro de una hora —murmura—. Pasarás varios días con un terrible dolor de cabeza, pero sobrevivirás. Podría haberte matado, Darian, pero una vez tú y yo fuimos amigos, así que te concederé esta oportunidad.

Le besa la frente y luego se endereza de un respingo cuando empiezan a oírse gritos en el pasillo procedentes de los aposentos de Sulifer. Suelta a Darian y echa a correr.

Unos pasos resuenan tras ella, así como los furiosos gritos del visir. La agitada luz de unas antorchas empieza a rebotar en las paredes a su espalda y delante de ella. Está atrapada.

Derrapa hasta detenerse y la trenza le da latigazos al mirar en ambas direcciones a los guardias que se le acercan a toda velocidad. Entonces corre hacia una ventana y tira de una patada la celosía tallada que la cubre. Mete una pierna por el marco justo cuando Sulifer, flanqueado por guardias, aparece en escena y grita:

—¡Detenedla!

Y, en ese momento, Cáspida se arroja al vacío.

CAPÍTULO 24

Estamos en la segunda planta y la caída es dolorosa. Se estampa contra el suelo y rueda, pero el impacto le saca todo el aire de los pulmones y le tuerce el tobillo. Ella se traga el dolor, se levanta y echa a correr justo cuando los guardias llegan a la ventana.

Llueven flechas a su alrededor, de modo que se agacha y acelera el paso cojeando.

—¡Matadla si es necesario! —grita Sulifer—. ¡Es una traidora!

Los jardines son extensos, están atestados de centinelas y no le ofrecen mucho resguardo en su huida por la ancha franja de hierba que discurre por la parte delantera del palacio. Una tormenta de gritos colma el aire y las antorchas se encienden por toda la muralla exterior, hacia la que se dirige a la carrera. La lámpara rebota en su espalda y empiezo a marearme considerablemente.

Dos guardias la interceptan, pero ella no vacila. Gira la capa en el aire con la lámpara dentro, a la manera de una honda, y le da a uno en la cabeza, enviándome dolorosas chispas a mí de paso, a la vez que aprovecha el impulso para asestar una patada. Su pie impacta en la mandíbula del segundo guardia y lo hace retroceder. Sin esperar a rematarlo, recorre el resto del camino haciendo muecas de dolor.

Cuando por fin alcanza la muralla, aferra la capa con los dientes y comienza a escalar hallando puntos de apoyo en el mortero erosionado entre los ladrillos. Las flechas acribillan la pared a su alrededor y hacen saltar chispas cuando chocan con la piedra antes de caer. Las murallas son casi tan altas como el palacio y la escalada es peligrosa, pero ella no desiste.

—¡La mano! —grita una voz desde más arriba. Javar y Nesa están asomadas al parapeto y la agarran de las manos para auparla.

—Parece que la cosa ha ido como la seda —apunta Nesa, frunciendo el ceño al contemplar la ola de soldados que se aproximan.

Los guardias que había apostados en esta parte de la muralla están inconscientes y tienen las manos atadas con sus propios cinturones, pero, a lo lejos, hay otros que cargan en nuestra dirección a derecha e izquierda.

—Cas, ¿estás bien? —pregunta Nesa.

—Sigamos avanzando —dice la princesa, impasible.

Javar ya ha atado una cuerda a una de las almenas y ahora la lanza bien lejos. Cáspida, sin detenerse siquiera a comprobar si es segura, se envuelve las manos con el extremo de la capa, agarra la cuerda y se desliza hacia abajo, apoyando los pies en la pared para ralentizar el descenso. Las demás chicas la siguen.

Ensi y Raz están abajo esperando, repeliendo con furia a un puñado de guardias. El aire resplandece con el polvo de hojas carmesíes que Ensi arroja en abanico. Como los guardias se encuentran demasiado cerca para que Raz pueda usar su arco, se apaña con una pequeña cimitarra.

—¡Daos prisa! —grita Ensi—. ¡Se me está acabando!

Cáspida, Javar y Nesa aterrizan en rápida sucesión en el preciso momento en que uno de los guardias restantes alcanza a Ensi y enarbola su espada, dispuesto a decapitarla de un solo golpe.

En un abrir y cerrar de ojos, Cáspida saca un cuchillo y se lo lanza. La hoja se clava en el hombro del soldado con tanta fuerza que este suelta la espada y cae hacia atrás gritando.

—¡Vamos! —las exhorta la princesa.

Las chicas avanzan bordeando la muralla exterior. Cuando los guardias ocupan sus posiciones en lo alto y empiezan a disparar flechas, ellas se esconden tras una carreta abandonada llena de coles.

—¿Y ahora qué? —pregunta Ensi a voz en grito.

—Tenemos que ir al sur atravesando la ciudad —explica Cáspida.

—Esto es un desastre —se queja Javar—. La pobre *Gao* está agobiada. —Le acaricia la cabeza a la serpiente, que sale por el cuello de su camisa.

—¿Qué tu *serpiente* está agobiada? —bufa Nesa.

—¡Silencio! —ordena Cáspida—. Vamos a mover esta carreta. Permaneced agachadas y bloqueará los disparos.

Las jóvenes, todavía agazapadas, se aferran al lateral de la carreta y empiezan a rodarla hacia delante. Las flechas se estrellan contra el otro lado y se clavan en las coles provocando un sonido húmedo similar al de la carne. Pedacitos de hojas verdes llueven sobre sus cabezas.

—Puaj —dice Ensi—. ¡Odio la col!

Cáspida se aventura a echar un vistazo y se agacha rápidamente cuando una flecha impacta en la pared por encima su cabeza.

—Ya falta poco...

Tengo la nauseabunda sensación de que sé adónde nos dirigimos y, atrapada como estoy, no hay modo de que pueda defenderme y convencerla de la verdad. El pánico empieza a latir en mi interior. Me revuelvo, me curvo y me enrosco aterrorizada. «Parad, por favor, hablemos, pensémoslo bien, puedo ayudaros...».

Las chicas llegan a la muralla que separa el distrito del palacio del de los plebeyos y la salvan como una *troupe* de saltimbanquis, ajenas a mis gritos.

Cáspida contempla la pared de arriba abajo.

—No se detendrán aquí.

La ciudad se despierta y las muchachas corren por las calles. Aunque el sol todavía no ha salido, el cielo comienza a clarear y el aire trae consigo el olor a té humeante y a pan caliente. Las jóvenes se ven obligadas a ralentizar el paso para mezclarse con la madrugadora multitud de ciudadanos que se dirigen a montar sus puestos en el mercado. Cáspida encabeza la marcha, moviéndose con soltura por las callejuelas y callejones que serpentean entre los edificios. Las demás caminan ojo avizor sin separarse las unas de las otras, envueltas en sus negras capas al abrigo de la oscuridad que precede al alba. La princesa se ata la lámpara al cinto para poder liarse la capa y se baja la capucha para ocultar su cara.

—Guardias a la izquierda —murmura Javar—. No miréis, pero vienen hacia aquí.

—¿Nos han visto? —pregunta Cáspida.

—Todavía no. Deberíamos separarnos. Buscan a un grupo de chicas. Si nos dividimos, tendremos más posibilidades de pasar inadvertidas.

Pero es demasiado tarde. Los guardias las avistan, les dan el alto y sacan sus armas. Las Guardianas se dispersan en todas direcciones y la princesa echa a correr por un callejón. Tras apartar la cortina que cubre la puerta de una casa y volcar varias macetas, alertando a sus moradores, que en ese momento están compartiendo una hogaza de pan correoso, se cuelga en el interior. Un bebé rompe a llorar en la estancia. Cáspida se lleva el dedo a los labios y se desliza entre ellos con la capa pegada al cuerpo para cubrir bien la lámpara.

—Por favor —susurra, quitándose la capucha—. No me delatéis.

Los campesinos se la quedan mirando durante unos instantes y luego gritan alarmados cuando un guardia irrumpe en la casa. Este echa un vistazo a

su alrededor y ellos se retraen y miran para otro lado. Cáspida deja que el pelo le tape la cara y le oculte los rasgos. Hasta que, sin mediar palabra, el soldado se va por donde ha venido.

La princesa se levanta y vuelve a ponerse la capucha.

—Gracias —dice—. Yo... —Observa la escasa comida que comparten, al bebé que llora y a los cuatro niños famélicos—. Lo siento. No me olvidaré de vosotros. Lo juro.

Sale a la calle y desanda sus pasos, vagando al azar por las callejuelas y dirigiéndose poco a poco al sur. Está temblando y asustada; tiene la respiración acelerada y el pulso desbocado. Noto su piel pegajosa.

Por fin llega a la puerta sur de la ciudad, pero allí descubre que el trasiego se ha reducido a un goteo, pues los guardias están interrogando a todo el que pretende salir. Desde una posición segura entre un puesto que vende mermelada de higos y un par de hombres que discuten por el precio de una carretilla de pescado, Cáspida vacila.

Sin embargo, tras una breve deliberación, opta por continuar. La plaza que hay delante de las puertas empieza a llenarse de formas nebulosas que parecen nadar en la lúgubre luz. Varias personas alzan antorchas, cuyos haces titilantes surcan la penumbra. Las voces, aún susurrantes y cargadas de bostezos, murmuran como un río, en el que Cáspida se mete y se deja arrastrar como un pececillo. Cuando llega a las puertas, se acerca furtivamente a un hombre que sujeta las riendas de media docena de camellos a la espera de su turno para salir de la ciudad.

—¿Qué ocurre? —le pregunta.

Él se encoge de hombros y se rasca una llaga que tiene en la mejilla.

—Creo que están buscando a alguien.

Ella asiente distraída y, de repente, corta las cuerdas de los camellos con un cuchillo que parece sacarse literalmente de la manga. Cuando el pastor grita indignado, le arrebató la antorcha a un vendedor de especias estupefacto y se la ondea en la cara a los animales, que berrean y salen disparados pateando y sacudiendo la cabeza. Los gritos se desatan cuando empiezan a derribar puestecillos y a tirar a la gente al suelo, y los guardias de la puerta se distraen el tiempo suficiente para que Cáspida logre adelantarlos.

Una vez fuera de la ciudad, la princesa echa a correr. Enfila la calle polvorienta esquivando a los pescadores que llegan acarreado sus primeras capturas del día, mientras los gritos y las maldiciones resuenan por los alrededores de la puerta, donde los camellos espantados siembran el pánico, que se va transmitiendo a los demás animales de la zona.

El camino desciende bruscamente y zigzaguea por el borde de los acantilados que dan a las playas de abajo, donde centellean las luces de las hogueras y las cabañas de los pescadores. A lo lejos, los barcos reposan apaciblemente en la bahía, mecidos por la marea. A este lado de las murallas reina la calma mientras se espera el amanecer.

Cáspida se aparta del sendero y cruza la ancha cresta de tierra que la separa del precipicio, empapándose las botas y los pantalones del rocío de la hierba alta. Camina por el filo hasta que la playa de abajo mengua y ella alcanza el extremo más alejado, desde donde se detiene a contemplar el vasto mar. A su izquierda, el horizonte es de un rojo ardiente, allá donde los dioses encienden sus fogones para ir preparando el día venidero.

Falta poco para el alba.

Para que Aladdín muera.

La última imagen que conservo de él acude a mi mente: el momento de su arresto. La desesperación me atrapa como las fauces de una bestia enorme. ¿Habrà muerto ya? ¿Lo sentiría de alguna manera llegado el caso? Aunque siga vivo, aunque le queden unos pocos minutos de vida, su última esperanza se encuentra al borde de este acantilado, demasiado lejos para poder hacer algo, a punto de destruir la única cosa que podría salvarlo.

Tal vez yo pudiera poner remedio si fuera libre, pero o Narduja se está tomando su tiempo o no piensa venir a liberarme. Aunque al final cumpla su parte del trato, será demasiado tarde para Aladdín.

Cáspida saca la lámpara y se retira la capucha. Una brisa salobre le alborota el pelo. Abajo, a mucha distancia, el negro mar rompe contra las rocas. Me hago un ovillo dentro de la lámpara, atenazada por el pánico.

«¡Por favor, por favor, déjame salir! ¡Déjame hablar! ¡Dame una última oportunidad!».

Si Cáspida permite que el mar se me trague, me hundiré en sus profundidades y me quedaré allí hasta el fin de los días. Me he pasado quinientos años durmiendo en la oscuridad. Si he de pasar otros quinientos, no lo soportaré. Estallaré en mil pedazos y me volveré loca.

He conocido a algunos genios locos. Son peores que los monstruos.

Monto en cólera y me lanzo contra las paredes de latón con la fuerza de un toro en estampida. Aunque ella ni se entera. Podría ser una pluma o un pedrusco y la lámpara no se volvería más ligera ni más pesada. Podría impactar con todas mis fuerzas en una de las paredes y ella no notaría nada. El interior de mi prisión es un mero bolsillo en la tela del universo. Cuando

estoy en él, soy como un hombre con un pie en la arena y otro en el agua: no estoy ni aquí ni allá, ni en este mundo ni fuera de él.

Aún albergo una esperanza.

«Frota la lámpara —le urjo a la princesa—. Frota la lámpara, frota la lámpara, dame una oportunidad...».

La sensación del mar es más intensa ahora; debe de estar sujetándome por encima del acantilado, haciendo que penda sobre el agua. En cualquier momento, sus dedos soltarán la lámpara y caeré, y las olas, la oscuridad, la eternidad y la locura me engullirán sin remedio.

Lo único que necesito es que uno de sus dedos roce el latón, que su palma lo acaricie...

Entonces lo siento: Cáspida retrocede y frota la lámpara vigorosamente con manos temblorosas.

Me lanzo por el pitón y salgo cabeza abajo. Al fondo se hallan el mar oscuro, la espuma blanca y las rocas agrestes, rugiendo como una tormenta, hambrientos como un animal salvaje.

Me apresuro a cambiar de dirección, convertida en un humo escarlata que empieza a subir por las manos y las muñecas de Cáspida. Al hacerlo, mis vaporosos zarcillos convergen en unas duras y lustrosas escamas, hasta que me transformo en una serpiente blanca con los ojos azules que se le enrosca en el brazo a la velocidad del rayo. Me deslizo por su hombro y alrededor de su cuello y, como pretendía, ella retrocede asustada y se aleja del borde del precipicio.

A continuación me convierto en algo menos amenazador: un suave gatito gris del tamaño de su mano. Me acomodo en su hombro y le maúllo en la oreja, de una forma tan lastimera que habría derretido hasta al mismísimo Rey Sangriento de Danien.

La princesa está rígida como una piedra. No obstante, me mira de reojo con la respiración entrecortada. Parece que mi aparición la ha dejado muda.

—Zahra. —El temblor debilita su voz.

Vuelvo a cambiar y esta vez adopto mi apariencia humana habitual, vestida con una blanca seda etérea que ondea a merced del viento marino. Me sitúo delante de ella y la miro a los ojos.

—Soy la Esclava de la Lámpara —susurro—. La poderosa yinn de Ambadia. Tengo el poder de concederte tres deseos. —Mientras las antiguas palabras de rigor salen de mis labios, ella me observa con los ojos tan fríos como el cielo del norte. Noto el filo del acantilado bajo mis pies; varios

terrones se desprenden y caen—. Princesa, ¿por qué me has hecho salir? ¿Por qué no has soltado la lámpara?

—Tenía que saberlo. —Su mirada se endurece—. Eres *ella*, ¿verdad? Eres el monstruo que traicionó a Roshana. El ser al que conducía el anillo, y el ladrón te ha tenido todo este tiempo.

Miro hacia un lado, al horizonte del este, donde los fuegos del amanecer saltan cada vez más alto. No queda mucho tiempo. Imagino una espada cayendo sobre el cuello de Aladdín y me estremezco.

—Yo estaba allí cuando Roshana murió, es cierto. —Mi voz es dura y seca. No hay tiempo para secretos, no hay tiempo para fingir que el pasado no me tiene las manos echadas al cuello. Aladdín morirá si no puedo convencer a la princesa de que supere estos quinientos años de miedo y odio.

—Tú la mataste.

—Yo quería a Roshana —susurro. Incapaz de seguir aguantándole la mirada, pues hay demasiado de ti en ella, *habiba*, me giro y miro al mar—. La quería más que a una hermana. Después de más de tres mil años de esclavitud al servicio de amos crueles y egoístas, conocí a tu antepasada, la gran reina amulena, que no sólo era lista y diplomática, sino una valiente guerrera. Muy parecida a ti, de hecho. Y, al contrario que todos esos amos que la precedieron, fue amable conmigo. No me vio como una enemiga ni como un monstruo, sino como... una chica.

—Entonces dime por qué hiciste lo que hiciste.

Agacho la cabeza en un gesto sumiso y doy un profundo suspiro.

—No tuve elección. No quería hacerlo. Cuando el rey de los genios se enteró de nuestra amistad, vino a castigarnos. Habíamos roto la regla cardinal de Ambadia: que ningún yinn puede querer a un humano. Y allí mismo, en la cumbre del monte Tisia, me ordenó que la matara, que aniquilara a mi querida amiga. No tuve elección, pues su poder sobre mí es absoluto. La destruí, y después Narduja envió a sus genios a arrasar la ciudad de Nerubia para advertir a los humanos de que sus leyes debían obedecerse. Pero no te confundas: no puedo excusarme por lo que pasó aquel día; mía es la culpa de que Roshana sufriera aquella suerte. Mi amor fue su destrucción.

Cáspida me mira fijamente con la lámpara bien aferrada en las manos. Entonces me doy cuenta de que no es la muerte de Roshana la que intenta comprender, sino la de su madre. Puede que no la haya matado yo, pero le da lo mismo.

—Durante quinientos años, mi hermandad ha legado un voto sagrado —dice con frialdad—: destruir a aquel que destruyó a nuestra reina. Tú lo sabes,

y dices lo que dices para engañarme igual que la engañaste a ella. Pretendes hacerme creer que eres capaz de amar.

—¡Créeme cuando te digo que ojalá no lo fuera! —La rodeo enfadada—. ¡No te cuento todo esto por mí! Aladdín morirá en cualquier momento ¡y el único modo de salvarlo es que tú formules un deseo! ¡Por favor, Cáspida, van a matarlo al amanecer! —Señalo el horizonte, donde apenas quedan unos minutos para que salga el sol—. ¡Déjame salvarlo, te lo ruego!

Caigo de rodillas ante ella haciendo lo que jamás pensé que haría: humillarme ante un humano. Mi orgullo se convierte en humo y se lo lleva el viento. Siempre me he creído superior a estos mortales... yo, inmortal, todopoderosa, capaz de mudar de forma. Pero me desprendo de todo ello y suplico como nunca he suplicado antes.

—Haz lo que quieras conmigo después, pero ¡déjame salvarlo! —Hundo los dedos en la tierra; se me humedecen los ojos; mi voz se torna un suspiro—. Por favor.

—¿Por qué?

Alzo la cara y me topo con su mirada implacable.

—Porque fue idea mía. Que él deseara convertirse en príncipe. Que te cortejara. Que mintiera durante todas estas semanas. Yo lo manipulé y lo utilicé, y ahora van a matarlo por ello.

—¿Y por qué lo condujiste hasta el palacio sabiendo que al final la verdad saldría a la luz y tendría que pagar el precio?

—Porque... —Aprieto los dientes y ansío que la tierra me trague—. Porque intentaba ganarme mi libertad. Vuestra gente ha capturado al príncipe de los yinns, el mismísimo hijo de Narduja. El shaitán me envió a liberarlo y dijo que, a cambio, me liberaría de mi lámpara. Si fallaba, amenazó con hundir vuestra ciudad en el mar. Por eso tenía que entrar en el palacio. Aladdín era mi única manera de hacerlo.

—Entonces no niegas que eres un monstruo. Lo utilizaste para tus propios fines.

Bajo la cabeza.

—Sé lo que soy. Sé que no hay excusas para lo que le hice a Roshana, o a Aladdín, o a ti. He causado grandes males y ojalá pudiera dar marcha atrás. No pude salvar a Roshana, pero, por favor, te lo ruego, deja que lo salve a él.

Cáspida se pone de rodillas y me escudriña. Yo la miro a los ojos, completamente humillada.

—Quieres que crea que lo quieres —susurra.

—Sí. —La palabra es una mera exhalación, un soplo de aire en mis falsos pulmones—. El tiempo se nos agota. No puedo revertir la muerte o las horas. El tiempo es la magia más poderosa que existe y ningún yinn, ni siquiera el shaitán, es capaz de reescribir el pasado. Una vez que Aladdín muera, muerto estará. Déjame salvarlo y te ayudaré a ganarte a tu pueblo.

Me mira con recelo durante un rato antes de negar con la cabeza.

—No —responde al fin—. Si debo confiar en la magia de los genios para que mi gente confíe en mí, es que no merezco gobernarlos. No seré la última idiota a la que engañes.

Se levanta muy digna y sé que no puedo decir nada para convencerla. Caigo presa de la desesperación y me resulta imposible pensar o respirar siquiera. Ya está. Aladdín morirá. Lo he matado, igual que te maté a ti, *habiba*.

Cáspida se dirige al borde del acantilado sujetando la lámpara con el brazo extendido. Su cara es solemne, casi lastimera, y me pregunto si lamenta lo que está a punto de hacer. No tengo ni la voluntad ni la fuerza necesarias para detenerla. Me quedo con la mirada perdida en la hierba mientras los ánimos me abandonan.

—Adiós, Zahra —dice la joven, y retrae el brazo para coger impulso.

—Hazlo, princesa, y te arrancaré la cabeza de los hombros —la amenaza una voz.

CAPÍTULO 25

Me pongo de pie en un santiamén y estiro un brazo protector hacia la princesa, que baja la lámpara y observa al recién llegado.

Zian se encuentra tan sólo a unos pasos, con una falsa fachada de calma en su disfraz de humano, alto y sombriamente atractivo. Va vestido con una toga de un rojo vivo que se degrada hasta llegar al negro en los bordes y que se arremolina a su alrededor, cosa que parece más obra suya que del viento. Siempre le han gustado las apariciones estelares.

—¿Quién eres tú? —le pregunta Cáspida, y siento el esfuerzo que hace por mantener la voz firme.

Yo, sin quitarle los ojos de encima a nuestro visitante inesperado, susurro por encima del hombro:

—Es Zian, el príncipe de los genios.

Ella inspira bruscamente, pero no se inmuta.

—¿Por qué estás aquí? —le pregunto a Zian.

Él extiende las manos.

—Te traigo buenas noticias, Zahra. He estado en Ambadia y he vuelto para decirte que mi padre está muy contento contigo.

Yo recupero el aliento y siento que Cáspida me clava la mirada con los ojos entornados por la sospecha. Que el rey de los yinns me conceda su favor delante de ella no me ayuda mucho.

—¿Y?

Zian dibuja una sonrisa draconiana en su rostro.

—Ha accedido a concederte la libertad.

Mi espíritu da un brinco. Avanzo medio paso sin dar apenas crédito a sus palabras. Tal vez aún haya una oportunidad de salvar a Aladdín.

—Debes venir conmigo de vuelta a Ambadia —continúa—. Recibirás tu libertad ante el trono de Narduja.

—No. Debe ser aquí. Debe ser ahora.

Miro al horizonte, donde una brillante línea dorada refulge cada vez con más fuerza. Nos quedan unos minutos, tal vez segundos, antes de que se ejecute la sentencia de Aladdín.

—No seas desagradecida —gruñe— o harás que el shaitán se enfade.

—¡Vaya una novedad! —espeto—. No, Zian, debes hacerlo tú, ahora mismo.

—Sabes que no puedo. ¡Te están invitando a ir a casa, a recuperar tu libertad y a estar a mi lado!

Frunce el ceño y una sombra oscurece sus ojos.

Siento que tiran de mí en dos direcciones, que mi alma se estremece ante la opción que se me plantea. ¿Cuánto tiempo llevo esperando este momento, estas palabras? Tengo la libertad al alcance de la mano, pero, si la acepto, perderé a Aladdín para siempre.

—No..., no puedo ir todavía. Tengo asuntos pendientes aquí.

Zian desvía la mirada hacia la princesa.

—¿Con *ella*?

Entonces sé que no ha oído nuestra conversación y que todavía no sabe lo de Aladdín. Me giro levemente para susurrarle a Cáspida:

—Princesa, sé que no confías en mí, pero debes creerme cuando te digo que este yinn va a matarte. Debes formular un deseo. Es el único modo que tengo de protegerte. Llévanos al palacio antes de que...

—Pero ¿a ti qué te pasa? —interrumpe Zian enseñando los dientes en una mueca de desprecio. Se acerca—. Zahra, este es el momento que has estado esperando. Si no vienes por voluntad propia, te obligaré. ¡Dame la lámpara, humana!

Se dirige hacia Cáspida y la princesa contiene la respiración y da un paso atrás mientras desenfunda su pequeño cuchillo, lo cual sólo hace que Zian sonría.

—¿Y qué se supone que vas a hacer con eso? —le pregunta—. ¿Pincharme? Te aplastaré los huesos y te echaré a los guls para que se entretengan contigo.

—No —murmuro, interponiéndome entre ambos—. No la toques, ni a ella ni la lámpara.

Zian se pone rígido y sus ojos destellan de rabia. Nos mira por turnos, maquinando, hasta que al fin la furia desciende sobre sus rasgos.

—El muchacho —murmura—. El muchacho que tenía la lámpara, con el que discutías la noche en que me encontraste en aquella vasija.

Entonces se abalanza sobre mí, me aferra la muñeca y me retuerce el brazo con violencia. Yo aprieto los dientes y le siseo, pero no grito.

—¿Acaso no has aprendido la lección? ¿O es que quieres que mi padre te haga matar a este también?

Me coge la mandíbula con la mano y baja la cara hasta que noto su aliento caliente en la mejilla.

—Qué tonta. Podrías haber logrado tu libertad, podrías haber estado conmigo, pero prefieres traicionar tu propia naturaleza por otro humano. ¿A cuántos destruirás con tus caprichos? ¿Cuántas ciudades deben arder? Recuerdo a la última humana a la que se te ocurrió llamar amiga y también cómo mi padre hizo que la mataras. —Siento que Cáspida reprime un grito a mi lado mientras Zian continúa—: Y, aun así, ¿pretendes cometer el mismo crimen?

Me convierto en humo y su mano se cierra en torno a la nada; giro a su alrededor y vuelvo a cobrar forma cuando estoy lejos de su alcance. Él se aparta de Cáspida, que todavía sostiene la lámpara y a la cual lanzo una mirada suplicante.

«Vamos, Cáspida, ¡pide un deseo!».

—¿Te das cuenta de lo que vas a perder si haces esto? —pregunta Zian.

—Sí —susurro.

Entonces estira una mano, súbitamente calmado.

—Olvida a ese muchacho, Zahra, y ven conmigo. Todo se arreglará. Esto no tiene por qué acabar como la última vez.

Trago saliva y cierro los ojos. Tengo la piel fría y húmeda. Una parte de mí ansía aceptar esa mano, sucumbir ante él para, al fin, después de tanto tiempo, recuperar mi libertad. Casi puedo imaginarlo: el mayor premio, el deseo más profundo de mi corazón fantasmal. Me tienta más que nada en el mundo.

Pienso en todos los lugares a los que iría, en las cosas que podría hacer sin que nadie mandara sobre mí. Sin que nadie me encerrara en mi lámpara. En cómo sería dominar por fin mi propio poder.

Concederme mis propios deseos.

—¿De verdad vas a sacrificar una eternidad de libertad —prosigue Zian, y yo abro los ojos para afrontar los suyos— por un instante con ese muchacho?

Si escojo a Aladdín, las consecuencias serán desastrosas. Ya he recorrido antes ese camino. Vagué por las ruinas de tu ciudad, *habiba*, durante quinientos años con los fantasmas de aquellos a los que condené a morir, y todo porque fui tan estúpida y arrogante como para creer que podía amar. Tal

vez sería mejor ir con Zian ahora, por el bien de todos los ciudadanos de Partenia.

El horizonte resplandece como oro líquido y, en algún lugar, a Aladdín lo están sacando a rastras de una celda. ¿Qué debe de estar pensando? ¿Que lo he abandonado? Y, de repente, me percató de algo: nunca le he dicho que lo quiero. Él me lo habrá dicho una docena de veces, pero yo siempre he tenido demasiado miedo como para pronunciar esas palabras. Temía las consecuencias, quería posponer lo inevitable, pero ahora el momento ha llegado y debo elegir. ¿Amor o libertad? Hace un mes me habría reído al pensar que esta elección me iba a provocar semejante agonía, pero eso fue antes de Aladdín. Eso fue antes de que supiera el tipo de libertad que sentía sólo con estar con él.

—Si no eres libre para amar —susurro—, no eres libre en absoluto.

Y entonces caigo en la cuenta.

Llevo días siendo consciente de ello. Desde que besé a Aladdín. Desde que bailamos con el aliento contenido y las miradas entrelazadas. Desde que nos tendimos en la hierba bajo la luz del sol y nos reímos de mi lamentable actuación como ladrona. Cada mirada, cada roce, cada susurro entre nosotros ha sido un guijarro añadido a la balanza que me ha inclinado hacia una nueva dirección. No sé en qué momento exacto me enamoré de él, pero lo que sí sé es que aún siento lo mismo.

Y que no quiero dejar de sentirlo nunca.

—No voy a ir a Ambadia contigo, Zian —concluyo—. Voy a quedarme aquí.

El genio suelta un lento y largo suspiro y sus pupilas se dilatan hasta que sus ojos se tornan negros por completo. Su forma cambia, crece y se afila; le salen unos cuernos de la cabeza y sus pies se endurecen hasta convertirse en pezuñas. Su piel adquiere un tono rojizo y una nube de humo se concentra a su alrededor. Es en parte hombre, toro y humo.

Cáspida reprime un grito que a Zian no le pasa desapercibido. Se gira hacia ella con la vista puesta en la lámpara.

—Si no vienes por las buenas, hermana —gruñe—, ¡te llevaré por las malas a los pies del shaitán!

—¡No! —grito, saltando y moviéndome a la vez. Con mis habilidades limitadas por la lámpara, no puedo adoptar una forma que iguale a la suya en fuerza, pero tengo que hacer algo. Me convierto en tigre, corro por la hierba y salto para interceptarlo antes de que ataque a Cáspida. La princesa empuña su

cuchillo con valentía, preparada para hacerle frente, pero eso no servirá de mucho. Zian ha duplicado su tamaño y es muchísimo más mortífero.

Le doy en el pecho, lo suficiente para desequilibrarlo y evitar que la golpee.

—¡Cáspida! —rujo—. ¡No puedo contenerlo mucho más tiempo!

Zian me da un palmetazo tan fuerte en las costillas que salgo volando y aterrizo en la hierba, donde hincó las zarpas y me preparo para embestirlo. Vuelvo a saltar hacia él dando un rugido que deja al descubierto mis colmillos y levantando tierra por todas partes. Él, anticipándose a mi salto, se echa a un lado y yo me estampo contra el suelo. Ruedo sin control hacia el borde del acantilado y evito despeñarme por muy poco. Zian extiende una mano y una llama cobra vida por encima de su palma. En un instante, la llama se hincha hasta convertirse en una bola de fuego.

Me la lanza, pero yo la esquivo y las llamas explotan justo donde he estado hace unos segundos.

—¡Cáspida! —grito, volviendo a cambiar a la forma humana.

Esta vez voy vestida con unas mallas de cuero y un corpiño, y en cada mano aferro una espada larga y curvada. Corro hacia Zian y, cuando él se gira hacia mí, me deslizo de rodillas por la hierba y doy una cuchillada a la altura de sus piernas. Él ruge cuando una de las espadas le corta el muslo. Le sale humo de la herida, que se cierra de inmediato.

A continuación, se crea una espada propia y yo me tambaleo en un intento por contrarrestar su golpe. Lo bloqueo una, dos, tres veces antes de que su fuerza superior me arranque ambas espadas de las manos y estas se conviertan en humo. Deja que la suya se evapore y se abalanza sobre mí, me envuelve el cuello con una mano gigantesca y me levanta del suelo.

—Todos estos años —brama—, cuando mi padre estaba purgando a los shaitáns y eliminando a todos sus rivales, supliqué por tu vida. Te habrían matado igual que a los demás, pero lo convencí de que eras diferente. Te salvé y ¿así me lo pagas ahora?

No puedo responder. Me está aplastando la garganta. Intento cambiar de forma, pero él me sacude con fuerza y hace que la cabeza me retumbe de tal manera que soy incapaz de plantearme siquiera qué forma adoptar. La vista se me emborrona y me doy cuenta de que no va a parar. De que pretende matarme aquí mismo.

Pero entonces un repentino cosquilleo de energía me recorre la piel y unas palabras se cuelan en el agudo dolor que siento en la cabeza, como si unas plumas volaran sin rumbo en una tormenta.

«Deseo que mis guardianas acudan a mí sin sufrir daño alguno».

Cáspida ha formulado un deseo. No el que yo quería oír, pero es suficiente para garantizarme mil y una veces más fuerza de la que poseo por mí misma. Me convierto de un estallido en un penacho de humo que se hincha sobre la cabeza de Zian y él gruñe y se gira hacia Cáspida, aunque esta ya no está sola. Raz, Ensi, Nesa y Javar la rodean, tambaleándose un poco y con los ojos como platos por la confusión y el horror que les provoca la visión del príncipe de los genios. Yo desciendo hasta la hierba, de vuelta a mi forma humana, y corro hacia Cáspida.

—¿Qué está pasando aquí? —grita Ensi, con las manos en sus cartucheras de polvos—. Por Imohel, ¿qué es eso?

Zian se acerca con la oscura mirada clavada en mí.

—Ya sabes lo que viene ahora.

Asiento.

—Le contaré a Narduja lo de tu traición y no va a quedarse de brazos cruzados. Se alzaré desde los abismos de Ambadia, traeré consigo a todos sus yinns y juntos os destruiremos a ti, a ese muchacho y a la ciudad entera.

—Ve, pues —interviene Cáspida dando un paso al frente. Acto seguido, le escupe—: Te maldigo a ti y a los de tu especie. Soy la reina Cáspida de los amulenos y no te temo. Vuelve bien armado, porque te estaré esperando.

Le toco el brazo.

—Princesa, no tienes que...

Ella se sacude mi mano de encima y blande la espada hacia Zian.

—Esta guerra entre nuestros pueblos ha durado demasiado. Acabemos hoy con ella. Aladdín y Zahra son *mis* ciudadanos y los defenderé hasta mi último aliento.

Él gruñe y se tensa como para saltar sobre nosotras, pero Cáspida se gira y grita:

—¡Ahora, Nesa!

Justo cuando Zian embiste, la encantadora de genios saca su flauta y empieza a tocar: la música lo deja paralizado. Yo hago aparecer un grueso turbante que me cubre las orejas y bloquea el sonido. La melodía mantiene a Zian embelesado, con la boca floja y los ojos apagados. Las manos de la joven tiemblan, pero no se salta ni una nota.

—Cáspida, el alba va a despuntar en cualquier momento —digo.

Ella aparta la vista de Zian y me mira como si no me hubiera oído.

—Van a matar a Aladdín. Por favor...

—De acuerdo —leo en sus labios, pues sus palabras quedan amortiguadas por mi turbante—. Te creo, Zahra. No eres tú la responsable de la muerte de Roshana, sino el shaitán. Y quieres al ladrón de verdad. Incluso estás dispuesta a renunciar a tu libertad por él.

—No permitas que sea en vano —le ruego.

Entonces asiente y mira por turnos a las chicas, que siguen impresionadas por el repentino cambio de las circunstancias, pero que le devuelven el gesto con total y franca lealtad.

De vuelta hacia mí, me tiende las manos y me agarra la mía, como si el monstruoso hijo del shaitán no se estuviera cerniendo sobre nosotras con la mente encantada por las notas que se arremolinan a nuestro alrededor. Los ojos de la princesa capturan y reflejan las luces del alba mientras habla:

—Deseo salvar la vida de Aladdín.

CAPÍTULO 26

Las seis desaparecemos de los acantilados en un remolino de humo y la melodía de Nesa se interrumpe. Sólo me da tiempo a ver cómo Zian se convierte en humo y corre hacia el monte Tisia y el *alomb* que lo corona para regresar a Ambadia.

No nos queda mucho tiempo.

El halo del sol emerge del mar justo cuando las chicas y yo aparecemos en los escalones que conducen al palacio. En lo alto está Aladdín arrodillado, forcejeando con los guardias que intentan agacharle la cabeza, uno de los cuales blande una espada. La escena me provoca un espasmo de horror y, mientras Cáspida y las Guardianas trastabillan desorientadas, me pongo en movimiento. El poder que me ha conferido el deseo de la princesa sigue corriendo por mis venas, brillante y plateado como la luna, y lo moldeo de manera instintiva. Subo los escalones a toda prisa, en dirección a los verdugos, con una mano alzada.

Varios tigres de humo y viento se materializan detrás de los soldados que rodean a Aladdín. Los hombres gritan horrorizados cuando los animales fantasma saltan hacia ellos, los derriban y los arrastran lejos del ladrón. Sus espadas y lanzas repiquetean en los adoquines. Una vez cumplido su cometido, los tigres se evaporan en el aire. Libero de un golpe la magia restante y unas gruesas vides brotan del suelo y atan a los soldados, fijándoles los brazos a los lados.

Ya no tiene ningún sentido que siga ocultando lo que soy. De modo que subo las escaleras con un largo vestido de humo rojo y seda que aletea y se enrosca, impelida por una férrea determinación y una claridad mental que no sentía desde hacía mucho tiempo. He perdido mi última y única oportunidad de ser libre y no me arrepiento de ello. El anillo que le hice a Aladdín desaparece de mi bolsillo y aparece en mi dedo, donde destella con la luz del amanecer.

Aladdín se levanta y usa una espada caída para cortar la cuerda que le ata las muñecas. Al verme, abre los ojos como platos y, cuando llego hasta él, no titubeo.

Lo rodeo con los brazos y lo beso apasionadamente, vertiendo en esa caricia todo el miedo, la impotencia y la esperanza del último día. Él me corresponde en el acto; me atrae poniéndome una mano en la espalda y me entremete la otra en el pelo. Noto la intensidad y la urgencia de sus labios, y percibo también su miedo y su alivio, la adrenalina que acaba de liberar.

Cuando nos separamos, apoya su frente en la mía y suelta una ronca carcajada.

—Si estoy muerto —murmura—, que me maten mil veces más para que me reciban igual en el otro lado.

—Creía que te había perdido.

—Yo también. Pero entonces has aparecido.

—He tenido ayuda. —Me separo a regañadientes y miro a Cáspida y a las Guardianas, que suben corriendo los escalones.

—¡Tenemos problemas! —advierte Ensi señalando algo detrás de nosotros y, cuando nos giramos, vemos que hay más soldados concentrándose en el exterior del palacio.

Cáspida suelta una maldición.

—Saben que estamos aquí.

Los soldados se acercan y sus lanzas centellean con los primeros rayos de sol. Las Guardianas se preparan, pequeñas y delicadas en comparación con la ola de soldados que embiste hacia ellas, hasta que, de repente, una fila de arqueros descarga una lluvia de flechas desde la izquierda. Salimos corriendo escaleras abajo y nos resguardamos detrás de un pequeño muro de piedra mientras las flechas repiquetean allí donde acabamos de estar. Los gritos y el tintineo de las armas se intensifican a medida que los hombres se acercan. Raz se asoma de vez en cuando para disparar con su arco y mantener a los soldados a raya durante unos instantes.

—Sulifer controla a todo el ejército y a los eristratis —dice Nesa—. ¡No conseguiremos llegar ni a las puertas!

—¡Desea que salve la ciudad y lo haré! —apremio a la princesa—. ¡Es la única manera, Cáspida!

—¡No puedo! —grita ella, y su compostura se resquebraja cuando me mira a los ojos—. ¿No lo entiendes? ¡Si uso la magia yinn para combatir a Sulifer, entonces no soy mejor que él! ¡No soy ni reina ni nada!

—Pero no tenemos ejército —dice Nesa con delicadeza.

—No necesitas un ejército, Cáspida —interviene Aladdín.

Ella le dedica una mirada interrogante y él se gira y señala a la ciudad que se extiende debajo.

—Tienes al pueblo. Llevan meses esperando a que el Fénix dé la señal. ¡Te seguirán a cualquier parte!

A Cáspida se le iluminan momentáneamente los ojos, pero luego niega con la cabeza.

—No puedo pedirles que libren esta batalla por mí, no contra hombres armados y entrenados.

—Esta no es sólo tu batalla —replica Aladdín—. Esta lleva siendo nuestra lucha desde hace años. Sulifer ha separado a nuestras familias, ha machacado nuestras vidas. Sólo estábamos esperando al líder más apropiado, y aquí estás. Lucen tus colores, pintan tu marca en las paredes. Tal vez no pretendieras provocar una revolución, pero esta lleva cociéndose muchos años; sólo falta que prenda la chispa adecuada. Permítenos luchar a tu lado y entre todos recuperaremos la ciudad.

Cáspida mira a sus doncellas, que asienten al unísono. Después se gira hacia Aladdín y abre una mano en señal de asentimiento.

—Adelante, pues. Que Imohel te conceda velocidad.

A Aladdín le brillan los ojos; me aprieta la mano y hace ademán de marcharse.

—Traeré ayuda —asegura—. Contenedlos todo cuanto podáis.

Y, a continuación, sale corriendo por las escaleras esquivando las pocas flechas que le disparan. Yo lo miro sin dar crédito, casi sin poder soportar la idea de que desaparezca precisamente ahora que acabo de reunirme con él. Pero Cáspida tiene la lámpara y no puedo seguirlo.

—Me he quedado sin flechas —informa Raz, que tira el arco y la aljaba vacía—. Ya vienen.

—Guardianas —dice la princesa, mirándolas por turnos hasta que su mirada recae finalmente en mí—, ¿estáis conmigo?

Javar, con la serpiente enroscada en el antebrazo, saca una pequeña daga y lame la hoja mientras sus ojos proyectan un brillo salvaje.

—Estaré a tu lado hasta la victoria o la muerte, hermana.

—Y yo —corean las demás.

—Y yo —murmuro por mi parte, y las jóvenes me miran asombradas. Clavo mis ojos en Cáspida—. Ya que no deseas que salve la ciudad, déjame al menos que luche junto a ti.

Mi vestido de seda se endurece poco a poco hasta convertirse en una lustrosa armadura, y unas espadas gemelas aparecen detrás de mis hombros.

Cáspida se amarra la lámpara al cinto y asiente. Me coge la mano y su pulso me retumba como un tambor de batalla.

—Hasta la victoria o la muerte, yinn.

Dicho esto, se levanta, y las demás la imitamos y nos colocamos tras ella.

Hay unos veinte soldados que marchan hacia nosotras, todos ellos lanceros. Están demasiado cerca para que los arqueros continúen disparando sin herir a alguno de sus compañeros.

La princesa se sube de un salto al pequeño muro y grita:

—¡Hombres de Partenia! ¡Soy vuestra verdadera reina! ¡Retiraos o seréis culpables de traición!

Los hombres intercambian miradas, pero no dejan de avanzar.

Cáspida lanza un profundo suspiro, hace molinetes con los cuchillos y asiente en nuestra dirección. Salimos al ataque desde detrás del muro; las Guardianas emiten el típico ululato de los antiguos guerreros de la montaña.

Ensi encabeza la marcha riendo como una loca y las Guardianas se velan la cara cuando arroja el primer puñado de polvo azul. Este ciega a tres de los soldados, que gritan y sueltan sus armas para restregarse los ojos. La joven salta para sortear los cuerpos caídos y arrojar más polvo a la siguiente hilera de hombres.

Las demás nos enfrentamos a los soldados y luchamos acero con acero. Yo mantengo mi espalda pegada a la de Nesa mientras siento en los oídos el fragor de la batalla. Seguimos el ritmo, esquivando golpes, dando cuchilladas, eludiendo lanzas. De vez en cuando miro a los escalones con la esperanza de ver a Aladdín encabezando los refuerzos, hasta que los soldados nos acorralan y me veo obligada a centrarme en la pelea.

Las Guardianas son astutas y van dividiendo a los soldados. Cada una de ellas puede con dos, pero son casi cuatro contra una, y seguro que llegan más en cuanto Sulifer se entere de que estamos aquí.

Un hombre me barre las piernas con la lanza para intentar derribarme, pero la esquivo de un salto y giro, y mi espada impacta en su brazo y lo obliga a soltar el arma. Cae de rodillas, presa del dolor, y aprovecho para dejarlo inconsciente con la empuñadura de mi espada. Cuando dispongo de un momento para coger aire, miro a mi alrededor y me percató de que nos están haciendo retroceder. Son demasiados. Más soldados llegan corriendo desde nuestra izquierda y oigo a Sulifer gritar por encima de ellos:

—¡Matad a la reina traidora! ¡Traedme la lámpara!

Dejo caer las manos y cierro los ojos, disolviéndome en el viento convertida en un humo escarlata. Me hincho y me expando, llenando la ancha avenida y oscureciendo la vista a nuestros enemigos. Los recién llegados se detienen, confusos y desorientados, y arremeten a ciegas contra la niebla dando cuchilladas.

—¡Retroceded! —exclama Cáspida—. ¡A mí!

Las Guardianas siguen el sonido de su voz y yo las cubro en su retirada hasta detrás del murete. Mientras recuperan el aliento, el ejército, que ha incorporado a sus filas a los eristratis vestidos de negro, avanza desde el palacio. Marcha a paso lento, cegado por mi humo pero comandado por las órdenes de Sulifer. Me aparto para unirme a la princesa y recupero mi forma humana.

—Se nos echan encima —digo—. Son treinta o cuarenta, o quizá cincuenta. Y hay más en camino. No duraremos ni cinco minutos.

Sobre nuestras cabezas, el cielo empieza a oscurecerse a pesar del sol matutino. Unas nubes negras se arraciman cerca de la cumbre del monte Tisia y sé que Zian se ha reunido con Narduja y que el tiempo se nos agota. Contemplo angustiada la montaña, consciente de que la verdadera batalla habrá de librarse en su cima.

—No hay nada que hacer —murmura la princesa, atrayendo de nuevo mi atención hasta la cercana batalla—. Hermanas, siento haberos conducido a esto.

—No podría haber sido de otro modo —afirma Nesa, y las demás asienten y se cogen de la mano.

—Si hay que morir, que sea luchando —coincide Raz.

En ese momento, un grito nos hace girar la cabeza.

—¡Por la Reina Fénix! ¡Por el pueblo!

Y Aladdín aparece corriendo por la calle blandiendo una espada que ha sacado de quién sabe dónde. Tras él, una horda de gente se apresura enarbolando cuchillos y guadañas, bastones y fustas para camellos: carniceros, vendedores de alfombras, pescaderos, amas de casa, ciudadanos de Partenia de todos los oficios, edades y estaturas, hombres y mujeres... clamando al son de un único grito.

—¡Por la Reina Fénix!

—¡Por el pueblo!

Aunque unos pocos incluso enaltecen al propio Aladdín.

—¡Por el hijo del Sastre!

Todos lucen brazaletes rojos y alguien ondea una enorme bandera con el emblema de un fénix, probablemente sustraída de algún templo de Nikora, la diosa fénix. Aladdín vitorea y los alienta, y, cuando nos ve, lanza un silbido. Va flanqueado por Dal y Balak, la camarera y el portero de La Palestra.

A nuestra espalda, los soldados flaquean, pues advierten que ya no son tan numerosos, y menos aún si han de enfrentarse a toda esa gente a la que han oprimido, engañado y esclavizado durante años.

Desde algún lugar en el trecho que media hasta el palacio, Sulifer los exhorta.

—¡Luchad, insensatos! ¡No son más que campesinos con palos!

Pero muchos de esos palos están candentes o bien afilados, y alguien lanza a los soldados una marca de hierro al rojo vivo que, aunque aterriza ante ellos desprendiendo ascuas sin causar daño alguno, acaba arrebatándoles todo el valor. El ejército se bate en retirada, pero no todo lo rápido que probablemente quisiera.

Aladdín llega hasta donde estoy justo cuando la batalla se interrumpe. Ríe a carcajadas y echa la cabeza hacia atrás pavoneándose. Se sube al murete, tira de mí y enarbola su espada como un loco.

—¡En cuanto les dije quién era el Fénix en realidad y que necesitaba nuestra ayuda, lo dejaron todo! —me cuenta—. ¡Míralos! ¡Son fantásticos!

—Y mírate a ti —replico sonriendo—. El revolucionario solitario. ¿Qué ha pasado con eso de que no luchas por causas perdidas?

—Supongo que he descubierto una causa por la que merece la pena luchar —murmura, y se inclina para darme un beso, pero entonces se fija en algo que hay detrás de mí y su cara se endurece.

Me doy la vuelta y veo a Cáspida cerca del palacio, bajo uno de los balcones del segundo piso, con la espada levantada y rodeada de sus guardianas. Encima de ella, Sulifer está asomado a la barandilla con ojos fulminantes.

—Ni siquiera piensa bajar a luchar —gruñe Aladdín—. El muy cobarde.

—Vamos. —Le agarro la mano y me sumerjo en la batalla, esquivando lanzas y espadas, hasta que llegamos adonde está Cáspida.

—¡Bajad, tío! —grita la princesa—. ¡Se ha acabado!

—¿Creéis que el apoyo de un puñado de chusma con cuchillos de cocina es suficiente para convertirnos en reina? —le espeta él.

Cáspida mira a la gente, que lucha a brazo partido contra los soldados, mucho mejor pertrechados, y responde a su tío:

—Ellos son precisamente los que me convierten en reina.

—Pues veamos cómo les va con mi verdadero ejército.

Se saca del manto el cuerno de carnero negro que hice para él la noche anterior. Cáspida arruga la frente, inquieta.

—¿Qué hace? —pregunta.

—Espera y verás —murmuro.

Sulifer se lleva el cuerno a los labios y lo toca. Su llamada se propaga por los jardines y resuena en la distancia. La princesa permanece inmóvil con la mano aferrada a la empuñadura de su daga.

Detrás de nosotros, los hombres y las mujeres siguen luchando; los campesinos se mueven en manadas como lobos. Continúan entrando a raudales desde la ciudad, hasta que el sonido es ensordecedor. Sulifer vuelve a tocar el cuerno, pero apenas se oye en medio del bullicio. Lo baja y me observa como pidiendo una explicación.

Yo levanto la barbilla y lo miro desafiante.

—¡Hasta la sombra más oscura sucumbe a la luz del sol! —grito—. ¡Todos los niños lo saben!

—¡Has roto las reglas! —exclama él—. ¡Dije: «invencible ante cualquiera de las fuerzas de Ambadia o de este mundo»!

—El sol no es de este mundo. Pertenece a los cielos y a los dioses. Tus hombres de sombra no vendrán, no hasta que caiga la noche.

—¡Rendíos, tío! —le pide Cáspida—. ¡Ya está bien de muertes por hoy! ¡Hablemos y arreglemos esto como seres civilizados!

Él refunfuña a modo de respuesta y desaparece en el interior del palacio. Cáspida se dirige a las puertas con intención de perseguirlo, pero la cojo del brazo.

—Princesa, tenemos un problema mayor.

—¿Cuál?

Señalo al monte Tisia. Por encima de su cumbre se divisa un torbellino de nubes negras, que truenan anunciando la llegada de los yinns y que le otorgan a la montaña la apariencia de un volcán en erupción.

—El shaitán se presentará aquí de un momento a otro.

Cáspida se pone pálida.

—Creía que dispondríamos de más tiempo.

—Tú tienes aquí tu lucha —le digo—. Deja que yo me encargue de Narduja. Usa tu último deseo para enviarnos a Aladdín y a mí al monte Tisia. Es a nosotros a quien quiere. Si no nos reunimos con él allí, bajará a la ciudad con todas las fuerzas de Ambadia y nada lo detendrá entonces.

—Puedo acompañaros.

Niego con la cabeza.

—Debes estar aquí, con tu gente.

Echa un vistazo al caos desatado a su alrededor, a las amas de casa y a los carniceros, a los pescaderos y mendigos, muchos de ellos armados tan sólo con sus puños contra los organizados eristratis y la guardia del palacio. Los ojos se le inundan de orgullo y pesar.

—Llevas razón —dice, mirándome a los ojos—. Pero, Zahra, tienes que pararlo como sea. No podemos convertirnos en otra Nerubia.

Asiento tristemente y tomo a Aladdín de la mano. Él me sonríe, pero veo la preocupación en sus ojos. Un rubor de vergüenza me tiñe la piel. Ojalá hubiera alguna manera de mantenerlo al margen de esto, de enfrentarme sola a Narduja. Pero el shaitán levantará Partenia piedra por piedra para dar con el ladrón. Lo último que podemos esperar de él es que perdone a la ciudad y a sus habitantes.

—Lo siento —susurro—. Aladdín, no sé lo que ocurrirá en esa montaña. No sé si podemos...

—Ten fe, Nubecilla —me dice en voz baja y me enmarca la cara con las manos—. Esto todavía no ha acabado. Ocurra lo que ocurra, estaremos juntos.

Cáspida se desata la lámpara del cinto mientras las Guardianas nos protegen formando un círculo. Los soldados se están reagrupando y media docena de ellos se dirigen a la carga hacia la princesa. Se me forma un nudo en el estómago cuando los veo enfrentarse a las Guardianas, que apenas logran mantenerse en sus posiciones contra semejantes hombretones.

—¡Deprisa, Cáspida! —la urjo.

Ella asiente y sostiene la lámpara entre nosotros mientras me clava la mirada.

—Deseo que tú, Zahra de la Lámpara, y tú, Aladdín de Partenia, vayáis rápidamente al monte Tisia y que allí nos defendáis a todos del shaitán y sus genios.

En ese momento, los soldados abren una brecha en el cerco de defensa de las Guardianas. Cáspida se da la vuelta enarbolando la espada y le arroja la lámpara a Aladdín, que la coge al vuelo. El vínculo que nos unía se restablece.

Me colmo del deseo de Cáspida y unos remolinos dorados de magia resplandeciente me recorren la piel. Sin embargo, dudo y miro en derredor, a los soldados que acorralan a Cáspida y a sus doncellas. Las jóvenes pelean como jabatas, con la melena al viento, las espadas destellantes y los polvos envenenados de Ensi titilando a la luz del sol. Un eristrati armado con una

cimitarra eskar se precipita hacia mí, pero Aladdín se interpone como un rayo en su camino y se encara con el hombre haciendo caso omiso al arma. Le asesta un puñetazo en la mandíbula antes de que el eristrati lo lance lejos y vaya hasta él para ponerle la cimitarra en el cuello. Pero entonces el hombre se queda paralizado y da una boqueada cuando la espada de Cáspida se le clava en la espalda.

—¡Marchaos! —nos grita ella con la cara empapada de sangre mientras ayuda a Aladdín a ponerse de pie—. ¡Esta es nuestra lucha! La vuestra está en esa montaña, ¡así que marchaos de aquí!

Empuja a Aladdín hacia mí y él me agarra la mano. La magia me hace daño, pues apenas soy capaz de contener la potencia del tercer deseo de Cáspida. La dejamos atrás y me acerco a Aladdín para envolvernos a ambos en una espiral de humo rojo. Nuestra ropa revolotea y nos aferramos el uno al otro con los ojos cerrados mientras el mundo gira a nuestro alrededor.

El caótico estruendo de la batalla se desvanece y es sustituido por un vendaval ensordecedor. Aladdín me estrecha contra su pecho y me rodea con sus brazos al tiempo que presiona sus labios contra mi frente.

—Juntos —susurra—. Pase lo que pase.

Me aferro a él con todas mis fuerzas y suspiro aliviada cuando la magia da sus últimos coletazos.

Todo se detiene. El humo mengua y se disipa. Dejo que Aladdín me abrace un instante más antes de retirarme y respirar hondo.

Aquí estoy otra vez, justo donde todo empezó, en el pico gélido y pedregoso del monte Tisia. A nuestro alrededor, la cima se extiende a lo ancho antes de descender formando varias mesetas rocosas. Aquí, donde el viento corta como un cuchillo y sopla racheado provocando un aullido fantasmal, no hay ni rastro de plantas ni de animales. Los remolinos de nubes se concentran sobre y bajo la cúspide, oscureciendo la tierra en todas direcciones, y parece que nos hallamos en un lugar aislado del mundo.

El *alomb*, una colosal estructura construida durante aquellos días en que los dioses caminaban sobre la tierra, se sitúa más arriba. Cuatro columnas soportan una bóveda de piedra negra surcada por brillantes vetas azules, una magia antigua mucho más poderosa que la que yo podría manejar jamás. La piedra fue extraída del peñón que una vez sustentó la gran isla de Faex, donde los dioses festejaban los solsticios de verano y que se hundió en el mar hace muchísimos años. En su día fue un portal hacia las tierras de los dioses o Ambadia y ahora sólo lo usan los yinns, pues el camino hacia los dioses hace tiempo que se perdió.

El portal en cuestión, un perfecto anillo de piedra sin fisuras, se localiza en el centro del *alomb*. En total hay doce repartidos por el mundo y cada uno de ellos alberga el nombre de un dios diferente. Este es conocido como el Ojo de Jaal. Lo flanquean dos enormes contrafuertes tallados a la manera de hombres arrodillados que cargan en su espalda los laterales del anillo.

El portal suele estar vacío y en silencio, pero ahora presenta un túnel de fuego que gira y destella en su interior, creando un sendero hacia el mundo de los genios. Las llamas azules, verdes y rojas son mucho más calientes que las de los mortales y capaces de reducir a un hombre a cenizas en un mero pestañeo. Del Ojo emana un olor a humo y a azufre.

Y ahí están los yinns, agazapados a nuestro alrededor, planeando por el aire, algunos visibles y otros invisibles. Guls y márids, ifrits y silas. Silenciosos como la muerte, observando con sus ojos dorados. Muchos enseñan los dientes y sisean por lo bajo, demostrándome su odio. Para ellos, soy la peor de las traidoras.

Aladdín me rodea con el brazo como para protegerme de la horda de genios.

—Sabes que no tenemos ninguna posibilidad —susurro.

Él me mira y me aprieta el brazo.

—Todavía estamos vivos, ¿no? Venga, Nubecilla, ¿dónde está tu sentido de la aventura?

Pero su intento de aligerar los ánimos se queda corto, y ase la lámpara con más fuerza si cabe.

Cuando una figura aparece en el túnel de fuego, se me corta la respiración. Un rumor se levanta entre los yinns, que se mueven y susurran cuando la figura se abre paso entre ellos y planta un pie en la piedra.

Es Zian, mitad hombre, mitad bestia. Va vestido de negro, tiene cuernos y los brazos cubiertos con una armadura de escamas, como preparado para la batalla. Nos barre con la mirada, deteniéndose brevemente en Aladdín, presa de la furia y el fuego.

—Llegáis justo a tiempo —dice con una calma engañosa.

Se gira despacio para encarar el Ojo y apreciamos su musculosa espalda y su larga trenza de pelo negro. Cuando alza los brazos y aprieta los puños, se le marcan todas las venas.

A nuestro alrededor, los genios comienzan a aporrear la piedra lentamente: un ritmo acompasado que resuena en el *alomb* y que me pone los pelos de punta. Luego empiezan a susurrar en una voz que tiene mil y una lenguas.

«¡Ya viene!

¡Ya viene!».

Aladdín me estrecha contra sí y yo me dejo abrazar, muerta de miedo. Los golpes se aceleran y se intensifican, y el viento que generan los silas nos azota y nos vapulea.

«¡Ya viene!

¡Ya viene!».

Zian se arrodilla y extiende las manos. Todos los ojos están clavados en el portal, en ese hipnotizador túnel de llamas que parece alargarse hasta el infinito. El calor aumenta. A través de nuestras manos entrelazadas, siento el pulso desbocado de Aladdín, aunque él no flaquea.

El martilleo de los yinns no tarda en volverse insoportable, hasta que, de repente, todo cesa. El sonido. El viento.

Y somos derribados por una fortísima bocanada de aire que sale del túnel y retumba como un trueno. Una especie de huracán caliente y sulfúreo que mana del Ojo a raudales y nos aprieta contra el suelo.

Entre las llamas aparece una sombra, alta como tres hombres, todo cuernos y oscuridad, humo y fuego. Dos ojos como brasas parpadean y se forman, con sendas pupilas negro azabache. Me yergo lentamente y lucho contra el viento para intentar levantarme y tirar de Aladdín.

La figura se abre camino entre las llamas y planta un pie enorme en el suelo del *alomb*. A continuación, deja escapar una risa baja y murmurante, un sonido que es pura exhalación y puro viento y que de algún modo resulta atronador. Una risa que me pone la piel de gallina.

Narduja ha llegado.

Tres: la yinn



Al fin, cuando el polvo se asentó, la reina y la yinn permanecieron en la cima de la montaña y contemplaron el campo de batalla y los cadáveres esparcidos como hojas marchitas por todo el desierto. La reina cayó de rodillas, exhausta y herida, y soltó la espada. Ante ella, la puerta de Ambadia ardía con llamas de todos los colores.

—Lo único que quería —dijo— era que hubiera paz entre nuestros pueblos. Pero ahora veo que eso no es posible, pues mi pueblo está gobernado por una soñadora y los genios, por un monstruo. Mi único consuelo es que tú estás a mi lado, mi yinn. Moriré en compañía de una amiga y te daré mi último aliento. Pues aún me resta un deseo, que es el de tu libertad, sin duda, aun a costa de mi propia vida.

Al oír eso, la yinn negó con la cabeza y repuso:

—No, mi reina. El tiempo de los deseos ya pasó, pues ahí viene el shaitán, el señor de todos los genios y rey de Ambadia.

Mientras hablaba, las llamas del portal se intensificaron y entre ellas apareció Narduja, el shaitán, a quien resultaba horrible contemplar.

—Oh, mujer insolente —dijo el shaitán mirando a la reina—. ¿Vas a atreverte a formular el Deseo Prohibido?

—Sí —respondió ella—. Pues no te tengo ningún miedo.

—Entonces eres una insensata...

A la reina se le cayó el alma a los pies al percatarse de que estaba sentenciada, y el shaitán se giró hacia la yinn y le dijo:

—¿Recuerdas la primera regla de los tuyos, yinn?

Y esta respondió:

—No amar a un humano.

—¿Y has cumplido ese mandato?

—Sí, mi señor.

Dicho esto, se levantó mientras la reina gritaba desconsolada.

—¿Acaso no somos como hermanas? —le preguntó esta—. ¿En cuerpo y alma?

A lo que la yinn le contestó:

—No, pues soy una criatura de Ambadia y mi naturaleza es engañosa y traicionera. Mi señor ha venido al fin y haré todo lo que me ordene.

El shaitán, mirándola con aprobación, le dijo:

—Esta joven humana es orgullosa y estúpida por haber pensado que podría gobernar a genios y a hombres. Estoy muy complacido contigo, mi servidora, por habérmela traído. Mátala y demuestra la lealtad que le profesas a tu rey.

La yinn sonrió y en sus ojos prendió una llama.

—Con mucho gusto, mi señor.

Y, a continuación, soltando una maliciosa carcajada, dio muerte a la buena y noble reina, la más poderosa y sabia de todos los monarcas amulenos, cuyo único error fue atreverse a querer a una yinn.

Extracto de *La canción de la caída de Roshana*,
última reina de Nerubia,
de Paris zai Mura,
guardiana y escriba de la reina Roshana

CAPÍTULO 27



Aladdín y yo, cogidos de la mano, estamos plantados frente al shaitán. Ante la mirada primigenia de Narduja, lo único que quiero es agazaparme y salir corriendo, pero concentro la atención en las pulsaciones de Aladdín en la palma de mi mano.

—Narduja.

Levanto la barbilla y me encuentro con sus ojos negros.

El shaitán es viejo, más viejo incluso que la raza humana. Fue una de las primeras criaturas a las que los dioses dieron forma, hace mucho tiempo, cuando Ambadia era exuberante y hermosa. Al mirarlo ahora, no detecto nada ni remotamente humano en él. Ninguna emoción, ninguna piedad. Es más una fuerza de la naturaleza que un ser vivo; un volcán andante. Rara vez pone el pie en este mundo, y sus visitas siempre acaban en catástrofe.

Baja la vista despacio y nos mira por turnos a Aladdín y a mí. Entonces, tras un retumbo como de trueno, una columna de humo negro lo envuelve. Cuando esta se desvanece, Narduja no es mucho más alto que nosotros, y su forma es vagamente humana. Tiene la piel negra y calcinada, agrietada en las articulaciones para dejar al descubierto el músculo rojo lava de debajo. Su toga es de humo y seda y, en lugar de pelo, tiene dos cuernos curvados que sobresalen de su cráneo alargado.

Es una pesadilla andante.

—Chica que Desafía a las Estrellas —murmura. Su voz es suave y melodiosa, clara como el cristal y dulce como la miel. Me pongo en guardia ante su peligroso atractivo—. Curva de la Cola del Tigre. ¿Qué has hecho?

—Liberé a Zian —respondo, atrayendo su atención—. Cumplí mi parte del trato, pero tú nunca ibas a concederme la libertad, ¿verdad? Todo era mentira.

—Ibas a ser liberada de tu lámpara, como él te prometió —interrumpe Zian, que se levanta para encararnos. La furia destella en sus ojos.

—¿Y luego qué? —replico, sosteniendo aún la mirada de Narduja—. ¿Me matarías?

—Únete a mí —insiste Zian—, como siempre ha sido tu destino.

Sé a lo que se refiere, a la ceremonia que los yinns celebran como una especie de boda depravada. Estaría ligada a Zian en todos los aspectos y me sería imposible desobedecer sus órdenes. Es muy parecido al vínculo que Narduja posee sobre todos los demás genios, y la idea de que me hagan esclava de Zian de esa forma me resulta repulsiva. Una vez más, otro de los «tratos» de Narduja ha resultado no ser más que un timo. La última vez, Gueda pagó el precio de mis ingenuas esperanzas. Ahora será Aladdín quien lo haga.

—Prefiero mil veces estar unida a mi lámpara que a ti —le gruño.

Zian abre la boca para responder, pero guarda silencio ante una mirada del shaitán. Narduja nos rodea a Aladdín y a mí y su rastro de humo se enrosca a nuestro alrededor.

—Mi preciosa yinn —murmura. Su voz es viento sobre carbones ardientes, un suspiro que hace saltar chispas—. Más poderosa que ninguno de sus semejantes, hecha de fuego y agua, tierra y aire. ¿Por qué me has desafiado?

La horda de genios empieza a parlotear y el sonido, que recuerda al siseo y los chasquidos de las cucarachas, atraviesa el aire. Narduja los acalla levantando una mano.

—¿Por qué te importa tanto? —le pregunto—. ¿De qué tienes tanto miedo?

Pero, justo al decirlo, la respuesta desciende sobre mí como un cubo de agua helada.

Narduja teme el Deseo Prohibido.

Es el único deseo que no puede evitar que se cumpla, porque la magia que encierra es más antigua, mucho más incluso que él. Es un poder mucho mayor que el que cualquier shaitán puede manejar. Y el amor, el amor hace que las personas cometan estupideces, como sacrificarse los unos por los otros. Narduja teme al amor porque teme que conduzca al Deseo Prohibido y a mi libertad.

Por primera vez caigo en la cuenta de que soy lo bastante fuerte como para derrotarlo.

Si dejase que Aladdín formulase su tercer deseo y diera su vida por la mía, tal vez entonces pudiera derrotar a Narduja.

Pero enseguida soy consciente de que no voy a permitir que eso ocurra. No estoy dispuesta a pagar ese precio.

—Has roto la primera regla de los yinns —retumba el shaitán con voz peligrosamente grave. Se detiene frente a mí—. Y debes ser castigada.

Antes de que yo pueda pronunciar palabra, me coge del brazo.

—¡Suéltala! —grita Aladdín, que lo agarra del brazo a su vez y sisea cuando la piel del shaitán le quema la mano.

Zian da un paso adelante y, sin el menor esfuerzo, derriba a Aladdín, que da un golpetazo con la cabeza en el suelo de piedra. Zian le quita la lámpara de un tirón con una sonrisa de superioridad dibujada en la cara. El vínculo entre nosotros se disuelve y quedo suspendida, ni confinada a mi lámpara ni unida al nuevo amo, pues mi poder para conceder deseos sólo sirve con los humanos, no con los genios. Es de agradecer. Al menos no tengo que sentir cómo la voluntad de Zian invade la mía.

—Zahra es *mía*, muchacho —dice Narduja—. Yo la creé. Y en mi benevolencia, os permito a vosotros, deplorables criaturas, que la toméis prestada. Pero, como siempre, os volvéis avariciosos.

—Ella no te pertenece —declara Aladdín poniéndose en pie con la sien ensangrentada—. No pertenece a nadie.

—¿Crees que la amas? Ni siquiera puedes comprenderla. —La voz de Narduja me da escalofríos. Él me dedica una mirada serpentina y su mano me abrasa la piel. Me intimida la maquinación que reflejan sus ojos negros. Al contemplarlos, entiendo lo fútil que es cualquier lucha. Va a ganar. *Siempre* gana. No tengo otra cosa que blandir contra él que resistencia vacía. Hoy moriré, y Aladdín morirá conmigo. Lo he querido hasta su muerte, como hice contigo, *habiba*. Esta ha sido la gran lección de mi larga vida: amar es destruir.

El shaitán me tira al suelo con cara de repugnancia y yo aterrizo de rodillas. Se nota que está perdiendo la paciencia. No está hecho para largas conversaciones. Su castigo siempre es rápido y fulminante. Me giro hacia Aladdín con el cuerpo entumecido y el pecho más vacío que nunca.

—Lo siento —susurro.

Él me coge la cara entre las manos.

—Pues yo no. No siento haberte conocido. No siento haberme enamorado de ti. No me arrepiento de nada, Zahra, y tú tampoco deberías hacerlo. Te quiero.

Una punzada de dolor me atraviesa y, de pronto, un estallido de rabia procedente del shaitán nos separa y nos lanza lejos. Se interpone entre

nosotros, enfurecido, y me levanta del suelo agarrándome por la garganta.

—¡Basta! —ruge; su voz meliflua se ha petrificado—. Antes de destrozarte, seré clemente y dejaré que te arrepientas. Me mostrarás tu lealtad e implorarás mi perdón.

Sus palabras empiezan a hincharse de poder mientras atrae la magia, que rezuma de la piedra y del cielo, del fuego y de la carne. El mundo desprende energía a raudales que se arremolina a su alrededor, y yo tiemblo cuando me suelta y me llevo la mano a la garganta dolorida. Sé lo que viene a continuación. Ya lo he visto antes concentrar ese poder. Sé qué palabras va a pronunciar incluso antes de que las diga, pero siguen impactándome como un hacha de guerra, implacables y definitivas.

—Mata al chico.

Con esas palabras, libera el poder que ha estado concentrando a su alrededor y cuya fuerza me arrolla como una ola. Me tambaleo.

—¡No! —consigo decir.

—MÁTALO. —La palabra es un martillo que golpea en mi sien hasta someterme, que me obliga a obedecer. La coacción es incluso mayor que un deseo, pues se trata de un tipo diferente de magia que utiliza el vínculo entre yinn y creador.

Me giro hacia Aladdín con los ojos abiertos al máximo; mi corazón de humo estalla en mil pedazos afilados. La orden de Narduja tira de cada una de mis fibras. Susurra entre mis pensamientos, confundiendo mi mente.

«Mátalo».

Sí, eso es lo que quiero.

«¡No! ¡No lo es! ¡Tú le quieres!».

Pero quiero matarlo.

«¡No, no quieres! ¡Recupera el control de ti misma, Zahra!».

No me llamo Zahra. Soy Humo en el Viento, Curva de la Cola del Tigre, Chica que Desafía a las Estrellas.

«¡Él te quiere!».

Sólo es un mortal. Un muchacho, un momento en el tiempo que pronto pasará.

«Se llama Aladdín».

He conocido a mil y uno como él. Conoceré a mil y uno más. No es nada.

«Lo es todo».

—¿Zahra?

Mis piernas se convierten en humo; mis ojos, en fuego. Me levanto con las manos extendidas y unos rayos restallan en mis dedos, me suben

chisporroteando por los brazos y abrasan mi falsa piel. No soy humana. Soy una yinn, la más poderosa de todos los hijos de Narduja, ensalzada por encima de todas las huestes de Ambadia.

—Tiembra, mortal —entono con mil y una voces—. Soy la Esclava de la Lámpara.

—¡No! —El viento que crea mi aliento se arremolina a su alrededor y el pelo le azota la cara—. ¡Te llamas Zahra!

Por encima del *alomb*, las nubes, surcadas por relámpagos, ruedan y se multiplican. Un viento caliente y pegajoso sopla por entre las columnas cargado de yinns que ríen.

—¡Zahra! —El chico levanta una mano en un intento por protegerse de la arena que le escuece en los ojos—. ¡Sé que puedes oírme! ¡Para! ¡Eres más fuerte que esto!

Desvío la mirada hacia mi amo, que permanece allí plantado, glorioso y resplandeciente como un dios. Me sonrío y yo disfruto de su aprobación.

«Mátalo».

—Te quiero —susurra el chico, y, contra todo pronóstico, sus palabras me llegan a través del aullido del viento y el crepitar del fuego—. Te quiero, ¿me oyes? Te quiero, pase lo que pase.

«Mátalo».

Estiro las manos hacia él, preparándome para lanzarle el rayo que chisporrotea en mis dedos y que me muerde como mil y una serpientes rabiosas.

«MÁTALO».

Tomo aire y las palmas de mis manos se vuelven de un blanco candente y cegador, pues estoy a punto de lanzar el rayo.

Entonces, algo brilla en mi mano y llama mi atención durante un instante.

Un anillo.

El anillo que forjé para que el ladrón se lo entregara a la princesa y que él, en cambio, me dio a mí y, con él, su corazón. Los símbolos que yo misma imprimí en el oro parecen brillar: «amor, unión eterna e inmortal». Símbolos de poder, símbolos de verdad, que me abrasan los oídos y se graban a fuego en mi alma.

El tiempo se ralentiza.

Las nubes sobre mi cabeza se retiran.

Mis pensamientos se traban y se revierten.

«Mátalo.

¿Lo mato?

Pero es que le quiero».

No pasa más de un instante. El tiempo se detiene. Al inspirar, la orden de Narduja tomará posesión de mi corazón. Lo mataré. No tengo elección. Nunca la he tenido.

«No.

Sí que la tengo».

¿Qué fue lo que Aladdín me dijo hace tanto tiempo? «No puedes elegir lo que te ocurre, pero sí puedes elegir en qué te conviertes por ello». No puedo evitar que Narduja nos mate a los dos, pero puedo elegir no ser el monstruo que quiere.

Zian continúa de pie junto al Ojo sosteniendo mi lámpara, que pende a su lado, con un dedo enganchado en el asa.

Sin pararme a pensármelo dos veces, sin atreverme a tomarme otra preciosa fracción de segundo, lanzo el trueno en su dirección. El príncipe de los genios intenta esquivarlo, pero no lo bastante rápido. La energía abrasadora le impacta en el pecho, apenas causándole daño, pero sí haciendo que pierda el equilibrio. Puede que sostenga la lámpara, pero es un genio y no puede mandar sobre mí, de modo que su poder no lo protege de mi ataque. Antes de que se recupere, me abalanzo sobre él convertida en un embudo de humo. Lo envuelvo con mis brazos y me lanzo con él hacia delante, hacia el gran Ojo de Jaal y el abrasador túnel de su interior. Cuando cruzamos el umbral, Zian grita y suelta la lámpara, pero es demasiado tarde.

El tiempo se acelera.

Las nubes sobre mi cabeza se enroscan y estallan con mil y un relámpagos.

El túnel se traga a Zian, que grita furioso y se pierde de vista. Empiezo a introducirme en la lámpara mientras esta se precipita hacia las voraces llamas. Narduja reacciona y hace amago de cogerla, pero no con la suficiente rapidez.

La lámpara cae

cae

cae

cae en el fuego de Ambadia, la única fuerza de este mundo o del siguiente capaz de destruirla.

Sólo me da tiempo a sonreír; por unos instantes, mi cara se forma en el humo y, antes de que las paredes de bronce se me vengán encima y empiecen a derretirse en las llamas, le susurro a Aladdín:

—Te quiero.

CAPÍTULO 28

Sin forma, voy a la deriva.

¿Adónde van los genios cuando mueren? Se dice que los humanos están destinados a las tierras de los dioses, donde, dependiendo de los actos que hayan cometido en vida, trabajarán duro para ellos o morarán en paz.

Sin embargo, los yinns están malditos y muchos creen que no tienen alma. Cuando mueren, sencillamente dejan de existir.

Pero yo sigo aquí... dondequiera que sea.

Lentamente, vuelvo en mí, aunque mi consciencia se niega a despertar. Soy humo, vaporoso y fino, desplegado por un cielo oscuro.

Con mucho esfuerzo, logro recomponerme y descubro que sigo de una pieza. Activo mi sexto sentido por instinto en busca de mi lámpara, pero no la siento. Entonces recuerdo que se ha perdido para siempre. Vi cómo se fundía en el fuego de Ambadia, sentí las llamas abrasadoras en mi propia piel.

Mi destino está unido a la lámpara.

Pero no estoy muerta.

Ese pensamiento me atraviesa el cuerpo como una descarga eléctrica y evalúo la situación a mi alrededor. Arriba, el cielo está oscuro, pero no hay estrellas, ni luna ni nubes que lo oscurezcan. Abajo sólo veo arena de uno a otro extremo del negro horizonte.

Desciendo, adopto mi forma humana y describo un círculo completo. Y entonces la veo: lo único que se ve en leguas a la redonda.

Una puerta, medio hundida en la arena.

Una puerta que una vez conocí.

La abro, porque sé que es lo que se supone que debo hacer. Sé a ciencia cierta que no estoy en Ambadia, ni en las tierras de los dioses ni en el mundo de los humanos. No sé dónde estoy, pero supongo que sigo ardiendo con mi

lámpara y esto es una especie de alucinación febril. Lo único que puedo hacer es seguir el camino que se abre ante mí.

Los escalones que hay tras la puerta no están rotos ni cubiertos de arena como cuando Aladdín estuvo aquí... o como en la versión real de este sitio. A pesar de haber sido engullida por el desierto, la habitación tiene el mismo aspecto que el día en que la creé, cuando me dijiste que deseabas un jardín que nunca se marchitara, *habiba*, el más hermoso del mundo.

Los árboles enojados reflejan la luz de los diamantes resplandecientes de arriba y esparcen puntitos de luz roja, verde y azul que se asemejan a luciérnagas danzantes. El agua borbotea en el arroyo bordeado de piedras de plata y oro. Un viento procedente de ninguna parte agita suavemente la hierba de esmeralda, colmando el aire con un tintineo musical.

Paseo por el jardín sintiéndome ajena a mi propio cuerpo. Más adelante, veo el lugar hacia el que se supone que debo dirigirme. La lámpara está en el trono, esperándome. Es como si mi mente estuviera reescribiendo el día en que Aladdín y yo nos conocimos.

Cuando llego al trono, me paro a contemplar la lámpara durante un rato: mis ojos trazan sus familiares contornos con una mezcla de amor y odio. He estado unida a ella durante mucho tiempo, despreciándola, maldiciéndola, pero ha sido la única constante en mi larga y solitaria vida. Es, en cierto modo retorcido, mi hogar.

Estiro las manos y experimento la extraña sensación de estar dentro de la lámpara al mismo tiempo, mirando a mi yo de fuera, sintiendo cómo me acerco.

Pero, antes de que mis manos la toquen, el bronce se funde, borbotea y se derrama goteando en el suelo. Retrocedo de un salto y el estómago se me encoge al imaginar lo que habría sido estar dentro mientras esto ocurría. Aunque *ha ocurrido*. Puede que aún siga ocurriendo.

—¿Qué está pasando? —murmuro—. ¿Qué es este sitio? ¿Y por qué no estoy muerta?

—Ya lo sabes, por supuesto.

Me giro y se me corta la respiración.

Estás ante mí, *habiba*, vestida con la misma armadura y el mismo traje de cuero que llevabas el día que moriste. Llevas el pelo largo y suelto con trencitas detrás de las orejas. Brillas como una diosa, pero tu cuerpo revela las heridas y las magulladuras de la batalla.

—El sacrificio de una vida te liberará —entonas—. ¿Y no es eso lo que el shaitán más teme? ¿Una yinn con el poder de concederse sus propios deseos?

—Yo no puedo concederme mis propios deseos.

—¿Qué otra cosa se te da mejor que hacer realidad deseos? Deseaste morir para que el chico viviera y has hecho realidad ese deseo. Abriste la puerta a una magia que se perdió hace mucho tiempo; una magia mucho más poderosa que la que maneja el shaitán. Un sacrificio por la libertad, ese es el Deseo Prohibido. Has hecho el sacrificio, ahora acepta las consecuencias. La libertad comporta una gran responsabilidad.

Te contemplo con la mente hecha un remolino de preguntas, pero no puedo articular ninguna. Tú te acercas con una sonrisa y me das un beso en la frente.

—Vive, mi vieja amiga —dices—. Y recuerda: el tiempo es la magia más poderosa que existe.

Te desvaneces cuando la sala empieza a temblar, como el día en que Aladdín me robó. Echo a correr, esquivando los pedruscos que se desprenden del techo. A mi alrededor caen cataratas de arena que entierran las joyas destellantes. Llego a los escalones y los subo de dos en dos hasta que alcanzo la puerta, que abro de un empujón... y me topo no con un desierto, sino con un vacío.

El universo gira a mi alrededor, las estrellas refulgen, las galaxias emiten latidos de color. Vuelvo la vista atrás y veo que el jardín se está colapsando en sí mismo, volviéndose cada vez más pequeño. Las llamas se abalanzan sobre mí y, sin pensármelo dos veces, salto.

Caigo hacia delante y hacia atrás, siento el viento a toda velocidad y pierdo toda noción de peso y dirección.

El universo se despliega a mi alrededor en un baile deslumbrante de luz y color; se abre círculo por círculo y cada uno de ellos se enrosca en elaborados patrones: sol y rosa, estrella de mar y pupila, boca de tigre y oreja de elefante. Caigo en el centro de ellos.

Nacen estrellas, que envejecen y estallan, formando otras nuevas. Las galaxias florecen como capullos que despliegan zarcillos de luz, repletas de vida. Los planetas giran alrededor de un millón de soles radiantes, y yo soy testigo de todo.

Me he salido del tiempo. Me encuentro en el borde de la eternidad, echando un vistazo a todos esos mundos brillantes. Están unidos por hilos invisibles en un enorme tapiz, los unos tiran de los otros y todo está conectado por redes infinitamente finas. Mientras observo, los hilos se estremecen y vibran. El universo canta una canción profunda y eterna cuyo sonido viaja en ondas, en hondos suspiros, en susurros, en acordes arremolinados y tonos

altos y bajos. La música de los mundos teje un patrón que es orden y caos, belleza y horror, sin principio ni final. Me corren lágrimas por la cara, pero ni siquiera me atrevo a pestañear.

Alzo la mirada por encima de todo esto y veo a quien teje las estrellas. Imohel, el dios de los dioses. Sonríe y hace una breve pausa para tocarme la frente con un dedo, y, al contacto con él, caigo.

Caigo a través de las estrellas.

A través del tiempo.

A través de la luz, del viento y del fuego.

A través del humo y de un cielo gris como la ceniza.

Narduja está en el mismo sitio, mirando con furia el portal ardiente. Ha pasado apenas un instante desde que me lancé al fuego, decidida a no repetir el pasado, a no matar a Aladdín como te maté a ti, *habiba*. Decidida a que esta, finalmente, fuera *mi* decisión. Y, no sé cómo, pero ha funcionado.

No sé cómo, pero sigo aquí.

Tardo un momento en situarme, en determinar que estoy en el portal, en ambos mundos y en ninguno. Me giro y veo las llamas a mi espalda. Yo misma soy un fuego sin humo que arde rojo y azul, indiscernible de la llamarada que separa el mundo de los mortales y de los inmortales.

Me doy la vuelta hacia el mundo de los humanos y veo que Narduja baja la vista hasta Aladdín, que contempla incrédulo el túnel, incapaz de verme entre las llamas, creyendo, sin duda, que he muerto. Ni siquiera se resiste cuando Narduja le envuelve la garganta con una mano y lo eleva en el aire. Pero sus ojos empiezan a agrandarse y boquea de dolor.

Es entonces cuando atravieso el portal adoptando una forma humana, una chica de fuego y furia, vestida con una túnica de humo negro que se arremolina y va dejando una estela tras de mí. Nunca había ardido tanto. Nunca me había sentido tan poderosa, ni siquiera cuando concedía los deseos más increíbles. Un nuevo poder bulle en mi interior, algo completamente salvaje y sin límites, y me percató de lo que falta: la atadura invisible que me unía a la lámpara. Ese vínculo se ha roto.

Tanto si fue a ti a quien vi realmente, *habiba*, como a un fantasma invocado por mi mente, sé que lo que me dijiste es cierto: al sacrificar mi propia vida por Aladdín, he desencadenado inconscientemente el Deseo Prohibido. El vínculo entre la lámpara y la yinn se ha cortado.

Estoy viva.

Y soy libre.

CAPÍTULO 29

—¡Detente! —grito.

Narduja suelta a Aladdín, que cae a plomo en el suelo. Corro hacia él y me arrodillo a su lado. Él gime y pestañea.

—¿Quién eres? —susurra.

—Soy yo —respondo—. No te muevas. Estás herido.

—¿Zahra? —Parece desconcertado y de pronto sé por qué. Me llevo las manos a la cara e inspiro, pues no es la cara de Roshana la que luzco.

Sino la de una joven reina de Gueda. *Mi* cara. Es más redondeada y suave; tengo espesos rizos castaños y mi piel es de un tono más oscuro. Qué extraño resulta volver a llevarla después de tantos años disfrazándome.

—*Tú* —retumba Narduja, y me giro para encararlo. Hay un recelo en él que nunca antes le he visto.

Me doy cuenta de que he perdido algo más en mi extraño viaje de ida y vuelta por el Ojo: mi miedo hacia él. Durante cuatro mil años, el mero hecho de pensar en él hacía que el alma se me estremeciera. Ahora lo miro y es como si lo viera por primera vez, y me parece... poca cosa. ¿Qué me provocaba antes tanto miedo? ¿Por qué poder me tenía sometida? Fuera lo que fuese, ha desaparecido y nunca más volveré a acobardarme ante él.

—Durante todo este tiempo —digo, poniéndome en pie para quedar entre él y Aladdín—, has intentado por todos los medios que ni yo ni ninguno de tus yinns amáramos a un humano. Sabías lo que podía ocurrir si lo hacíamos, si lo amábamos lo suficiente como para *morir* por él. Por eso entraste en guerra con Roshana: no porque ella buscara firmar la paz con los genios, sino porque yo la quería lo suficiente como para morir por ella. No podías dejar que eso ocurriera porque sabías lo que me ocurriría. Sabías que el Deseo Prohibido podía funcionar en ambos sentidos.

—No eres más que una abominación —susurra él—. Una yinn sin amo, sin lazos con Ambadia ni con los dioses. El orden existe por una razón. No

me gusta el caos porque sí. Todo debe guardar un equilibrio y tú eres una hebra suelta en el tejido del universo. Un paso en falso y podrías deshilacharlo por completo.

—He visto los hilos del universo y son más fuertes de lo que tú crees.

Él cuadra los hombros con los ojos rojos de furia y exhala chorros de humo negro.

—Por algo se llama el Deseo Prohibido, muchacha. Yo no fui el que le puso ese nombre: las criaturas como tú han estado prohibidas desde el albor de los tiempos.

Unas alas se despliegan desde sus hombros a todo lo largo del *alomb*. De los dedos le salen unas zarpas y de los labios, unos colmillos. Su piel se torna en humo y su ropa, en llamas. Es sombra envuelta en fuego y se me abalanza con clara intención de destruirme.

Me enfrento a él en mitad del aire tras haber hecho aparecer unas espadas, que colisionan con sus garras produciendo una lluvia de chispas.

—No puedes vencerme —refunfuña, una vez que se ha desprendido de toda su forma humana. Asoma la cabeza por encima de las espadas cruzadas intentando clavarme los colmillos.

Me aparto rodando de sus dientes. Esta pelea no la van a definir espadas ni posturas. Los ataques de Narduja son primarios y poderosos, y las tácticas humanas no van a superarlos.

Lo alejo de Aladdín, que trata de ponerse en pie en medio de una multitud de yinns siseantes que se le acercan sigilosamente. Él se saca un cuchillo de la bota y lo blande, una defensa irrisoria frente a las garras de un gul o los dientes de un ifrit.

—Dejadlo —ruge el shaitán, y los yinns retroceden.

Entonces se detiene un momento con la mirada clavada en mí. Antes me habría acobardado al ser el centro de su terrible atención. Ahora lo único que quiero es acabar con esto de una vez por todas. Viva o muera, esta es una pelea que no puedo abandonar.

Inspiro profundamente, me relajo y mis espadas se evaporan.

Invoco mi magia.

Y, por primera vez en mi larga y extraña vida, responde a *mi* llamada.

Se me corta la respiración, me tambaleo y estoy a punto de caer, pero aprieto los dientes, planto bien los pies en el suelo y dejo que vaya creciendo. Hasta ahora, la magia que he manejado siempre ha procedido de un humano, que me la ha traspasado.

Esta vez, el poder nace en el centro de mi ser. Es una sensación completamente distinta: vertiginosa, aterradora y del todo estimulante. Se extiende como fuego candente por mi cuerpo, llena mis miembros, mi cabeza e incluso mi pelo.

«Puedo hacer cualquier cosa». El shaitán me creó como la más poderosa de sus genios y ahora sé exactamente lo que eso significa.

Narduja ataca primero. Me lanza una columna de fuego. Me llega una oleada de calor que hace que el pelo me revolotee hacia atrás. Reacciono de manera instintiva y levanto una pared de humo para romper las llamas. Para entonces lo tengo encima y me da un fuerte puñetazo en el estómago que me manda al otro lado del *alomb*. Dejo que el impulso me lleve hasta un sitio despejado en la ladera de la montaña, donde me convierto en humo de cintura para abajo y pendo en el aire.

El shaitán no me sigue de inmediato, sino que se queda al borde del *alomb* y hace un gesto con la mano. Entonces, las nubes que rodean la cumbre se abren y me permiten divisar una panorámica de Partenia, abajo. Él me mira y luego mira la ciudad, y, en cuanto caigo en la cuenta, me abalanzo sobre él.

—¡No!

Pero él se zafa de mí con una sacudida del brazo. Antes de que pueda recuperarme, señala la cumbre con un dedo, y el suelo se quiebra con una sucesión de crujidos ensordecedores que resplandecen con la lava roja que empieza a fluir por él. El temblor de tierra hace que Aladdín se tambalee, caiga de rodillas y retroceda acercándose más al *alomb* a medida que la montaña retumba.

—¡Aladdín! —le grito—. ¡No te levantes!

Horrorizada, intento esquivar a Narduja por debajo para ayudarlo, pero el shaitán me agarra y me lanza lejos. Sin detenerse, da una orden a los yinns, que se levantan y echan a volar hacia Partenia.

—¡Este es el precio de tu traición! —espeta—. ¡Este es el coste de tu orgullo!

Va a destruir Partenia, igual que destruyó Nerubia y Gueda, y todo para castigarme.

Pero, esta vez, puedo ofrecer resistencia.

Me alejo volando de la montaña, que empieza a arrojar humo negro por las grietas que se han abierto en sus laderas. Narduja me sigue con sus enormes alas de sombra totalmente desplegadas. Rueda hasta quedar bocarriba y pasa una mano por el aire, haciendo que las piedras de la montaña

se rompan y se prendan una por una. Después me las manda describiendo un arco como si fueran cometas.

Esquivo sus piedras ardientes mientras me alejo volando. El cielo está colmado de una lluvia de fuego y de estelas de humo negro. Las atravieso y luego me giro y extendiendo las manos a lo ancho para enviarle una poderosa bocanada de viento. A mis órdenes, el viento se solidifica y se convierte en puñales de hielo que silban al cobrar velocidad por el aire.

Narduja cruza los brazos por delante y rompe los carámbanos. Yo ya me he puesto en marcha, embriagada por el poder inagotable que derrocho. Normalmente mi magia tiene un límite proporcional al deseo de mi amo y yo debo hacer uso de él con prudencia. Ahora, con un mero pensamiento, abro las compuertas de mi interior y la energía sale a raudales, espoleada por mis deseos y sólo ralentizada por los límites de mi propia imaginación. Y, después de cuatro mil años concediendo deseos, mi imaginación es el músculo más poderoso que poseo.

Lanzo hechizos a una velocidad que me sorprende incluso a mí misma. Fuego, viento, agua, piedra: todos los elementos se pliegan a mis órdenes. Envío brillantes águilas hechas de llamas que se abalanzan chillando hacia Narduja. Se aferran a sus ojos hasta que él las destroza convirtiéndolas en una lluvia de chispas.

Chasqueo los dedos y un par de dragones aparecen en el cielo por encima de él, uno de hielo y otro de fuego. Rugen y se lanzan en picado, formando una espiral en torno a sí mismos y con las fauces abiertas para tragarse al shaitán. Él se gira, los coge por el morro y, dando un gruñido, los reduce a gorriones diminutos e inofensivos.

Entonces, encolerizado, pasa a la ofensiva y empieza a arrojar una mansalva rudimentaria pero efectiva de llamas y piedras. Me disuelvo en humo y me dirijo a toda velocidad por el cielo hacia los acantilados de Partenia. Por debajo de mí, la ciudad está sumida en el caos, pues la gente ha visto que la montaña ha entrado en erupción. La lucha que se estaba librando alrededor del palacio empieza a perder fuerza cuando se dan cuenta de que se les echa encima una amenaza aún mayor. La tierra bajo la ciudad se agrieta y se abre y, cuando las murallas comienzan a desmoronarse, los grifos custodios que protegen a la gente se rompen. Los yinns entran a raudales en la urbe. Me duele en el alma y ansío volar hasta allí para defenderlos, pero apenas puedo frenar a Narduja.

El shaitán me sigue muy de cerca y bate sus alas gigantescas produciendo un sonido como de enormes tambores y levantando poderosos vendavales.

Retomo mi forma humana en el lugar donde Cáspida estuvo a punto de tirarme por el acantilado no hace tanto tiempo y me coloco de espaldas al mar. Narduja aterriza delante de mí y hace aparecer una manada de lobos de sombra, que gruñen, salivan e intentar morder. Yo me estremezco. De todos los animales de la tierra, los lobos son a los que más odio, como todos los genios. Los lobos ansían nuestra carne y disfrutan particularmente cuando nos dan caza. El mero hecho de que Narduja los haya materializado escapa a mi comprensión.

Los animales saltan a una velocidad pasmosa, todo fauces y ojos brillantes. El miedo me recorre y me paraliza. Los ojos de Narduja destellan triunfantes. No puedo apartar la vista. No puedo pensar. No puedo...

«No. Ya no soy esclava del miedo».

Me abro de piernas y manos e invoco la única cosa que temo más que a los lobos: el mar. Por un momento, no pasa nada.

Los lobos están a escasa distancia. Dan grandes saltos y abren desmesuradamente las fauces, revelando muchos más dientes de los que cualquier lobo debería tener. Sus ojos rojos refulgen en sus negras siluetas de sombra y mi cuerpo se agarrota cuando aparto la cara y cierro los míos con fuerza, consciente de que este es el final.

Pero entonces el mar responde.

Se eleva a mi espalda en forma de una poderosa ola de un gris oscuro atravesada por vetas onduladas de azul, cubierta de espuma y que tapa el sol. Los lobos caen al suelo y se encogen con el rabo entre las piernas. Yo me afianzo en mi sitio con los brazos levantados, sujetando el mar. Con un rápido movimiento de las manos hacia delante, lanzo el muro de agua por encima de mi cabeza y lo estrello contra los lobos, que se disuelven en nubes de humo mientras la ola baña la cima del acantilado y se retira, dejando varios peces y una tortuga verde boqueando en la hierba. Los recojo mentalmente y los devuelvo con cuidado al agua.

Narduja y yo nos miramos el uno al otro con la respiración acelerada. Él está empapado de agua de mar, pero esta se vuelve vapor al instante ante el contacto con su piel caliente. Después del baño que le he dado y con las alas colgando hacia el suelo, parece más brasa que fuego, a pesar de su altura de dos hombres.

—No eres la primera yinn que se libera de mi mandato. ¿Te extraña no haber oído nunca hablar de los genios libres? Porque ninguno de ellos sobrevivió más de unos días. Yo no lo permití, como tampoco lo permitiré ahora.

Quiero responder, pero sólo puedo resollar, dolorida y exhausta.

Sus alas y sus manos empiezan a resplandecer en un tono rojo. Se calla un instante y luego dice:

—Podrías haber sido la reina de Ambadia, y mírate ahora: voy a acabar contigo, yinn. Voy a aplastarte aplastando a ese maldito muchacho.

Acto seguido, se eleva y se dirige a la montaña, adonde me apresuro a alcanzarlo.

Sacrificando un subterfugio en pos de la velocidad, me alzo hacia el cielo y me dirijo hacia el norte a la velocidad del rayo. El cielo está oscuro a pesar de ser media tarde y es imposible distinguir a los yinns de las nubes, pero ahí están, volando de aquí para allá, cayendo en picado sobre la ciudad como halcones sobre ratones. Esquivo columnas de humo negro que se elevan de la metrópoli y subo por la lava que borbotea montaña abajo y que, con un calor sofocante, ha llegado a la ciudad y ha empezado a engullir la muralla norte del palacio. Mientras vuelo, hago aparecer una avalancha de hielo por la ladera que, al entrar en contacto con la lava, la enfría y la endurece.

Narduja casi ha llegado al *alomb* cuando lo alcanzo. Lo ataco desde arriba y ambos nos estrellamos contra el suelo de obsidiana junto al Ojo y estamos a punto de caerle encima a Aladdín, que se aparta a gatas.

Me pongo en pie de un salto, hago aparecer un torrente de arena y abro las manos a todo lo ancho. Mi arena se separa y se endurece hasta formar una hilera de relucientes guerreros de cristal, que avanzan hacia el shaitán blandiendo brillantes lanzas. La luz se refleja en sus formas cristalinas y hace que parezca que resplandecen. Narduja, sorprendido por la repentina aparición de este ejército, se transforma en humo para evitar que lo empalen.

Cuando está distraído, me convierto en arena y me deslizo por el suelo, recupero la forma a su espalda y creo un trío de tigres: uno de luz, otro de agua y otro de arena.

El shaitán gruñe y retrocede ante mi aluvión de hechizos. Es más fuerte que yo, y sé que, si le permito pensar un momento, me destruirá... y esta vez será para siempre. Así que no se lo permito. Giro y serpenteo, con los dientes apretados y el pelo al viento, mientras configuro criaturas de arena y fuego, aire y agua, en un aluvión interminable y vertiginoso. Tigres escarlatas y azules, águilas llameantes, un enorme oso de piedra, guerreros de agua y humo. Todos atacan a Narduja, que se defiende con furia, destrozando mis creaciones en cuanto yo las concibo.

Puede que sea más fuerte, pero yo tengo más imaginación.

Y, después de cuatro mil años de práctica, soy *rápida*.

Reúno los elementos y los moldeo en un abrir y cerrar de ojos, hasta que el aire del *alomb* se colma de magia, que fluye en forma de franjas de luz y zarcillos de humo. Utilizo mi poder como no lo he hecho nunca y le lanzo todo lo que tengo. Y va perdiendo terreno. Enmarcado por el ardiente portal, Narduja es una sombra oscura con las alas desplegadas que enseña los colmillos.

El anillo destella en mi mano mientras obro mi magia, y lo miro.

La mente se me traba.

Los símbolos del anillo han desaparecido, seguramente por culpa de la llamarada de fuego que me tiró al mar. Me doy cuenta entonces de que he visto antes este anillo chamuscado, antes incluso de que lo forjara para Aladdín.

Abro los ojos como platos cuando el peso de este descubrimiento me aplasta como un tsunami, pero vacilo demasiado rato.

El shaitán se deshace de mi último encantamiento, un rutilante dragón de cristal y agua que estalla dando un chillido en mil y un pedazos que se desperdigán a su alrededor.

Y, en ese momento, ataca lanzando dos poderosos rayos de luz cegadora, aunque no van dirigidos a mí.

Sino a Aladdín.

Me muevo sin pensar. Doy vueltas, un truco para acumular el máximo de magia posible. El rayo cae tan cerca de Aladdín que el pelo se le eriza y pone cara de espanto.

Rebusco en las profundidades abismales, guiada por el instinto, guiada por el recuerdo de mi extraño viaje de regreso desde la muerte. Rebusco entre los elementos, entre los hilos nunca vistos que mantienen unido el mundo. Rebusco más lejos y más hondo de lo que nunca lo he hecho, hasta llegar a esas hebras del elemento que sólo he visto una vez, cuando estuve en el borde del universo: las hebras del propio tiempo.

«El tiempo es la magia más poderosa que existe», susurra tu voz en mis pensamientos.

Aferro fuertemente los segundos y los minutos con los dedos, y retuerzo los hilos. El esfuerzo me deja exhausta, como si hubiera agarrado la cola de un cometa, pero no los suelto. Al contrario que los cuatro elementos principales con los que suelo elaborar mi magia, estas hebras están vivas y se mueven. Manipularlas es como intentar cambiar el curso de un río. Y, sin embargo, me mantengo firme y me planto contra el paso de las horas. El torrente tira de mí, me atraviesa y empieza a separar mis fibras. Si me demoro

mucho más, me disolveré de una vez por todas y me perderé en la corriente eterna. Sería más fácil retener el mar con una mano.

«Pero no dejaré que mate a Aladdín».

Se hizo contigo, Roshana. Se hizo con los habitantes de Gueda. Se hizo conmigo durante cuatro mil años.

Ya basta.

Dando un grito que nace de la profundidad de mis pulmones, retuerzo los hilos del tiempo. A mi alrededor, todo se pausa y da marcha atrás: Aladdín se pone en pie, los fragmentos de mi dragón de arena y agua recuperan su forma original, la montaña absorbe los brillantes ríos de lava. Los acontecimientos se rebobinan cada vez con mayor rapidez y fluyen como un río montaña arriba. Ahondo cada vez más hasta que la corriente empieza a tirar de mí y debo hacerle frente como un ancla que va arrastrándose por la arena. Cuando nos detenemos, mil y un momentos ocurren y dejan de ocurrir a nuestro alrededor, y sólo Narduja y yo permanecemos ajenos a todo. Nos miramos el uno al otro mientras las hebras del tiempo fluyen y palpitan en derredor.

—¿Cómo estás haciendo esto? —susurra el shaitán.

—Me salí del tiempo —respondo—. Vi a los dioses tejiendo el universo.

Narduja mira a su alrededor, pero se nota por su expresión que no ve los hilos que he tejido a su alrededor y que lo atrapan en un único momento. Él nunca ha viajado hasta la muerte y ha vuelto, como yo. No ha estado en el borde del universo ni ha visto el transcurso de las horas. Y, si no puede verlo, tampoco puede manipularlo. Al final, vuelve su mirada hacia mí, pensativo, incluso un poco asombrado.

Y la furia destella en sus ojos. Abre la boca como dando un rugido mudo con la garganta convertida en una caverna de llamas y me embiste...

Cierro los puños y el tiempo se colapsa a su alrededor. Su rugido se corta de inmediato cuando la corriente se lo lleva por delante como una ramita en una inundación. Los minutos se lo tragan, lo hunden en la riada del tiempo, hasta que sencillamente desaparece.

Con las últimas fuerzas que me quedan, me quito el anillo que había forjado para Aladdín y dejo que se lo lleve la corriente. Se pierde en el flujo de las horas para acabar al lado de una reina muerta, para que sus doncellas lo encuentren, para esperar quinientos años a que la persona adecuada se lo ponga. Con él mando una oración susurrada.

«Encuéntrame, ladrón».

Entonces, suelto los hilos emitiendo un débil grito. Algo dentro de mí se rompe y, sin aliento, me precipito hacia la más absoluta oscuridad.

CAPÍTULO 30

Zahra.

Abro los ojos y Aladdín está ahí, observándome con ansiedad.

Me aparta el pelo de la cara.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta.

Me incorporo. Mis pensamientos nadan lánguidamente en aguas serenas. Todo está borroso y me resulta desconocido. Busco mi lámpara con la mente por instinto, pero no percibo más que un vago cosquilleo, como si me faltase un brazo.

—¿Me he desmayado? —pregunto.

—Sí. —Me sujeta la cabeza con una mano. Con la otra me agarra el brazo—. Zahra, ¿qué has hecho? ¿Qué ha pasado?

La cabeza me duele como si me la hubieran apedreado. Suelto un gemido y me la rodeo con los brazos para intentar calmar el dolor. Aladdín me sostiene durante un rato y me acaricia el pelo mientras yo gimoteo y me encojo.

—¿Te encuentras bien? —susurra—. ¿Zahra?

—Estoy bien —digo con los dientes apretados, retirándome un poco—. ¿Y tú qué?

Él me dedica una sonrisa cansada.

—Estoy vivo, así que no me puedo quejar. ¿Dónde está el shaitán?

Levanto la cabeza y parpadeo rápidamente, y el mundo recupera la forma de mala gana. Sigo en el *alomb*. Al parecer sólo han transcurrido unos segundos, pero han cambiado muchas cosas. El cielo está azul y despejado, salvo por los restos deshilachados de las nubes que se alejan hacia el norte. El Ojo de Jaal yace roto en dos, fracturado justo por el centro, y el feroz túnel a Ambadia ha desaparecido. A mi alrededor, unas grietas enormes resquebrajan las piedras y las gigantescas columnas, como si un dios hubiera golpeado el *alomb* con un martillo celestial. La panorámica me hiela la sangre; me doy

cuenta de que yo lo he provocado, de que la magia a la que recurrí para atrapar a Narduja es mayor y más peligrosa de lo que creía.

—Se ha ido. —Me duele todo el cuerpo; mis miembros están fatigados—. Ahora es prisionero del tiempo. Sólo existe en un único momento y nunca volverá a ponernos un dedo encima.

Aladdín pestañea y pregunta:

—¿Regresará?

—No.

Ni siquiera veía los hilos que lo atrapaban. ¿Cómo será que te aprisionen en un momento y no veas siquiera las paredes que te encierran?

—¿Y los yinns?

Me voy hacia el portal, recorro los laterales con las manos y pruebo a franquearlo. No ocurre nada. Camino hasta el borde del *alomb* y bajo la vista hasta Partenia. De la ciudad se elevan columnas de humo, pero ningún genio planea sobre ella.

—Deben de haber huido a Ambadia. Sintieron la pérdida de su rey y les entró el pánico. Durante diez mil y un años, el shaitán ha sido la única fuerza que los ha mantenido unidos. Se fragmentarán en sus antiguas tribus y tardarán muchísimo tiempo en regresar.

—¿Cómo lo sabes?

Me giro con tristeza y lo miro a los ojos.

—Porque saben que estoy aquí y que he derrotado a su rey.

—Así que todo ha terminado.

Asiento, un poco aturdida. El mundo ha adquirido una blandura de ensueño, no del todo real.

—Zahra..., ¿qué te ha pasado? He visto que cruzabas el portal y he creído que..., he creído que te habías ido. ¿Dónde está la lámpara?

Le cuento lo del jardín enjorjado y lo de tu aparición. Pero, cuando llego al punto en que caigo por entre el tiempo y las estrellas, me fallan las palabras y se me llenan los ojos de lágrimas. La belleza y la pureza de esos momentos siguen sobrecogiéndome y me pregunto si algún día llegaré a comprender lo que he visto.

—He vuelto —concluyo—. Y, por primera vez, mi magia es mía y nada más que mía. No pasaré ni un momento más en esa horrible lámpara.

—Aún me cuesta creer que seas tú de verdad —murmura, pasándome los dedos por la mejilla—. Esta cara... es la *tuya*, ¿verdad?

—Aquella con la que nací —admito, y siento un bochorno bajo la piel de pura vergüenza. Me miro las manos—. ¿Te... gusta?

—Zahra.

No puedo evitar alzar la mirada ante la calidez de su tono. Sus ojos chispean y sus labios dibujan una leve sonrisa.

—Eres preciosa —dice—. A ver, antes eras preciosa, por supuesto, pero saber que este es tu verdadero ser... No creía que pudiera quererte más, pero así es.

Sonrío.

—Lo que te pasa es que te alegras de que al final no haya resultado ser una vieja arpía.

Se ríe.

—Pues sí —admite.

—Deberíamos volver a la ciudad. —Suspiro, pensando en la lucha que debe de estar librándose en el palacio—. Cásvida necesita nuestra ayuda.

—¿Puedes llevarnos allí con tu magia?

Muevo los dedos como si estuviera conjurando un hechizo, y yo suelto una pequeña carcajada y asiento.

Trasladarnos de un lugar a otro es algo insignificante, pero, hace menos de una hora, habría resultado imposible sin un deseo. Inspiro profundamente y echo mano de mi magia.

Pero no ocurre nada.

No siento ningún hormigueo ni ninguna explosión de energía.

Porque no hay magia alguna. O, si la hay, soy incapaz de detectarla. Presa del pánico, me concentro más, cierro los ojos, intento rastrear con mi sexto sentido..., pero descubro que este también ha desaparecido.

Abro los ojos reprimiendo un grito y me apoyo contra el portal con la mirada ausente.

—Zahra, ¿qué ocurre?

—La he perdido —consigo decir.

—¿El qué? —Me mira de arriba abajo—. ¿Estás herida?

—Yo... —Al recordar el momento en que atrapé a Narduja, me acuerdo del chasquido que sentí en lo más profundo de mi ser—. Me estiré demasiado —susurro—. Sé que esto ha pasado antes, cuando un yinn va demasiado lejos y trata de alcanzar una magia demasiado grande. Algo se rompe.

Él parece alarmado.

—Pero... ¿te recuperarás?

Continúo rastreando en mi interior y lo pruebo todo, pero ya sé la verdad. Sigo siendo una yinn, pero manipular el tiempo drenó hasta mi última gota de

magia. Noto con gran pesar que ha desaparecido hasta mi capacidad de cambiar de forma. ¿Qué soy ahora? Algo menos que una yinn, pero más que una humana; todavía una criatura de humo y fuego, sólo que ahora ese fuego es más pequeño. Sin magia que me sustente, soy prácticamente mortal. En Ambadia sería una marginada, me ridiculizarían, me despreciarían y me convertirían en una esclava sin valor alguno. Pero aquí, en el mundo de los humanos, soy casi... normal.

—Zahra...

—No, no pasa nada. —Consigo esbozar una sonrisa y lo cojo de la mano —. Estoy aquí, estoy viva. Soy *libre*.

Si perder mi magia es el precio que tengo que pagar por salvar a Aladdín, volvería a perderla mil y una veces más.

Me pongo de puntillas, lo beso y él responde de inmediato, apretándome contra sí. A nuestro alrededor vuelan cenizas cual pétalos de rosas que nos cubren el pelo y tapizan el suelo. Apenas me doy cuenta. Nunca antes lo he sentido tan real, tan cálido, tan posible. El vacío de mi interior, donde una vez se concentraba y chisporroteaba la magia, ahora está inundado de toda la esperanza que no me atrevía a albergar antes. Siempre me había contenido, temerosa de confiar completamente en mí misma.

Pero ahora, por primera vez, lo hago.

Mi magia ha desaparecido, pero eso parece dejar espacio para que todo lo demás cobre intensidad: el sabor de sus labios, la textura de su capa, la conciencia de mi propia cara. Es la primera vez que lo beso con mis propios labios y que lo agarro con mis propias manos. Podría quedarme así toda la vida.

Sin embargo, el tiempo ya no está a mis órdenes, y me retiro a regañadientes. Aladdín busca mis labios de nuevo, pero yo me río por lo bajo y le poso los dedos en los suyos.

—Nos queda un buen trecho a pie —digo—. Y vete a saber lo que nos esperará en la ciudad.

Él gruñe un poco, pero asiente.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo?

Me dan ganas de transformarme en un halcón y demostrarle lo dispuesta que estoy, pero, por supuesto, no ocurre nada.

—Tú procura seguirme el ritmo —me limito a decir.

La batalla ha terminado cuando llegamos al palacio, horas más tarde. Hay sacerdotisas moviéndose entre los heridos, y los soldados están sentados en grupitos derrotados, vigilados por ciudadanos enfadados. Pero todos parecen

haberse quedado sin más ganas de pelear. El ataque de los genios fue breve pero desastroso, y se ven señales de las hordas de Ambadia por todas partes: restos chamuscados, edificios derruidos, oleadas de magia sacudiendo aún el aire.

Encontramos a Cáspida y a las Guardianas en lo alto de los escalones que conducen a las puertas principales del palacio. La princesa parece exhausta y lleva el hombro vendado y la ropa hecha jirones y ensangrentada. Las demás chicas no tienen mejor aspecto.

—¡Aladdín! —Se levanta con rigidez para saludarnos—. Y...

Me mira un poco confundida.

—Sigo siendo Zahra —le aseguro—, sólo que con otra cara. Es una... cosa de yinns.

No parece del todo convencida, pero se encoge de hombros sin mucha energía.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nos enfrentamos al shaitán y cayó.

Ella abre las manos.

—¿Ya está? ¡A nosotros nos han llovido yinns del cielo! Los grifos que custodiaban la ciudad se han roto y los eristratis están bajo vigilancia hasta que me juren lealtad, así que es imposible que...

—Se han ido —la corto—. Y el *alomb* se ha destruido. Tendrán que utilizar otro para entrar en este mundo, pero pasarán muchos años hasta que eso ocurra. Se acabó, princesa. Hemos ganado.

Se me queda mirando un buen rato, como si temiera creérselo, pero entonces cierra los ojos y deja escapar un suspiro.

—Alabados sean los dioses —susurra—. Todo ha terminado.

—¿Qué ha ocurrido con Sulifer? —pregunta Aladdín—. ¿Y con Darian?

—Darian está en la cárcel hasta que podamos celebrar un juicio en condiciones. Y mi tío...

Se encoge como de dolor y desvía la mirada por detrás de nosotros.

Nos giramos y vemos una estaca clavada en el suelo coronada por una cabeza. El estómago se me revuelve y aparto la vista.

—Debería haber sido juzgado también —continúa Cáspida—, pero la gente se hizo con él primero.

—Así que todo ha terminado de verdad —murmura Aladdín. Parece más cansado que complacido de ver muerto a su acérrimo enemigo. Le cojo la mano y se la aprieto, y él me dedica una pequeña sonrisa.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Ensi echando un vistazo a las ruinas que nos rodean.

—Lamentar lo que hemos perdido y, mañana, levantarnos —responde Cáspida.

CAPÍTULO 31

Lo percibo en cuanto pone un pie en el jardín.

Estoy tendida en la hierba fresca, acercándome una rosa a la cara e inhalando su dulce fragancia, y, al oír pasos en el camino de grava, me incorporo.

—¿Zahra? —Mira a su alrededor y la cara se le ilumina cuando me ve. Se acerca y se sienta, se quita el turbante y lo deja a un lado—. Es casi la hora de la coronación. ¿Qué estás haciendo aquí sola?

—Escondiéndome de los sastres de Cáspida. Tienes un aspecto muy principesco —digo, sonriéndole y estirando la mano para pasársela por el delicado abrigo rojo.

Él sonrío y me atrae para darme un beso apasionado. Durante estas semanas que han sucedido a la Invasión, como los partenianos han decidido llamar a su enfrentamiento con los yinns, apenas nos hemos separado. Aunque ya nadie lo considera un príncipe, es un visitante asiduo del palacio, donde ha sido nombrado Enlace de la Reina para el Distrito Sur. Ayuda en las iniciativas de reconstrucción, que, paradójicamente, han traído consigo una buena dosis de destrucción, pues las murallas entre los distritos se han echado abajo definitivamente en un intento por unificar al pueblo.

Me tiendo bocarriba; Aladdín se echa a mi lado y sus labios exploran la línea de mi mandíbula. Cierro los ojos deseando que pudiéramos quedarnos aquí fuera toda la tarde mientras el jardín está desierto y es una maravilla, pero Cáspida quiere que ambos estemos a su lado durante la coronación y le hemos prometido que estaríamos allí.

—Deberíamos irnos —murmuro.

—Sólo unos minutos más. Siento que ya nunca estamos a solas. Siempre está la reina o alguien de palacio o... —Su voz se apaga y me muerde juguetón el lóbulo de la oreja.

Yo suelto una carcajada, lo aparto a un lado y me incorporo.

—Se lo prometimos.

Él gruñe y se encasqueta el turbante.

—Aladdín.

Le echo el turbante a un lado, le paso los dedos por el pelo y le doy un beso en la frente.

—¿Te he dicho que te quiero? —susurra.

Sonrío.

—No desde esta mañana.

—Imperdonable. Te lo diré cada hora de cada día.

—¿No dicen los poetas que el hombre que pesca un pez cada vez que echa el anzuelo pronto se cansa de pescar? Venga, levántate.

Me pongo en pie y le ayudo a hacer lo mismo de un tirón. Se incorpora a regañadientes y me rodea la cintura con un brazo. Nos dirigimos paseando al palacio y nos topamos con una Nesa presa del pánico.

—¡Ahí estáis! —Se nos acerca corriendo—. ¡Os he buscado por todas partes! —Frena en seco, asimila nuestras caras sonrojadas y pone los ojos en blanco—. Habéis estado besándoos de nuevo en los arbustos.

Aladdín le saca un libro del bolso que lleva al hombro.

—Y tú has estado leyendo otra vez. Todos tenemos nuestros vicios, Nesa.

Ella recupera el libro.

—¡Deprisa! ¡Están a punto de empezar!

Es bien pasada la medianoche cuando la reina me convoca. Aladdín está dormido en sus antiguos aposentos, que le han sido cedidos como parte de su nuevo cargo y, cuando se queda en el palacio, suelo acompañarlo. Pero, aunque muchos de mis atributos de yinn han desaparecido, sigo sin dormir. A menudo me paseo por el palacio y la ciudad y me maravillo de lo lejos que puedo llegar sin preocuparme por que la lámpara tire de mí. Esta noche, sin embargo, cuando Javar viene a decirme que Cáspida quiere hablar conmigo, estoy sentada contra una de las columnas del patio, echándole migas de pan a un ganso descarriado que se coló aquí hace una semana y que desde entonces ha estado poniendo huevos bajo una de las higueras.

Javar guarda silencio mientras recorremos el palacio, donde todo el mundo por fin se ha retirado después de la larga velada de festejos con los que se ha celebrado la coronación de Cáspida, una ceremonia muy esperada, pero que la nueva reina sólo ha consentido festejar una vez que las obras de reconstrucción han llegado a buen término.

«¿Qué precedente sentaría para mi reinado si antepusiera mi deseo de la corona a las necesidades de mi pueblo?», había dicho, de modo que, aunque se había convertido en reina en la mente de todos el mismo día de la Invasión, esta noche acababa de hacerlo oficial y el nombre de Cáspida Primera se había escrito con tinta en los grandes anales de la monarquía amulena, los mismos anales donde escribieron tu nombre hace tanto tiempo, *habiba*.

La reina conservó sus antiguos aposentos. No tengo ni idea de para qué se utilizan los de Malek ahora. Tal vez los subastaran entre los nobles que los reclamaban. Tal vez los sellaran, como hicieron con los de Sulifer. Un registro de las habitaciones del antiguo visir sacó a la luz muchos secretos de su magia negra, incluidos varios símbolos de poder grabados en las paredes y en el suelo. Codiciaba la magia y exploró peligrosas artes que nunca deberían tocarse; incluso intentó invocar a los genios. Tras echar un breve vistazo, Cáspida ordenó que tapiaran las habitaciones por completo. Los aposentos de Darian se salvaron y se los cedieron a un nuevo ocupante, ya que el príncipe abandonó la ciudad hace semanas tras preferir el exilio a la cárcel. Nadie sabe adónde fue, pero pocos lamentaron su partida.

Javar vuelve a salir después de haber entrado yo en la cámara de la reina. Hay una única lámpara encendida junto a la cama, pero la reina no se ve por ningún sitio. Atravieso las habitaciones hasta que llego al patio y la encuentro donde me la esperaba: en la isla de hierba situada en el centro del estanque poco profundo, junto a tu estatua, *habiba*, donde hablamos por primera vez.

Me quito los zapatos y camino por el agua hasta llegar a la hierba. La reina contempla cómo me aproximo con una mano apoyada en la base de la estatua. Cuando estoy delante de esta última, un ala de piedra tapa la luna llena, haciendo que la escultura resplandezca por los bordes.

—Majestad. —Le hago una reverencia—. ¿Qué puedo hacer por vos?

—Buenas noches, Zahra. —Cáspida alza la mirada a la estatua y recorre tu pie de piedra con un dedo—. Ya sabes que Aladdín me ha contado quién eras antes de que te convirtieras en yinn. —Se gira y me mira con una pizca de fascinación en los ojos—. Gobernaste una de las mayores ciudades de la historia. Fuiste una reina por derecho propio.

Le sostengo la mirada, pero no digo nada; esa parte de mi pasado siempre irá acompañada de cierto dolor.

—Seré breve. Sé que es tarde, pero no voy a posponer esto por más tiempo. —Me mira directamente a los ojos—. Te he convocado porque quiero invitarte a que te unas a las Guardianas. Te quiero a mi lado. Quiero que me

aconsejes como hiciste con Roshana. Has visto mucho mundo, has vivido mucha historia... Te necesito.

—No —respondo—. No es verdad.

Ella pestañea.

—¿Qué?

—Cáspida, tú no me necesitas. Estabas dispuesta a casarte con Aladdín para asegurarte el trono. Probablemente te habrías casado con Darian por la misma razón. La gente lleva diciéndote toda la vida que no puedes hacerlo sola, que necesitas a tal o cual persona que te respalde, pero te he visto gobernar, te he visto luchar por tu pueblo y reconstruir sus casas. —La tomo de las manos y la miro con franqueza—. No necesitas que nadie te dé permiso. Deja de pensar como una princesa y sé una reina.

Ella me contempla durante un rato e, incluso sin mi sexto sentido, detecto que algo cede en sus ojos.

—Gracias, Zahra —susurra, y me da un abrazo—. Eres una verdadera amiga. —Se separa de mí y se aclara la garganta—. Bueno, me alegro de que nos entendamos, pero ¿serás una de mis Guardianas? Lo he hablado con las chicas y todas te quieren en el grupo, incluso Javar.

—¿Incluso Javar? —Reprimo una risotada—. Gracias, Cáspida, pero no. Durante cuatro mil años, mi existencia ha girado en torno a conceder los deseos de mis amos. Mi identidad siempre se ha forjado según los deseos de otros.

Ella sonrío y lo acepta con un asentimiento.

—Y ahora quieres concederte tus propios deseos.

Me encojo de hombros.

—Tengo mucho que poner al día.

—Entonces no voy a intentar convencerte más. Te lo has ganado, *habiba*.

Se me corta la respiración por el sobresalto.

—¿Cómo me has llamado?

Ella frunce el ceño.

—*Habiba*. Es una palabra antigua que significa «amiga querida».

—Lo..., lo sé. Lo siento, es sólo que... No importa. Sí, me gustaría concederme algunos deseos.

—¿Y por cuál quieres empezar?

Se inclina hacia mí con curiosidad.

—Quiero..., es una tontería.

—Te prometo que no voy a reírme.

Suspiro.

—Quiero ir a los viñedos de Ashori a comer uvas.

—Oh. —Entorna un poco los ojos—. Bueno, eso no suena nada mal.

—No hay nada más dulce en el mundo que una uva de Ashori. Si es que los viñedos siguen allí, claro. Si es que el propio Ashori sigue allí. Puede que se lo haya tragado el mar o los piratas lo hayan quemado o...

—Zahra. —Me pone las manos en los hombros y sonrío—. Ve a Ashori. Llévate a Aladdín. Los dioses saben lo mucho que odia ser un burócrata. Cada vez se le ve más inquieto en las reuniones y eso irrita a todo el mundo.

Asiento lentamente.

—Sí, eso haré.

—Te daré todo lo que necesitas para tu viaje. Tienes mi bendición y mi agradecimiento. Ah, por poco se me olvida. —Rebusca durante un instante en el bolsillo y saca algo—. Cuando despejamos los aposentos de Sulifer, encontramos esto. Creo que deberías quedártelo.

Es el anillo, el que Aladdín utilizó para dar conmigo en la cueva. Lo cojo y contemplo en silencio las marcas chamuscadas de la superficie y los símbolos emborronados por el paso del tiempo y por el fuego. Un anillo forjado con amor y con llamas ambadianas, grabado con símbolos que unirán para siempre a dos almas, por muchos siglos que pasen entre ellas. Me pregunto quién lo halló en la cima de aquella montaña, al lado de tu cuerpo frío, y lo colocó en la cripta de las Guardianas, donde ha permanecido durante quinientos años, a la espera de un ladrón en particular.

—Narduja le dijo a Sulifer que el anillo lo conduciría hasta mí —digo—. Pero ¿cómo lo sabía el shaitán?

Cáspida arquea las cejas.

—Como sabes, el anillo tiene su propia leyenda. Los eruditos amulenos lo estudiaron y descubrieron que estaba impregnado de magia yinn. Las Guardianas lo guardaron bajo llave en un intento por ocultar su existencia, pero las historias sobre su origen empezaron a circular. Algunos creían que era el asa de la lámpara que se había roto durante la batalla. Otros creían que Roshana lo mandó forjar para la yinn, o viceversa. A través de los siglos, el anillo siempre ha estado ligado a la yinn de la reina..., o sea, a ti. Pero nadie sabía cómo funcionaba.

Me deslizo el anillo por el dedo y me encaja a la perfección. Mentiras y medias verdades lo han guiado a través de los años y, de algún modo, han traído a Aladdín hasta mí. El anillo no sólo rezuma magia yinn, sino algo más profundo y antiguo.

—Gracias, Cáspida.

Ella asiente.

—Aquí siempre serás bienvenida, Zahra de la Lámpara. Que Imohel te guíe.

—Y a ti, mi reina. —Me giro para marcharme, pero Cáspida me detiene con un roce de sus dedos. Cuando me doy la vuelta, me encuentro con una mirada solemne.

—Tú has gobernado antes —dice—, así que dime: ¿se hará más fácil con el tiempo?

—No —respondo—, pero tú te harás más fuerte.

—Soy tan feliz que podría besarte —dice Aladdín—. De hecho, creo que voy a hacerlo.

—Ahora no, so tonto, que la reina nos está despidiendo.

Él suspira y se asoma cordialmente por la borda del barco para saludar. El comité de despedida es pequeño, pero están todos los que importan: Cáspida y las Guardianas, el capitán Pasha y algunos eristratis, además de varios nobles y burócratas. Incluso Dal y unos cuantos viejos amigos de Aladdín de La Palestra.

No tardamos mucho en rodear la punta de los acantilados y dirigirnos a mar abierto, dejándolos a todos atrás en el resplandor neblinoso de la mañana. La espuma salada del mar y el cabeceo de la cubierta me marean, así que me agarro fuerte a Aladdín.

Él se ríe, por supuesto.

—Como en los viejos tiempos, ¿eh?

—Me sorprende que te acuerdes —contesto—. Te pasaste la mayor parte del tiempo asomado por la borda.

—Ah, ¿sí? Ja. Qué graciosa. Ven y dame un beso.

Lo hago y el calor ahora familiar de sus labios me estabiliza. Sabe a sal y al vino que hemos compartido con los demás en nuestra pequeña fiesta de despedida.

Aladdín se separa, se lleva una de mis manos a los labios y besa los delicados patrones de *henna* que decoran mi piel. A continuación, me gira el brazo para besarme el interior de la muñeca. La tripulación encuentra tareas de las que ocuparse en el otro extremo del barco para darnos intimidad.

—Eres la chica más guapa del mundo —murmura Aladdín—. ¿Te lo había dicho ya?

—Suficientes veces como para preguntarme si tu padre no sería un loro.

Se ríe.

—Oye, vamos a contemplar el amanecer desde la popa.

Me agarra fuerte de la mano y me lleva corriendo por la cubierta, por donde ambos nos bamboleamos y trastabillamos con el vaivén de las olas. Llegamos a la popa entre risas y sin aliento justo cuando el sol empieza a asomar por el lejano horizonte. La bruma del agua atrapa la luz y empieza a resplandecer con suaves tonos dorados, hasta que parece que vamos navegando por un mar de nubes.

—Mi señora —dice Aladdín extendiendo un brazo hacia el sol—. Te entrego este oro como prueba de mi amor.

—Lo único que quiero eres tú —respondo. Me giro y lo beso, apretándolo contra mí, sintiendo la tibieza del amanecer en el pelo. Luego apoyo la cabeza en su hombro y me limito a sentir sus brazos a mi alrededor y los latidos de su corazón.

—¿Tienes frío? —me pregunta—. Estás temblando.

—Un poco.

—Voy a por una manta. Y algo para desayunar. Si encuentro la cocina, claro.

—Galera, cariño, se llama galera.

—Muy bien. Galera. Entendido. Le preguntaré al capitán. ¿Cómo se llama?

—Simbad, creo.

—Vuelvo enseguida.

Pero le cojo la mano.

—Estoy bien. No te vayas todavía.

Se queda conmigo y juntos contemplamos cómo el sol tiñe el mar y el cielo con mil y un tonos de dorado. Me paso el pulgar por el anillo, cuyas mallas y contornos conozco ya tan bien como la palma de mi mano.

Así que esto es lo que se siente cuando todos tus deseos se hacen realidad...

AGRADECIMIENTOS

La historia de Zahra llevaba años llamándome, pero sin un equipo de megatalentos a mi lado, este libro nunca habría sido posible. Le debo un millón de gracias al equipo de Razorbill y de Penguin Random House: Jessica Almon, mi editora sin igual, gracias por creer en mí y en Zahra, y por tu perspectiva crítica a medida que esta historia iba cobrando forma. ¡Trabajar contigo ha sido una experiencia maravillosa y me siento muy afortunada de haber contado con tu orientación! Gracias a Ben Schrank, que creyó en mí desde el principio. A Phyllis DeBlanche, por cribar este libro frase por frase y asegurarte de que todos los puntos iban sobre las íes. Gracias, Theresa Evangelista, por tu preciosa ilustración de la cubierta. Tara Shanahan, Anna Jarzab y el incansable equipo de comerciales y publicistas que han ayudado a Zahra a encontrar su público: ¡muchas gracias!

Lucy Carson, tú me has animado, guiado e inspirado durante todo el proceso y no sé dónde estaría sin ti. Eres en parte agente, yinn y guerrera y, si pudiera conceder tres deseos, ¡todos serían para ti!

Como Cásvida y sus guardianas, ninguna escritora puede llegar muy lejos sin el ánimo y el apoyo de sus amigas, y yo tengo muchas a las que debo un agradecimiento especial: Lauren Miller, Tamara Ireland Stone, Beth Revis y Megan Miranda, vosotras fuisteis de las primeras a las que les conté esta historia y, sin vuestro apoyo, nunca habría reunido el valor de escribirla. Morgan Matson, Marie Lu, Jen Johansson, Brodi Ashton, Jennifer Bosworth: habéis estado ahí durante todo el proceso para animarme desde el primer momento a escribir, para ayudarme a debatir el primer borrador con feroces batallas de palabras o para proponer títulos en una lluvia de ideas junto a la piscina. No podía rodearme de un grupo de mujeres más inspiradoras. Gracias en especial a Jessica Brody, sin la que estoy segura de que este libro no hubiera visto la luz del día. Gracias por ser mi gurú para la trama, por

prestarme tus superpoderes de medianoche para plantear ideas, por estar siempre dispuesta a leer, charlar o aconsejarme, y por tu amistad.

Algunos miembros de mi familia fueron vitales para la creación de Zahra y de su mundo: mi hermana Katharine, mi *habiba* en la vida real, que me ayudó con la traducción del árabe. Mi marido, Ben, que siempre está ahí para apoyarme y darme ánimos sin límites. Eres mi roca, mi corazón, mi mejor amigo. Y por último, tú, abuelo. Llevabas años pidiéndome que escribiera un libro inspirado en tu tierra, ¡y al fin puedo decir que lo he hecho! Me siento muy afortunada de tener el mejor abuelo del mundo y este libro, por supuesto, es todo tuyo.



JESSICA KHOURY (Toccoa, Georgia, 1990). Escritora estadounidense conocida por sus libros dedicados a un público juvenil. Escribió su primer libro cuando tenía 4 años y desde ese día ha soñado con ser escritora. Ha obtenido su licenciatura en Inglés por el Toccoa Falls College.

Actualmente vive en Toccoa con su marido Ben, donde escribe y es entrenadora de fútbol juvenil.

Origen es su primera novela publicada en 2012.



ELIGE BIEN TUS TRES DESEOS

El tercer deseo

Jessica
Khowry

Traducción de
Carmen Torres y
Laura Naranjo

Lectulandia